

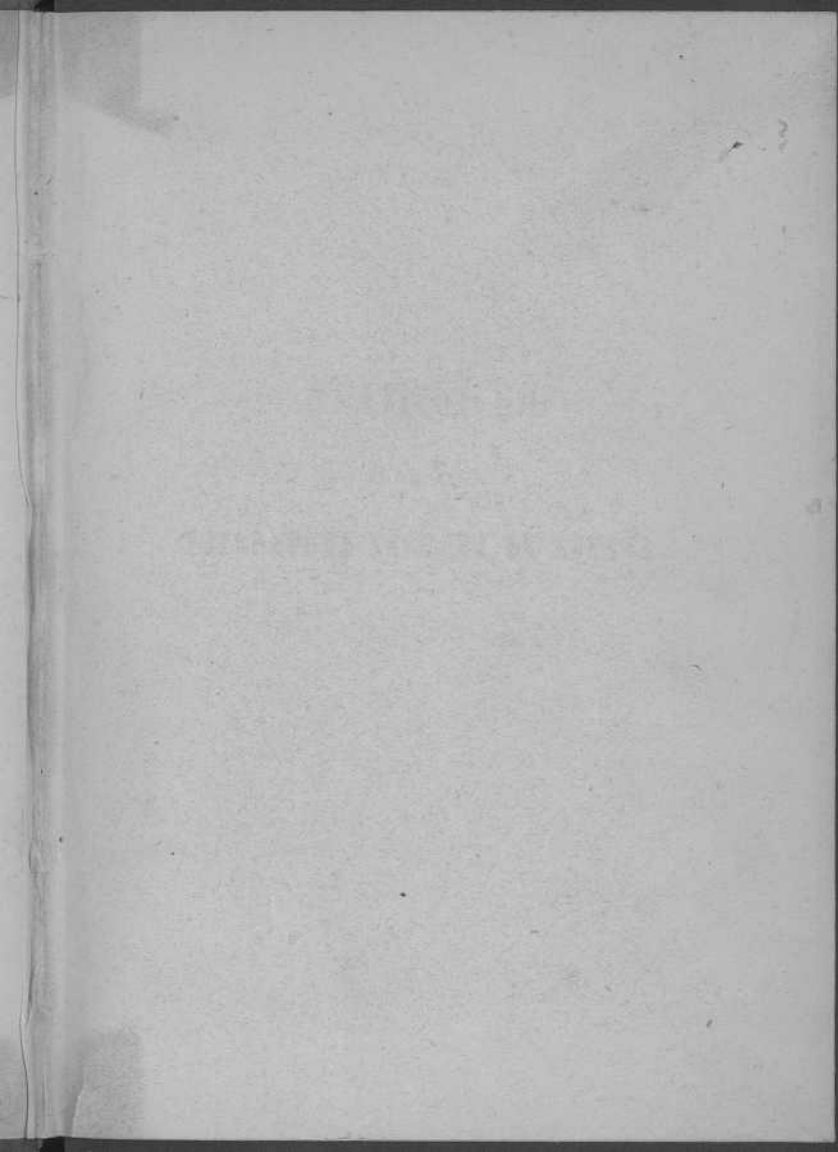
MA

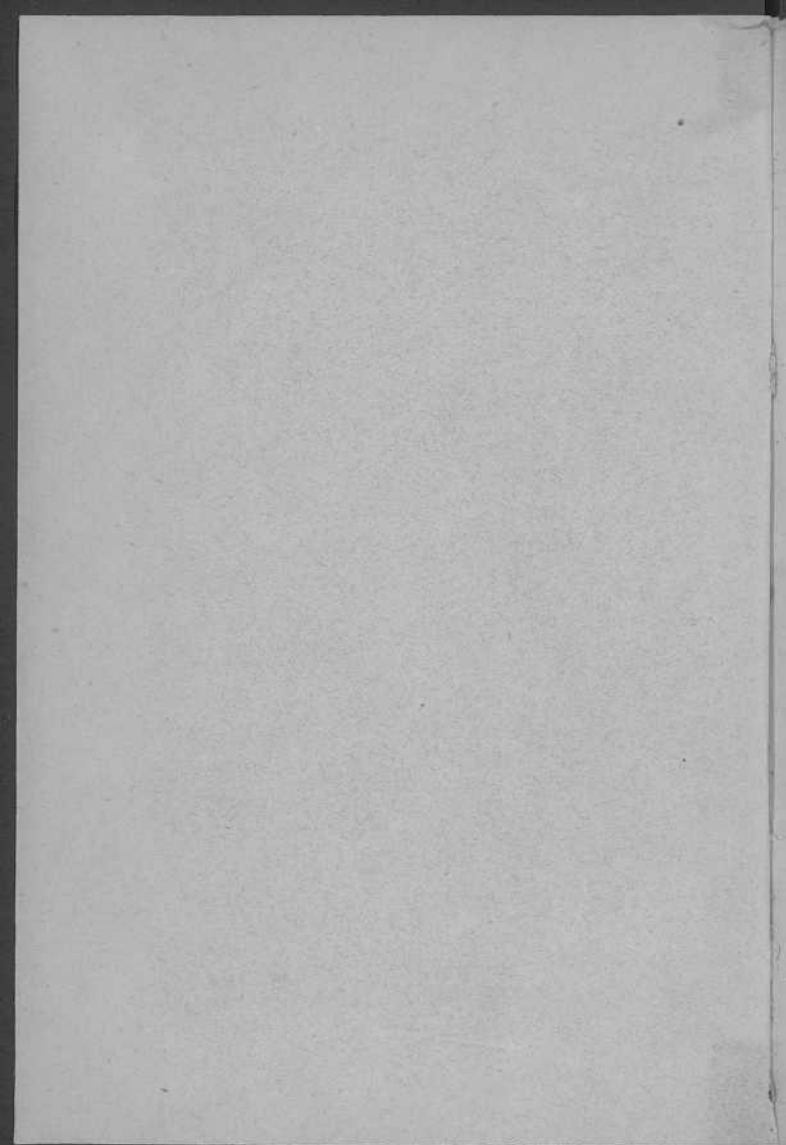
MACRAN

27

15827
~~8516~~

20
71





FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA.

TESTA

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

FLORESTA
DE LA
LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA,
ó
COLECCION DE PENSAMIENTOS ESCOGIDOS
DE NUESTROS AUTORES DE MAYOR MÉRITO,
POR
D. RAMON TAVARÉS Y LOZANO.

TOMO II.

Con licencia de la autoridad eclesiástica.



MADRID.—1863.

IMP. DE TEJADO, EDITOR, Á CARGO DE R. LUDENA,
calle de Silva, núm. 12, cuarto bajo.

LIBRARY

LITERATURE SOCIETY OF THE

UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

A BANCROFT LIBRARY

CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA.

C

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS.—*Non sicut ego volo, sed sicut tu:* (Matth. XXVI, 39.) No se haga, Señor, como yo quiero, sino como vos quereis. Para dos cosas, dicen los Santos, que bajó el Hijo de Dios del cielo y se vistió de nuestra carne, haciéndose verdadero hombre. La una, para redimarnos con su sangre preciosa. La otra, para enseñarnos con su doctrina el camino del cielo é instruirnos con su ejemplo; porque así como no aprovechará saber el camino, si estuviéramos presos

en la cárcel; así, dice San Bernardo (Ser. 5, in Circ. Domini) no aprovechará sacarnos de la cárcel, si no supiéramos el camino. Y como Dios es invisible, para que le viésemos y le pudiésemos seguir é imitar, era menester que se hiciese visible, y se vistiese de nuestra humanidad, como el pastor se viste de la zamarra, que es vestidura de la oveja, para que las ovejas le sigan, viendo su semejanza. Y San Leon Papa dice: (Ser. I, de Nativ. Domini.) *Nisi enim esset verus Deus, non adferret remedium; nisi esset homo verus, non præberet exemplum.* Si no fuera verdadero Dios, no nos trajera el remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos diera el ejemplo. Lo uno y lo otro hizo él muy cumplidamente con el exceso de amor que tenia á los hombres. Así como la redencion fué muy copiosa: (Ps. CXXIX, 7.) *Et copiosa apud eum redemptio*; así lo fué tambien la enseñanza; porque no fué solo con palabras, sino muy mas abundantemente con ejemplo de obras: (Act. I, 1.) *Cæpit Jesus facere, et docere*, dice el Evangelista San Lucas: primero comenzó á obrar, y esto toda la vida;

y despues á predicar los tres años postreros, á lo menos los dos y medio.

Pues entre otras cosas que nos enseñó Cristo nuestro Redentor, una de las mas principales fué que tuviésemos entera conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas; y esto no solamente nos lo enseñó con palabras, cuando enseñándonos á orar dijo: Una de las cosas que habeis de pedir á vuestro Padre Celestial es: (Matth. VI, 10.) *Fiat voluntas tua, sicut in caelo, et in terra.* Hágase, Señor, vuestra voluntad en la tierra, así como se hace en el cielo; mas tambien con su ejemplo confirmó bien esta doctrina, porque para esto, dice él, que bajó del cielo á la tierra: (Joan. VI, 38.) *Descendi de caelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus, qui misit me.* Descendi del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre, que me envió, y al tiempo de rematar el negocio de nuestra redencion el jueves de la cena, en aquella oracion del huerto, aunque el cuerpo y el apetito sensitivo naturalmente rehusaba la muerte; y así para mostrar que era verdadero hombre, dijo:

(Mat. XXVI, 39.) *Pater mi, si possibile est, transeat á me calix iste.* Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; pero la voluntad siempre estuvo muy pronta y deseosa de beber el cáliz, que su Padre le enviaba; y así añadió luego: Pero no se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis.

Para que llevemos esto de raíz, y nos fundemos bien en esta conformidad, se han de suponer dos fundamentos breves, pero muy sustanciales, sobre los cuales como sobre dos quicios se ha de revolver todo este negocio. El primero es, que nuestro aprovechamiento y perfeccion consiste en la conformidad con la voluntad de Dios, y cuanto esta fuere mayor y mas perfecta, tanto él será mayor. Este fundamento fácilmente se deja entender, por-que cosa cierta es, que la perfeccion esencialmente consiste en la caridad y amor de Dios, y tanto será uno mas perfecto, cuanto mas amare á Dios. Lleno está de esta doctrina el Sagrado Evangelio; llenas las Epístolas de San Pablo, llenos los libros de los Santos: (Matth. XXII, 38: Col. III, 14: I. Cor. XIII,

13.) *Hoc est maximum, et primum mandatum. Charitas est vinculum perfectionis. Major autem horum est Charitas.* Lo mas alto y mas perfecto es la caridad y amor de Dios; pues lo mas alto y mas subido y mas puro de ese amor de Dios, y como la nata de él, es conformarse en todo con la voluntad de Dios, y tener un querer y no querer con su majestad en todas las cosas: (Hieron. epist. ad Demetr. Cicer. de Amicit.) *Eadem velle, et eadem nolle, ea demum firma amicitia est*, dice San Gerónimo, y lo trae de él el otro filósofo. El tener un mismo querer y no querer con el amado, esa es la verdadera y firme amistad: luego cuanto uno estuviere mas conforme y mas unido á la voluntad de Dios, tanto será mejor y mas perfecto. Y mas; claro está que no hay cosa mejor ni mas perfecta, que la voluntad de Dios: luego cuanto uno mas se uniere y conformare con la voluntad de Dios, tanto será mejor y mas perfecto, como argüia el otro filósofo. Si Dios es la cosa mas perfecta que hay: luego cuanto una cosa mas se asemejare y pareciere á Dios, tanto será mas perfecta.

El segundo fundamento es, que ninguna cosa puede acontecer ni suceder en el mundo, sino por voluntad y orden de Dios. Siempre se ha de entender, excepta la culpa y pecado; porque de eso no es Dios causa ni autor, ni lo puede ser, porque así como repugna á la naturaleza del fuego enfriar, á la del agua calentar, y á la del sol oscurecer, así infinitamente mas repugna á la bondad inmensa de Dios amar la maldad. Y así dijo el profeta Habacuc: (I, 13.) *Mundi sunt oculi tui, ne videas malum; et respicere ad iniquitatem non poteris.* Señor, vuestros ojos son limpios para no ver el mal, y no podeis ver la maldad. Como decimos acá, « no le puede ver, » cuando queremos dar á entender el aborrecimiento que uno tiene á otro; así dice que no puede Dios ver la maldad, por el odio y aborrecimiento grande que le tiene: *Quoniam non Deus volens iniquitatem tu es*, dice David: (Ps. V, 5.) *Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem* (Ps. XLIV, 8.) Toda la Sagrada Escritura está llena de cuánto aborrece Dios el pecado; y así no puede ser causa ni autor de él; pero fuera de eso, todas

las demás cosas, y todos los trabajos y males de pena vienen por voluntad y orden de Dios. Este fundamento es tambien muy cierto. No hay fortuna en el mundo, como fingia el error de los Gentiles. Los bienes que el mundo llama de fortuna, no los dá la fortuna, que no la hay, sino solo Dios. Así lo dice el Espíritu Santo por el sábio: (Eccles XI, 14.) *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas, á Deo sunt.* Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas Dios las dá.

Y aunque estas cosas vengan por medio de otras causas segundas; mas cierto es, que ninguna cosa se hace en esta gran República del mundo, sino por voluntad y orden de aquel Sumo Emperador que la gobierna; ninguna cosa viene acaso respecto de Dios; todo viene registrado y colado por su mano; contados tiene todos los huesos de vuestro cuerpo, y todos los cabellos de vuestra cabeza, y ni uno solo os será quitado sin orden y voluntad suya. ¿Qué digo yo acerca de los hombres? Un pájaro no cae en el lazo, dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, sin dispen-

sacion y voluntad de Dios (Matth. X, 29.): *Nonne duo passeret asse veneunt, et unus ex illis non cadet super terram, sine Patre vestro?* Que ni aun una hoja de un árbol se mueve sin su voluntad. Aun de las suertes, dice el sábio (Prov. XVI. 33.): *Sortes mittuntur in sinum, sed a Domino temperantur.* Aunque las suertes se sacan del seno ó cántaro, no penseis que salen acaso, que no salen sino con orden de la Divina Providencia, que lo dispone y quiere así (Act. I. 26): *Cecidit sors super Mathiam.* No fué acaso que cayese la suerte sobre Matias, sino particular acuerdo y providencia de Dios, que le quiso escoger para Apóstol suyo por aquella vía.

Esta verdad, aun con sola la luz natural, la alcanzaron los buenos filósofos; y dijeron: que aunque respecto de las causas segundas muchas cosas son acaso; pero respecto de la primera causa no son acaso sino pretendidas muy de propósito. Y ponen ejemplo, como si un señor enviase un criado á alguna parte á negocios, y enviase por otra parte á otro criado al mismo lugar á otro negocio, sin saber el uno

del otro, pretendiendo que allá se juntasen. El encontrarse estos dos criados, respecto de ellos, es acaso, pero respecto del señor que lo pretendió no es acaso, sino pensado y pretendido muy de propósito. Así acá, aunque respecto de los hombres acaezcan algunas cosas acaso, porque ellos no pretendieron aquello ni lo pensaron; pero respecto de Dios no es acaso, sino con acuerdo y voluntad suya, que lo ordenó así para los fines secretos y ocultos que él sabe.

Lo que habemos de sacar de estos dos fundamentos, es la conclusion y tema que propusimos; que pues todas las cosas que nos suceden vienen de la mano de Dios, y toda nuestra perfeccion está en conformarnos con su voluntad, que las tomemos todas como venidas de su mano, y nos conformemos en ellas con su santísima y divina voluntad. No habeis de tomar ninguna cosa como venida acaso, ó por industria y trazas de los hombres; porque eso es lo que suele dar mucha pena y congoja; no penseis que os vino esto ó aquello, porque el otro lo meneó, y que sino fuera por tal ó tal

cosa, de otra manera sucediera; no habeis de hacer caso de eso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquiera via ó por cualquiera rodeo que vengan, porque él es el que las envia por esos medios.

Solia decir uno de aquellos famosos Padres del yermo, que no podria el hombre tener verdadero descanso ni contento en esta vida, sino hiciese cuenta que en este mundo solamente está Dios y él. Y San Doroteo (Dorothei. doct. 7.) dice, que aquellos padres antiguos tenian grande ejercicio de tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por pequeñas que fuesen y de cualquier manera que viniesen, y que con esto se conservaban en grande paz y quietud, y vivian una vida del cielo.

Es una verdad tan asentada en la Escritura divina, que todos los trabajos y males de pena vienen de la mano de Dios, que no era menester detenernos en probarla, si el demonio con su astucia no procurára oscurecerla; porque de la otra verdad tambien cierta que dijimos,

que es no ser Dios causa ni autor de pecado, infiere una conclusion falsa y mentirosa, haciendo creer á algunos, que aunque los males que nos vienen por medio de causas naturales y criaturas irracionales, como la enfermedad, el hambre y esterilidad vienen de la mano de Dios, porque allí no hay pecado, ni le puede haber en esas criaturas, porque no son capaces de él; pero que el mal y trabajo que sucede por culpa del hombre que me hirió, ó robó, ó deshonoró no viene de la mano de Dios, ni guiado por su orden y providencia, sino por malicia y dañada voluntad del otro, el cual es un error muy grande. Dice muy bien San Doroteo, (Doroth. doct. 7.) reprendiendo esto, y á los que no toman las cosas como venidas de la mano de Dios: *Nos veró cum verbum ullum in nos dictum audimus, canes imitamur: hi enim si quis in eos lapidem jecerit, jaciente dimisso; lapidem remordent. Ita nos, Deo relicto, qui nobis tribulationes hujusmodi ad peccatorum nostrorum purgationem procurat, ad lapidem, hoc est, ad proximum currimus.* Hay algunos que cuando otro dice alguna palabra

contra ellos, ó les hace algun otro mal, olvidados de Dios, toda su saña convierten contra el prójimo, imitando á los perros que muerden la piedra, y no miran ni tienen cuenta con la mano que la tiró.

Para desterrar este error, y que vamos bien fundados en la verdad católica, notan los teólogos que en los pecados que hace el hombre concurren dos cosas; la una el movimiento y acto exterior; la otra, el desórden de la voluntad con que se aparta de lo que Dios manda. De la primera es autor Dios; de la segunda el hombre. Pongamos caso que un hombre riñe con otro y le mata; para matarle tuvo necesidad de echar mano á la espada, levantar y menear el brazo, tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales, que se pueden considerar por sí, sin el desórden de la voluntad del hombre que los hizo para matar á otro. De todos estos movimientos (en sí considerados) es causa Dios, y él los hace como hace todos los otros efectos de las criaturas irracionales; porque así como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios; así tampoco sin él no

pudiera el tal hombre menear el brazo, ni echar mano á la espada. Y demás de esto, aquellos actos naturales de sí no son malos, porque si el hombre usase de ellos para su necesaria defensa, ó en guerra justa, ó como ministro de justicia, y matase á otro, no pecaría; pero de la culpa, que es el defecto y desórden de la voluntad, con que el malo hace la injuria, de aquel desvío de la razon y torcimiento de ella, no es causa Dios aunque la permite, porque pudiéndola impedir, no la impide por sus justos juicios. Declaran esto con una comparacion: tiene un hombre una herida en el pié y anda con él cojeando; la causa de que ande con el pié es la virtud y fuerza motiva del alma; mas del cojear, la causa es la herida, y no la virtud del alma. Así en la obra que uno hace pecando, la causa de la obra es Dios; mas que falte y peque obrando es del libre alvedrío del hombre.

De manera, que aunque Dios no es ni puede ser causa ni autor del pecado; pero tenemos de tener por cierto que todos los males de pena, ora vengan por medio de causas natu-

rales, y de criaturas irracionales, ora vengan por medio de criaturas racionales, por cualquier via y de cualquier manera que vengan, vienen de la mano de Dios, y por su dispensacion y providencia. Dios es el que meneó la mano del que os lastimó, y la lengua del que os dijo la palabra afrentosa: (Amos. III. 6.) *¿Si erit malum in civitate, quod Dominus non fecerit?*, dice el Profeta Amos; y está llena la Sagrada Escritura de esta verdad, atribuyendo á Dios el mal que un hombre hizo á otro, y diciendo que Dios es el que hizo aquello.

En el segundo libro de los Reyes, en aquel castigo con que castigó Dios á David por medio de su hijo Absalon, por el pecado de adulterio y homicidio que cometió, dice Dios, que él lo habia de hacer: (II. Reg. XII. 11. et 12.) *Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis tuis, et dabo proximo tuo; tu enim fecisti absconditè, ego autem faciam verbum istud in conspectu omnis Israel, et in conspectu solis.* Y de aquí es tambien que á los reyes impíos, que por su sober-

bia y crueldad ejecutaban atrocísimos castigos en el pueblo de Dios, los llama la Escritura instrumentos de la divina Justicia: (Isai. X. 5) *Vae Assur, virga furoris mei*) ¡Ay de Asur, vara de mi furor! Y de Ciro, rey de los persas, por quien habia el Señor de castigar á los caldeos, dice: (Isai. XLV, 1.) *Cujus apprehendi dexteram*: Cuya diestra yo tengo de menear. Dice muy bien San Agustín: (Aug. Sup. Ps. 73.) á este propósito: *Impietas eorum tanquam securis Dei facta est. Facti sunt instrumentum irati, non Regnum placati. Facit hoc enim Deus, quod plerumque facit et homo: aliquando iratus homo apprehendit virgam jacentem in medio, fortasse quaecumque sarmentum, cædit inde filium suum, ac deinde projicit sarmentum in ignem, et filio servat hæreditatem: sic aliquando Deus per malos erudit bonos*. Háse Dios con nosotros como se suele haber acá un padre, que enojado con su hijo toma un palo que halló por ahí, y castiga con él al hijo, y después al palo échale en el fuego, y al hijo hácele heredero de todos sus bienes. De esa manera, dice el Santo, suele tambien el Señor

tomar á los malos por instrumento y azote para castigar á los buenos.

En las historias eclesiásticas leemos, que en la destruccion de Jerusalem, como Tito, capitan de los Romanos, paseándose al rededor de la ciudad, viese las cavadas llenas de calaveras y cuerpos muertos, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo, y puso á Dios por testigo, que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Y cuando aquel bárbaro Alarico iba á saquear y destruir á Roma, le salió al encuentro un venerable monje, y le dijo: que no quisiese ser causa de tantos males como en aquella jornada se cometerian, y él respondió: No voy yo por mi voluntad á Roma; mas una persona me combate cada dia y me atormenta diciéndome: «Vé á Roma y destruye la ciudad.» De manera, que todas las cosas vienen de la mano de Dios, y por orden y voluntad suya. Y así el real profeta David, cuando Semey le maldecia, le aborrecia y le tiraba piedras y polvo, dijo á los que se querian vengar de él: (II. Reg. XVI, 10.) *Do-*

minus praecepit ei, ut malediceret David; ¿et quis est, qui audeat dicere, quare sic fecerit? Dejadle, que el Señor le mandó que me maldijese. Quiere decir: El Señor le ha tomado por instrumento para affligirme y castigarme.

Pero ¿qué mucho es reconocer á los hombres por instrumentos de la justicia y providencia divina, pues que lo son los mismos demonios, obstinados y empedernidos en su malicia y ansiosos de nuestra perdicion? Nótao esto maravillosamente San Gregorio (lib. 18, moral, cap. 3: I Reg. XVI, 23) sobre aquello que dice la Escritura en el libro primero de los Reyes: *Spiritus Domini malus arripiebat Saül*: Un espíritu malo del Señor atormentaba á Saúl. El mismo espíritu se llama espíritu del Señor y espíritu malo; malo, por el deseo de su mala voluntad; y del Señor, para dar á entender que era enviado de Dios, para dar aquel tormento á Saúl, y que Dios lo obraba por él; y así lo declara allí el mismo texto, diciendo: (I. Reg. XVI, 14: Greg. libr. 14, moral. cap. 18.) *Exagitabat eum spiritus nequam á Domino*. Y por la misma razón, dice

el Santo, que á los demonios que atribulan y persiguen á los justos, los llama la Eseritura ladrones de Dios; ladrones, por la mala voluntad que tienen de hacernos mal; y de Dios, para darnos á entender que el poder que tienen para hacer mal, lo tienen de Dios.

Y así pondera muy bien San Agustin (Aug. in Job I, 24.) *Non dixit Job, Dominus dedit, diabolus abstulit*. No dijo el Santo Job, el Señor me lo dió, el demonio me lo quitó; sino todo lo refirió luego á Dios, y dijo: El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: porque sabia muy bien, que el demonio no puede hacer sino el mal que le es permitido por Dios. Y prosigue el Santo: *Prorsus ad Deum tuum refer flagellum tuum; quia nec diabolus tibi aliquid facit, nisi ille permittat, qui de super habet potestatem*. Ninguno diga, el demonio me hizo este mal: atribuid á Dios este trabajo y azote; porque el demonio no puede hacer nada ni tocaros al pelo de la ropa, si Dios no le dá licencia para ello. Aun en los puercos de los gesarenos no pudieron entrar los demonios, sin pedir primero licencia á Cristo nues-

tro Redentor como cuenta el Sagrado Evangelio, (Matth. 8. 34.) ¿Cómo os tocarán á vos, ni os podrán tentar sin licencia de Dios? El que no pudo tocar á los puercos, ¿cómo tocará á los hijos?

El bienaventurado San Basilio dice, que la suma de la santidad y perfeccion de la vida cristiana consiste en atribuir las causas de todas las cosas, así grandes como pequeñas, á Dios, y conformarnos en ellas con su santísima voluntad; pero para que entendamos mejor la perfeccion é importancia de esto, y así nos aficionemos mas á ello y lo procuremos con mayor cuidado, iremos declarando en particular los bienes y provechos grandes, que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. Quanto á lo primero, esta es aquella resignacion verdadera y perfecta, y que tanto engrandecen los Santos y todos los maestros de la vida espiritual, y dicen que es raiz y principio de toda nuestra paz y quietud; porque de tal manera sujeta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de barro en las manos del artífice, para que

haga de él todo lo que quisiere, no queriendo ser ya mas suyo, ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí, sino todo por Dios y para Dios. Pues eso hace esta conformidad, porque con ella se entrega uno del todo á la voluntad de Dios, de tal manera, que no desea ni procura otra cosa, sino que en él se cumpla perfectamente la divina voluntad, así en aquello que el mismo hombre ha de hacer, como en todo lo que le puede acontecer, y así en las cosas prósperas y de consuelo, como en las adversas y trabajosas: lo cual agrada tanto á Dios, que por esto el rey David fué llamado de Dios, varon segun su corazon: (I. Reg. XIII, 14, et act. XIII, 22.) *Inveni virum secundum cor meum, qui faciet omnes voluntates meas*; porque tenia su corazon tan rendido y sujeto al corazon del Señor, y tan pronto y dispuesto para cualquiera cosa que él quisiese imprimir en él de trabajo ó alivio, como está una cera blanda para recibir cualquiera figura ó forma que le quisieren dar; que por eso dijo él una y otra vez: (Ps. LVI, 8, et Ps. CVII, 1.) *Paratum cor meum, Deus, paratum cor*

meum. Dispuesto está mi corazon, Dios mio, dispuesto y preparado está.

Lo segundo, el que tuviere esta conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, habrá alcanzado entera y perfecta mortificacion de todas sus pasiones y malas inclinaciones. Bien sabemos, cuán necesaria es esta mortificacion, y cuán alabada y encomendada de los Santos y de la Sagrada Escritura. Pues esa mortificacion es un medio que necesariamente se ha de presuponer, para venir á alcanzar esta conformidad con la voluntad de Dios; de manera que este es el fin, y la mortificacion es medio para alcanzarle; y el fin principal siempre suele ser mas perfecto que el medio. Que la mortificacion sea medio necesario para venir á alcanzar esta union y conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, bien se vé, porque lo que nos impide esta union y conformidad es nuestra propia voluntad y apetito desordenado; y así cuanto uno mas negare y mortificare la voluntad y apetito, tanto mas fácilmente se unirá y conformará con la voluntad de Dios. Para venir y ajustar un pa-

lo basto con otro muy labrado y pulido, es menester labrarle y desbastarle primero; porque sino, no se podrá unir ni juntar bien con él. Pues eso hace la mortificacion: vamos desbastando, acepillando y labrando para que así nos podamos unir y ajuntar con Dios, conformándonos en todo con su divina voluntad; y así cuanto uno mas se fuere mortificando, tanto mas se irá uniendo y ajustando con la voluntad de Dios; y cuando estuviere perfectamente mortificado, llegará á esta perfecta union y conformidad.

De aquí se sigue otra cosa, que puede ser la tercera: que esta resignacion y conformidad entera con la voluntad de Dios, es el mayor y mas acepto y agradable sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí á Dios, porque en los otros sacrificios ofrécele sus cosas, mas en este ofrécese á sí mismo. En los otros sacrificios y mortificaciones, mortifícase uno en parte, en la templanza ó en la modestia; en el silencio ó en la paciencia ofrece á Dios parte de sí; pero este es un holocausto, en el cual se ofrece uno enteramente y del todo á Dios, pa-

ra que haga de él todo lo que quisiere, y como quisiere, y cuando quisiere, sin exceptuar ni sacar cosa alguna ni reservar nada para sí. Y así cuanto vá del hombre á las cosas del hombre, y cuanto vá del todo á la parte, tanto vá de este sacrificio á los demás sacrificios y mortificaciones.

Y estima Dios esto en tanto, que eso es lo que quiere y pide de nosotros: (Prov. XXIII, 26.) *Præbe fili mi, cor tuum mihi*: hijo, dame tu corazon. Así como el azor real no se ceba sino de corazones; así Dios lo que mas aprecia y estima es el corazon, y si eso no le dais, con ninguna otra cosa le podeis contentar ni satisfacer: y no nos pide mucho en pedirnos esto, porque si á nosotros, que somos un poco de polvo y ceniza, no nos basta á contentar todo cuanto Dios tiene criado, ni estará satisfecho este nuestro pequeñuelo corazon con menos que Dios; ¿cómo pensais vos contentar y satisfacer á Dios, dándole aun no todo vuestro corazon, sino parte de él, y reservando parte para vos? Muy engañados estais, que no es nuestro corazon para poderle

dividir ni repartir de esa manera: (Isaí. XXVIII, 20.) *Coangustatum est enim stratum, ita ut alter decadat, et pallium breve utrumque operire non potest.* Cama pequeña y estrecha es el corazón, dice el profeta Isaías, no cabe en él mas que Dios. Y por eso le llama la Esposa camilla pequeña: (Gilb. Abbas Serm. 2, in cant. apud Bernar. Cant. III, 4.) *In lectulo meo per noctes quæsi, quem diligit anima mea.* Porque tenia su corazón estrechado de tal manera que en él no cabia otro que su esposo; y el que quisiere extender y dilatar su corazón para dar en él lugar á otro, echará á Dios de él. Y de eso se queja su Majestad por Isaías: (LVII, 8.) *Quia juxta me disco operuisti, et suscepisti adulterum, dilatasti cubile tuum, et pepigisti cum eis fædus.* Adulterado habeis, recibiendo en la cama de vuestro corazón á otro que á vuestro Esposo, y por cubrir al adúltero descubris y echais fuera á Dios. Mil corazones que tuviéramos los habíamos de ofrecer á Dios, y todo nos ha de parecer poco, para lo que debemos á tan gran Señor.

Lo cuarto, como decíamos al principio, quien tuviere esta conformidad, tendrá perfecta caridad y amor de Dios; y cuanto mas creciere en ella, tanto mas irá creciendo en amor de Dios y consiguientemente en la perfeccion, que consiste en esa caridad y amor. Lo cual, fuera de lo dicho, se colige bien de lo que acabamos de decir: porque el amor de Dios no consiste en palabras sino en obras: (Greg. homil. 30 in Evang.) *Probatio dilectionis, exhibitio est operis*, dice San Gregorio. «La prueba del verdadero amor son las obras,» y cuanto las obras son mas dificultosas y nos cuestan mas, tanto mas manifiestan el amor. Y asi el Apóstol y Evangelista San Juan, (III, 16: XIV, 31.) queriendo declarar así el amor grande que Dios tuvo al mundo, como el amor grande que Cristo nuestro Redentor tenia á su Padre Eterno, de lo primero dice: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret*. Fué tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que nos dió á su Unigénito Hijo, para que padeciese y muriese por nosotros. Y de lo segundo, dice el

mismo Cristo: *Ut cognoscat mundus, quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio, surgite, eamus hinc*. Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, levantaos y vamos de aquí; y el negocio á que iba era á padecer muerte de cruz. En eso mostró y dió testimonio al mundo que amaba á su Padre, en que cumplia su mandamiento tan riguroso. De manera que en las obras se muestra el amor, y tanto mas cuanto las obras son mayores y mas trabajosas; pues esta conformidad entera con la voluntad de Dios, como hemos dicho, es el mayor sacrificio que podemos hacer á Dios de nosotros, porque presupone una perfectísima mortificación y resignación, con la cual se ofrece á Dios, y se pone del todo en sus manos para que haga de él lo que quisiere; y así no hay cosa en que mas muestre uno el amor que tiene á Dios que en esto, pues le dá y ofrece todo lo que tiene y todo lo que podia tener y desear, y si mas tuviera y pudiera, todo se lo diera.

El que llegase á tener esta conformidad en-

tera con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas que sucedieren como venidas de su mano, y conformándose en ellas con su santísima y divina voluntad, habrá alcanzado una felicidad y bienaventuranza acá en la tierra, gozará de una paz y tranquilidad muy grande, tendrá siempre un gozo y alegría perpétua en su alma, que es la felicidad y bienaventuranza de que gozan acá los grandes siervos de Dios, porque, como dice el Apóstol: (Rom. XIV, 17.) *Non est regnum Dei esca, et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto.* No está la bienaventuranza de esta vida en comer y beber, y darse á pasatiempos y deleites sensuales, sino en la justicia, paz, y gozo en el Espíritu Santo. Ese es el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos acá gozar. Y con razon se llama esta bienaventuranza, pues nos hace en cierta manera semejantes á los bienaventurados; porque así como allá en el cielo no hay mudanzas ni vaivenes, sino siempre permanecen los bienaventurados en un sér gozando de Dios; así acá, los que han llega-

do á esta entera y perfecta conformidad que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no se inquietan ni turban con las mudanzas de esta vida ni con los varios sucesos que acontecen; porque está su voluntad y corazon tan unido y conforme con la divina voluntad, que el ver que todo aquello viene de su mano, y que se cumple en ello la voluntad y contento de Dios, hace que los trabajos se les conviertan en gozo, y los desconuelos en alegría; porque mas quieren y aman la voluntad de su amado que la suya; y así, á estos tales no hay cosa que les pueda turbar; porque si lo que les podia turbar y dar pena, que son los trabajos, adversidades y deshonoras, toman ellos por particular regalo y consuelo por venirles de la mano de Dios y ser aquella su voluntad, no queda cosa que les pueda inquietar ni quitar la paz y tranquilidad de su alma.

Esta es la causa de aquella paz y alegría perpétua, con que leemos andaban siempre aquellos Santos antiguos; un San Antonio, un Santo Domingo, un San Francisco y otros se-

mejantes. Y lo mismo leemos de nuestro Padre San Ignacio, (Lib. V, cap. 5, vit. S. Ignat.) y lo vemos ordinariamente en los grandes siervos de Dios. ¿Por ventura carecian de trabajos aquellos Santos? ¿No tenian tentaciones y enfermedades como nosotros? ¿No pasaban por ellos varios y diversos sucesos? Sí por cierto, y mas dificultosos que por nosotros; porque á los Santos les suele Dios probar y ejercitar mas con semejantes cosas. Pues ¿cómo estaban siempre en un mismo sér? ¿Con un mismo semblante? ¿Con una serenidad y alegría interior y exterior, que siempre parece que era pascua para ellos? La causa de esto era lo que vamos diciendo, porque habian llegado á tener una conformidad entera con la voluntad de Dios, y puesto todo su gozo en el cumplimiento de ella, y así todo se les convertia en contento: (Rom. VIII, 28.) *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* (Prov. XII, 21.) *Non contristabit justum, quidquid ei acciderit.* El trabajo, la tentacion, y la mortificacion, todo se les convertia en gozo, porque entendian que aquella era la voluntad

de Dios, la cual era todo su contento. Habian alcanzado ya la felicidad y bienaventuranza de que acá en esta vida se puede gozar, y así andaban como en gloria. Dice muy bien á este propósito Santa Catalina de Sena, (en los Diálogos) que los justos son como Cristo nuestro Redentor, el cual nunca perdió la bienaventuranza del ánima, aunque tenia muchos dolores y penas. Así los justos nunca pierden esta bienaventuranza, que consiste en la conformidad con la voluntad de Dios; aunque tengan muchas adversidades, porque siempre dura y permanece en ellos el gozo y contento de la voluntad y contento de Dios, que en aquello se cumple.

Esta es una perfeccion tan alta y tan aventajada, que dice el Apóstol San Pablo, (Philip. IV, 7.) que sobrepuja todo sentido: *Et pax Dei, quæ exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu.* Dice, que esta paz sobrepuja todo sentido, porque es un tan alto y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender

cómo sea posible que un corazón de carne esté quieto, pacífico y consolado en medio de los torbellinos y tempestades de las tentaciones y trabajos de esta vida, Parece eso á la maravilla de la zarza que vió Moisés, (Exod. III, 2.) que se ardía y no se quemaba. Y al milagro de aquellos tres mancebos, que estaban en el horno de Babilonia, que en medio del fuego permanecieron sanos y enteros alabando á Dios. Esto es lo que el santo Job, hablando con Dios, decía: (Job. X, 16.) *Mirabiliter me crucias*. Maravillosamente, Señor, me atormentais, dando á entender, por una parte, el trabajo y dolor grande que padecía, y por otra el gusto y contento que tenía en padecerle, por ser aquella la voluntad y contento de Dios.

Cuenta Casiano, (Cas. col. 22, cap. 13.) que estando un santo viejo en Alejandría cercado de muchedumbre de infieles, que le decían maldiciones, él estaba en medio de ellos como un cordero sufriendo y callando con grande quietud de corazón: escarnecían de él dándole golpes y empujones, y hacíanle otras

gravísimas injurias, y entre otras cosas le dijeron con escarnio, «¿qué milagros ha hecho Jesucristo?» Respondió: «Los milagros que ha hecho son, que estando sufriendo las injurias que me haceis, y otras mayores que fuesen, no me indigne ni enoje contra vosotros, ni me turbe con alguna pasión:» esa es grande maravilla, y una muy alta y aventajada perfección.

De aquel monte de Lacedemonia, llamado Olimpo, dicen los antiguos, y lo trae San Agustín (Aug. lib. de Gen. ad. lit. en el Imperf. cap. 13, et lib. 3, cap. 2, et lib. 4 de Genes. cont. Manich. cap. 15. Lucanus lib. 2 pharsalicæ.) en muchos lugares que es de tan grande altura, que no se sienten allá arriba ni vientos, ni lluvias, ni nubes: *Nubes excedit Olympus*. Ni aun las aves pueden aportar allá; porque está tan alto que sobrepuja esta primera región del aire; y llega á la segunda, y así está allí el aire tan puro y delicado, que no se pueden engendrar ni sustentar en él las nubes, que habian menester aire mas denso. Y por la misma razón no se pueden tener allí las aves, ni aun los hombres pueden vivir allí,

porque por ser el aire tan sutil y delicado, no es suficiente para poder respirar. Y de esto dieron noticia algunos que subian allá de año en año á hacer ciertos sacrificios, los cuales llevaban consigo unas esponjas mojadas, para que puestas á la nariz pudieran condensar el aire, y así respirar. Estos escribian allá arriba en el polvo unas letras, las cuales hallaban al otro año tan formadas y enteras como las habian dejado, lo cual no pudiera ser si llegáran allá los vientos y lluvias. Pues este es el estado de perfeccion á que han subido y llegado los que tienen esta conformidad entera con la voluntad de Dios: *Nubes excedit Olympus, et pacem summam tenet*. Hánse subido y levantado tan alto, han alcanzado ya una paz tan grande, que no hay nubes, ni vientos, ni lluvias que lleguen allá, ni hay aves de rapiña que salteen ni roben la paz y alegría de su corazón.

San Agustín, sobre aquellas palabras: (Aug. lib. 1 de Serm. Domini in Monte, cap. 8. Matth. v. 9.) *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur*, dice, que por eso llama Cristo

nuestro Redentor á los pacíficos, bienaventurados é hijos de Dios, porque no hay cosa en ellos que resista ni contradiga á la voluntad de Dios; sino en todo se conforman con ella como buenos hijos, que en todo procuran ser semejantes á su Padre, no teniendo otro querer ni no querer, sino lo que su Padre quiere ó no quiere.

Este es uno de los puntos mas espirituales y principales que hay en la vida espiritual. El que llegare á tomar todas las cosas que le sucedieren, así grandes como pequeñas, como venidas de la mano de Dios, y á conformarse en ellas con su divina voluntad, de manera que todo su contento sea el de Dios y el cumplimiento de su santísima voluntad, ese tal ha hallado paraíso en la tierra: (Ps. LXXV, 3.) *Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion.* Este tal, dice San Bernardo, (Bern. in sentiis.) podrá con tal seguridad y confianza cantar aquel cántico del Sábio: (Eccli. XXIV, 11.) *In his omnibus requiem quiesivi, et in hereditate Domini morabor.* Porque ha hallado el verdadero descanso y el gozo lleno y

cumplido que nadie se le podrá quitar: (Joan. XVI, 24 et 22.) *Ut gaudium vestrum sit plenum, et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.* ¡Oh si acabásemos de poner todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que nuestra voluntad sea siempre la suya y nuestro contento el suyo! ¡Que no tenga yo, Señor, otro querer ni no querer, sino lo que vos quereis ó no quereis, y que ese sea mi consuelo en todas las cosas! (Ps. LXXII, 28.) *Mihi autem adhaerere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam.* ¡Oh cuán bueno sería para mi alma juntarme de esta manera con Dios! ¡Oh qué dichosos seríamos si estuviésemos siempre tan unidos con él que no mirásemos en todo lo que hacemos y padecemos, sino que estamos cumpliendo la voluntad de Dios, y ese fuese todo nuestro contento y regocijo! Esto es lo que dice aquel Santo: (Thom. de Kemp., lib. 1 de contempt. Mundi, cap. 3.) Aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y trajere á uno, y las viere en uno, podrá ser estable y firme de corazon, y permanecer pacífico en Dios.

Los que ponen su contento en Dios y en su divina voluntad, gozan de un contento y alegría perpétua, porque, como están asidos á aquella firme columna de la voluntad de Dios, participan de aquella inmutabilidad de la divina voluntad, y así están siempre firmes é inmobiles y en un mismo sér; pero los que están asidos á las cosas del mundo y tienen puesto su corazon y contento en ellas, no pueden tener contento verdadero ni durable, porque andan con las cosas y dependen de ellas y así están sujetos á las mudanzas de ellas. El glorioso San Agustin (August. Ps. VII, 45.) declara esto muy bien, sobre aquello del profeta: *Concepit dolorem, et peperit iniquitatem*, dice: *Non enim poterit labor finire, nisi hoc quisque diligat, quod invito non possit auferri*. Tened por cierto, que mientras no pusiéreis vuestro contento en lo que no os pueda nadie quitar contra vuestra voluntad, siempre estareis con pena y con sobresalto.

De nuestro Padre San Francisco de Borja leemos, (Lib. 1, cap. 7, vit. P. N. Franc. de Borja,) que cuando llegó á Granada con el

cuerpo de la emperatriz, al tiempo que hubo de hacer la entrega de él, destaparon la caja de plomo en que iba, y descubrieron su rostro, el cual estaba tan trocado, tan feo y desfigurado, que ponía horror á los que le miraban. Causó esto en él tanto sentimiento, que tocándole Dios el corazon con aquel desengaño tan grande del mundo, propuso firmemente: «Yo os ofrezco, Dios mio, de no servir mas á Señor que se me pueda morir.» Pues tomemos nosotros esta resolucion, que es muy buena. «Yo propongo, Señor, de no poner de aquí en adelante mi corazon en cosa que se me pueda morir, en cosa que se pueda acabar, ni en cosa que otro me pueda quitar contra mi voluntad;» porque de otra manera no podremos tener contento verdadero.

Nam cum ea diliguntur, dice San Agustin (tract. 24, super Joan.) *quæ possumus contra voluntatem amittere, necesse est, ut pro iis miserrimè laboremus*. Porque si teneis puesto vuestro amor y aficion en aquello que os pueden quitar contra vuestra voluntad, claro está que cuando os lo quitaren, lo habreis de sen-

tir. Eso es cosa natural; no se deja sin dolor lo que se posee con amor; y cuanto mayor fuere el amor, tanto mayor será el dolor. Y confirmando esto mismo en otro lugar, dice: *Qui vult gaudere de se, tristis erit*. Si poneis vuestro contento en tal oficio, ó en tal ocupacion, ó en estar en tal lugar, ó en otra cosa semejante, ese contento fácilmente os le podrá quitar el superior, y así nunca vivireis contento. Si poneis vuestro contento en las cosas, ó en el cumplimiento de vuestra voluntad, esas mudanse fácilmente; y cuando ellas no se mudasen, vos mismo os mudais; porque lo que hoy agrada y contenta, mañana os desagrada y descontenta: sino, vedlo en aquel pueblo de Israel, que en teniendo el maná, se enfadaron y pidieron otro manjar; y en viéndose libres, luego tornaron á desear la sujecion, y suspiraban por Egipto y por los ajos y cebollas que allá comian, y desearon muchas veces volverse allá. Nunca tendreis contento si le poneis en esas cosas: *Qui autem de Deo vult gaudere, semper gaudebit, quia Deus sempiternus est*. Empero el que pusiere todo su contento en

Dios y en el cumplimiento de su divina voluntad, ese siempre vivirá contento, porque Dios es sempiterno; nunca se muda, siempre permanece en un sér. Pues: *¿Vis habere gaudium sempiternum?* dice el Santo, *adhære illi, qui sempiternus est.* ¿Quereis tener un gozo y un contento perpétuo y sempiterno? Poned vuestro corazon en Dios, que es sempiterno.

El Espíritu Santo (Eccli. XXVII, 42.) pone esta diferencia entre el hombre nécio y el hombre sábio y santo: *Stultus sicut luna mutatur, homo sanctus in sapientia manet sicut sol.* El nécio múdase como la luna, hoy creciente y mañana menguante; hoy le vereis alegre, mañana triste; ahora de un temple, luego de otro, porque tiene puesto su amor y contento en las cosas del mundo, mudables y perecederas; y así anda al son de ellas, y múdase conforme al suceso de ellas. Anda con la luna, como la mar, es lunático; pero el justo y santo permanece como el sol, siempre de una misma manera y en un mismo sér, no hay en él crecientes ni menguantes. El verdadero siervo de Dios siempre anda alegre y conten-

to, porque tiene puesto su contento en Dios, y en el cumplimiento de su santísima voluntad, que no puede faltar, ni nadie se lo puede quitar.

De aquel Santo Abad, que llaman Deícola, se dice que siempre se andaba riendo, y preguntado por qué, decia: *Christum á me tollere nemo potest*. Sea lo que se fuere y venga lo que viniere, nadie me puede quitar á Dios. Este habia hallado el verdadero contento, porque le habia puesto en lo que no le podia faltar, ni nadie le podia quitar; pues hagámoslo nosotros así: (Ps. XXXII, 4.) *Exultate justi in Domino*, dice San Basilio sobre estas palabras: Advertid que no dice el profeta, que os alegréis en la abundancia de las cosas temporales, ni en que teneis mucha habilidad ó grandes letras y talentos, ni en que teneis mucha salud y muchas fuerzas corporales, ni en que sois muy tenido y estimado de los hombres, sino que os alegréis en el Señor, que pongais todo vuestro contento en Dios y en el cumplimiento de su santísima voluntad, porque eso solo es lo que harta, y todo lo demás no

puede satisfacer ni dar verdadero contento.

San Bernardo, en un sermón que hace sobre aquellas palabras de San Pablo: (Matth. XIX, 27.) *Ecce nos reliquimus omnia*, etc., vá declarando y probando esto muy bien, y dice: *Anima rationalis cæteris omnibus occupari potest, repleri omnino non potest*. Todas las demás cosas, fuera de Dios, pueden ocupar el alma y el corazón del hombre, pero no le pueden hartar; pueden provocar é incitar el hambre, pero no la pueden matar: (Eccles. V, 9.) *Avarus non implebitur pecuniâ*. Como el avariento, dice el Sábio, tiene mucha hambre de dineros, pero por mas que tenga, no se hartará. Y así es de todas las demás cosas del mundo, que no podrán hartar nuestra alma; y dá la razón San Bernardo: (Tract. de Dilig. Deo, cap. 3, in fine.) ¿Sabeis por qué las riquezas y todas las cosas del mundo no os pueden hartar? *Quia non sunt naturales cibi animæ*. Porque no son manjar natural ni proporcionado del alma. Así como el aire y el viento no es manjar natural, ni proporcionado de nuestro cuerpo, y os reiríais si viéreis á un hombre que está

muerto de hambre, ponerse la boca abierta al aire, como camaleon, pensando que con aquello se habia de hartar y sustentar; y le tendríais por loco: así no es menor locura, dice el Santo, pensar que el alma racional del hombre, que es espíritu, se ha de hartar con las cosas temporales y sensuales: *Inflare potest, satiari non potest*. Hincharse puede, como el otro con el aire, pero hartarse es imposible, porque no es ese su manjar. Dadle á cada uno sustento proporcionado, al cuerpo manjar corporal, y al espíritu espiritual: (Bern. super illa Verb. Ecce nos reliquim. omnia.) *Panis namque animæ, justitia est, et soli beati, qui exuriunt illam, quoniam ipsi saturabuntur*. El pan del alma, su manjar natural y proporcionado, es la justicia y la virtud. Y así, solamente los que tienen hambre y sed de esa justicia, serán bienaventurados, porque ellos serán hartos.

El bienaventurado San Agustin, (cap. 30, Soliloq.) declarando mas esta razon en los Soliloquios, hablando del alma racional, dice: *Facta est capax majestatis tuæ, ut á te solo, et*

á nullo alio possit impleri. Hicisteis, Señor, el alma racional capaz de Vuestra Majestad; de tal manera, que ninguna otra cosa la puede satisfacer ni hartar sino Vos. Cuando el hueco y encaje de un anillo está hecho á la medida de alguna piedra preciosa, ninguna otra cosa que pongais allí viene bien ni acaba de llenar el tal vacío, sino solo aquella piedra preciosa,

cuya medida se hizo; y si el hueco es triangular, ninguna cosa redonda le podrá llenar. Pues nuestra alma fué criada á imágen y semejanza de la Santísima Trinidad, con un vacío y un hueco y encaje en nuestro corazon, capaz de Dios y proporcionado para recibir en sí al mismo Dios, y así es imposible que otra cosa pueda henchir y llenar ese vacío sino el mismo Dios. Todo el mundo redondo no bastará para llenarle. (Aug. lib. 1. Conf. c. 1.) *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.* Hicisteisnos, Señor, para Vos, y así no se puede quietar ni sosegar nuestro corazon, ni tener descanso sino en Vos.

Es muy buena comparacion, y que declara

esto bien, aquella comun que se suele traer de la aguja del relojito del sol. La naturaleza de esta aguja, despues de tocada con la piedra iman, es mirar al norte, porque Dios le dió esa natural inclinacion, y vereis qué desasosiego tiene aquella aguja, y qué de veces se vuelve y se revuelve hasta que endereza la punta al norte, y esto hecho, luego párra. Pues de esa manera crió Dios al hombre con esta natural inclinacion á él, como á su norte y último fin; y así, mientras no pusiéramos nuestro corazon en Dios, siempre estaremos como aquella aguja, inquietos y desasosegados. Á cualquier parte del cielo de las que se mueven que mire aquella aguja, no sosiega; y en mirando á un punto del cielo que no se mueve, queda fija é inmoble. Así, mientras pusiéreis los ojos y el corazon en las cosas del mundo, que son mudables y perecederas, no podreis tener sosiego ni contento: ponedle en Dios, y le tendreis.

Esto nos habia de mover mucho á buscar á Dios, aunque no fuese sino por nuestro propio interés; porque todos deseamos tener con-

tento, dice San Agustin: (Ser. 30, de Sanctis.) *Scimus fratres, quod omnis homo gaudere desiderat, sed non omnes ibi quærunt gaudium, ubi oportet inquiri.* Bien sabemos, hermanos míos, que todo hombre naturalmente desea contento y descanso, y lo procura cuanto puede, porque no puede vivir sin él; pero todo el acierto ó engaño de los hombres está en acertar á poner los ojos y el corazón en el verdadero contento, ó en el aparente y falso. El avariento, el lujurioso, el soberbio, y el gloton, todos desean tener contento, sino que el uno pone su contento en tener muchas riquezas, el otro en las honras y dignidades, el otro en comer y banquetear, el otro en sus deleites deshonestos. No acertaron á poner su contento en lo que le habian de poner, y así nunca en ninguna manera lo hallaron, porque todas estas cosas, y todo cuanto hay en el mundo, no basta para hartar el alma, ni para darle contento; y así dice el Santo: (August. de Spirit. et anim. cap. 64.) *Quid ergo per multa vagaris, homuntio, quærendo bona animæ tuæ, et corporis tui. Ama unum bonum, in quo sunt*

omnia bona, et sufficit, desidera simplex bonum, quod est omne bonum, et satis est. ¿Para qué te cansas, hombrecillo, buscando las cosas de acá, si quieres tener hartura y contento? Ama á Dios, y eso basta; porque en él están todos los bienes, y él solo es el que puede hartar y llenar el deseo de tu corazon. (Ps. CII, 4 et 5.) *Benedic, anima mea, Domino, qui replet in bonis desiderium tuum.* Bendito, y alabado, y glorificado sea él por ello, para siempre jamás.—*Ejercicios de perfeccion y virtudes cristianas.* — Ven. P. Alonso Rodriguez.

COMPASION.—Es el tesoro de los atribulados, tesoro que Dios ha puesto como en sagrado depósito en los piadosos corazones de sus semejantes á fin de que estos, participando de las penas de los otros, los hagan á ellos partícipes de los bienes de su caridad.—*Los Séres invisibles.*—Juan Manuel de Berriozabal.

CONSECUENCIAS DEL PECADO DE ADAN.—¡Ay Adan! Padre infiel y prevaricador, ¡con qué condicion tan triste circula tu sangre por nuestras venas! Pecaste, y trasmitiste á tu poste-

ridad el error, la ceguedad, la soberbia, la mentira, el dolor, el trabajo, la muerte, el infierno:::—*Coleccion de varios sermones.*—*Manuel Fortéa.*

CONSEJO.—Las historias divinas y humanas están llenas de ejemplos de los que han acertado por via de tomar consejo, y han echado á perder á sí y á otros por seguir el propio. Si un hombre no sabe, toda razon pide que pida consejo; y si es sábio, el Espiritu Santo dice, *que oyendo el sábio, será mas sábio.* Lo que conviene advertirse es, que tome consejo con el sábio y bueno, pues sabemos haber perdido el rey Roboan de doce partes del reino las diez, por haber seguido el consejo de mozos, y desechado el que le daban los viejos. Un filósofo dijo, y con mucha razon, que la ira y la aceleracion en los negocios son enemigos del buen consejo; y así conviene mucho mirar, que el que ha de ser lumbré de los otros, no tenga él su ojo ciego con la ira; pues el oficio de ella es impedir el conocimiento de la verdad.—*Obras del Ven. Maestro Juan de Ávila.*

CONSEJOS PROFUNDOS DE LA SABIDURÍA DIVINA.—

Yo no extraño que á un corazon soberbio poseído de vanidad, de altivez y de orgullo, y que á un espíritu terreno gobernado por las escasas luces de la prudencia humana parezca cosa baja, desproporcionada y poco digna de un Dios la economía y el orden, que observó la divina Providencia en la reparación del mundo. El mismo San Agustin, ingenio profundo y reflexivo, cuando pasó de las tinieblas del error á la luz de la verdad, no se saciaba de admirar la alteza é incomprensibilidad de los consejos divinos sobre la salud del género humano. En un Dios infinitamente grande no ver mas que humillacion y abatimiento, en un Dios infinitamente rico no ver mas que necesidad y pobreza, en un Dios infinitamente terrible y justiciero no ver mas que paciencia y sufrimiento con cierto deslustre y desdoro de su misma majestad es fuerte tentacion para un espíritu débil; y es menester una fé muy ilustrada para no recibir escándalo de la infamia de su muerte y de la ignominia de su cruz. Pero esto que á los ojos de la carne pa-

rece tan árduo, difícil é impenetrable, es lo mas delicado de la sabiduría divina y lo mas glorioso y mas grande de la religion cristiana. No quiso el Señor de los cielos conquistar el mundo por el rumbo ordinario de las fuerzas criadas: no quiso abrasarle con el fuego, ni sujetarle con la espada, ni convencerle con el arte, ni atraerle con el oro: quiso ganarle con el amor, rendirle con la paciencia y avasallar-le con la cruz. Cuanto los cielos distan de la tierra, tanto distan los caminos de Dios de los caminos de los hombres, y los pensamientos divinos de los humanos pensamientos. La Cruz, esta señal de baldon y de afrenta, la Cruz, esta marca infame y vergonzosa, la Cruz, este leño de oprobio y de ignominia en que quiso morir el Autor de toda santidad y el milagro de la inocencia, fué el medio que escogió la sabiduría infinita para la ostension de su gloria, para la exaltacion de su nombre, para la destruccion del pecado, para la confusion del infierno, para el terror del demonio; y ella es y será eternamente el estandarte real en que deben alistarse todos los pueblos fieles,

la divisa de todos los escogidos y la señal característica de los hijos adoptivos de Dios, herederos de su espíritu y profesores de su celestial doctrina. No permita el cielo, decia el apóstol San Pablo, que yo me glorie en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado conmigo y yo con el mundo. No me vengan los reyes y principes con sus cetros y coronas, ni los sábios y letrados con las producciones de su ingenio, ni los oradores con el brillo de su elocuencia, ni los conquistadores con el terror de sus armas, ni los potentados con el resplandor del oro y la plata: para mí no hay mas majestad ni mas pompa, mas tesoro ni opulencia, mas sabiduría ni mas letras, mas grandeza ni mas gloria que la Cruz de mi Señor Jesucristo, en que están cifrados todos los bienes: sentimientos dignos de un San Pablo, panegirista eterno de la Cruz de Jesucristo.—*Coleccion de panegiricos originales.*—Fr. Vicente Hernandez.

CONSIDERACIONES SANTAS.—Causa de mil gozos espirituales del alma.—*El Incógnito.*

CONSISTORIO DIVINO PARA LA REDENCION DEL
HOMBRE.

Airóse Dios, y en la encendida mano
Presto el rayo nació: la ondosa llama
En puntas sube, y por el aire vano,
Brotando entre los dedos se derrama.
Iba á lanzarlo ya, y el soberano
Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama
De un esplendor de gloria y ambrosía,
Que amor, su faz bañando, despedía.

Cuando al morir los siglos caiga ardiendo
Desde su cumbre el sol, y el régio trono
Sobre su hoguera asiente, y al estruendo
De la trompa y los rayos, en su encono
Lancee los astros al abismo horrendo,
No así parecerá. Dulce patrono
Hora del triste humano, amor le apiada,
Amor le ofrece ante la diestra alzada.

Padre, «dice, (y los cielos la carrera
Suspenden á su voz:) Padre, mi gloria,
¿Tu bella imágen á la saña fiera
Entregas de Luzbel? ¿De su victòria

El impostor se jactará? Él espera
Vengar de su castigo la memoria
Con el castigo del mortal amado,
Objeto dulce de tu excelso agrado.»

«¿Y triunfará el traidor? Piedad inmensa,
Sola piedad y amor; es nuestra hechura,
Es tu hijo el mortal: su grande ofensa
Dá mayor gloria á nuestra gran dulzura.
¡Oh! ¡viva el hombre! Tu poder suspensa,
Y mi poder admira la natura;
Ora admire tu amor: llore el impío
Que sus engaños frustre el amor mio.»

«Sus engaños: osado en su malicia
Pecó el ángel; el hombre seducido
Cayó en dura batalla: su injusticia
Un nuevo crimen de Luzbel ha sido.
Es así, Padre: la eternal justicia
Debe ser aplacada; no, no pido
Que el rayo dejes sin vengar tu nombre.
¡Oh! lánzale en tus iras sobre el hombre;»

«Mas ved el hombre en mí: yo su delito,
Yo he de satisfacer: arde inexhausto
Por salvarle mi amor: seré el precito,
Seré tu maldiccion: ¡oh! sí, el infausto

Viva, yo moriré: venga infinito
Sobre mí tu furor. El holocausto
De mi pasión, ó Padre, tú recibe,
Y sepa el hombre que en mi muerte vive.»

Hablaba el Hijo, y de rosada lumbre
Iluminado en visos aparece
Ledo el iris de paz: sobre su cumbre
Alzada la cruz santa resplandece.
Ante ella la celeste muchedumbre
Se postra silenciosa: desaparece
Súbito el rayo de la eterna diestra,
Y mezclado en su ceño amor se muestra.»

«Hé aquí, Padre, mi triunfo,» el sacro Verbo
Prosigue: «el ara ved en que inmolido
Hostia del mundo, figurado en siervo
Mi sangre verteré por el culpado.
Ó Padre, parto: el sacrificio acerbo
Me espera; parto de tu seno amado
A salvar á los hombres: tú, Dios fuerte,
Recíbelos por hijos en mi muerte.»

«Sea, el Padre responde: así en mi mente
Lo ordené ante los tiempos, cuando ungido
Naciste de mi luz, saber potente,
Por quien los siglos hice. Fuiste oído



En el tiempo agradable. Tú la gente
Congregarás dispersa ; y atraído
Cuanto aquilon y el mar y el austro alcanza,
Del mundo harás conmigo la alianza. »

« Yo Dios, yo lo he jurado. Tú el eterno
Sacerdote serás : serán tu herencia
Los pueblos y naciones ; tu gobierno
Son las lindes del mundo : tú sentencia,
Tú lo juzga. Tu diestra el hondo averno
Postrará ; y el autor de inobediencia ,
En cien cadenas á tu cruz atado ,
Llorará el torpe sόlio derrocado. »

« Cíñete y triunfa : en tu derecha mano
La fortaleza vá : tú el poderoso.
Mueres, sí ; mas mi brazo soberano
Te alzará de la tumba glorioso.
Primicias de los muertos. Este arcano
En medio de los siglos portentoso
Se mostrará al mortal : en tanto llore ,
Y én tristes votos su salud implore. »

El Altísimo dijo : y dentro el seno
Lazado el Verbo y el Amor divino,
En su almo rostro de cariño lleno
Al hombre anuncian su feliz destino.

Depuso la justicia el raudó trueno
Que al brazo vengador sirve continuo,
Y abrazó á la piedad, que en blando sello
El lábio imprime en su semblante bello.

Y «Santo, Santo,» en himno de alegría
Los serafines claman: á tí gloria,
Gloria al Dios Sabaot. La frente impia
Del dragon tú domaste: la victoria
Es el asiento de Jehová. ¡Oh! envía
Á tu Cristo, y el hombre la memoria
De tus piedades con eterno canto
Celebrará bañado en dulce llanto.»

Poema de la Inocencia Perdida.—*Félix José Reinoso.*

CONSUELO.—Buscar el corporal y espiritual
de nuestros semejantes, es abrírnos las puer-
tas de la gloria.—*Cartas cristianas.*—*Fr. Pe-
dro Aréso.*

CONSUELOS DIVINOS.—Vientos saludables para
las almas, que por sus culpas estaban confu-
sas, temerosas y afligidas.—*El Incógnito.*

CONVERSION DEL MUNDO.—Es el mayor de los
milagros, por razón de concurrir en ella tales

circunstancias, que cada una bien considerada era por sí un verdadero milagro y una grande maravilla.—*Ven. Granada.*

CONVERSION DEL PECADOR.—Entre las maravillosas obras con que se ha manifestado á los hombres el poder infinito del Señor, ninguna mas grande, mas magnífica, mas propia de aquel poder ilimitado é inagotable que la conversion del pecador. La creacion del cielo con todos sus brillantes astros, la de la tierra con sus plantas, el alumbramiento de los ciegos, la soltura de los cojos, la limpieza de los leprosos, y aun la resurreccion de los muertos no son obras que igualan, en magnificencia y asombro, á la conversion del pecador: *Majus opus est*, dice San Agustin, *ut ex impio fiat justus, quam creare cælum et terram*. En todas las obras de la creacion no encontró el Señor dificultad alguna, ni quien pudiese resistir á su poder: no pudo oponérsele la nada á que de ella sacase los cielos y la tierra; ni el agua cuando de ella sacó los peces; así todo lo hizo como por placer y jugando, segun la expresion de la Santa Escritura: *Delec-*

tabar ludens (Prov. VIII, 50.) No pudo tampoco resistirse el agua á que fuese convertida en vino, ni aun la muerte á dejar en libertad á Lázaro, despues de haberle tenido cuatro dias en el sepulcro. Pero en la conversion del pecador ha de obrar el Señor en el corazon humano, que le resiste y se rebela con increíble dureza y obstinacion, rebatiendo con porfiada terquedad los golpes de su poder y misericordia.—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

CORAZON.—El pacífico y reposado es templo vivo y morada de Dios.—*Ven. Granada.*

CORAZON HUMANO.—No ha de pegarse á las riquezas mundanas.—*El Incógnito.*

CORAZON HUMANO.—No ha de haber en él Dios que lo sea de ayer acá, sino Dios que siempre lo es, fué y será para siempre.—*Recuerdos para la vida cristiana.*—*El Incógnito.*

CORAZON HUMANO.—Tierra, en que la palabra divina se siembra para que fructifique.—*El Incógnito.*

CORAZON HUMILDE.—Todas las aguas de los montes generalmente corren á los valles; y

todas las gracias divinas á los corazones humildes.—*Ven. Granada.*

CORAZON PURO.—Espejo de mil perfecciones.
—*El Incógnito.*

CORDERO. (Nombre de Cristo.)—El nombre de Cordero, de que tengo de decir, es nombre tan notorio de Cristo, que es excusado probarlo. Que quien no oye cada día en la misa lo que refiere el Evangelio haberle dicho el Bautista, Joan I, 29: *Este es el Cordero de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo.* Mas si esto es fácil y claro, no lo es que encierra en sí toda la razon de este nombre, sino escondido y misterioso, mas muy digno de luz. Porque Cordero pasándolo á Cristo dice tres cosas, mansedumbre de condicion, y pureza é inocencia de vida, y satisfaccion de sacrificio, y ofrenda, como San Pedro juntó casi en este propósito hablando de Cristo, I, cap. II, v. 22, 23, 24. *El que, dice, no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca, que siendo maldecido no maldecia, y padeciendo no amenazaba, antes se entregaba al que le juzgaba injustamente; el que llevó á la cruz sobre sí nuestros pecados.*

Cosas que encierran otras muchas en sí, y en que Cristó se señaló, y aventajó por maravillosa manera. Y digamos por sí de todas tres. Pues cuanto á lo primero, Cordero dice mansedumbre, y esto se nos viene á los ojos luego que vimos Cordero, y con ello la mucha razon, con que de Cristo se dice por el extremo de mansedumbre que tiene así en el trato, como en el sufrimiento, así en lo que por nosotros sufrió, como en lo que cada dia nos sufre. Del trato Isaías decia, XLII, 4: *No será bullicioso, ni inquieta, ni causador de alboroto.* Y él de sí mismo, Matth XI, 29. *Aprended de mí, que soy manso y de corazon humilde.* Y respondió bien con las palabras la blandura de su acogimiento con todos los que se llegaron á él por gozarle, cuando vivió nuestra vida, con los humildes humilde, con los mas despreciados y mas bajos mas amoroso, y con los pecadores, que se reconocian, dulcísimo. La mansedumbre de este Cordero salvó á la mujer adúltera, que la ley condenaba, Joan VIII, 14, y cuando se la puso en su presencia la malicia de los fariseos, y le

consultó de la pena, no parece que le cupo en la boca palabra de muerte, y tomó ocasion de faltarle acusador para absolverla, pudiendo solo él ser acusador, y juez y testigo. La misma mansedumbre admitió á la mujer pecadora, Luc. VII, 38, é hizo que se dejase tocar de una infame, y consintió que le lavasen sus lágrimas, y dió limpieza á los cabellos que le limpiaban sus piés. Esa misma puso en su presencia los niños que sus discípulos apartaban de ella, Matth. XVIII, 2; y siendo quien era dió oídos á las largas razones de la Samaritana, Joan IV, y fué causa de que no desechase de sí á ninguno, ni se cansase de tratar con los hombres, siendo él quien era, y siendo su trato de ellos tan pesado y tan impertinente, como sabemos. Mas qué maravilla que no se enfadase entonces, cuando vivia en el suelo, el que ahora en el cielo, donde vive tan exento de nuestras miserias, y declarado por Rey universal de todas las cosas, tiene por bueno de venirse en el sacramento á vivir con nosotros, y lleva con mansedumbre verse rodeado de mil im-

pertinencias y vilezas de hombres, y no hay aldea de tan pocos vecinos, á donde no sea casi como uno de sus vecinos en su iglesia, á donde no tengamos casi como uno de ellos en su iglesia á nuestro Cordero, blando, manso, sufrido á todos los estados?—*Nombres de Cristo.*—*Fr. Luis de Leon.*

CORRESPONDENCIA AL LLAMAMIENTO DIVINO.—

Considera tres géneros de hombres, unos desean seguir á Cristo y alcanzar su salvacion, pero ni quieren desprenderse de las cosas que les embarazan este fin, ni abrazar los medios y caminos por donde Dios quiere que le consigan. Estos son como el enfermo que desea su salud, pero no quiere tomar los remedios convenientes, ni abstenerse de los manjares nocivos. Otros hombres desean tambien su salvacion; pero no por los medios que Dios quiere y les inspira, sino por los que ellos escogen. Cristo les dice que le sigan renunciando al mundo, y ellos le quieren seguir abrazándose con las cosas del mundo. Cristo les llama por este camino, y ellos porfían que ha de ser por otro; engañándose con decir, que tambien es

bueno, como si Dios hubiera de obedecer á su voluntad, y no ellos á la voluntad de Dios. Estos son semejantes al enfermo, que tambien desea su salud, pero no quiere tomar los remedios que el sábio médico ordena, sino los que él ha oido que son buenos, ó los que mas se conforman con su gusto. Hay en fin otros hombres, verdaderamente deseosos de su salvacion, los cuales con toda resignacion é indiferencia se arrojan en los brazos de Dios, dispuestos á dejar ó retener todas las cosas que poseen con igualdad de ánimo, y dispuestos á seguir á Cristo por cualquier camino que reconocieren es de su mayor agrado y gloria. Estos se parecen al enfermo que deseoso de su salud se pone en las manos del médico, con resolucion de ejecutar lo que ordenare por mas desabrido y penoso que sea. De estos tres géneros de hombres, los dos primeros tienen mala disposicion para oir la vocacion de Dios, y solos los terceros la tienen buena, y pueden confiar que no les faltará la providencia divina en regirlos por sus ilustraciones, para que descubran, acierten y sigan el ca-

mino y modo de vivir por donde quiere se salven. Como al contrario los otros se exponen á grandísimo riesgo resistiendo al beneplácito divino, y desmereciendo aquellos auxilios y favores singulares, con que socorre Dios á los que obedecen á sus llamamientos para que consigan su último fin.

Esto supuesto, volveré los ojos hácia mí mismo, y consideraré á qué clase de estos hombres pertenezco. Si estoy indiferente y resignado para conformarme con la inspiracion divina, ¡oh qué dicha es la mia tan grande, pues tengo á Dios tan obligado y empeñado en mi acierto! Él se hará piloto de mi navecilla, para que corra segura en el mar de esta vida, y llegue con felicidad á salvamento. Pero si quiero seguir mi voluntad y conveniencia, si no me resuelvo á escoger la senda que me descubriere y señalarle la inspiracion divina, sino gobernarme por mi gusto propio; ¡oh qué riesgo! ¡oh qué contingencia! ¿Qué importa desee mi salud eterna, si no quiero usar las medicinas que me ofrece el médico celestial? ¿Qué importa escoja los medicamen-

tos que á mí me parecen buenos, si no creo á quien sabe ciertamente cuáles son para mí los mas convenientes? Ceguedad es no seguir á quien no puede errar el camino; locura es guiarse un ciego por otro ciego. Pues si me reconozco ciego, ¿cómo me atrevo á guiarme por mí mismo? Si en Dios no cabe yerro alguno, si me ama mas que yo á mí propio, si desea ardentísimamente mi salvacion, si para esto me crió y derramó su preciosa sangre, ¿cómo no me dejó llevar de sus inspiraciones? ¿Cómo no me pongo enteramente en sus manos? ¡Oh Señor! Yo digo desde ahora de todo mi corazon con vuestro Apóstol: *Domine, quid me vis facere?* Señor, ¿qué quereis de mí? Aquí estoy pronto para seguir vuestro llamamiento; decidme Vos lo que debo hacer para agradaros, que aquí estoy dispuesto para conformar mis pasos con vuestra divina vocacion: *Doce me facere voluntatem tuam.*—*Ejercicios de San Ignacio.*—*P. Francisco de Salazar.*

CORTE DEL CIELO.—Mansion de inocencia, y á do se admite la penitencia santa.—*El Incógnito.*

CRECIENTES DE MALICIA.—Pronóstico de la
venida del juicio.—*El Incógnito.*

CREDIBILIDAD DE NUESTROS MISTERIOS. —Está
fuera de controversia, dijo el Padre, que la
razon, esa razon sublime á la par de orgullo-
sa, no abarca el cómo de los misterios, don
de luz y sabiduría del Eterno, el cual mora en
una luz inaccesible (I. Timot. VI, 16), á cuyo
tabernáculo ciñen tinieblas al derredor (Ps.
XVII, 12.) ¿Serian dogmas misteriosos, si fue-
se llano y óbvio el acceso á su esencia? ¿Qui-
siérase patentes las páginas del libro de siete
sellos? ¿Viajar con sol y mapa individual en
el mundo del infinito? ¿No hallar *hasta aqui*?
En vano es, pues, exigir esta demostracion
agena de la cordura; porque no es la propia de
su naturaleza, por lo mismo que sobrepujan al
discurso. La índole ó carácter constitutivo de
un misterio la excluye de sí mismo; y no por
ello está autorizado el filósofo, que vá acorde
con las buenas reglas del pensar, para decla-
mar sobre el defecto de demostracion. Mejor
dijéramos que hay en él en hecho de verdad
falta de ojos sanos y de sábia lógica. Pues

Locke dijo: «La fidelidad de Dios es una demostracion de todo cuanto revela, y el defecto de otra demostracion no hace dudosa una proposicion ya demostrada.» Y en buena filosofia el blasfemar del espíritu de Dios, el sospechar que su palabra no es fiel, ¿es voz de la razon cuerda y pundonorosa? La demostracion excluye la duda, cualquiera que sea la via que nos conduzca á un problema de todo punto resuelto: en siendo una cosa demostrada, no sé qué nombre dar á quien pide que se demuestre de otra manera. De hecho: ¿será cordura requerir siempre la prueba de la prueba, á la manera de Pirron? Á propósito San Agustin: «¿Negarse ha lo paladino porque escóndese lo incomprensible? ¿Diremos que no es así lo que ser así vemos, á causa de que no alcanzamos por qué es así?» (De dono persever, II, 14.) Repitámoslo: ¿negaráse que existe una arca porque está cerrada, no se tiene la llave, y se ignora lo que hay dentro?

Los arcanos de la naturaleza no son sobre el poder y fuerzas de la razon: en medio de eso no hay fisico, que no discurra al igual del

eristiano. ¿Quién ha comprendido, cuanto menos demostrado, el cómo y el por qué de un sin fin de fenómenos y de maravillas? Pero la experiencia y los sentidos demuestran su verdad: otra demostracion no es necesaria. Pléguenos sobre esto oír lo que escribe Degerando, el cual hace gala de filósofo. Palabras suyas son: «La filosofía especulativa se precia de explicar el por qué de cada cosa, y de no admitir ninguna verdad que no se halle en estado de demostrarla por el razonamiento. Pero esta pretension es ilusoria, y al formarla ha exagerado sus propias fuerzas extraordinamente... Lejos de que lo que basta para hacernos comprender una cosa, baste para hacerla existir, lo cual establece á nuestros ojos su demostracion, no es por esto solo la razon de su existencia: este es un error bien comun á los filósofos, y con todo se ha reconocido muchas veces que es el que hace confundir la razon de demostracion con la razon de existencia.» Bacon y Descartes, Newton y Leibnitz por demás tentaron profundizar los secretos escondidos en la majestad de la naturale-

za, siempre mar insondable; mas ¿cuándo dudaron de su verdad auténtica? Es, pues, fuerza confesar que la misma luz de la razon distingue dos diversas demostraciones, y requiere dos distintas respuestas para estas cuestiones? «¿Es una cosa? ¿Cómo es?» Así, pues, en los misterios de la revelacion: así en las mas de las cosas, que trabajan al espíritu de teoria. El *qué* y el *por qué* no son sinónimos: aquel está bajo mis ojos, y este es sobre mis fuerzas. Pregúntaseme, por ejemplo: ¿Es Dios uno en esencia y trino en personas? Y yo digo: lo es; porque lo ha revelado el Soberano, que está en los cielos. Hé aquí el *qué* sujeto á la luz de la prueba y á la vista del ojo. Vuélvese á preguntarme: ¿cómo es eso? Ya doy otra respuesta: no lo sé, digo, eso es sobre mi ciencia, está mas allá de donde yo veo, y cierto sé que dijolo Dios. Hé ahí el *por qué* cerrado con siete sellos, que toca al mundo de lo invisible, y constituye una sabiduría infinita, sin antes ni despues. Pues dijolo Dios, ¿son menester mas caracteres ni elementos? ¿Y por qué se me sojuzga á la autoridad, y no se me

dá la ciencia? Porque la ciencia es de Dios, y la fé del hombre: Dios no cree, sino que sabe; el hombre no sabe, sino que cree. Preguntarase todavía: ¿Y por qué Dios hizo hombre al hombre, y no le hizo Dios? Quizá el orgullo irá hasta aquí. Dejémosle allá, y hagamos otra observacion á la cuenta sensata: las objeciones contra los misterios, aun dado que fuesen mayores, mas indisolubles y de fuerza como inefable, ¿qué prueban? ¿Que son imposibles, contradictorios, absurdos? No: esta cuestion es ociosa y sofistica: por que si Dios lo dijo, no hay contra Dios razon concluyente, ni verosímil, ni probable. ¿Que Dios no lo dijo? Ya venimos á otro problema, único de análisis y razonamiento, á saber, el hecho de la revelacion. Vé aquí lo que debe ser inteligible, claro, luminoso y asentado en tan grandes pruebas cuales la mas escrupulosa filosofia pueda requerirlas. Examinémoslas, iremos cuando os plazca á este gran problema de ciencia y salud, y no confundamos dos cuestiones en una. Porque si Dios lo dijo, como advierte San Casiano, su palabra

es razon soberana. (De incarnat. IV, 6.)

Aqui me replica la altanera razon de la inquieta curiosidad. Pues yo no lo creo, porque no lo comprendo. ¡Qué irreflexion! ¿Por ventura no es lo comprensible objeto de ciencia, y no de fé? Fé y ciencia no son lo mismo; y la ciencia, en el sentido en que se discute, es tan extraña al hombre religioso como la fé al hombre matemático. Este sabe, aquel cree: para saber, fuerza es que conozca el por qué y el cómo; para creer, bástale que sepa cuánta es la autoridad, la ciencia, lo infalible de la palabra de Dios, que es la gran basa de la fé, y la razon mas que máxima de la certidumbre. La palabra de Newton, de Galileo, de Kleper, de Leibnitz, de Euler y de otros, todos grandes nombres en la historia del entendimiento humano, todos héroes de muy altos hechos, no es ni la columna de la ciencia; porque esta consiste en el cómo y el por qué. ¿Qué sabrá quien no conozca mas que el mero hecho de lo que han dicho ilustres matemáticos é insignes físicos? Por cierto nada: ¿qué conmigo la autoridad en lo que yo puedo

entender y abarcar acabadamente? La fé tendrí en vez de la ciencia. Por el contrario, ¿creeráse bien sobre la palabra de Dios? Claro está que sí; porque es la verdad misma, porque es quien solo sabe, porque para constituir autoridad es infalible. Así disciplinado el hombre creerá y no comprenderá; porque Dios no le hizo para saber sino para creer. Por lo demás en otro sentido muy verdadero la fé es una ciencia cierta, segura, agena de error aun posible, mas sábia que las demostraciones geométricas; y un creyente es un sábio, sí, sábio, tanto que la fé es don y luz de Dios. Por eso dijo San Agustin que los ojos de la fé, claros y perspicaces, á nadie engañaron. Á nadie; porque como nota Tertuliano, en la enseñanza de Dios todo está. (De Anim. n.º 2.) Todo: ¿qué sabemos nosotros en paralelo con el gran Sábio? Meditad estas palabras de Fontenelle: «Si inteligencias superiores al hombre tienen así mismo un progreso de conocimientos, vuelan cuando nosotros rastreamos, suprimen los intermedios que no recorremos sino llevándonos lentamente, y con trabajo

»desde una verdad á otra contigua.» (Elog. de Newton.) ¿Qué no dijera de la inteligencia soberana?

Vuelvo á la razon: su derecho inviolable es, á la verdad, examinar si se demuestra creible lo que se ordena creer: donde hay fé, hay por necesidad impenetrable oscuridad de la esencia. Este razonamiento es universal: la filosofía, mal grado de su orgullo, le ha juzgado legítimo. Degerando, no sospechoso por misticidad de ideas, ha dicho: «Una de las necesidades mas imperiosas del espíritu humano es el poder darse razon del *porqué* de cada cosa: no le sufraga saber que es tal ó tal, quiere saber tambien lo que la hace ser así. Pero no tiene esta ventaja con respecto á las verdades de observacion. Una experiencia se explica á lo mas por otra experiencia; empero es preciso siempre reposar en último analisis en experiencias que no se explica, y que admitidas son como datos.» Y en otra parte dijo: «Si este hecho es exacto, constante, universal, si este hecho es primitivo, no solo es inútil sino absurdo preguntar el *por-*

«*qué* y el *cómo*, á causa de que no tenemos
ningun dato para explicarle.» Pues si el es-
píritu filosófico procede así, ¿qué extraña no
poder investigar el *porqué* de verdades, que
están fuera de su territorio? Y «en nociones
de experiencia, insinúa San Gregorio el Gran-
de, ¿á qué la fé?» (Homil. XXVI. in Evang).
Y San Ambrosio: «¿la fé se quiere donde no
cabe duda?» (I. de Sacram). San Atanasio
responderia: «No cabe la fé en cosa conocida
por evidente.» (De salut. adv.) Por último
muy bien escribe San Agustin: «Creemos
para que conozcamos, no conocemos para
que creamos; porque ¿qué es fé sino creer lo
que no ves? (Trac. XL. in Joan). Acerca de
lo cual entiéndase bien que yo no cito San-
tos Padres como autoridades decisivas en la
disputa: lo que yo traigo es sus razones sola-
mente.

Por donde entre el incrédulo y el creyente
esta es la suma del juicio en la accion y
excepciones: «Eso es imposible.—¿Y si Dios
ha dicho que es ó lo será?—Eso es absurdo.
—¿Y si Dios lo dijo?—Lo absurdo é imposible

no lo dijo Dios.—¿Y si lo dijo? ¿Será entonces ni absurdo, ni imposible? De suerte que el uno se remonta á la teoría ó derecho de lo que no puede saber; y el otro se fija en el hecho, que está á sus alcances y va con sus fuerzas.

Todavía conviene que aleguemos contra la filosofía sus mismas palabras. Despues de Bayle, despues de Rousseau y despues de Voltaire, ha escrito Juan Delisle de Sales páginas llenas de hiel y veneno contra los misterios religiosos: ¿y qué? ¿no ha dicho lo mismo que yo? «En casi todas las cuestiones de la metafísica, dice, es forzoso limitarse á decir: *esto existe*. En cuanto al *cómo*, vé aquí el escollo de los filósofos; porque, con nuestros cinco sentidos y nuestra débil inteligencia, no nos ha sido dado profundizar en la esencia de los seres... El *cómo* de todo lo que existe será siempre el escollo de nuestra ignorancia... Dios nos ha dado el gran libro de la naturaleza; pero ha quitado el frontispicio y los títulos... No hay sino el Sér de los seres, que sepa el *porqué* de todo lo que exis-

»te... Parece que existe en nosotros una sustancia que razona, esencialmente opuesta á la sustancia que digiere; el mecanismo de su union nos es totalmente desconocido: hé aquí el gran problema de la naturaleza, cuya solucion es el hombre; pero Dios nos ha escondido el método.» Todos estos pasages se hallan esparcidos acá y allá en la *filosofía de la naturaleza*; y en sustancia, ¿no es lo mismo que digo yo á los ojos de la buena lógica? Porque Dios ha quitado tambien el frontispicio y los títulos del gran libro de sus misterios, nos ha escondido el método de resolver el profundísimo problema de su esencia, y se ha reservado la ciencia del *cómo* y del *porqué*.

Por otra parte, si hay misterios en la Religion cristiana, hay fuera de ella enigmas muy insensatos, hay absurdos, hay espantosos abismos de oscuridad. ¿Cuál será, pues, la voz de la razon sensata y tranquila? ¿Erraremos la cuenta si decimos que, aun saltando por los problemas á pié ligero como quien camina por entre hoyos, es debida la preferencia á los misterios del Cristianismo, los cuales en

cuanto misterios tienen en su apoyo la demostracion de verdad, que les es necesaria? «Las »contradicciones y los abismos de la impiedad, decia Massillon, son todavía mas incomprendibles que los misterios de la fé: la »razon tiene menos recurso para sacudir todo »yugo que para obedecer y someterse.» El católico anuncia la espiritualidad del alma, aun aislándola de toda prueba metafísica; y el filósofo la desecha porque no comprende la naturaleza del espíritu, porque la ignorancia de su sér inquieta al génio de ir muy adentro de las cosas: ¿no es mas vigoroso el razonamiento de quien dá en fianza la Divinidad? Dispensemos una ojeada de reflexion al dogma de la creacion de los séres, ceñido á que Dios, de suyo sábio y omnipotente, en un momento sacó la máquina del mundo de no ser á ser. ¿Qué hay en ello? Un gran Sér solo, un gran Poder, que es fuerza haya: ¿y ha de llamarse desatinado ó quimérico, porque no se pliega á la teoría? Pues ahora invoquemos la ayuda de esa razon tan decantada, que ni conoce los adentros ni los afueras del

hombre, ni su cuerpo ó estuche; sustituyamos á los dogmas revelados la corporeidad y aniquilamiento del alma, y la eternidad ó del mundo ó de la materia, hermoseadas con las galas y joyas de la elocuencia ó poesía; porque no hay medio, ó el alma es espíritu ó es cuerpo, ó el mundo y la materia tuvieron principio ó son dos cosas increadas. Y ¿será cuerdo sustituir á la incomprendibilidad de los misterios la contradicción de los errores? ¿Es gloria del filósofo derrocar unas ideas impenetrables al discurso, aun considerándolas bajo relaciones puramente humanas, edificando otras absurdas? Pues ¿qué, si la revelación se muestra al espíritu revestida de pruebas, que sobreviven al sofisma? Tanto que Luis Vives, el sábio de España, no titubeó en decir que sus razones son muchas, victoriosas, mas y de mas valor y firmeza que aquellas, con que los grandes nombres en filosofía constituyeron los principios inmutables de las ciencias (De verit. fid. Christ. I, 4.) ¡Ay de la razón, si suprime un solo misterio, aquel, que mas disonante parezca á sus ojos! Por cierto tenga

que se verá forzada á abrir el paso á las mas desbaratadas opiniones; porque, como observa bien Fenelon, entre el catolicismo y el ateismo no hay medio razonable. ¡Terrible idea á la verdad, pero accesible á la evidencia! Pues repelamos la revelacion en todo ó en parte: entonces, qué error, qué absurdo, qué delirio halla en la endeblez de la razon la resistencia necesaria? ¿Está el espíritu de suyo curioso y ávido de saber, dotado de una gran fuerza de proyeccion? En verdad que yo no me asombro de que el entendimiento de hombres, por otra parte perspicacísimos, haya sufrido la presion de grandes errores cuando el sol de inteligencia no ha salido sobre ellos; porque apagad la luz de la revelacion, y ahí teneis al hombre caminando á oscuras en la inquisicion de verdades sublimes ó escéntricas á sus alcances: errante de desvarío en desvarío, será el esclavo de todos los errores, de todas las sandeces, de todas las paradojas. Ese hombre, que no sabe hacer un mosquito, la echa de arquitecto, y fabrica mundos á expensas de su buen juicio. Él vacila, flota, vaga, hoy juzga

de una manera, mañana de otra, y su última opinion es siempre la cierta y la infalible. Todavía su razon, á decirlo con Montagne, ó sea la apariencia de discurso, es como instrumento de plomo, dúctil, maleable, y á propósito para todos los contornos y todos los cortes. (Essays, II, 42.) Por el contrario, el entendimiento del católico abunda en fuerza de repercusion contra los errores, sin energía ni robustez para avasallarle. Admitid solo la existencia de Dios: Clarke y Pascal han observado que de consecuencia en consecuencia sereis compelido, á viva fuerza de razonamiento, á admitir la religion cristiana en todos sus dogmas.

Adelantemos mas: ¡qué inmensa distancia de la religion á la filosofia! Aquella es la tierra de Jessé, donde siempre hay sol; esta la de Egipto, donde siempre hay noche. (Exod. X, 21, 22, 23.) En aquella calla la razon, porque Dios habla; en esta delira la razon, porque no hay quien la instruya. «Contra el Señor no hay sabiduría, no hay prudencia, »consejo no hay.» (Proverb. XXI, 30.) ¡Y tanto confia la razon, endeble cuanto orgullosa,

en sus propias fuerzas! ¿Cómo es que no advierte que el microscopio del alucinamiento las agranda excesivamente? ¿Cómo no echa de ver que no es insensato inmolar sus ideas, á veces débiles, á veces oscuras, en homenaje de la Razon soberana y autócrata? Cosa es de admirar: el hombre, sér de horas, él mismo arcano, lleno de orgullo y de altanería, llama en la beodez de su espíritu absurdos á los misterios de la revelacion, que son ciencia y luz. Él á Dios juzga, á su señor, á su rey: ¡á Dios! ¿Hallóse en su gabinete? ¿Aventájale en sabiduría? Allá dije luz: ¿y qué cosa mas loca, por ejemplo, á juicio de la filosofía, que el pecado original? Es fábula, es quimera, es sandez ante el filósofo. Esto no obstante, para el cristiano es un destello de luz que le esclarece: es una profunda filosofía, que le instruye. Hé aquí un enigma, que explica todo, y sin el cual nada se explica. Sin este misterio, á lo que insinúa Pascal; es el mismo hombre un misterio mas incomprensible; porque el nudo de nuestra condicion toma sus pliegues y sus vueltas en este abismo. ¿Quién me dirá

sin él la causa de las contrariedades que experimenta en sí, quizá todavía no bien bosquejadas por Montagne, Charron, Pascal y Lamennais, que por cierto no han visitado todos los rincones, antecámaras y trascuartos del hombre, si decirlo así es lícito? Siglos há que ingeniosos filósofos, ignorantes de nuestra primitiva degeneracion, trabajan en valde para explicar el enigma de la grandeza y bajeza del hombre: ¿qué saben? ¿qué adelantan? Dicen unos: la dignidad del hombre le hace Dios. Asientan otros: la miseria del hombre le hace bestia. ¿Qué es, pues, Dios ó bruto? Recuerdo lo de Ciceron: «Sueños no de quien enseña, sino de quien codicia.» (Acad. Quæst. IV, 58.) Vives en su buen juicio se corria de considerar al hombre, porque veia en él un monstruo vario, de muchas formas, cruel, importuno, horrible, á quien era preciso reprimir y domeñar. (De concord. et discord. IV, 3.)

Yo desafío al mas sublime pensador á que enseñe, sin admitir la caída de Adán y la mancha primitiva, ¿cuál es el principio de

tantas y tan extrañas contradicciones? ¿Cuál la causa de que el hombre todo no sea mas de una enfermedad, como decia Hipócrates? ¿De dónde provienen nuestros dolores, nuestras desdichas, nuestras lágrimas, la amargura del justo, el triunfo del inicuo, la adhesión al vicio siempre afeado por una voz clamorosa, que nos llama á la virtud? ¡Á la virtud! ¡y luces, que nos elevan hasta el ángel, nos hacen patentes ruines inclinaciones, que nos bajan hasta la bestia! ¿De dónde la lucha perpétua é intestina entre el entendimiento y la voluntad? ¿De dónde el espantoso divorcio de la razón y la concupiscencia? ¿Qué es una voluntad rota y debilitada, si se dá decirlo con los Padres de Trento? Porque el hombre quisiera querer, no sabe lo que quiere, quiere lo que no quiere, y no quiere lo que quiere, como se explica el conde de Maistre, y hace el mal que aborrece; y no hace el bien que ama. ¿Qué significa el interior presentimiento de que hay en nosotros un principio de excelencia y dignidad, asemejada á la de un palacio derruido, cuyos altos pórticos, magníficas co-

lumnatas, excelsas galerías, suntuosas torres, mármoles y jaspes yacen entre polvo y escombros? Hé aquí la prueba de grandeza junta á miseria, de derechos sublimes y de baja degradacion; pues ni aun poseemos la triste dicha de ignorarlo y no presentirlo.

¿Y qué es de pensar de la suspirada rehabilitacion en un estado de perfeccion acabada, que nos hace desear la continúa tendencia hácia una bienaventuranza ideal acá abajo? ¿Qué del codicioso deseo de saber? ¿De esa incesante gravitacion hácia las regiones de la luz? Por donde no me pasmo de que Séneca pensase ser mejor aprender cosas inútiles que nada. (Epist. LXXXVIII). El hombre es de suyo disciplinable, curioso y avidísimo de toda ciencia; mas ¿quién le enseña bien? ¿Qué es un espíritu pedagogo, institutista y disciplinador? Pregúntese á Degerando, á Adry y Bonald, que nos han dibujado en boceto el cuadro de la filosofía. Acerca de los capitales problemas, en que se ocupa el ingenio tres mil años há, desde Tales y Pitágoras hasta Kant y Destutt-Tracy, ¿qué hemos adelanta-

do? ¡Cuánto hombre, cuánta opinión, cuánto delirio, cuánto escándalo! Nadie ha despejado la incógnita; y si antes cansó la filosofía, hoy excita ascos y náuseas. Seamos ingenuos: el mal de la doctrina incierta, perpleja, vária, movediza y errante, es gravísimo; los paliativos dañan, el remedio urge, y sino le aplica la Religion, moriremos de estupidez. Porque ¿qué es nuestra ciencia, nuestro espíritu, nuestra razon? ¡Ay que somos vagos en las ideas, flotamos en las dudas, y estamos encerrados dentro de los mas estrechos límites del conocimiento! ¡Ay de la ciencia humana, causa de errores y extravíos! Cuantos objetos nos rodean nos convidan á la contemplacion de Dios: vamos á contemplarle, y estos mismos objetos, estas sombras de bien, estos vapores, esta nada nos atormenta, nos descarría, nos mantiene en apartamiento del solo Sér. La ciencia termina en la duda, la razon se abisma en el orgullo. ¿Qué sabemos? ¿Qué penetramos? ¡Ah que la razon, á desgrado de su soberbia, ha menester de maestro que la dirija! «Un antiguo decidor, á lo

» que escribe Saint-Réal, dijo que los dioses
» habian bebido mucho nectar cuando hicieron
» al hombre, y que cuando miraron á sangre
» fria su hechura no pudieron contener la risa.
» Mas dejémonos de donaires: dudo que en un
» mismo sujeto puedan hallarse contradiccio-
» nes mayores ni mas clásicas. (Traité de
philos. II.)

No apartemos tan pronto los ojos de las contradicciones del hombre. ¡Qué grandeza la suya! Apenas hay punto en el espacio que su imaginacion no señoree: vano y ardidoso osa conquistar la region de lo porvenir, peregrina en el país de lo pasado, é invade la esfera de la posibilidad. ¡Qué osada elevacion! Arquimedes anhela tocar la extremidad de una palanca para remover el universo; Descartes pide materia y movimiento para crear mundos; Locke traza un nuevo sentido; y el Rey castellano D. Alonso, si fuere cierto lo que de él se murmura, aspira á dar consejos al Arquitecto de los séres: hé aquí blasfemias horribles que prueban sin embargo la dignidad del humano espíritu. Hasta en los mismos er-

rores está sellada su grandeza. Preguntad á los otros séres si son capaces de formar un sistema absurdo, sin antes, sin despues, sin trabazon ni verisimilitud. Preguntadles si montarán como Pitágoras en el *carro sutil*, y por medio del vapor igneo desenvolverán la sustancia del hombre. Preguntadles si crearán como Homero aquellos veloces caballos, que en un salto fuerzan los límites del universo, aquellos dioses con pasiones y vicios, aquellos toneles archivos del bien y del mal, aquella cintura de Venus, madre de las risas y de los amores, aquel Neptuno, que bajo su pié trémulo estremece las naves, y las orillas del mar, y las faldas del Ida, y las murallas de Troya, y el centro de la tierra, aquel Príamo á los piés de Aquiles, aquel Héctor despidiéndose de Andrómaca, aquella Circe, aquel Uli-ses y aquel Agamienon.

Empero no te engrias, vaso de abominación, que se te escapa lo presente, y aun á tí mismo no te conoces. No ensalces tanto el rayo penetrante de tu razon sublime, que el lampo de la ciencia se pierde en el abismo de

la ignorancia. Vamos á tocar en la certidumbre, y desaparece como la sombra al sol. Una sed de ciencia nos apeña, y estamos hartos de sofistería. El estado de duda nos es violento, y la demostracion huye casi siempre de nosotros. ¿Quién ha adquirido la ciencia por sí mismo? ¿Dónde está el Demócrito, que osó anunciar que iba á hablar de todas las cosas? (Cic. Acad. Quæst. II, 25.) Preséntese y muestre la ejecutoria: pruebe los títulos legítimos de posesion. Yo de mí digo, que sin otro auxilio que el de mi razon, sin otra lumbré que la de grandes nombres, siempre floto en una mar célebre en tempestades, famosa por naufragios, á una orilla la ciencia y á otra la ignorancia. ¿Dirélo todo? Pues hable Montagne por mí: «Nuestra velada es mas adormecida que el dormir; nuestra sabiduría menos sábia que la locura; mas valen nuestros sueños que nuestros discursos: el peor puesto que podemos tener, es en nosotros.» (Essays, II, 12.)—*Defensa del Cristianismo.*—*Rafael José de Crespo.*

CREENCIA.—Sabemos poco, porque creemos

friamente, porque no hacemos aplicaciones prácticas de las verdades que creemos. La creencia meramente especulativa es en sus resultados muy pobre, si se la compara con la creencia práctica de la fé viva. Un cristiano tibio cree lo mismo que un cristiano fervoroso, y sin embargo este sabe mucho mas que aquel: el uno tiene guardado su tesoro, y padece miserias: el otro lo guarda y lo gasta y se alimenta opíparamente. Así por ejemplo; cree el cristiano tibio que hay Providencia, pero juzga de los acontecimientos como si no la hubiese, no la ve en sus prosperidades, no la ve en sus aflicciones, no la ve en la marcha de la sociedad, no la ve en las revoluciones de los imperios, no espera en ella, no confía en ella, no la admira, no la adora; miéntras para el otro es la divina Providencia un gran libro abierto siempre ante sus ojos, que en él están leyendo una insondable sabiduría, un poder maravilloso, y una bondad infinita; y con tan sublimes lecciones la ve en todas partes, la admira en todas partes, la contempla en todas partes, la ama en todas

partes y en todas partes la respira y adora.—
La Felicidad del pensamiento.—*Juan Manuel de Berrioizabal.*

CRIATURAS.—Predica su artificio la sabiduría de Dios, y cuanto hay en ellas su bondad.—
Ven. Granada.

CRIATURAS.—Sírvasen de ellas el cristiano, como de unos espejos, para ver en ellas la gloria de su Hacedor.—Son como escala para subir al divino conocimiento.—*Ven. Granada.*

CRIATURAS.—Todas las criaturas corporales son como una huella para buscar y hallar á Dios: son como un espejo, aunque oscuro, que nos representa al Criador: un libro en que, á nuestro modo, leemos sus perfecciones y grandezas, y una como escalera para subir de la tierra al cielo, y de las cosas rateras y bajas á las altas y divinas.—*Manual de oraciones.*—*P. Pedro de Rivadeneira.*

CRISTO.—Se hizo hombre para que el hombre se haga Dios.—*Ven. Granada.*

AL CRUCIFIJO DEL PANTEON DEL ESCORIAL.

Cuando cual malhechor facineroso
En Gólgota estuviste
De tres clavos pendiente,
Y en suplicio afrentoso,
Señor, te confundiste
Con baja, indigna gente,
¡Oh quién predicho habria
Que este pueblo de reyes dormiria
Bajo tu sombra y que su eterna suerte
De gloria ó de tormento dependia
De como te encontráran en su muerte !

¡Ay si al dejar su fúlgido palacio
Irritado te vieron
Por sus graves delitos,
Inmensurable espacio
Rodando recorrieron
Al descender precitos
Al horno del averno,
Do los devora con furor eterno
El volcan de tu enojo fulminante!
Mas tú, Señor, eres un padre tierno

Aun para el pecador agonizante.

¡Cuán dulce en la agonía el ver abierto

Tu corazon benigno

Con amorosa herida,

Que ofrece franco puerto

De salvacion y vida

Al pecador indigno,

Que tu sangre redime

Y arrepentido sollozando gime!

En la llaga, Señor, de tu costado

Se esconde de tu juicio si le oprime

La cadena infernal de su pecado.

Sí, que en el rio de tu sangre ahogaste

À este mónstruo inhumano

Cuando en ese madero

Por mi amor espiraste.

Y entonces al tirano

Que dominaba fiero

En todo el ancho mundo,

Al torvo rey del bátratro profundo

Venciste y á la infame tiranía,

Que sobre las naciones furibundo

Por medio de los reyes ejercia.

Tú enseñaste justicia al poderoso,

Y al vasallo obediencia.
Por eso se hizo blando
El cetro rigoroso.
Y con dulce clemencia
Los monarcas mandando
Ya no ruedan cual antes
Tantos á los abismos llameantes;
Saben que son tu imágen en la tierra,
Que de sus pueblos deben ser amantes,
Y no emprender injusta ni atroz guerra.

Los reinantes, que cumplen tu doctrina,
Son padres bondadosos
De las naciones, que con dicha rigen.
Pero tu ira divina
Los aguarda si odiosos
En deidades se erigen.
¡Ah viéndote desnudo
De tu celestial gloria en leño rudo
¿Quién que á tí te conozca, ó Rey de reyes,
Podrá mostrarse bárbaro y sañudo
Soberbio dictador de injustas leyes?

Mas el hombre, Señor, siempre es de barro;
Su virtud quebradiza,
Y su ánimo inconstante

À criminal desbarro
¡Cuán pronto! se desliza.
¿Y se pondrá delante
De su Juez divino
Cuando á ofenderle criminoso vino?
Sí, pues te vé por su infeliz pecado
Saliendo fiador amante fino
En fúnebre patíbulo clavado.

Con tedio de la vida que han vivido
En tantas vanidades,
Llenos de desengaños,
Cuando el mundo perdido
Ya de sus majestades
Se ahuyenta, de sus años
En el término duro,
¡Con cuán dulce consuelo y gozo puro
Los monarcas cristianos se abandonan
Entre tus brazos con amor seguro,
Y de tu amparo plácidos blasonan!

Inefable dulzura al despedirse
Del trono y de la vida,
À tu sombra acojerse,
Y á tu sombra dormirse
En sagrada guarida.

Aquí pudiera verse
Si estas tumbas hablaran,
Que los reyes en muda paz hallaran
Mas verdad y mas ciencia y mas sosiego
En esta oscuridad á do bajaran
Que entre el ruido y fulgor del mundo ciego.

¿Á dónde está la corte adúladora,
Que incienso les quemaba?
¿Qué se han hecho los trajes
De gala brilladora?
¿Qué la guardia que honraba?
¿Qué tantos personajes
Que humildes les servían?
¿Qué los tesoros que á otros repartían?
¿Qué sus grandes palacios ostentosos,
Y los que al orbe entero estremecían
Obedientes ejércitos famosos?

Aquí solo ha quedado un cuerpo inerte,
Que en silencio reposa
Dentro de un mármol frío.
¡Ay! aquí no se advierte
Mas que noche medrosa
Y alto pavor umbrío!
Mas tú los has guardado,

Ó divino Señor crucificado,
Y vale mas, ó soberano Dueño,
Mas que todos los bienes que han dejado
Á tu sombra dormir de muerte el sueño!...

Poesias sagradas. — *Juan Manuel de Berriozabal.*

CRUZ. — Si quieres poseer en una cosa todas las cosas, abrázate con esta Cruz, entra en este santuario, y haz tu nido, como paloma casta, en los agujeros de esta piedra. Vuela, como dice San Bernardo, por aquellas santas manos, vuela por aquellos sagrados piés y enciértrate volando en aquel precioso costado. — *Ven. Granada.*

CRUZ. — El apóstol San Pablo llamó á la Cruz *virtud de Dios* en aquellas palabras: *Verbum crucis pereuntibus stultitia est, iis autem qui salvi fiunt, id est, nobis Dei virtus est.* Con esto nos quiere dar á entender, segun San Juan Crisóstomo (D. Chrysost. Hom. 4, in I, ad Cor.) que la sagrada Cruz es el fundamento de todo el edificio espiritual de la Iglesia y de todo cuanto bueno hay en ella. Por

eso la llama *virtud de Dios*, segun lo que dijo el mismo Apóstol: *Portat omnia verbo virtutis suae*. El profeta dijo, que Dios habia fundado y establecido la tierra sobre las aguas del mar (Ps. XXIII, 2.): dando á entender, segun la exposicion de muchos Santos Padres, que la tierra por su naturaleza seca é incapaz de dar frutos, se humedece y fertiliza por las aguas, recibiendo de ellas la virtud de producir plantas y flores de diferente hermosura y de maravillosas virtudes para nuestra salud y recreo. Pues á esta manera se puede decir que fundó Jesucristo sobre la Cruz el espiritual edificio de su Iglesia. Queriendo producir este nuevo mundo, en donde hubiese nuevo sér, nueva vida, nuevas ciencias, cuyos moradores estuviesen tan firmemente asegurados como el monte de Sion; puso por incontrastable fundamento á su sagrada Cruz, mar de amarguras, y torrente inagotable de gracias y riquezas celestiales. Toda la firmeza de la Iglesia y toda su virtud para fructificar en la vida eterna, nace de la Cruz. De ella proceden los rios de los sacramentos, que la riegan y fe-

cundan: de ella las fuentes de las gracias, el perdón de las culpas, la justificación de los pecadores, la gracia de los justos, la gloria de los bienaventurados. De ahí la fé de los patriarcas, la esperanza de los profetas, la fortaleza de los mártires, la sabiduría de los doctores, la perseverancia de los confesores, la penitencia de los monjes, la limpieza de las vírgenes. *Cruz tua*; dice el Padre San Leon, *fons est omnium benedictionum, et omnium causa gratiarum*. Debemos gloriarnos en ella, dice el Apóstol; *nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi*; (Ad Galat. VI, 14.) porque de ella pende todo nuestro bien, nuestra salud, nuestra vida, y nuestra resurrección. *In quo est salus, vita, et resurrectio nostra*. De suerte, continúa el Crisóstomo, que como las aguas fecundan y conservan la tierra; así la Cruz sostiene al mundo cristiano: *Ut aqua terram, sic crux orbem sustinet*. No hay fé, ni esperanza, ni caridad, ni remisión de pecados, sino en virtud de la Cruz: no nacerá en la Iglesia una yerbecilla saludable, un pensamiento bueno, sino en virtud de la

Cruz. Su nombre propio debe ser el fundamento de la Iglesia: *Cruce fundamentum Ecclesie*. (Hom. de cruce.)

De este madero santo en que fué clavado Jesucristo, ha colgado su Eterno Padre, segun la expresion de Isaias (XXII. 24.), todos los ricos vasos de su casa desde los mas pequeños hasta los mas magníficos: *Suspendent super eum omnem gloriam domus patris sui*. Los vasos que hacen la riqueza y gloria de la casa de Dios, son los Santos; y las virtudes y méritos de estos amigos del Señor dependen de tal manera de la sagrada Cruz, que sin ella no tendrían aceptación ni valor en la presencia divina. Si fueron eficaces las lágrimas y penitencia de la Magdalena, el dolor continuo de San Pablo, el amargo llanto de San Pedro, y las penitencias de los Santos pecadores, todo pendió de la Cruz de Jesucristo. Si los patriarcas tuvieron una fé viva, si los profetas una esperanza cierta, los Apóstoles encendida caridad, los mártires invencible y vencedora fortaleza, los doctores admirable sabiduría, y las vírgenes hermosa limpieza y castidad,

todo pendió de la Cruz de Jesucristo. Si los pecadores se justifican, los justos tienen gracia, los bienaventurados gloria, todo les viene de la Cruz de Jesucristo. Todos estos dones, estas virtudes, esta gloria que hacen las delicias de la casa del Padre celestial, todo pende y estriba en la Cruz de Jesucristo: *Suspendent super eum omnem gloriam domus patris ejus.* Y como jamás podrá faltar de aquella morada celestial la felicidad y la gloria, tampoco faltará jamás en ella el madero santo que ha sido su origen. El Señor le conservará eternamente en sentir de muchos Padres, singularmente San Juan Crisóstomo, preservándole del fuego devorador que ha de asolar el mundo. Estará siempre á vista de los bienaventurados, que reconocidos á las mercedes y dones que por su medio les vinieron, rendirán á sus piés sus coronas y homenajes. Por tí, dirán, ó Cruz benéfica, fuimos redimidos; por tí recobramos nuestra libertad: tú eres la gloria del mundo, el árbol de la vida y el principio de nuestra gloria; nosotros la tendremos en cantar eternamente tus alabanzas.

Por último; si quieres saber, ó cristiano, dice San Juan Crisóstomo (Hom. de cruce Dom.), la virtud de la sagrada Cruz, y las cosas que pueden decirse en su alabanza, escúchame: «La Cruz es la esperanza de los
»cristianos, la resurreccion de los muertos, la
»luz de los ciegos, el camino de los desesperados, el báculo de los cojos, el consuelo de los
»pobres, el freno de los ricos, la destruccion
»de los soberbios, la pena de los viciosos, el
»triunfo contra el demonio, el pedagogo de los
»jóvenes... el piloto de los navegantes, el
»puerto de los que peligran, el muro de los
»sitiados, el padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el consejero de los justos,
»el descanso de los atribulados, el defensor de los párvulos, la cabeza de los varones, el fin
»de los ancianos, la luz de los que están sentados en las tinieblas, la magnificencia de los
»reyes, el escudo perpétuo, la sabiduría de los
»ignorantes, la libertad de los siervos, la filosofía de los emperadores, la ley de los impíos, la proclamacion de los profetas y apóstoles, la gloria de los mártires, la abstinencia

»cia de los monjes, la castidad de las virgenes, el gozo de los sacerdotes. La Cruz es el fundamento de la Iglesia, la defensora del mundo, el honor de los templos, la repulsion de los ídolos, el escándalo de los judíos, la ruina de los impios, la virtud de los débiles, el médico de los enfermos, la limpieza de los leprosos, el descanso de los paralíticos, el pan de los hambrientos, la fuente de los sedientos, la proteccion de los desnudos.» Bien conocida tenia el demonio esta prodigiosa virtud de la sagrada Cruz; dice San Ambrosio; (serm. 56.) por eso puso toda la fuerza y diligencia en esconderla y quitarla de los ojos de la Iglesia. Sabia que la nave sin árbol es perdida y no puede navegar, ni dar las velas al viento: sabia que la Cruz era el estandarte del ejército cristiano. Los soldados quedan sin fuerza ni concierto en perdiendo la bandera: escondióla de la vista de los cristianos; y para exterminar si pudiese su memoria, movió á los gentiles á que levantasen en aquel Santo lugar un templo á la profana deidad de Venus. Mas el Señor se dignó mirarnos con mi-

sericordia y consolar su Iglesia. ¡Oh gran merced! Alegrémonos con tal tesoro, tal señal, tal estandarte, y digamos siempre: *Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi; quia per Sanctam crucem tuam redimisti mundum.*

—*Discursos predicables.*—Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

CRUZ DEL SALVADOR.—Imágen y sello de los corazones justos.—*El Incógnito.*

CRUZADAS.—Lejos de considerarse como un acto de barbarie y de temeridad, son justamente miradas como una obra maestra de política que aseguró la independencian de Europa, adquirió á los pueblos cristianos una decidida preponderancia sobre los musulmanes, fortificó y agrandó el espíritu militar de las naciones europeas, les comunicó un sentimiento de fraternidad que hizo de ellas un solo pueblo, desenvolvió en muchos sentidos el espíritu humano, contribuyó á mejorar el estado de los vasallos, preparó la entera ruina del feudalismo, creó la marina, fomentó el comercio y la industria, dando de esta suerte un poderoso impulso para adelantar por diferentes

senderos en la carrera de la civilizacion... En las cruzadas se levantan innumerables naciones, marchan al través de los desiertos, se engolfan en países que no conocen, se abandonan sin reserva á todo el rigor de las estaciones y de los climas; y ¿para qué? Para libertar un sepulcro!... Sacudimiento grande, inmortal, donde cien y cien pueblos marchan á una muerte segura; no en busca de intereses mezquinos, no con el afán de establecerse en países mas gratos y feraces, no con el ánsia de encontrar ningun emolumento terreno; y sí solo inspirados por una idea religiosa, por el anhelo de poseer el sepulcro de aquel que murió en una cruz por la salud del humano linaje. En comparacion de ese memorable acontecimiento, ¿á qué se reducen las hazañas de los griegos cantadas por Homero? La Grecia se levanta para vengar el ultraje de un marido; la Europa se levanta para rescatar el sepulcro de un Dios.—*Jaime Balmes.*

CUERPO HUMANO.—Mundo pequeño, como lo llama San Gregorio el Magno; pero formado con tanta ingeniosidad por el que lo hizo,

que en su misma pequeñez descubre su grandeza, y dá muy bien á entender, que semejante obra pide un poder sin limitacion.—*Saludable medicina para las dolencias del siglo.*—*Francisco Alejandro Bocanegra.*

CUERPO HUMANO.—Vestido que con el tiempo se consume, y en la resurreccion se renovará.—*Et Incógnito.*

CUIDADOS.—Estos y los deleites son las espinas que ahogan la simiente de la palabra de Dios.—*Ven. Granada.*

CULPA.—Es la responsabilidad moral por una mala accion.—*Ética.*—*Jaime Balmes.*

CULTO INTERNO Y EXTERNO.—El culto consiste en ordenar nuestras acciones á Dios: éstas son internas y externas; luego *interno y externo* debe tambien ser el culto. Pero las acciones externas nacen de las internas, reciben de ellas el orden, direccion, etc.; luego el culto *externo* es como un cuerpo, cuya alma es el *interno*; y así la ley divina, cuya esencia consiste en lo interior, extenderá su autoridad al culto externo en cuanto se produce y nace del interior; y su potestad externa se ordenará

mútuamente al interior en cuanto le produce ó dirige con acciones exteriores. Pues ahora bien: el culto interior consiste: primero, en el conocimiento con que nuestro entendimiento se une á Dios: segundo, en el afecto con que se le une nuestra voluntad: tercero, en las obras interiores, con que como con otros tantos pasos caminan á unírsele nuestras potencias, siguiendo las reglas de sus preceptos; y como las obras nacen del afecto, y éste del conocimiento, de ahí es que á proporcion que suba de punto éste, sube todo el culto interior, y con él todo el exterior, á manera de las ruedas que vió Ezequiel. Esto supuesto, hay acciones externas necesariamente unidas con el culto interno, nivelado por el conocimiento puramente natural; y éstas están mandadas ó prohibidas por los preceptos morales: otras están necesariamente unidas con el culto interior regulado por el conocimiento de la fé; y éstas están mandadas ó prohibidas por la ley divina: otras no tienen de sí conveniencia ó inconveniencia; y éstas son de mera institucion, y variables en las diver-

sas leyes ó estados de una misma ley. Lo ceremonial, amigo mio, cesará en la gloria: su necesidad nacida de la imperfeccion del actual conocimiento, que regula nuestro culto interno, concluirá con este; pero en el dia necesita una reunion de acciones externas que figuren lo que pasó, lo que hacen, el término á donde nos conducen; y vea Vd. donde aparece en su verdadero origen la necesidad de ese culto externo.—*Centinela contra los errores del siglo.*—*Felipe Lesmes Zafrilla.*



D

DEBILIDAD DE BOSSUET.—Me guardaré bien de disputar los talentos á Bossuet, mas si en vez de este admirable obispo, diré con el Apóstol, me hablase un ángel del cielo contra la doctrina católica, cerraría mis oídos. La Iglesia tampoco se sorprende de talentos. Grande era la sabiduría de Bossuet, pero columbramos los límites á que alcanzaba. Tampoco era la del Tostado inmensurable. La que sí se pierde de vista, y ningun sábio de la Europa moderna podría prefijar, es la del estupendo Orígenes, llamado por la antigüedad cabeza de diamante, portento de sabiduría, y uno de los ingenios mas peregrinos que han ilustrado á la religion. Profundo en todos los conocimientos, erudito en los dialectos del idioma griego, del hebreo, caldeo y todas las lenguas orientales, tenia á su favor el haber leído las voluminosas

obras de los filósofos griegos de todas escuelas, obras ya perdidas y de las que apenas nos ha quedado el nombre; se hallaba instruido también en todos los libros de los egipcios y los persas; se había iniciado en los misterios de los magos para saciar su sed de saber; y con seis amanuenses á la par vertía á raudales los frutos de su ciencia. Orígenes además era hijo de un mártir, á cuyo conjunto extraordinario se le agrega el haber escrito su apología su discípulo San Gregorio Taumaturgo.

Pues bien, este gran génio que acabó con los sofistas de su tiempo, y bien pudiera añadirse con los enciclopedistas modernos, puesto que no han hecho estos mas que reproducir los argumentos de Celso que él había profunda y brillantemente refutado; este gran hombre, repito, que además de haber comentado todos los libros de la Biblia, ideó el ingenioso Hexapla, uno de los monumentos mas preciosos de la ciencia de las Escrituras; este mismo hombre, el gran Orígenes, es sin embargo en pluma de San Agustín el promovedor principal de los errores del Oriente, y el conducto

mas expuesto para fomentar las herejías. Con un ejemplar tan lamentable de la fragilidad humana, no debe extrañarse ya que me permita yo anunciar que Bossuet, con todos sus talentos, fué el instrumento fatal del despotismo de Luis XIV, y la causa principal del abatimiento de la Iglesia de Francia. Sí, Bossuet fué por desgracia quien doblando la rodilla ante aquel monarca imperioso, arrastró en su ruina á la Iglesia galicana: y él fué tambien quien entregándola á discrecion del gobierno temporal, le abrió la mas terrible herida que pudieran desear sus mayores enemigos. Bossuet, digan lo que quieran sus apolo- gistas, tímido por naturaleza, no se encontró nunca con resolucion firme para oponerse al gabinete, antes bien, colocándose de parte de la córte, apóyó con su autoridad todas sus pre- tensiones y perjudiciales novedades. Á pre- texto de una proteccion peculiar de la corona, exagerada por la pluma de Bossuet, los reyes de Francia se apropiaron el derecho de convo- car las asambleas del clero, señalar los límites de la autoridad pontificia, registrar las bulas

en el parlamento, apelar al futuro concilio general, extrañar los procesos de los tribunales eclesiásticos, conferir beneficios sin intervencion del ordinario, y emprender reformas eclesiásticas sin autoridad de la Santa Sede. En vano la Iglesia de Hungría, la de España y otras igualmente respetables, manifestaron el escándalo que producian tan funestas opiniones; en vano los protestantes se congratularon, y la Inglaterra se prometió que habia llegado el caso de separarse la Iglesia de Francia del centro de la unidad; en vano los escritores públicos declararon á una voz que el rey podia en Francia, si quisiera, sustituir el Coran al Evangelio: Bossuet, sordo al clamor universal y postrado delante del ídolo del trono, dejó cundir impunemente máximas tan destrutoras de la independencia de la Iglesia. Un eco mas robusto y autorizado resuena en sus oídos: Clemente XI avisa á Luis XIV (antes de expedir su memorable Breye de 51 de Agosto de 1706) que las novedades de la asamblea perjudican mas á su real persona que á la Santa Sede: ni aun así se desengaña el obispo de

Meaux. La corte avanza en sus pretensiones; Bossuet no es digno ya de expedir una pastoral sin someterla al parlamento. Era sin duda un aviso de Dios para despertarle del letargo, pero toda su energía y su fortaleza se redujo á implorar la proteccion de una cortesana. ¡Oh mengua lamentable del obispo de Meaux!

En lugar de haberse puesto al frente de la Iglesia, segun reclamaban la posicion de su esfera y la elevacion de sus talentos, y haber detenido así á Luis XIV en su carrera de perdicion valiéndose de su elocuencia encantadora y de la energía de su celo, empleó toda su influencia en congraciarse con el monarca, en oscurecer la luz de la verdad, en resistir á la autoridad suprema de la Santa Sede, dejando por último á la Iglesia privada de tan sagrado escudo y sometida al vasallaje del trono, y lo que es mas, del parlamento. ¡Triste situacion! Bossuet era el gigante destinado por Dios en Francia para libertar su Iglesia de tan gran peligro; y aquel eminente prelado, desamparando las huestes fieles de la libertad, nos legó á nosotros débiles pigmeos, sin luces, sin

elocuencia y sin proteccion en medio de las borrascas de la revolucion y de los atentados politicos, el árduo empeño de luchar contra un mundo encarnizado que ha hecho presa de la Iglesia, y al que no podiamos vencer si la fé, como nos enseña el Evangelista, no fuera superior á todo el poder humano.—*Ensayo sobre la influencia del luteranismo y galicanismo en la politica de la corte de España.*—*Judas José Romo.*

DEISTAS.—Para estos tanto conduce un Dios sin providencia, como el que de hecho no haya Dios. Un Dios, que no fuese pródigo de sus criaturas, seria un Dios descuidado, un Dios dormido y un Dios indolente para ellas. No pensaria en su direccion, no sentiria su perdicion, y consiguientemente tanto se le daria por su bien, como por su mal. De aquí se infiere que este Dios careceria de muchísimas perfecciones; porque ni seria justo, ni santo, ni prudente, ni misericordioso, y por consiguiente le faltarian unos atributos, que son indispensables para constituir un Ente infinitamente perfecto, cual Dios debe ser. Ya

veis, amados míos, que esto repugna á la razon, y que un Dios como lo quieren estos libertinos, seria un Dios, como si no fuese. Seria un Dios como aquellos de madera ó de barro, de los cuales dice David, que tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen labios y no hablan, tienen piés y no caminan, tienen garganta y no claman, tienen manos y no palpan. Ved, qué buen Dios seria para nosotros aquel á quien faltase un atributo tan precioso para el gobierno del mundo. Buenos estaríamos con un Dios, de quien no hubiese que esperar, ni que temer: que no pensase en premiar, ni en castigar y que siempre estuviese en una total inaccion, puesto en su altísima atalaya del cielo, mirándolo todo con indiferencia. ¡Qué monstruosidad tan extremada, y tan indigna de un Dios! ¿Cómo ha de faltar providencia para gobernar, á quien tuvo poder y beneficencia para producir? Si aun los irracionales, despues de haber engendrado y parido sus hijos, vemos que tienen tanto cuidado con ellos, que se emplean con tanto esmero en su conservacion,

que ponen tanto cuidado en su crianza, que los defienden de sus enemigos, aun á costa de su quietud, de su descanso y de su misma vida, exponiendo esta á los mayores riesgos, y aun privándose de su propio comer, ¿cómo hemos de imaginar, que Dios abandone así lo que ha producido, y que sea tan descuidado en conservar las obras de sus manos? El modo admirable, y orden prodigioso con que las crió y dió el sér que tienen, expresan claramente el altísimo fin que se propuso en producirlas, y que cuando las sacó de la nada, no fué para abandonarlas y hacer tan poco caso de ellas. ¿Será creíble que aquel Dios, que tanto se esmeró en sacar completas sus obras, dándoles un sér tan perfecto, habia de tener corazon para dejarlas de su mano, descuidar en su gobierno, y abandonarlas á un lamentable precipicio? ¿Ha de ser menos diligente este Dios para velar sobre los hombres, que lo es una gallina para cuidar de sus pollos? ¿Qué ocupacion puede tener Dios en el cielo, que le impida cuidar de la tierra? Si Dios fuese capaz de ocuparse por alguna cosa,

ya no sería Dios, y como el gran Tertuliano observa, si algo puede haber que le ocupe, es el hombre. Decidme ahora, hermanos míos, ¿unas verdades tan claras pueden caer bajo de duda? Aunque me pongais el hombre más fanático, será capaz de repugnarlas, ó desestimarlas?...—*Saludable medicina para las dolencias del siglo.*—*Francisco Alejandro Bocanegra.*

DELEITE.—Hay en él un no sé qué de corruptor y de enervante, que lleva la muerte callada y escondida. ¡Ay del que no resiste á su voz pérfida á un mismo tiempo y suave como la de las antiguas sirenas! ¡Ay del que no retrocede y huye despavorido cuando le convi-da con sus fragancias y sus flores, antes de que, sin ser dueño de sí, caiga en aquel desmayo vecino de la muerte, que comunica á los sentidos con el aroma de sus flores y con el vapor de sus fragancias.—*Juan Donoso Cortés.*

DELEITES SENSUALES.—La carne habla regalos y deleites; unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de esta enemiga, allende de ser muy enojosa, es

mas peligrosa, porque combate con deleites, que son armas mas fuertes que otras: lo cual parece en que muchos han sido del deleite vencidos, que no lo fueron por dineros, ni honras, ni recios tormentos. Y no es maravilla, pues es su guerra tan escondida y tan á traicion, que es menester mucho aviso para se guardar de ella. ¿Quién creerá que debajo de blandos deleites viene escondida la muerte, y muerte eterna, siendo la muerte lo mas amargo que hay, y los deleites el mismo sabor? Copa de oro y ponzoña de dentro es el falso deleite, con el cual son embriagados los hombres que no miran sino la apariencia de fuera; traicion es de Joab, que abrazando á Amasá lo mató; y de Judas, que con falsa paz entregó á la muerte á su bendito Maestro... Y cuanto la carne es á nos mas conjunta, tanto mas conviene temerla, pues el Señor dice: Que los enemigos del hombre son los de su casa... Y quien quisiera salir vencedor, de muchas y muy fuertes armas le conviene ir armado: porque la preciosa joya de la castidad no se dá á todos; mas á los que con muchos sudo-

res de importunas oraciones y de santos trabajos la alcanzan de nuestro Señor.— *Obras del Ven. Maestro Juan de Ávila.*

DEMONIO.—Es soberbio, atroz y cruel, audaz y horrible, veloz, temeroso de la verdad y predicacion evangélica.— *El Incógnito.*

DEMONIO.—Gran escritor de culpas humanas y autor de anales de vicios.— *El Incógnito.*

DEMONIO.—Viejo loco, que viendo que su mal se aumenta en penas accidentales, no deja de persuadir las culpas.— *El Incógnito.*

DEMONIO.—Dragon ponzoñoso, de quien Jesucristo se burló en la Cruz, los ángeles en el cielo, y en la tierra los justos que de sus culpas hacen penitencia.— *Recuerdos para la vida cristiana.*— *El Incógnito.*

DEMONIO.—Desgraciada criatura que no puede amar.— *Santa Teresa de Jesús.*

DEMONIO.—Paréceme que la misma Escritura Sagrada, no hallando colores bastante vivos para hacer la pintura exacta del demonio, de este espíritu tentador, multiplica los borrones y la fealdad del cuadro que bosqueja, para hacernos concebir alguna idea de la ma-

lignidad del original que representa. Ya nos le propone bajo la odiosa denominacion de Bremot, bestia fiera que asusta y espanta con sus ahullidos y terrible forma, ya bajo la imágen de Beelzebub, mosca importuna, molesta y hedionda que todo lo anda, todo lo corre, en todo se halla, en todo se ceba como sea hedor y fetidez, y nunca se fatiga ni se cansa; ahora bajo la figura de Leviatan, gigante membrudo y temerario que á nadie teme y hace temblar á todos los vivientes; ahora bajo el simbolo de una culebra enroscada, serpiente antigua y astuta, como le llama San Juan, diablo y Satanás que seduce y engaña al orbe entero. Prosigue Job la descripcion de este dragon en términos que horrorizan, y dice: su cuerpo está cubierto de compactas é impenetrables escamas, sus ojos arrojan centellas ardientes, sus narices respiran denso humo, su boca es un horno encendido, su aliento una ponzoña mortífera, su estornudo un rayo vibrado, su mirada la de un basilisco, sus piés oprimen los montes, su mano rompe el hierro y el bronce, y todo lo

desmenuza como si fuera paja ó madera podrida. Su soberbia es tan osada, que pretende escalear los cielos y derribar al Altísimo de su trono. — *Coleccion de panegíricos originales.* — *Fr. Vicente Hernandez.*

DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ. — Estaba la amorosa Madre al pié de la cruz, viendo á su amado Hijo difunto; contemplando la sangre, las heridas, las llagas que cubrian el sacrosanto cadáver; ofreciendo al Padre Eterno el precio de la redencion humana; bañada en lágrimas, exhalando su tierno corazon en amargos y lastimosos suspiros; considerando qué haria para darle sepultura, sin tener quien le bajára de la cruz, ni una pobre sábana en que envolverle, ni siete palmos de tierra para sepultar al Hijo de sus entrañas; estaba discutiendo entre sí misma y venerando los juicios del Señor, cuando llegan unos ministros de justicia con mazas de fierro para quebrantar las piernas, y moler los huesos de los tres ajusticiados; los vió la afligida Madre, se llenó de horror, tembló de espanto, se bañó de un sudor frio, y les dijo con una voz trémula,

humilde y lastimera : ¡Ay, ya murió mi Hijo, no le injurieis mas, ni me atormentéis á mí que soy su pobre Madre! Al decir estas palabras vió á un soldado, que levantando con ímpetu una lanza, rompió con ella el pecho de su difunto Jesús, quedando dividido en dos partes su divino y amante corazon. ¡Qué dolor seria este para aquella pobre Madre! La injuria fué de Jesús, dice el devoto Lanspergio; pero el dolor todo entero de María. El Salvador difunto ya no podia sentir, dice el P. San Bernardo; el alma de María que se habia refugiado al corazon de Jesús, que allí vivia, que de allí no se apartaba un instante, fué la que sintió todo el rigor de aquel golpe. Esta es propiamente la espada de dolor que le anunció el santo viejo Simeon.

¡Ay Madre! ¡Qué nuevo tormento aflije tu corazon! ¡Despues de muerto insultan los hombres á Jesús! ¿No se ha saciado su rabia y su furor con una muerte tan cruel? Y ¿si todavía seguirán otras injurias, si vendrán nuevos golpes sobre el difunto Jesús? No tiene en todo su cuerpo donde recibir nuevas

heridas; ya está roto el corazon, único miembro que habia quedado sano; pero le insultarán en el honor, oscurecerán su fama, querrán borrar su memoria de la tierra de los vivos; aquel falso, dirán sus amigos; aquel malvado, aquel impostor, dijo cuando estaba vivo.... ¡Aquel impostor! Este nombre darán al Hijo de tus amores. ¡Ay Madre! prepárate para sufrir nuevas penas.

Por la solemnidad de la Páscoa que ya instaba, no debian quedar los, ajusticiados aquella tarde en la cruz. José de Arimathea, noble decurion, hombre generoso y de piadosas entrañas, que habia sido ocultamente discípulo de Jesús, por dar algun honor á su Maestro y algun obsequio á su Madre, se fué al presidente á pedirle el destrozado cadáver; expuso el desconsuelo, las lágrimas y las angustias de María, de modo que Pilatos enterrecido, como dice San Anselmo, de aquella afligida Madre, le otorgó su peticion. Vuelve José con la licencia al Calvario; prepara los ungüentos, la mortaja, cede á María un sepulcro nuevo que tenia cavado en una piedra

destinado para sí, y tratan ya de bajar á Jesucristo. ¡Qué abismo de dolores te espera, ó Madre la mas afligida de las madres! Oirás otra vez el ruido de los martillos, verás mas de cerca los pálidos horrores de la muerte, en tus mismos brazos estrecharás á Jesús, y no le conocerás.

Ponen los discípulos tres escalas en la cruz, suben, desclavan los piés, luego las manos; uno sostiene de arriba el santo cuerpo, otro de abajo, y poco á poco van bajándole hasta entregárselo á su Madre; le recibe María en su regazo, se sienta al pié de la cruz, y se ahoga en un mar de llanto. ¡Quién hay que no se enternezca mirándola en este paso! ¡Cómo corren por aquel santo cadáver las lágrimas de la Madre mezcladas con la sangre del Hijo de sus amores! Llega á su hermoso rostro aquel pecho divino, que aun difunto arde en amor á los hombres, dá reverentes ósculos en el costado adorable, en aquel mismo costado que vió rasgar con la lanza, abriendo puerta á las misericordias del Señor; levántale la cabeza sobre la mano izquierda, y con la de-

recha comienza á quitarle la corona ; tiembla la amorosa mano , crece la pena , se aviva su dolor con la menor violencia que hace para sacar las espinas ; vé las profundas heridas , y con su misma toca enjuga la sangre que vierten todavía ; vá limpiando el rostro venerable , y vé los cardenales que hicieron en él las bofetadas. ¡Bofetadas en la cara de Dios! ¡Oh qué dolor, qué pena para aquella alma bendita, la mas celosa de su honra! Vé abierta aquella boca divina, que solamente hablaba palabras de vida eterna; vé eclipsados aquellos hermosos ojos, las dos lumbreras del cielo; vé sus purísimas carnes formadas por el Espíritu Santo, cruelmente despedazadas; vé los huesos descubiertos; vá visitando todo el sagrado cadáver, y solo encuentra llagas, contusiones, cardenales; le halla tan desfigurado, que sino le hubiera visto en la cruz, no conocería al Hijo de sus entrañas. ¡Ay dolor! ¡Cómo estará su amante corazon! ¡Qué lágrimas, que sollozos, qué suspiros! ¡Ay Hijo de mis amores! le dirá en un llanto inconsolable: ¡Cómo te me vuelve el mundo! ¡Cómo te han puesto los

hombres! Ahora poco estabas en el Tabor, despidiendo luces y resplandores de gloria, con un vestido de nieve, entre Elías y Moisés, encargado de tu Padre; y hoy has estado en la cruz, desnudo hasta de tu piel, en medio de dos ladrones, blasfemado, perseguido de los hombres, abandonado de tu Padre celestial; ahora te veo tan afeado que ya ni pareces hombre, sino un horrible gusano, un esqueleto, un espectro. ¿En dónde está aquella antigua hermosura, que enamoraba á las gentes, y ponía en admiracion á los ángeles del cielo? ¡Ay manos, ay piés de mi querido Jesús! ¡Cuántas gracias derramábaís en todos los lugares por donde pasábais! ¡Cuántos pasos dísteis por los mares, por los desiertos, por las ciudades en busca de una oveja descarriada! ¡Qué cansados llegábais á mis brazos, miembros sangrientos, despues de haber andado por todos esos contornos, dando vista á los ciegos, habla á los mudos, salud á los enfermos, vida á los muertos! ¡Ah pecho amoroso! ¡Ah corazon humilde y lleno de mansedumbre! ¡Ah santa y venerable cabeza! ¡Ah cuerpo di-

vino! ¡Ah dulcísimo Jesús cuál estás!» Besa la afligida Madre todos sus sagrados miembros, y no tiene otro desahogo que llorar sobre ellos, unirlos consigo, y estrecharlos entre sus amorosos brazos.

¡Oh vosotros que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor semejante á este dolor! Decid si ha habido Madre que padezca tanto como la Virgen María. ¡Oh Madre inconsolable! ¿Qué haremos nosotros para darte algun alivio? Hagamos, hermanos míos, hagamos lo que ella misma nos dice. Venid, pecadores, venid, justos, venid, hombres todos al corazon de mi difunto Jesús: abierta está la puerta, franca está para todos los mortales; venid, hijos de mis lágrimas, venid á mí, que tambien soy Madre vuestra. ¿Veis aquí á vuestro difunto hermano? En mis brazos le tengo, yo os le doy; venid, llegad, yo os facilito la puerta; abro otra vez su costado, entrad en su corazon. Vamos, vamos, que nos llama nuestra Madre, entremos en el corazon de nuestro amable Jesús: hoy todo es amor, todo dulzura; no perdamos la oca-

sion. — *La Virgen de los Dolores.* — *Mariano García Reyes.*

DESEO.

¡Oh quién con Vos encontrára,
Virgen, bien de nuestro bien,
Cuando entrastes en Belen!

¡Oh quién con Vos estuviera
En el parto virginal
Para que en aquel portal
De escoba no mas sirviera!

¡Oh quién el suelo barriera
Do vuestros piés se ponién
Cuando entrastes en Belen!

¡Oh quién pudiera servir,
Señora, al Niño de cuna,
Para que pena ninguna
No tuviera en el dormir!

¡Oh quién del frio guarir
Pudiera al Hermoso, á quien
Distes á luz en Belen!

¡Quién fuera, Reina del cielo,
Un poco de heno siquiera

Para ser la cabecera
De todo nuestro consuelo!
¡Oh quién fuera duro suelo
Do vuestros piés se ponién,
Cuando entrastes en Belén!
¡Quién pudiera contemplar
Vuestro rostro de virtud,
Y aquella solicitud
Al Dios Niño en halagar!
¡Y quién os viera arrullar
Aquél bien de nuestro bien
En el portal de Belén!

Cancionero.—*Francisco de Ocaña.*

DESESPERACION.—Menguada de todo consejo,
hace al hombre precipitarse sin ninguna con-
sideracion para hacer lo que no debe, ó dejar
de hacer lo que debe segun razon.—*Juan Lo-
pez de Palacios Rubios.*

DESIERTOS.—¡Los de Egipto! Ved ahí una
palabra que me habla con fuerza y despierta
en mi corazon imágenes llenas de poesía mas
sublime que la de Homero, y que retrata la
inocencia y el candor con mas perfeccion que

los bellos cuadros cantados por Virgilio. Y no es el espectáculo imponente y majestuoso de las arenas conmovidas por el huracan, ni la aridez eterna que se percibe en los montes lejanos de Libia y de la Nubia, ni los bosques de palmeras que se encuentran en las oasis, sino otros que me dibujaban las riberas del Nilo y las soledades del desierto. No hay en la historia pasajes que revelen mejor el espíritu, que animó á los cristianos primitivos, como los que recuerdan aquellos lugares: la Nitria y la Tebáida se hicieron famosas, como lo fueron despues los páramos del Líbano y de Palestina, desde que millares de personas iban á esconder su inocencia entre las colinas, y á encomendar á las bestias feroces la defensa de un tesoro que los hombres se empeñaban en arrebatárles. La dignidad humana se enorgullece recordando cuadros tan bellos como el que ofrece la vida de estos ilustres solitarios. Oigamos cómo los dibuja uno que los contempló de cerca durante largos años: «Las rocas escarpadas ó las cavernas profundas son su morada, se encierran en los montes

» como tras de inaccesibles murallas, la tierra
» es su mesa, y su comida ordinaria las yerbas
» que ella misma produce; las aguas que lle-
» van los arroyos, ó las que brotan las abertu-
» ras de las rocas, les dan refrigerio. Para
» ellos son templos todos los lugares del uni-
» verso, su oracion es continua, y en su ejer-
» cicio santo pasan los dias enteros. Las ala-
» banzas son los sacrificios que ofrecen al Se-
» ñor en las concavidades de sus grutas, y alli
» ellos mismos son el sacerdote y la víctima.
» Ellos ignoran lo que es ser grande entre los
» hombres, ni imaginaron jamás abrirse cami-
» no para llegar á los primeros puestos del si-
» glo; su bajeza es su gloria, y en su vida hu-
» milde trabajan por ser fieles al que siendo
» rico se hizo pobre por amor nuestro. En la
» cumbre de los cerros están como refulgentes
» antorchas, que alumbran á los que vienen á
» buscarlos movidos por su piedad sincera; en
» medio de la soledad, es esta su muro impe-
» netrable para defender la tranquilidad cons-
» tante de sus almas; como palomas reposan
» sobre las colinas, y como águilas se levantan

»sobre la cima de las rocas mas altas: si al-
»guna vez fatigados van á tomar un instante
»de reposo, es sobre la tierra, y para alzarse
»al momento con nuevo fervor y hacer reso-
»nar cual trompetas sonoras los desiertos y
»los montes, las colinas y los collados con sus
»cánticos á Dios... Su muerte ni es menos di-
»chosa, ni menos admirable que su vida; nin-
»gun cuidado tienen de hacerse construir
»tumbas: crucificados al mundo, la violencia
»del amor que les une á Jesucristo, les ha da-
»do el golpe y abierto la herida mortal; el
»mismo sitio, que eligieron para pasar su vida
»de penitencia, será tambien el de su sepultu-
»ra. Muchos en medio de su oracion fervorosa
»cerraron sus ojos como con un sueño dulce, y
»otros que vivian como unidos con las rocas
»que los sostenian, pusieron su espíritu vo-
»luntariamente en las manos de Dios. Unos
»haciendo su ejercicio ordinario murieron en
»las montañas que les sirven de tumba, y
»otros conociendo haber llegado para ellos su
»última hora, murieron recostándose sobre su
»sepulcro, sin otra compañía que la de una

»cruz que apretaban sus manos. Todos espe-
»ran la voz del Arcángel, que mandará á la
»tierra entregar los muertos que Dios le con-
»fió, y cuando este instante llegue, renacerán
»como el blanco lirio para resplandecer con
»candor inmortal.»

Estas escenas eran las que recordaba en presencia de los desiertos y en las orillas de aquel Nilo, que vió reunidos en una ocasion doce mil monjes salidos de los arenales y montañas vecinas, para recibir al invencible Atanasio expulsado de Alejandría, y huyendo de los cismáticos que le perseguian con furor sin ejemplo. Hoy cuando las ideas han variado, sin que las costumbres hayan dejado de adolecer de vicios peores que los de aquellos siglos lejanos, los que se llaman libertadores de los hombres disputan á estos el derecho de separarse de los demás, y persiguen á los que usando de su libre voluntad quieren vivir como los solitarios de Egipto. ¡Contradiccion incomprensible! Se reconoce en el individuo el derecho de ser ateo, mahometano ó judío, y se le niega el que tiene para

profesar la perfeccion cristiana; se mira como atentado poner en duda la libertad del ciudadano para reunirse en clubs y en sociedades que pueden comprometer el orden público, y se sancionan y ejecutan al mismo tiempo leyes formidables contra esos mismos ciudadanos cuando pacíficamente se reúnen para ocuparse de intereses mas nobles que los terrenos. Cuanto mas se piensa en contradicciones semejantes, tanto mas monstruosas se presentan. Los modernos reformadores de la sociedad jamás podrán lavarse de la mancha que contrajeron invadiendo los derechos individuales, cuando perseguian á los monjes y arrancaban de su retiro á las religiosas... Esa libertad que vindicaban para los demás, tambien debian tener estos, pues no es justo darla á unos y despojar de ella á otros al mismo tiempo. Es una política bárbara y cruel pretender obligar á otros á vivir en medio del bullicio cuando su voluntad les lleva á la soledad: el hombre tiene algo sagrado, y cuya posesion nadie sobre la tierra puede disputarle; esta es su voluntad dirigida por la con-

ciencia y la justicia de la ley: quien extienda hasta allá su mano, quien toque ese santuario, ultraja los derechos mas sagrados del hombre, es injusto, es temerario. Á los ateos de nuestro siglo de Francia, España, Suiza, Piamonte, Nueva-Granada y Venezuela puede hacerse con justicia este reproche.—*El catolicismo en presencia de sus disidentes.*—José Ignacio Victor Eyzaguirre.

DESOLACION.—El estado de la desolacion conduce al alma al perfecto amor de Dios, y á su íntima union con él mas seguramente y mas pronto que el estado de consuelo.—*Ejercicios de San Ignacio.*—Antonio María Claret.

DESPRECIO.—Tolerar el desprecio en silencio, es el mas digno sacrificio que podemos ofrecer á Dios de nosotros mismos en esta vida.—*Ejercicios de San Ignacio.*—Antonio María Claret.

DESPRECIO DE BIENES TERRENOS.—Escalon para alcanzar sillas reales en la bienaventuranza.—*El Incógnito.*

DESPRENDIMIENTO.—La raíz de todos los males es la codicia, que es servidumbre de falsos

dioses y un género de idolatría. Y por esto el Apóstol ordena á su discípulo Timoteo que enseñe y mande á los ricos, que no se desvanescan y pongan su confianza en las riquezas, porque son inciertas y fugitivas, sino en Dios vivo, que es el que las dá. Y el Profeta David les dice (Ps. LXI. 11). Que si hubiere copia de riquezas, no pongan en ellas el corazón. Y conforme á esto considere que los mayores Santos han sido mas pobres, y que muchos que eran ricos dejaron las riquezas, como carga pesada y embarazosa, para librarse de las molestias y peligros que traen consigo, y hallar mas fácilmente á Dios. Y algunos filósofos y gentiles las menospreciaron de manera, que las echaron en la mar para poder filosofar mas libremente y atender al estudio de la sabiduría.—*Tratado de la tribulacion.*—*P. Pedro de Rivadeneira.*

DESTIERRO.—El mundo es un destierro, repetimos á cada momento, y mas que la lengua lo dice nuestro involuntario gemido en el seno de los goces y de la prosperidad.—*Mes de Mayo.*—*José María Cuadrado.*

DESTIERRO DE LA DESCONFIANZA.—No debe detenerse el pecador por la gravedad de sus culpas, aunque sean las mas horribles que caben en la idea de los hombres y de los ángeles, porque mayor es siempre, con infinito exceso, la misericordia del Señor. No faltaron herejes, dice San Gerónimo, que juzgaron algunos pecados como irremisibles, y desesperada en ellos la suerte del pecador. Y aun el célebre Tertuliano juzgó que los impuros, particularmente los adúlteros, no debian ser recibidos á penitencia, ni para ellos habia remedio en la Iglesia. Pero los Santos Padres se encendieron siempre en religiosa cólera contra esta doctrina como sacrilegamente ofensiva á la bondad divina. San Cipriano, defendiendo á su grande amigo San Cornelio, se presenta inquieto y desasosegado contra Novaciano: *Cogitanti mihi, et intolerabiliter animo aestuanti, quidnam agere deberem.....* ¿Cómo he de sufrir, dice, que se enseñe que los pecadores no tienen remedio en la misericordia de Dios? ¿Cómo se puede oír sin horror una blasfemia tan en perjuicio de los hombres, y en deshonor de la di-

vina bondad? San Basilio, tomando la defensa de la causa comun de los hombres, entre los que ninguno hay sin pecado, hace un elegante discurso para animar á los pecadores, probando la universal extension de la misericordia con la doctrina y ejemplos que ofrecen las Santas Escrituras. Leed en ellas las solemnes promesas, que ha hecho el Señor á los pecadores que se conviertan. «Si el pecador, dijo por Ezequiel, se apartare de sus pecados, (Ezech. XVIII) jamás me acordaré de ellos. Y por Isaías (I, 18.) Aunque esté tan entrañada la malicia en vuestros corazones como el color rojo en la grana, los dejaré mas blancos que la nieve.» No contento con las seguridades que encierran estas expresiones, jura por su santo nombre que no quiere la muerte del pecador, y que en cualquiera hora oirá sus gemidos: *Vivo ego, dicit Dominus, nolo mortem peccatoris...* ¿No creeremos á las palabras de Dios, confirmadas con su juramento? *Est ne Deus, etiam cum jurat, indignus cui credatur?* Pero si sus palabras y juramentos no vencen vuestra incredulidad, atended y creed á lo

menos á los hechos. Ved cómo se portó con los Ninivitas, con Acab, con David y con Manasés. Este rey, dice San Basilio, impío, homicida de los profetas, que aserró á Isaías, que deshonoró á Dios, y su templo, y siguió la idolatría, sin embargo, al punto que se convirtió, y á Dios pidió perdon de sus pecados, se los perdonó, deshizo las cadenas que le aprisionaban, con fuego bajado del cielo, y le restituyó á la gloria de su reino.

Estos prodigios de su bondad obrados para bien y consuelo de los pecadores, fueron confirmados por Jesucristo cuando vino al mundo para su remedio. Preguntad á este Salvador divino cuál ha sido el fin de su venida, y os dirá: (Luc. V, 32.) *Non veni vocare justos, sed peccatores*. Su Evangelio no predica otra cosa que la virtud de la verdadera penitencia y de su misericordia. Añadió ejemplos y parábolas de la oveja y de la joya perdida, con las que declaró que no solamente perdona, sino que tambien busca y llama al pecador. Ved las obras estupendas de su misericordia, cómo recibió al publicano, á la Magdalena, á Zaqueo y

á un malhechor público. Ved lo que hizo con los mismos que le crucificaron: antes de morir pidió por ellos, y despues de resucitado mandó (Ib. XXIV, 47.) á sus Apóstoles que les predicasen, convidándolos con el perdon de su horrenda maldad. Ved finalmente confirmada esta doctrina con los mas vivos colores en la parábola del Hijo pródigo. En ella encontrareis, dicen San Juan Crisóstomo y San Ambrosio, que aunque hayais malogrado su hacienda, huido vergonzosamente de su casa, y os hayais entregado á Satanás; si os volveis al Señor, os recibirá con los brazos abiertos, hará á nuestro modo de entender un dia de fiesta en su córte celestial por vuestra conversion. Todo el cielo se alegrará porque Dios ha recobrado un alma, qué se le fué por el pecado, cumpliéndose la sentencia llena de consuelo: *Gaudium est in celo super uno peccatore penitentiam agente.*—*Discursos predicables.*—Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

DEVOCION.—Es don celestial, que inclina nuestra voluntad á querer con grande ánimo

y deseo todo aquello que pertenece al servicio de Dios.—*Ven. Granada.*

DEVOCION.—Es como una fuente y manantial de buenos deseos.—*Ven. Granada.*

DEVOCION Á MARÍA SANTÍSIMA.—Así como el nacimiento de la Virgen causó alegría en el mundo, porque era señal de la venida del Salvador á redimirle, así tambien cuando la devocion de la Virgen nace en un alma, causa en ella grande gozo, porque es grande prenda de que vendrá Dios á ella, y la salvará; y por esto dijo San Anselmo, que ser muy devoto de Nuestra Señora era señal de estar predestinado para el cielo, porque con su devocion entran los efectos de la predestinacion, negociándolos ella para sus devotos. Ella, como madre, nos solicita las inspiraciones del cielo, la vocacion de Dios, la gracia de la justificacion, la victoria de las tentaciones, la preservacion de las caidas, el aumento de los merecimientos, la perseverancia en la gracia y la corona de la gloria.—*Meditaciones espirituales.*—*Ven. P. Luis de la Puente.*

DEVOCION Á MARÍA SANTÍSIMA.—Sobre todos los

Santos debemos tener muy gran devocion á la gloriosísima Virgen María Nuestra Señora , y tomarla por especial abogada y medianera entre Dios y los hombres , y por esta puerta del cielo entrar en el acatamiento de su soberana Majestad , y por sus manos ofrecerle nuestras necesidades , plegarias y deseos. Cuando nos levantamos y cuando nos acostamos , cuando nos confesamos y cuando comulgamos , en la salud y en la enfermedad , en la vida y en la muerte , en el trabajo y en el descanso , en todas nuestras adversidades y prosperidades , en la tempestad y en la bonanza miremos siempre á esta estrella , si queremos tener segura navegacion y llegar con salvamento al puerto de la bienaventuranza. — *Manual de Oraciones.*—*P. Pedro de Rivadeneira.*

DICHA DE LA VIRTUD.—No están vinculadas para la patria todas las delicias prometidas á la virtud ; tambien en este mundo gozan un destello de estos mismos gustos los hijos de dileccion y de amor. Como la vida ajustada , inocente ó penitente es una incoacion de la gloria y como un noviciado del cielo , partici-

pa algunas prendas de aquel estado feliz á pesar de las amarguras y cruces que le acompañan y que son inseparables de este valle de miserias. Consultemos la Escritura. La buena conciencia y la limpieza del alma es un continuo convite, en que se disfruta de todo género de placeres, de gustos y de regalos: conserva en tu corazon la rectitud y la justicia, y tu sueño será dulce, suave, tranquilo, sin que te conturben los temores de las tinieblas, ni te agiten los espectros de la noche: el consuelo, la esperanza y la paz son propios y privativos de los que aman la ley, y solo en la casa de Dios se encuentran las riquezas y la gloria. Todos estos son oráculos del Espíritu Santo, que no pueden contrastarse sin impiedad manifiesta. Yo lo he probado todo, decia el mas sábio de los hombres, y solamente las obras de santidad y virtud han llenado el vacio de mi espíritu. Yo he hecho mil reflexiones, decia el grande Agustino, sobre la fruicion de los bienes, y solo los verdaderos han tranquilizado mi alma: todas las criaturas juntas y todos los recreos de la tierra no me

han alegrado tanto como mi propia conciencia cuando no ha sido remordida de la culpa. Yo he echado de ver, decia San Antonino de Florencia, por una experiencia de muchos años que solo el servir á Dios es verdadero reinar y señorearlo todo; lo contrario es servidumbre, esclavitud y un yugo insoportable. Y la razon es clara y evidente, porque al hombre no le hace feliz lo que está por la parte de afuera, ni saraos, ni festines, ni teatros, ni honores, ni aplausos, ni riquezas, ni todo el mundo alambicado en placeres; la felicidad la tiene dentro de sí mismo, en la union de su voluntad con la divina y en la conformidad de su conducta con la regla de sus operaciones. Concertado de esta suerte el reloj de su vida no tendrá movimiento que no sea deleitable, ya por la raíz de la esperanza que produce los mas dulces frutos, ya por la uncion de la divina gracia, que rectifica el paladar del alma y hace que gustado el espíritu, sea insípida toda carne. Y no hablo de las almas privilegiadas que han tocado la raya del heroismo, y en quienes Dios derrama torrentes de deli-

cias que las inundan, porque á estas les dá á gustar tales favores y regalos, á cuya descripción no basta la rudeza de la lengua: aun las almas ordinarias, ó de una virtud regular, participan de un consuelo interior, de un rocío celestial, de una libertad y desahogo y de un contento que es propio de la justicia, y en que el pecador, el criminal, el impío, el libertino no pueden comunicar ni tener parte.—*Coleccion de panegiricos originales.*—Fr. Vicente Hernandez.

DIGNIDAD DEL HOMBRE.—No se dirigia tan solo á las clases elevadas, ni á los filósofos, sino á la generalidad de los fieles la lumbrera del África San Cipriano, cuando compendia en pocas palabras toda la grandeza del hombre, y rasgueaba con osada mano el alto templo en que debe mantenerse nuestra alma, sin aflojar jamás: «Nunca, decia, nunca admirará las obras humanas quien se conociere hijo de Dios. Despéñase de la cumbre de la nobleza quien puede admirar algo que no sea Dios.» (De Spectaculis). Sublimes palabras, que hacen levantar la frente con dignidad, que ha-

cen latir el corazón con generoso brio, que derramándose sobre todas las clases como un calor fecundo, hacian que el último de los hombres pudiese decir lo que antes pareciera esclusivamente propio del ímpetu de un vate:

*Os homini sublime dedit, cælumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.*

—Jaime Balmes.

DIGNIDAD DEL SACERDOCIO.—Dice San Pablo (I. Cor. IV. 4). «Hermanos, consideremos el hombre como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios.» El sacerdote es ministro de Jesucristo, dispensador de todos sus misterios y mediador entre Dios y los hombres. Sacerdote quiere decir, pastor del rebaño de Jesucristo, intérprete de la Escritura, oráculo de la ley y columna de la fé. Quiere decir sal de la tierra, luz del mundo, puerta de la Ciudad Santa, hombre angélico, ángel del Dios de los ejércitos. Su dignidad es reverenciada de las potestades de la tierra, su carácter es respetado por los ángeles del cielo, y temen su poder hasta las furias del infierno.—*Cartas cristianas*—Fr. José Areso.

DILUVIOS DEL PECADO.— Dos diluvios universales ha habido en el mundo: uno material y otro espiritual: y ambos por una misma causa, que es por pecados. El material, que fué en tiempo de Noe, no dejó en el mundo cosa viva mas de lo que pudo caber en un arca; porque todo se lo tragarón las aguas, de tal manera, que la mar sorbió á la tierra con todos los trabajos y riquezas de los hombres. Mas el otro primer diluvio, que nació del primer pecado, fué mucho mayor que este; porque no solo dañó á los hombres que en aquel tiempo eran, sino á todos los siglos presentes, pasados y venideros; y no solo hizo daño á los cuerpos, sino mucho mas á las ánimas, pues tan robadas y desnudas quedaron de las riquezas y gracias que el mundo en aquel primer hombre habia recibido, como se vé elaro en un niño recién nacido, el cual nace tan desnudo de todos estos bienes, cuan desnudas trae las carnes.

Pues de este primer diluvio nacieron todas las pobreza y miserias, á que la vida humana está sujeta, las cuales son tantas y

tan grandes, que dieron materia á un gran doctor y sumo Pontífice para hacer un libro de solas ellas. Y muchos grandes filósofos considerando por una parte la dignidad del hombre sobre todos los otros animales, y por otra á cuántas miserias y vicios está sujeto, no acababan de maravillarse viendo este desorden en el mundo; porque no alcanzaron la causa de ello, que fué el pecado.—*Ven. Granada.*

—dios.—Su corazon es mas que de diamante para los soberbios, y mas que de cera para los penitentes y humildes.—*Ven. Granada.*

—dios.—Están abiertas sus entrañas de padre para todos los que con humildad y perseverancia le buscan.—*Ven. Granada.*

—dios.—Es gloria y bienaventuranza de sí mismo.—*Ven. Granada.*

—dios.—Amparo de quien le llama, gloria del que en él fia.—*El Incógnito.*

—dios.—Fuente de agua viva, que fertiliza las almas; y luz suprema, que alumbra los corazones.—*El Incógnito.*

—dios.—Fortaleza del justo.—*El Incógnito.*

—dios.—Padre de huérfanos.—*El Incógnito.*

Dios.—Principio universal de toda luz; diluvio de misericordia, en el cual se anegan nuestras culpas.—*El Incógnito.*

Dios.—Descanso y salud del alma; Rey absoluto y Señor Supremo del Universo; fuente de luz, de cuyos resplandores participa el mundo.—*El Incógnito.*

Dios.—De la manera que el sol tiene tan entero su resplandor, que no le falta nada, y llenando su astro rebosa en los demás; á ese modo, aunque con infinitas ventajas, está tan entera y llena de bienes la Divinidad, que bastándose á sí, se derrama en las criaturas, á las cuales perfecciona, como causa eficiente y ejemplar de todas, siendo ella una sola. « Así como el sol, dice Lactancio, que nace cada día, aunque sea uno, por lo cual le pareció á Ciceron se llamaba sol, porque aparece solo oscureciendo las estrellas, con todo eso, porque es verdadera luz, y de perfecta plenitud, con gran calor y resplandor clarísimo alumbrá todas las cosas. » Así Dios, siendo uno solamente, ilustra, sustenta, fomenta y llena todas las criaturas con su debida perfección,

dándola él á todas, sin recibirla él de nadie; estando tan lleno de bienes que le sobra para todos.—*De la Hermosura de Dios.*—*P. Juan Eusebio Nieremberg.*

DIOS AIRADO.—Fuego que abrasa y consume toda malicia humana.—*El Incógnito.*

DIOS SOLO ES INMUTABLE.

Dios es solo, Dios solo es,
Quien mudanza no ha tenido;
Hoy es el mismo que ha sido
Y el mismo será despues.
Dará este mundo al través
Con su pompa transitoria:
No quedará dél memoria;
Morirá el sol y la luna;
Y sin mutacion alguna
Seguirá Dios en su gloria.
Todo el tiempo lo baraja,
Sin que la fortuna pueda
Ser mas que una instable rueda,
Que ya sube y que ya baja.
Hoy es tumba, hoy es mortaja

Lo que ayer pompa y salud;
Porque en la vicisitud
Del caduco humano sér
Lo que carroza fué ayer,
Será mañana ataud.

Pasa el tiempo cual la nave
Surca en borrasca deshecha,
Cual corre veloz la flecha,
Cual vuela lijera el ave.
Vive hoy el hombre, y no sabe
La fortuna ni la suerte
De su vida. Solo advierte
Que cual bala despedida
Va presurosa la vida
A tropezar con la muerte.

Uno su caudal duplica,
Otro levanta un palacio,
Y piensa lograr despacio
Lo que gana ó que fabrica.
Aquel á su finca rica
Llama sólido cimiento.
Todo esto en solo un momento
La muerte asolar procura,
Echando en la sepultura

Todas sus torres de viento.

¿Qué son la pompa y la gala,
Que ama el mundo y solicita,
Sino flor que se marchita,
Vapor que luego se exhala?
Como el agua se resbala
De la vida el curso incierto,
Y buscando fijo puerto
En una amena ensenada,
Presto ha de quedar ahogada
En las playas de un mar muerto.

A las tristes variedades
De un desgraciado vaiven
Están sujetos tambien
Los reinos y las ciudades.
¿En dónde las vanidades
Están de Cartago? ¿Dónde
Su gran máquina se esconde
Ruidoso escollo del mar?
Nadie sondea el lugar,
Por mas que el discurso ahonde.

¿Dónde están Tiro y Sidon?
¿Dónde los Medos y Asirios?
Ya son mentales delirios,

Ya pasaron, ya no son.
¿Dónde está del Macedon
Tanta aplaudida victoria?
Solo son de la memoria
Vana ilusion sus proezas.
Ya todas esas grandezas
¿Qué son en fin? Son historia.
Mundo, mundo, mira, advierte
Si inmortal te lisonjeas,
Que esas tus vanas ideas
Las ha de frustrar la muerte.
¿Por qué, dime, de esa suerte
En vanidades te empeñas
Si esas dichas halagüeñas
Son pasajeras mentiras,
Y esos bienes á que aspiras,
Son fantasías que sueñas?
Alce el grito San Miguel,
Diga despertando al mundo
De su letargo profundo:
¿Quién hay como Dios? Solo él.
¿Quién con permanencia fiel
Vive seguro y contento?
¿Quién de morir vive exento?

¿Quién no se muda jamás?

Soló Dios; pues lo demás

Es humo, apariencia, viento.

Francisco Javier Lozano de Valdepeñas.

DIOS Y EL CÉSAR.—«Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.» Estas palabras del Evangelio andan en boca de todos; pero pocos son los que se paran á considerar el espíritu y significado de ellas. ¿Qué quiere decir esta diferencia entre lo que es del César y lo que es de Dios? ¿Por ventura las cosas del César no son tambien de Dios? La potestad de César, sus derechos, los bienes todos del mundo, ¿no pertenecen tambien á Dios? Sin duda que todo lo criado es del Criador. Pero Jesucristo ha querido recomendar-nos tanto la reserva exclusiva que hacia de los derechos de su religion y de su Iglesia, que estos solo los ha llamado suyos por antonomasia; estos los que no quiere que los Príncipes se tomen ni que se les den tampoco. Como si dijera: la potestad temporal del imperio está á cargo del César, prestadle obe-

diencia en esta parte, que es la que le toca y nada mas. Pero la potestad de la Iglesia queda toda reservada en mí, que me constituyó Jefe supremo y Sacerdote eterno, y la gobierno por mis lugar-tenientes. Seguid en esto sus leyes y doctrina; no otras, que haciéndolo así dareis á Dios lo que es de Dios.—*Ensayo sobre la supremacía del Papa.*—José Ignacio Moreno.

DIOS Y LA TRIBULACION.—Dios es médico y la tribulacion es medicina para sanar al hombre, y no pena para condenarle. Cuando te curan te queman y cortan, y tú das voces, mas el médico no condesciende con tu voluntad por darte entera salud. Todos los que en esta vida han sido afligidos, exceptuando al Hijo de Dios que no pudo tener pecado, y á su Madre benditísima, que por especial gracia no le tuvo, antes que fuesen afligidos tuvieron la culpa por lo menos del pecado original, y los miró Dios en algun tiempo como á enemigos y rebeldes, é hijos de traidor, y como á tales los pudo castigar justamente. Y además del pecado original, que es la raíz y fuente de

todos los otros pecados, añadimos los hombres otros infinitos actuales en el discurso de nuestra vida, los cuales cura Dios como médico sapientísimo con penas y adversidades, como con medicinas contrarias, y por ellas nos azota y castiga como Padre amorosísimo. Así San Agustín. Y por esto dijo (Expd. XX. 5.): Yo soy el Señor, Dios tuyo, fuerte y celoso, que visito y castigo misericordiosamente, para que se enmienden los pecados, que pasan de padres en hijos por imitacion hasta la quarta generacion. Y el glorioso Evangelista San Juan en persona de Dios, dice (Apoc. III. 19). Á los que amo, yo les reprendo y castigo. Y el Apóstol San Pablo dice (Heb. XII. 6.): Al que Dios ama castígale, azota al que recibe y tiene por hijo. Y es esto de manera que concluye el mismo Apóstol en aquel lugar: Que el que no es castigado y disciplinado no se debe tener por hijo de Dios, sino por ilegítimo, é hijo de otro padre. ¿Qué hijo hay, dice él, que no sea castigado de su padre? Porque si careceis de este castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, síguese que sois

hijos de otro padre y no de Dios. Y conforme á esto dice San Agustin: si no estás en el número de los atribulados, no estás en el número de los hijos. Y Salomon dice (Prov. III. 11 y 12.): Hijo mio, no deseches la disciplina y castigo del Señor, porque él castiga á los que ama, y huelga con ellos como padre con sus hijos.—*Tratado de la tribulacion.*—*P. Pedro de Rivadeneira.*

DIQUE SANTO.—Cuando las pasiones humanas, agitadas por mil elementos de ruina y desolacion, hacen estremecer convulsivamente los pueblos, y por do quiera se ven cundir males sin cuento, que ponen en inminente riesgo el porvenir de las sociedades; cuando por una parte el génio destructor de la guerra lleva do quiera el estrago y la muerte, y por otro el cisma despedaza los vínculos de la unidad y siembra mil gérmenes funestos de excision en el seno de las familias; cuando reina, en fin, un desórden universal tanto en política como en religion, y amalgamándose los errores de los sectarios con la tiranía de los gobernantes compromete

ten el reposo público, introducen la divergencia en las opiniones, atizan la discordia, fomentan el encarnizamiento de los partidos, y dan golpes mortales á la nacionalidad y al verdadero patriotismo; en medio de todas estas desgracias, y á través de todos estos elementos de destruccion, se ve siempre al catolicismo oponiendo su doctrina social y civilizadora, é interponiendo su influjo donde quiera benéfico para calmar la efervescencia de las pasiones, contener el choque impetuoso de las ideas, atajar el incendio devorador del cisma, y evitar la ruina á que corren precipitadamente los hombres y las cosas, victimas de un desquiciamiento que tiene casi siempre su origen en la irreligion y en la impiedad. Entonces los hombres, llamados á continuar la gran mision que Jesucristo comenzó en la plenitud de los tiempos, se ofrecen á la vista de los pueblos llenos de aquel génio sublime que todo lo domina, la inteligencia, el corazon, las opiniones, las creencias, y arrastra en pos de sí cuanto hay de mas poderoso y admirable en la tierra; porque el apostolado católico es el

principio destinado á triunfar del mundo, y la palabra evangélica el arma única capaz de hacer sucumbir los imperios ante la razon, y obligar al hombre á reconocer sus deberes, á respetar la verdad y obrar conforme á sus destinos.

No necesitamos hacer grandes esfuerzos de imaginacion para evidenciar este punto. Cuando la historia habla tan altamente, cuando una larga experiencia nos lo ha hecho ver de un modo tan palpable, por demás estarian todos los raciocinios. La elocuencia de las palabras jamás será tan persuasiva como la elocuencia de los hechos: y no creemos que pueda negarse á esta clase de demostracion, un siglo que, si bien llamado de discusion y examen, ha tenido al fin que renunciar á las teorías y apelar por último á los resultados. — *Glorias y triunfos de la Iglesia de España.* — *Juan Troncoso.*

DISCURSO DE SAN LEANDRO EN EL TERCER CONCILIO DE TOLEDO, CON OCASION DE HABER ABRAZADO LOS GOTOS ARRIANOS LA RELIGION CATÓLICA POR OBRA DE SU MONARCA REGAREDO. — La celebridad

de este día y la presente alegría es tan grande y tan colmada, cuanta de ninguna fiesta que por todo el discurso del año celebramos. Lo que ninguno de vos podrá dejar de confesarlo. En las demás festividades renovamos la memoria de algun antiguo misterio y beneficio, que se nos hizo: el día de hoy nos presenta materia de nueva y mayor alegría; cuando (gracias al Salvador del género humano Cristo) la gente nobilísima de los godos, que hasta aquí descarriada se hallaba en medio de unas tinieblas muy espesas, alumbrada de la luz celestial, ha entrado por el campo de la inmortalidad, y ha sido recibida dentro del divino y eterno Templo, que es la Iglesia. Si las cosas quebradizas y terrenas, y que solo pertenecen al arreo del cuerpo y á su regalo, cuando suceden prósperamente de tal suerte aficionan los corazones, que á las veces la mucha alegría saca algunos de juicio: ¿en cuánto grado debemos alegrarnos por ser llamados y admitidos á la herencia del reino celestial? Cuanto por mas largo tiempo hemos llorado la ceguedad y miseria en que nuestros

hermanos estaban, cuanto menor era la esperanza que nos quedaba de su remedio; tanto es mas razon que en este dia nos alegremos y regocijemos. Á mí por cierto el mismo sol me parece que ha salido hoy mas resplandeciente que lo que suele: la misma tierra se me figura muy mas alegre que antes. Gózase el cielo por la entrada que se ha abierto á tantas gentes para aquellas sillas bienaventuradas, y por la vecindad que tantos hombres han tomado de nuevo en aquella Santa Ciudad, que señalados con el nombre cristiano habian caido en los lazos de la muerte. La tierra se alegra, porque estando antes de ahora sembrada de espinas, al presente la vemos pintada y hermoseada de flores; de las cuales, Padres, que hasta aquí sufristeis grandes molestias, podeis tejer y poner en vuestras cabezas muy hermosas guirnaldas. Sembrastes con lágrimas, ahora alegres coged las flores, y segad los campos que ya están sazonados: llevad á los graneros de la Iglesia manojos de espigas granadas. La grandeza de vuestra alegría no se encierra dentro de los términos de España: forzosa cosa

es que pase y se comuniqué con lo demás de la Iglesia universal, que abraza y tiene en su seno toda la redondez de la tierra, y acrecentada al presente con añadirsele esta provincia nobilísima, inspirada del Espíritu Santo, engrandece la divina benignidad por tan señalado beneficio. Porque la que por su esterilidad era despreciada en el tiempo pasado, al presente por el don celestial de un parto, ha producido muchos hijos. Con que las demás naciones, si algunas todavía perseveran en los errores pasados, á ejemplo de nuestra España, podrán esperar su remedio; y que se hayan de juntar en breve dentro de las entrañas de la Iglesia, y debajo de un Pastor Cristo, aquel lo podrá poner en duda que no tiene bien conocida la fé de las divinas promesas. Y está muy puesto en razón, que los que tenemos un Dios, y un mismo origen y padre, de quien procedemos todos, quitada la diversidad de las lenguas con que entró en el mundo gran muchedumbre de errores, tengamos un mismo corazón, y estemos entre nos atados con el vínculo de la caridad, que es la cosa que en-

tre los hombres hay mas suave , mas saludable y mas honesta , para quien pretende honra y dignidad. Reviente de envidia y de dolor el enemigo del género humano , que solia gozarse particularmente en nuestras miserias y males: duélase y llore, que tantas almas y tan nobles , en un punto se hayan librado de los lazos de la muerte. Nos , por el contrario , á ejemplo de los ángeles , cantemos , Gloria á Dios en las alturas , y en la tierra paz. Que pues la tierra se ha reconciliado con el cielo , podremos tener esperanza , no solo de alcanzar el reino celestial , sino asimismo , cuidando de invocar de dia y de noche la divina benignidad , el reino terrenal , y la salud de nuestro rey , autor principal y causa de esta gran felicidad. — *Historia general de España.* — P. Juan de Mariana.

DIVISION TERRITORIAL DEL RÉGIMEN ECLESIASTICO.—La primera particion del régimen eclesiástico que aparece hecha desde el tiempo de los Apóstoles , y que sin duda sirvió despues de norma para la de las diócesis y provincias , fué la que por disposicion divina separó el

apostolado de los judíos del de los gentiles, encargando el primero á San Pedro asociado de San Juan y de Santiago, y el segundo á San Pablo con San Bernabé, segun consta de la carta á los Gálatas (cap. II.). Mas sabemos que de todos estos Apóstoles, sólo San Pedro no se creyó sujeto á los límites prescritos. San Pablo y San Bernabé jamás se encargaron del cuidado de los judíos. San Juan y Santiago se abstuvieron de evangelizar á los gentiles. Pero San Pedro conservó siempre la libertad de ejercer el apostolado donde quiera que le pareció conveniente, no sólo entre los judíos, sino tambien entre los gentiles, de que testifica el mismo San Pablo en el lugar citado, y de que por otra parte es una prueba solemne y perentoria el hecho de haber dejado la Silla episcopal de Antioquía y trasladándose á Roma para fundar una nueva Iglesia entre los gentiles. Si consultamos luego los usos y costumbres de los siglos siguientes, todos conspiran á probar que se creyó siempre en la Iglesia ser lícito al Pontífice romano ejercer las funciones episcopales en las diócesis parti-

culares de los otros Obispos, cada vez que así lo pedia la publica utilidad. Por eso es, que los Papas desde los primeros siglos han celebrado sin la menor contradiccion concilios particulares en las provincias y diócesis de los otros Obispos, presidiéndolos por sí ó por sus legados, como se vió en el Concilio de Cartago del año de 419, á que asistió San Agustin, y en otros muchos posteriores. En todas partes sin restriccion alguna de diócesis, provincias ó patriarcados han usado siempre del palio, y se han hecho preceder de la cruz, símbolos ambos de la jurisdiccion ó potestad espiritual. Siempre han estado autorizados á consagrar y ordenar á cualquiera de los súbditos de los otros Obispos en toda la extension de la Iglesia, á eximir los monasterios de la ley diocesana y sujetarlos inmediatamente á su jurisdiccion, y á ejercer otros derechos semejantes en el distrito de los demás Obispos.

—*Ensayo sobre la supremacia del Pápa.*—
José Ignacio Moreno.

DOCTRINA DE LA IGLESIA.—Los frutos de la palabra de Dios y santa doctrina de la Iglesia

¿quién los explicará? Porque ella es lumbre que esclarece nuestro entendimiento, y fuego que inflama nuestra voluntad, y martillo que ablanda la dureza de nuestro corazon, y cuchillo que corta las demasías de nuestras pasiones, y candela que nos alumbra en todos los pasos de nuestra vida, y simiente que dá frutos de vida eterna; y finalmente pasto y mantenimiento que sustenta, deleita y esfuerza nuestras almas en Dios, de los cuales frutos goza cualquiera que lee libros de buena doctrina.—*Ven. Granada.*

DOCTRINA DEL PANTEISMO.—Disfrácese como se quiera la doctrina del panteismo, entraña la negacion de Dios; es el ateismo puro, solo que toma otro nombre. Si todo es Dios, y Dios es todo, Dios será nada; lo único que existirá será la naturaleza con su materia, y sus leyes, y sus agentes de diversos órdenes: todo lo cual lo admiten muy bien los ateos, sin que por esto entiendan que han abjurado su sistema. Si la criatura piensa que es una parte del mismo Dios, ó Dios mismo, por el mismo hecho niega la existencia de un Dios, que le sea

superior y pueda pedirle cuenta de sus obras; la Divinidad será para él un nombre vano.—
Cartas á un escéptico.—*Jaime Balmes.*

DOCTRINA EVANGÉLICA.—Remedio de todos los hombres.—*El Incógnito.*

DOLORES DE MARÍA EN LA INFANCIA DE JESÚS.
—Emprender un penoso viaje desde Nazaret á Belen, pocos dias antes de dar á luz á su divino Hijo; buscar inútilmente en toda la ciudad de su ilustre ascendiente David una posada para recojerse; y por no hallarla, verse obligada á albergarse en un humilde pesebre, con la compañía de unos pobres animales; reclinar á Jesús en el establo sobre la paja, viéndole temblar de frio, pues apenas estaba cubierto con unos pobres pañales; hé aquí otros tantos motivos de dolor, de justo y fundado sentimiento para María. Pero su dulzura, su resignacion, su amor á la pobreza, templaron ese dolor, dándonos á nosotros un instructivo y fecundo ejemplo de la manera con que debemos someternos á los adorables decretos de la Providencia.

¡Oh Virgen Santa! Esposa pura, bella, fiel

y muy amada has sido hasta ahora del Espíritu divino; mas prepárate, porque ahora vá á probarse tu constancia hasta la sangre. Sí, sangre tuya puede decirse que es la que vá á derramarse en la circuncision de Jesús, porque tú se la diste, pues de tu sustancia se formó su adorable cuerpo. Menos penoso te fuera, Señora, que el cuchillo te hiriese á tí; pues hiriendo á tu Hijo, atraviesa lo mas delicado de tu corazon. Aparta, aparta, ¡oh María! la vista, que ya corre esa preciosa sangre, cierra, cierra pronto tus oidos, que ya exhala el divino Niño un grito de dolor. Mas no, Señora, recoge esa sangre, que es el valor de nuestro rescate; estrecha en tu seno la divina y llorosa víctima, guardándola para el sacrificio del Calvario.

Pocos dias despues, cumplido el tiempo de la presentacion de los primogénitos al Señor, María, aunque de nada tiene que purificarse, vá al templo para cumplir toda la ley, dándonos un heróico ejemplo de sumision y humildad. La Santísima Virgen saca de su regazo al tierno Infante, que el sacerdote toma en

sus manos; y levantándole en alto le ofrece á Dios, vaticinando al mismo tiempo á la Madre las crueles angustias que la esperan. Aquel Niño es la luz del mundo, en él está la salvacion de las gentes; pero el mundo rehusará reconocerle por su Dios, muchos por contradecirle se perderán eternamente, su mismo pueblo pedirá á los gentiles que le hagan morir; será oprimido de dolores y harto de oprobios; y por consecuencia de todo esto, el alma misma de María, atravesada con una espada de dolor, sufrirá en la mas lenta y angustiosa agonía la mas penosa y desconsolada de las muertes. Este golpe al corazon de María, contiene en sí todos los demás golpes que la esperan; pues que en su tierna imaginacion de la mas dulce de las madres, se la representan con viveza, para no desaparecer en adelante de su vista, todos los trabajos, ignominias, dolores y muerte, porque ha de pasar su santísimo Hijo.

Pero la heroica Virgen no desfallece al oir á Simeon. Recoge de las manos de este santo anciano la prenda de sus amores, que se ha

convertido ya en cuchillo de dolor para su alma santísima; y sometiéndose resignadamente á la voluntad divina, que así lo ha dispuesto, estrecha contra su corazon aquel hacecillo de mirra, apareciendo al mismo tiempo en su semblante la mas sublime expresion de angustia y conformidad. Si nosotros queremos ofrecerla algun consuelo, conformémonos en todo con la voluntad de Dios, implorando por la intercesion de la misma Virgen Santísima los dones celestiales de fortaleza y paciencia.

Preparada María por el vaticinio de Simeon, no la sorprende el anuncio que le hace su castísimo Esposo, de que un ángel le ha revelado en sueños el peligro que corre el Niño Jesús, porque Herodes le busca para quitarle la vida. Mas no por eso deja de sentir cuando arranca al divino Niño del sueño dulce y apacible á que estaba entregado; cuando se ve obligada á salir de su propia casa, sin poder llevar provisiones para el largo viaje á Egipto, pues ni las habia abundantes en la misma casa, ni existian recursos para comprarlas, ni podia descubrir la partida, pidién-

do auxilio á los extraños; cuando sin mas compañía que el anciano José, el cual no conocia el camino, se alejan, temblando de frio, temerosos de los ladrones y de los espías, y dañándose en las piedras y en las zarzas con que tropieza en su incierta y pavorosa marcha; cuando, con recelo de la luz del dia, como los malhechores, aunque por un motivo diametralmente opuesto á la causa que á estos les hace obrar, tienen que ocultarse, al asomar la aurora sobre el horizonte, en lo mas espeso de los matorrales, donde las lágrimas de sus ojos caen sobre el cespced y las flores silvestres, confundiéndose con las perlas del rocío matutino; la Santísima Virgen siente en su amante y generoso corazon lo que es natural sentir y mucho mas todavía. Cuando, al oir el triste llanto del divino Niño que tiene hambre, la Virgen madre siente, al aplicarle á los lábios sus purísimos pechos, que están casi exhaustos, porque ella misma no ha podido procurarse en la soledad mas que un escaso alimento, al paso que el cansancio contribuye tambien á debilitar sus fuerzas; cuando, sen-

tados los Santos Viajeros bajo la palmera del desierto, espantados por los rugidos de las fieras, y acechados de los reptiles venenosos, fija María su mirada en José, descubriendo en su pálido rostro la huella de los mas hondos pesares, aunque al mismo tiempo reinaba en toda aquella patriarcal fisonomía, una sublime expresion de serenidad y paciencia; cuando llegan á Egipto, tierra de extranjeros é infieles, donde ni sus personas son conocidas, ni el tesoro que ellos traen es apreciado, y pasan ahí tan largo tiempo, viviendo escasamente del trabajo de manos de José, al cual se asocia María, desempeñando todos los oficios domésticos, ayudándoles Jesús haciendo lo que permitian las fuerzas correspondientes á su edad; en todas estas circunstancias, aunque todas estuvieran previstas, la Santísima Virgen siente en su amante y generoso corazón, lo que es natural sentir y mucho mas todavía. Sí, porque aparte de las penalidades materiales y otras muchas que no hay tiempo para describir, el alma de María, tan compasiva hácia sus semejantes, siente el dolor de

todas las madres de Belen y sus alrededores, cuyos hijos son sacrificados por Herodes, ansioso de quitar á Jesús la vida. Aquellos profundos y prolongados gemidos que repiten los ecos de los montes, aquel llanto de Raquel, que no se quiere consolar, porque sus hijos ya no existen, llegan en alas de la compasion hasta Maria, aumentando su alarma y haciendo crecer sus dolores. Y para colmo de sus penas, Maria, que tanto ceta la honra de Dios, ve las ofensas que en esta ocasion le hacen, Herodes con su crueldad, los ministros con su furor, y los paganos, cuyas abominaciones en el culto de los ídolos, se ve obligada á presenciarse en Egipto. ¡Señora! Viendo que á Vos, pura y santa por excelencia, os hace el Altísimo aplicar los labios á una copa de tantos, tan variados y amargos dolores, no podemos menos de reconocer dos cosas: la primera, por mucho que en esta vida padezcamos, todas nuestras penas son, puestas en paralelo con las vuestras, como una gota de agua comparada con el mar; y segunda, que es una confusion, y algun dia será uno de los

mas graves cargos que en el tribunal de Dios se nos hagan, no haber querido imitar, ni siquiera en lo poco á que éramos llamados, y siéndonos fácil para ello obtener la gracia necesaria, ese hermoso ejemplo de humildad, de resignacion y de constancia, que nos disteis sufriendo, como hemos visto, los dolores de la infancia de vuestro divino Hijo Jesús.

Pero ahora, ¡oh Virgen Santa! doliéndonos de no haber sabido ó de no haber querido imitaros en lo pasado, os pedimos nos alcanceis los auxilios necesarios para hacerlo en lo venidero. Desde ahora, así como Vos ofrecísteis al Señor vuestro corazon purísimo en el templo, al presentarle vuestro divino Hijo; nosotros asociándonos á tan augusta víctima, para que su mérito infinito supla por nuestra indigencia, os ofreceremos tambien rendidos, para padecer con fruto, ayudados de la divina gracia, todas las penalidades de esta vida. Considerándonos en ella peregrinos, como os considerábais en Egipto, no nos apegaremos á ninguno de los bienes de este mundo; procuraremos usar de ellos, como

medios para llegar al término de nuestro viaje; y tendremos siempre vueltos los ojos hacia nuestra patria, que es el cielo. Entretanto, nos consolaremos santamente, como Vos lo haciais en el destierro, estrechándonos con Jesús; y si un día le perdemos, como Vos le perdisteis, con inmenso dolor de vuestra alma inocente, pura y amante, lloraremos amargamente nuestras faltas, si es que cometiéndolas hemos dado causa á la ausencia del Salvador. Y si solamente se ha ocultado Él á nuestra espiritual mirada, para probar nuestra fidelidad, nos someteremos resignados, con tal de que su gracia no nos abandone; esperando que ó en esta vida ó en la otra, estas penas tendrán por compensacion grandes é inefables consuelos.—*La Virgen de los Dolores.*—*José Antonio Ortiz Urruela.*

DUELO.—El que propone ó acepta el desafío, por el hecho mismo infringe la ley de la propia conservacion, poniéndose voluntariamente en el peligro de perder la vida, ó de inutilizarla para alguna de sus funciones. Quebranta las leyes de la justicia y las de la caridad,

de donde se derivan nuestros deberes hácia el prójimo, pues el ódio del duelista, ó cuando menos su indiferencia por la vida del contrario, no son compatibles con el respeto y amor que está obligado á profesarle. Se rebela en fin contra el principio constitutivo de la sociedad política, establecida para regularizar y dirimir las competencias entre los asociados, administrando justicia á todos con la imparcialidad que ninguno sabe tener en causa propia.

P. ¿No deberemos modificar este juicio, si consideramos el duelo meramente como negocio ó lance de honor?

R. El duelo, aun despojado del carácter de ferocidad y venganza que casi nunca deja de llevar, y suponiendo que no tenga mas objeto que rehabilitar con esta prueba de valor la opinion del ofendido, y menguar la del ofensor, si rehusare el combate, ó castigarlo si lo aceptare, y la fortuna de las armas lo permitiese; el duelo, decimos, considerado por este aspecto, el menos odioso ciertamente, es todavía inicuo y absurdo, contrario á la justicia y á la recta razon.

P. ¿Cómo probamos lo primero?

R. Observando que tanto el que recibió la ofensa como el que la hizo, contravienen á la justicia apelando al desafio. El agraviado: 1.º porque se constituye juez en su propia causa, lo cual es contrario á toda razon de equidad: 2.º porque priva á su adversario del derecho que tiene á ser juzgado por los tribunales: 3.º porque usurpa á la autoridad pública la mayor y mas alta de sus atribuciones, que es la de conocer y sentenciar en los delitos que los asociados cometen: 4.º porque destruye la graduacion de las penas y su proporcion con los delitos, castigando ó exponiéndose á castigar una ofensa leve, tal vez un desaire insignificante con el rigor que la justicia reserva para los crímenes mas atroces: 5.º porque en estos casos no es la razon imparcial y templada quien califica el agravio, sino la ira del ofendido, su vanidad, su soberbia, jueces incapaces de administrar justicia con la moderacion y la prudencia que requiere el ejercicio de una funcion tan augusta. En el causador de la ofensa es mas evidente, si cabe, la iniquidad

del desafío, porque sobre tener contra sí los cargos que hemos enumerado, son privativamente suyos 1.º que niega la debida reparacion del agravio, la cual en quien la cometió es un deber de rigurosa justicia: 2.º que acude al desafío como medio de satisfacer al agraviado, lo que realmente es querer que un agravio se repare con otro, que el ofendido acepte segunda ofensa en satisfaccion de la primera, que ponga á riesgo su vida para cobrar lo que se debe á su honor; exigencia escandalosa que excita la indignacion de toda alma en quien no esté apagado el sentimiento de la justicia: 3.º que vulnera por otro concepto los derechos de la sociedad, exponiéndola á perder un ciudadano inocente; y ofende los de las familias, así la del agraviado, como la suya propia, á las cuales trascenderán forzosamente las consecuencias de la accion que ha provocado, cualquiera que sea la suerte que cupiese á los actores.

P. ¿Cómo probamos que el duelo es absurdo, ya se considere como medio de reparar la ofensa recibida ó de vengarla en el agresor?

R. Reflexionando que la preocupacion que atribuye al desafio la virtud de purificar los agravios, descansa en un principio falso á todas luces, en este; que el valor es quien responde de las deudas de justicia y quien únicamente debe pagarlas. ¿Qué relacion puede haber entre cosas tan inconexas? ¿La injuria deja de ser injuria, porque su autor la sostenga con la punta de la espada? ¿El merecerla ó no merecerla pende por ventura de que el agraviado esté ó no esté de humor de enviar un cartel á quien la hizo? Pues no es menos absurdo mirar el desafio como medio de vengar la ofensa. Para que lo fuese, deberia contarse con el auxilio indefectible de la fortuna en estos lances, suponiendo que siempre se pone de parte del inocente, y nunca de la del culpado. ¿Pero es esto lo que sucede? Nada es mas precario que el éxito de los duelos: ambos combatientes se exponen á igual peligro; y si alguno lleva ventajas al otro, no es por cierto el que tiene mejor causa, sino el que tiene mas fuerza, mas habilidad, ó mas suerte. Cualquiera de los dos puede quedar tendi-

do en el campo, y sea de los dos el que fuere, nada probará este hecho á favor ni en contra del derecho disputado: lo único que en buena lógica se deduce es, que el vencido fué menos diestro ó menos dichoso que el vencedor. Las cuestiones en la arena del combate dejan de ser cuestiones de justicia, y se convierten en cuestiones de azar y de fuerza: sobrada consideracion para el descrédito de una costumbre, que tiende á destruir la santidad de los mas respetables derechos humanos, pues tanto vale el someterlos á la violenta decision de las armas; y que pretende erigir en principio el bárbaro error de que no hace injuria quien se halla con valor para sostenerla, ni la recibe quien la tiene para vengarla, lo cual es hacer del valor (si merece este nombre la audacia) la ley suprema del hombre. Preocupacion odiosa y absurda hasta en lo que abusa de las palabras, pues el valor verdadero no consiste en el atrevimiento momentáneo y febril que basta para batirse, sino en la serenidad y constancia del ánimo superior á toda exigencia in-moral, y dispuesto á sacrificarse, si fuere me-

nester, por la virtud. Este es el valor propio de las almas fuertes, que no debe confundirse con el furor gladiatorio, ni con la arrogancia de los espadachines.

P. ¿Qué suelen alegar los que defienden ó excusan el desafío?

R. Los que se precian de mas sensatos discurren así: convenimos en que no es conforme á razon y justicia esta cóstumbre; pero establecida, es menester respetarla só pena de quedar sin honor en ciertos lances. Diga en buen hora la moral que el honor no se pierde recibiendo una injuria inmerecida, ni se restaura encomendando su desagravio á la espada ó á la pistola: el hecho es que ciertas injurias afrentan al que las recibe y arruinan para siempre su opinion, sino acude á vengarlas por ese medio; que hay circunstancias en que no proponer el reto y sobre todo el no aceptarlo, se tiene por acto de cobardía, que mancha indeleblemente la reputacion, con especialidad en las clases y profesiones cuya prerogativa es el valor, como sucede, por ejemplo, entre los militares. Á esto se agrega que

las ofensas que las leyes no alcanzan á reprimir, ó no castigan suficientemente, suprimido el duelo, quedarian impunes, y esta seguridad alentaria la insolencia de los agresores, y daria motivo á que otros imitasen su ejemplo. ¿Cuál seria entonces la condicion del hombre de bien? Estar á merced de cuantos quisieren insultarle, y verse hecho el escarnio y la befa de la multitud. ¡Y qué! ¿Puede la virtud obligarnos á tanto sacrificio? Si me es lícito sin faltar á ella defender la vida con las armas, ¿no lo será desagraviar la honra, que todo hombre bien nacido estima y aprecia en mucho mas?

P. ¿Qué contestamos á esto?

R. Primeramente decimos que el sábio no debe, por más generalizados que estén, conformarse con los errores que su conciencia reprueba. Ella nos dice que el honor es una cualidad del alma, independiente de la opinion de los hombres, é inaccesible á sus ultrajes: que las injurias no deshonoran sino al que las merece: que es tan absurdo el atribuir á la opinion inconstante y caprichosa del vul-

go el derecho de adjudicar ó negar el honor, como lo seria concederle la facultad de dar ó quitar la ciencia: que si el instruido no dejará de serlo porque los que son incapaces de apreciar el saber, le tengan por ignorante; lo mismo el varon justo conserva sin menoscabo su dignidad á despecho de cuantos la desconozcan y se la disputen. Esto nos dice la razon: ¿no será pues, la mayor de las inconsecuencias pensar de este modo y luego aprobar en la práctica una preocupacion, de cuya barbarie estamos convencidos? Tal esclavitud del alma ¿no arguye cierta cobardía mucho mas deshonrosa que el vano concepto, á cuyo temor se quiere sacrificar la conciencia y sus convicciones? *¿Quid turpius, quam sapientis vitam ex insipientium sermone pendere?* (Cic. defin. lib. II, cap. 15.) Pero analicemos los puntos, que se acumulan en la objecion. Es infamia, se dice, rehusar el desafio, ó no proponerlo en determinados casos. Por injusto que el mundo sea, y por obcecado que esté en sus errores, es muy difícil que el hombre de bien que nunca se envileció y que ha dado y

está pronto á renovar todas las pruebas de valor y constancia que reclamare el cumplimiento de sus deberes, se desconceptúe en la opinion pública por negarse á un acto, cuya inmoralidad conoce y detesta. Mas supongamos lo contrario: ¿cuál censura debe temerse mas, la de los hombres no doblegándonos á sus inicuas exigencias, ó la de nuestra propia conciencia, acusándonos de haber perpetrado un crimen? En la disyuntiva de haber de perder la aprobacion agena ó la propia, la opinion ó la virtud, la fama ó la probidad, ¿qué partido es el mas conveniente al honor? Y no se nos reconvenga con los compromisos de la profesion de las armas. El honor de los militares consiste en observar la disciplina, tolerar las fatigas del servicio y pelear hasta morir, si fuere necesario, en defensa de su patria. El militar que comprende y cumple sus gloriosos deberes, no es fácil que pierda el concepto de valiente, absteniéndose de manchar su espada en una lid oscura é *infame*. «Mi sangre, debe decir en estos casos, no es mia, sino de la patria: solo ella puede disponer de una vida que

he jurado sacrificar en su servicio; pero si algun insolente fuere osado de atacarla, sabré defenderla con el mismo denuedo con que defendiendo mis banderas.» El soldado que hable con esta entereza, sin que nada en su conducta la desmienta, á buen seguro que desacredite ó menoscabe la fama de su valor, por negarse á usar de las armas en agravio de la conciencia y de las leyes. Y sirva esto de respuesta al escrúpulo de que la resignacion del ofendido aumentará la insolencia del agresor, y abonará los agravios, dándoles el sufrimiento y la impunidad el color de merecidos. No es posible que el hombre de bien, cuyos principios y carácter se han dado á conocer, caiga en el desprecio de los atrevidos y mucho menos en la desestimacion de los buenos, si esquivase el desaffio, porque desde luego se echará de ver en los antecedentes de su vida, en la dignidad de su proceder, en las precauciones prudentes y vigorosas que toma para su defensa, en el recurso á los medios legítimos de desagravio que le ofrece y le garantiza la sociedad, que no por cobardía sino

por virtud, no por temor de su riesgo personal sino por respeto á su conciencia se abstiene de una accion, que la razon declara absurda y las leyes humanas y divinas altamente culpable. Pero suponiendo que nada basta á impedir el menoscabo de la opinion en el aprecio del vulgo; esto quiere decir que habrá ocasiones en que el cumplimiento de una obligacion moral será difícil y costoso. ¿Y cuándo se ha logrado el mérito de las grandes acciones sino á costa de grandes sacrificios? Lo es indudablemente el de la opinion; pero la opinion que no puede adquirirse ó conservarse sin mengua de la virtud, debe sacrificarse en sus aras, y esta abnegacion del justo queda abundantemente compensada con el testimonio de su propia conciencia, con el sufragio de los hombres de bien, y sobre todo con la aprobacion de Dios, que nos ha de juzgar por sus leyes, y no por las que ha inventado nuestro orgullo. Últimamente, concedemos que es permitido defender la vida á viva fuerza en el caso de injusta agresion; pero de aquí nõ se sigue que sea permitido vengar el honor por medio del

desafío: lo primero, porque la vida puede perderse, no el honor que como dote del alma está fuera del alcance de sus agresores; lo segundo, porque aquel agravio es irreparable, pero no el segundo, que puede resarcirse por otros medios legítimos.

P. Qué dicta la moral para precaver las ocasiones del duelo?

R. Practicar fiel y constantemente la virtud. Los desafíos tienen casi siempre por motivo la infracción de alguno de los oficios morales, principalmente de los que miran al prójimo. El varón justo á nadie ofende; y no tiene poco adelantado para evitar las ocasiones del duelo, quien á nadie dá motivos de queja. Fuera de que, practicar la virtud con fidelidad y constancia es anteponerla siempre y en cualquier encuentro de la vida á todo respeto humano, á toda consideración interesada: es amarla por lo que ella es, y no por lo que valga en la opinión de los hombres. El que profesa este culto á la virtud, no se doblega á las exigencias de ninguna preocupación inmoral, por grande que sea el núme-

ro, y estrepitoso el clamor de sus patronos:

Justum et tenacem propositi virum

Non civium clamor prava juventium

.
mente quatit solida (Horatio).

Compendio de filosofía. — Juan José Arbolí.

DULZURAS DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA.—El alma humana, á quien Bossuet ha llamado *un rey destronado*, tiene en sus instintos un vago y confuso sentimiento de todo lo que ha perdido por la culpa. Pues bien: mediante la Eucaristía, al paso que conoce mejor toda la extension de los bienes que le quitó y de los males que le acarreó el pecado, adquiere la certeza de que puede, siendo fiel, preservarse de estos males, y hacerse dueña de bienes infinitamente mayores. Perdió la inocencia; pero por Jesucristo, á quien recibe en la Eucaristía, la ha recobrado en el sacramento del bautismo y en el de la penitencia. Perdió la amistad de Dios; mas al comulgar dignamente, entra en mas íntima union con el mismo Dios, que la que con Él podían tener los hombres en el es-

tado de la inocencia primitiva. Fué desheredado del Paraíso; pero en la sagrada Eucaristía tiene el alma una posesion mucho mas bella, rica y agradable, sin comparacion, que el jardin de delicias, donde moraron nuestros primeros padres. ¿Qué envidiamos del Eden? ¿La hermosura y variedad de las flores, el sabor y abundancia de los frutos, la limpieza y frescura de las fuentes, la serenidad de los cielos y los perfumes que embalsamaban la atmósfera? ¡Ah! En la Eucaristía, teniendo al Criador de todas esas cosas, bellas y buenas, tenemos infinitamente mas que poseyéndolas todas. Las llagas de las manos y de los piés de Jesucristo sacramentado, son mas hermosas que todas las galas de la naturaleza. Su cuerpo sacrosanto, trigo de los escogidos, es un alimento mas vigoroso y mas dulce que todas las viandas del mundo. Su sangre, que salta en copioso raudal de su sacrosanto costado, es aquella agua viva, que es mas cristalina y mas pura que todas las aguas de la tierra; que apaga la sed de las almas, las deleita y refrigera. Al rededor de la Eucaristía,

crecen y se dilatan las plantas aromáticas de todas las virtudes; y sobre todo, ahí arden, en el incensario de la caridad eterna, los olores del divino Esposo que arrastran las almas. Aquel es, en fin, un cielo apacible y bellísimo, inundado de las luces y de los fuegos del Sol de justicia, que jamás tiene ocaso.

Digasenos despues de esto, si hay exageracion en afirmar, que el soberano remedio de nuestra tristeza está en el Santísimo Sacramento. Lo que sucede es, que así como el que ignora las virtudes medicinales de las plantas, las huella con indiferencia, cuando si las conociese, las miraria con aprecio y las recogeria con ánsia para curarse; de la propia manera las almas mundanas, á quienes abruma el fastidio en medio de los placeres sensuales, en que se sumergen como aturdidas, y de los cuales salen mas desgraciadas, ni piensan siquiera que hay en la religion un tesoro escondido, que tranquiliza y alegra á los que saben buscarle. ¡Oh si llegasen á probar por la experiencia propia cuán suave es el Señor! Entonces muchos de ellos exclamarían, como

exclamaba San Agustin despues de su conversion: «¡ Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva! ¡ Cuán tarde te amé! » Entonces se convencerian de la verdad, que proclama el Salmista diciendo: « Vale mas un dia pasado en el tabernáculo del Señor, que mil bajo las tiendas de los pecadores. — *El mes Eucaristico.* — José Antonio Ortiz Urruela.

DULZURAS DEL TRATO ÍNTIMO CON DIOS. — Del amor infinito que Dios tiene al hombre, en ninguna parte dió mayores muestras que en la cruz: aquí es donde descubrió sus amorosas entrañas, á cuya grandeza no hay lengua ni entendimiento que llegue. Pero del amor tierno y regalado, que es la aficion y ternura de entrañas, el trato afable y dulce con que á los suyos se comunica, solo pueden ser testigos las almas, que con la experiencia lo gustan, que son las que por la pureza de la vida, alteza de contemplacion, y finezas de amor, han llegado á decirse y ser esposas regaladas tuyas... Es Cristo con estas esposas regaladas tuyas como una fuente viva, que nunca se agota, y que de continuo mana luz, dulzura,

regalo; y todo cuanto de él sale, son rios de amor y de fuego... y aunque es verdad, que todos los justos que están y viven en gracia y amistad de Dios, gozan tambien de su familiaridad y de su trato apacible y dulce, y son ayuntados á Dios con otros mil títulos de buena amistad; pero hace mucha ventaja en estrechura de amor y conversacion este amor tierno, con que Dios regala á las almas que dulcemente ama y tiene por esposas. Porque los primeros tienen por fé lo que los otros gustan con la experiencia... Pero los postreros llegan á gustar la dulzura de los abrazos de su Esposo celestial, por cuyo medio les comunica Dios su sangre hecha leche, esto es, por una manera dulce y sabrosa... En las almas que tratan con Dios, las que están unidas y abrazadas con estrecho lazo de amor, son las que gozan de su conversacion suavísima, y á quien él revela sus secretos mas escondidos. Estas son las que experimentan este amor regalado de Dios, del cual ninguna cosa mas á propósito se pudo decir, que lo que dijo San Juan, llamando á este amor maná escondido : maná,

porque es deleite, sobre toda manera dulce y suave, y sabroso no con un solo sabor, sino hecho al gusto y sabor, al deseo y condicion del que lo come: maná escondido; porque, si no es el que lo come y lo gusta, ninguno entiende á lo que sabe, porque la misma experiencia enmudece la lengua; y la grandeza que por el alma pasa, la entorpece para decir la menor parte de lo que ha gustado... — *Fr. Diego de Yepes.*



E

ÉGLOGA EN LOOR DE MARÍA SANTÍSIMA Y DEL NIÑO
JESÚS.

DELIO Y LAURO.

Lauro.

Á ti por siempre, celestial María,
Á ti mi voz y mi instrumento cante,
Esforzando su rústica armonía.

Delio.

¿Á quién invocaré que me levante
De la bajeza del estilo mio
En alabanza del divino Infante?

Lauro.

¿Será parte Talia ó la alma Clio
Para cantar de tí? Mas son humanas,
Y del favor humano me desvío.

Delio.

No quiero yo invocar musas profanas,

Sino á tu Madre, que es divina musa,
Tesoro de las gracias soberanas.

Lauro.

Tu luz, divino Infante, no se excusa,
Pues canto de la Virgen, que te encierra,
En quien toda la gracia está difusa.

Delio.

Ya te espera, Señor, la humilde tierra,
Dichoso el día, que del seno santo
Salgas á ser la paz de nuestra guerra.

Lauro.

¿Virgen, que te dirá mi humilde canto?
Dirá que eres oliva, huerto y fuente,
Del cielo gloria y del infierno espanto.

Delio.

Niño, que agora luz indeficiente
Estás en los cristales de María,
Á la fé de las almas trasparente.

Lauro.

Virgen mas clara que la luz del día,
Puerta del cielo, celestial aurora,
De los mortales campos alegría.

Delio.

Niño, que imaginado me enamora,

Cifrado en la virginea esfera breve,
Que te merece y te sustenta agora.

Lauro.

Virgen, mas pura que la blanca nieve,
Que de la boca procedió del austro,
Cuando en los montes la condensa y llueve.

Delio.

Niño; que en ese intacto y virgen claustro
Te coronan mas luces que á la estrella,
Que vá delante del luciente plaustro.

Lauro.

Virgen, mas que la luna casta y bella,
Palma sobre los montes idumeos,
Que el sol corona y que se viste de ella.

Delio.

Niño David, que á tantos filisteos
Has de cortar el cuello con su espada
Y consagrar al templo los trofeos.

Lauro.

Perdona si mi lira mal templada,
Ó Virgen, no celebra tu hermosura,
De los divinos coros celebrada.

Delio.

Perdona; Niño, tú por la blandura

Y divina humildad con que has cifrado
Tu sol en esa luna blanca y pura.

Lauro.

Ó Virgen, como estoy enamorado,
No es mucho que me falten las razones,
Que es propio á un grande amor hablar turbado.

Delio.

Infante robador de corazones,
Allá te llevas donde estás, el mio,
Mira, mi dulce bien, donde le pones.

Lauro.

Mis suspiros y lágrimas te envío,
Pastora de la fértil Palestina,
Cándida piel del celestial rocío.

Delio.

¡Ó quién cuando pasaba peregrina
Por este prado al monte de Judea,
Viera á tu Madre celestial, divina!

Lauro.

¡Purpúrea Virgen, donde Dios emplea
Su saber y poder, quién tan dichoso
Te viera al paso de su pobre aldea!

Delio.

Lauro, no dudes que de aquel frondoso

Laurel las ramas, y las verdes bacas
Sembrára por el suelo venturoso.

Lauro.

Estais agora, corderillas, flacas,
No hay yerba, que los aires del invierno
Arranca á los rediles las estacas.

Delio.

Yo le buscára un corderillo tierno,
Que aun retozar no sabe á quien le cria,
Para la Madre del Cordero eterno.

Lauro.

Yo blanca leche de una oveja mia,
Que en la yerba olorosa la cosiera,
Que por buena se llama de María.

Delio.

Yo conservados nísperos trujera
En paja y heno que en el heno y paja
El mundo el fruto de su vientre espera.

Lauro.

Un queso tengo yo que en mi tinaja
Aceite incorruptible le conserva,
Que en su humedad la sequedad ataja.

Delio.

Puesta en las flechas ponzoñosa yerba

Saliera al monte yo, que no muy lejos
Tiene su albergue una pintada cierva.

Lauro.

No faltarán los tímidos conejos
Ó algunos tordos, mirlas y zorzales,
Que vuelan por las hayas y los tejos.

Delio.

¡Ó qué trujera yo de los zarzales,
Que cercan esta fuente y de aquel monte
Madroños, como cuentas de corales...!

Lauro.

No mereció tu luz nuestro horizonte,
Celosía del sol, hermosa Niña,
Qué mucho que á otro cielo se transmonte.

Delio.

Rosa de Jericó, de Engadí viña,
Derrama ya ese bálsamo precioso,
Que de olor celestial los prados ciña.

Lauro.

Dános, ó palma, ese racimo hermoso,
Dános, ó fuente, ese cristal divino,
Dános, abeja, ese panal sabroso.

Delio.

¿Qué la llena de gracia, Lauro, vino

Por nuestro valle ? ¿Qué aquí estuvo el cielo
Y que no le salimos al camino ?

Lauro.

¿Cómo daría plácido consuelo
Á su prima Isabel y á sus pastores
La que al Dios del altura trujo al suelo ?

Delio.

¡Ay, Lauro, que dulcísimos amores
Debieron de decirle á dulces coros,
Dando á sus plantas lágrimas y flores!

Lauro.

Que la comarca tenga dos tesoros
Como María y este Niño santo;
¿Y no se rompan sus terrestres poros ?

Delio.

Produzca el lirio, el nardo y el acanto
En vez de coloquintidas el suelo,
Que mereció, pastores, favor tanto.

Lauro.

Discurra el tiempo al revolver del cielo,
Traiga los siglos que no habrá ninguno
De tanta dicha ni mayor consuelo,
Aunque entre todos ellos formen uno.

Pastores de Belen.—Lope de Vega.

EJEMPLO DEL SUPERIOR.—Guia de inferiores.
—*El Incógnito.*

ELIAS Y ACAB. Yo no dudo de que si se supiera dónde residia al presente el incomparable Elias, muchos emprenderian un largo viaje por ver aquella viviente maravilla. Mas nadie sabe dónde está, pues fué arrebatado de la tierra por un carro de fuego para vivir no sé dónde fuera del círculo de los hombres hasta que acercándose el término de los siglos vuelva á predicar con su voz atronadora y á combatir por la fé, en cuya defensa obró en su primitiva vida tan asombrosos prodigios. ¿Le buscaremos en el Paraiso terrenal, adonde se opina que fué trasportado? Pero el ángel que guarda sus puertas con fulmínea espada, no nos dejaria entrar, ni sabemos por qué camino se va á aquella mansion de delicias, que perdieron pecando nuestros primeros padres. ¿Quién hallará á Elias? Cualquiera que abra las admirables páginas de la divina Escritura. Allí está ceñido de la fortaleza del Altísimo para aterrar á los reyes haciéndolos estremecerse sobre sus tronos, cuando se desvian del

sendero de la ley del Señor: allí está disponiendo á su arbitrio de los elementos, que le obedecen con presteza como fieles vasallos: allí está venciendo á la muerte en el niño de Sarepta: allí está milagrosamente alimentado por los ángeles: allí está recibiendo en la soledad la sublime visita del Espíritu de Dios.

Donde primeramente vemos al fulminante profeta es en el palacio de Acab, el mas perverso de los reyes de Israel: no se habia hecho mencion de él ni habládose de su nacimiento, ni de su infancia, ni de su educacion, ni de su género de vida, y de repente le vemos en la nefanda corte del marido de Jezabel como una aparicion del cielo, y de repente oye de su boca el rey Acab: «Por aquel Dios de Israel, en cuya presencia estoy, júrote, ó rey, que en estos años no caerá lluvia ni rocío sino cuando yo lo mandare.»

¿Quién habla así? Un desconocido, un anciano venerable, un hombre de un valor sobrehumano, un enviado de Dios. ¿Quién es? ¿Quién es?... Desapareció al instante, dejando á nuestra consideracion la sorpresa, el asom-

bro, y demás afectos de ira ó de terror, que el rey experimentó á un mismo tiempo ó sucesivamente con semejante intimacion. Para apreciarla debidamente, figurémonos que en nuestros dias pasa esto con uno de los reyes mas poderosos de Europa. ¡Cuán gigantesca idea no formariamos del hombre, que presentándose por ejemplo al Emperador de Rusia, le dijese: «Emperador, no lloverá en la extension de tus vastos dominios sino cuando yo lo mande!»

Á la palabra de Elías cerráronse los cielos, cuyas llaves parece que se entregaron al terrible profeta, y no llovió y se siguió una horrible sequía, y en pos de ella agostados los campos y los montes, marchitos y pálidos los huertos y jardines y consternado todo Israel, vino el hambre, y el espanto se pintó en todos los semblantes, en todos los corazones entró mortal desmayo. Buscábase á Elías para remedio de tantos males; pero el Señor le habia escondido en inaccesible soledad á la márgen del torrente Carith, que precipitándose de las montañas de Efraim con horrisono estruendo

ofrecia sus refrigerantes aguas al solitario profeta, y segun la palabra del Señor, tarde y mañana le llevaban los cuervos los panes y las carnes de que habia menester, mientras él empleaba los dias y las noches en orar y contemplar.

¡Qué vida! ¡qué ocupacion! ¡qué soledad tan sublime! Duró seis estaciones. De allí pasó el profeta á Sarepta, donde recordarán los lectores que en la primera parte de esta obra le vimos resucitar al hijo de la pobre viuda, que le hospedó en su casa. Bella imagen de los grandes del cristianismo, de los grandes segun el espíritu de Dios, los cuales de la conversacion y trato con el cielo y de los mas encumbrados empleos de la tierra descienden muchas veces á los mas humildes oficios de la caridad. Pero de estos voluntarios abatimientos del amor y de la compasion parece que sacan nuevos bríos para remontarse á mayor altura en el desempeño de su grandiosa mision. Así Elías de casa de la infeliz viuda vuelve á la presencia de Acab por mandado del Señor, llevando los tesoros de la lluvia á

Israel consumido por el hambre. Dícele Acab al verle: «¿No eres tú el que perturbas á Israel?»

Hé aquí una increpacion que descubre el carácter del orgullo, el cual en medio de las mayores tribulaciones aún quiere ostentar cierta fiereza indomable al menos en las palabras, aunque por otra parte sean sus actos los de un vencido, que humildemente implora piedad. Acab y su reino se hallaban en agonía por falta de pan, porque Elías los habia condenado á la consternacion del hambre, haciendo que no cayera del cielo una sola gota de agua, y anhelaban que el santo Profeta apareciese y se apiadase de tan lamentable situacion, pues que él solo podia abrir los eielos cerrados por su palabra, y le buscaban con ansia para pedirle esta gracia, de la cual estaba pendiente la salud y la vida de Israel; Acab al divisar á tal hombre debió experimentar una extraordinaria sensacion de consuelo y de gozo, porque su vista era como la aurora de la abundancia y de la felicidad que habian huido de su reino, y por tanto debió de haberle recibido con los brazos abiertos y

con trasportes de júbilo y con demostraciones de rendimiento y amor. Pero Acab es un rey protervo, y de un corazon como el suyo es muy natural que brote inoportuna arrogancia, y así en vez de un lenguaje blando y agasajador prorumpe en esa interrogacion insolente: ¿no eres tú el que perturbas á Israel? Hé aquí una increpacion, que manifiesta todo el poder y grandeza de Elías. Pretendió Acab ofenderle, y sin quererlo confesó que aquel hombre á quien dirigia la palabra, podia mas que él, valia mas que él, y obraba portentos propios de quien manda en la naturaleza y en los cielos. ¿Pues de qué modo turba Elías á Israel? No por medio de conspiraciones, no por medio de papeles incendiarios, no por medio de ejércitos ni de otro modo acostumbrado entre los hombres. Aflígele con el hambre, y esta proviene de que Elías no quiere que llueva sobre Israel.

La respuesta de Elias es digna de un enviado de Dios: dícele: *Non ego turbavi Israel, sed tu et domus patris tui, qui dereliquisti mandata Domini et secuti estis Baalim.* No ol-

videmos que quien de esta suerte se expresa es un pobre solitario, y que habla á un rey feroz rodeado de guardias prontas á obedecer á su mandato de muerte; que habla á un tirano perseguidor de los siervos de Dios, que ha hecho morir cuantos profetas del Señor pudo haber á las manos; que habla á un fanático supersticioso que ha arrastrado á todo su pueblo á la mas abominable idolatría, y le habla para herirle en lo mas vivo, rechazando de sí la inculpacion de haber sido causa de los males de Israel y haciendo que toda ella caiga y pese sobre él. ¿Y cómo pudo Acab oir tan terrible cargo sin enfurecerse y mandar que el denodado profeta fuese muerto en el instante? Admirable carácter y distintivo de los ministros de la religion, que hablan á los potentados del mundo en nombre de Dios. No parece sino que los ángeles están muchas veces en su alrededor con la espada de fuego desenvainada para defenderlos y hacerlos respetar. — *Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.* — *Juan Manuel de Berriozabal.*

ENCARNACION DEL VERBO.—Remedio del linaje humano.—*El Incógnito*.

ENEMIGOS DEL ALMA.—Locura es grande que el hombre ofenda á Dios por servir al demonio, á la carne ó al mundo. Porque el primero es loco, el segundo pobre y soberbio, y el tercero mentiroso.—*Discursos predicables*.—Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

ENFERMEDAD.—Así como la salud es don de Dios, así tambien lo es la enfermedad, la cual nos envia el Señor para nuestra prueba, correccion y enmienda.—*Ejercicios de perfeccion y virtudes cristianas*.—Ven. P. Alonso Rodriguez.

ENFERMEDADES.—Beneficio divino; por ellas se destruye la altivez del alma, y los bríos de la carne se rinden.—*El Incógnito*.

ENVIDIA.—Madre de la murmuracion.—*El Incógnito*.

EPICURISMO.—Si de buena fé han querido algunos hombres establecer su felicidad en el placer sensible, olvidaron la clase á que pertenecian y escribieron sistemas para el gobier-

no de las fieras. — *Filosofía moral.* — *Miguel Martel.*

EPIFANÍA.

Mirra, incienso ofrecen y oro,
Niño, en vuestra adoracion
Los Magos: yo el corazon,
Pues no tengo otro tesoro.

Con mirra os llaman mortal,
Con el oro rey inmenso,
Con odorífero incienso
Dios infinito eternal.
Ofrecen al que yo adoro,
Su misteriosa oblacion
Los Magos: yo el corazon,
Pues no tengo otro tesoro.

Si mirra es el pobre estado,
È incienso casta conciencia,
Y prontísima obediencia
El oro purificado;
Os daré lo que atesoro.
Den os de sí posesion
Los Magos: yó el corazon,
Pues no tengo otro tesoro.

El pobre con mano larga
¿Qué os dará, niño amoroso?
Amor por oro precioso,
Contricion por mirra amarga,
Humilde oracion con lloro
Por incienso. Y den su don
Los Magos: yo el corazon,
Pues no tengo otro tesoro.

Fr. Arcangel de Alarcon.

ESPERANZA.—La palabra *Padre* dicha á Dios abre las puertas de la esperanza á quien las cierra la culpa.—*Ven. Granada.*

ESPERANZA.—Fundada en palabra divina, consuelo y vida de los humildes.—*Recuerdos para la vida cristiana.—El Incógnito.*

ESPERANZA DE BIENES DIVINOS.—Sustento de las almas justas.—*El Incógnito.*

ESPERANZA DE BIENES ETERNOS.—Alivio de trabajos, alegría del alma y júbilo del corazon que espera.—*El Incógnito.*

ESPERANZA EN EL SEÑOR.—Muro inexpugnable, puerto seguro.—*El Incógnito.*

ESPIRITUALIDAD DEL ALMA.—Para manifestar

que el alma humana es un sér espiritual, haremos las siguientes reflexiones: 1.^a El efecto debe ser de naturaleza semejante á la causa que lo produce: luego lo que es de naturaleza espiritual no puede ser producido ni nacer de un principio material: nuestros pensamientos y deseos son espirituales; luego espiritual debe ser el principio de donde nacen; este principio es el que conocemos con el nombre de alma humana: luego *el alma humana es espiritual*. 2.^a El pensamiento es activo; la materia es pasiva; extensa esta é inextenso aquel; la materia tiene color y figura; y de estas propiedades carece el pensamiento: últimamente, la materia es divisible, y el pensamiento no lo es; porque ó no existe, ó existe entero: luego la materia y el pensamiento tienen propiedades tan opuestas, que de la una se afirma lo que se niega del otro.

Ahora bien: cuando de un sér se afirma lo que se niega de otro, es necesario concluir que ellos se diferencian en especie y son de contraria naturaleza; luego el pensamiento y la materia son de contraria naturaleza; la na-

turalaleza contraria á la de la materia es la del espíritu: luego el pensamiento es espiritual; si el pensamiento es espiritual debe serlo el alma humana que lo produce: luego *el alma humana es espiritual*.

5.^a El alma no solo siente y piensa, sino que tambien compara y juzga: no le seria posible comparar y juzgar, sino tuviese un conocimiento simultáneo de los diversos objetos que compara entre sí para juzgar acerca de ellos: este conocimiento simultáneo no puede verificarse en un sér material; luego *el alma humana no es material*, luego *es espiritual*. Se ha dicho que un sér material no puede tener un conocimiento simultáneo de los varios objetos, que el alma compara y acerca de los cuales juzga: y para convencernos de esta verdad, hagamos la siguiente reflexion.

Si el alma humana fuese material, tendria partes. «Supongamos por un momento, dice »un filósofo, que son dos: demos que yo oigo »á un hombre que me habla, y al mismo »tiempo veo su figura, fisonomía, etc.: cada »parte de mi alma experimentaria sin duda

»una distinta sensacion (correspondiente á las
»diversas impresiones hechas por los órganos
»de la vista y del oído), pero la una parte no
»experimentaria la sensacion de la otra: por
»consiguiente, si cada parte no percibe mas
»que un objeto, no podrá compararlo con el
»otro.» Feller: cat. filos., tom. II, pág. 24:
luego un sér material no puede tener aquel
conocimiento simultáneo, que se necesita para
comparar y juzgar.—*Lecciones elementales de
los fundamentos de la religion.*—José Escolano
y Fenoy.

ESPIRITU CON QUE DEBEN LEERSE LOS SALMOS.—
Quiere la Iglesia que sus hijos santifiquen su
boca y su lengua con estas divinas palabras,
y repitiéndolas continuamente se acostumbren
á fijarlas en el corazon, y se conduzcan por
ellas en todas las acciones de su vida; pues
sin esto las palabras solas lejos de agradar á
Dios, le irritan. Nadie, pues, se imagine que
los salmos y cánticos sagrados son propios y
privativos de David y de los otros santos pro-
fetas á quienes se atribuyen, ó que se escri-
bieron para cierto género de personas ó de-

terminados tiempos y lugares. No por cierto, los salmos son un fondo comun, un tesoro público, del cual como de caudal propio pueda cada uno en todo tiempo y lugar tomar para sí lo que le conviene sin perjuicio de nadie. «Los salmos, repite á cada paso mi Padre San Agustín, son nuestros, si nosotros somos de Jesucristo, y estamos animados de su espíritu.» Cada uno de los miembros de este divino Salvador tiene el mismo derecho que todos los demás, y puede y debe usar de ellos como si para él solo hubiesen sido escritos.

El grande San Atanasio decia, que en los salmos se representa cada uno como es en sí, y vé allí pintado el fondo de su corazón, si está triste ó alegre, si tibio ó fervoroso, si animado con la esperanza, ó abatido con el temor. Y que habiéndolos dictado el que comprende desde la eternidad todas las disposiciones interiores mas ocultas del hombre, sus tentaciones y peligros, sus defectos y remedios, sus trabajos y sus consuelos, acomodó las palabras que expresan estos sentimientos con tan singular artificio, que al mismo tiempo nos

sirven de espejo para mirarnos, de regla para dirigirnos, y de medicina para curarnos. Pongamos, pues, todo nuestro estudio y aplicacion en leer, meditar, y penetrar el sentido de los salmos y cánticos que la Iglesia nos propone para nuestra instruccion y conducta, y por ellos aprenderemos á adorar á Dios en espíritu y verdad, á temblar en su presencia, cantar sus alabanzas, agradecer sus beneficios, oír con veneracion y respeto sus preceptos, aplacar sus enojos, llorar nuestras culpas, temer sus juicios, y esperar sus gracias y recompensas. Conforme á esto decia mi Padre San Agustin á su pueblo: «Alabad á Dios con nosotros: y si el salmo ora, orad; si gime, gemid; si se alegra, os alegrad; si espera, esperad, y si teme, temed. Porque todas las palabras que aquí están escritas son nuestro espejo.»

Es verdad que muchas palabras, y aun salmos enteros son propios de la persona de nuestro Salvadór, y sólo á él convienen; como otros tambien pertenecen á la Iglesia, y hablan en su nombre. Pero Jesucristo y su espo-

sa la Iglesia son un mismo cuerpo místico, formado é íntimamente unido por la caridad, y todos los fieles son miembros de este cuerpo, y con la persona de Jesucristo, que es la cabeza, componen un solo hombre, que es el que habla en todos los salmos. «Este hombre está »difundido por todas partes; su cabeza está »allá arriba en el cielo, y los miembros acá »abajo en la tierra. Su voz en todos los salmos, »ya cante ó ya gima, ya se alegre con la esperanza de lo futuro, ó suspire por lo presente, la debemos tener muy conocida y hacérsenosla muy familiar, como nuestra. No hay »que detenernos mucho tiempo en explicaros »quien habla: el que esté unido al cuerpo de »Jesucristo, este hablará aquí.» El amor infinito que obligó al Salvador á hacerse hombre, y tomar sobre sí nuestras miserias, ese mismo le hizo transformarnos en sí, y hablar con nuestras palabras, para que nosotros hablásemos con las suyas. Gracia inestimable y consoladora; digna de nuestro mayor reconocimiento y gratitud! que el Hijo de Dios hable á su Padre como el pecador que le ha ofendido;

y que el hombre pecador pueda hablar á Dios con la confianza misma que su Hijo.—*Fr. Antolin Mérimo.*

ESPIRITU SANTO.—Excelentísimo maestro, que con amor enseña las verdades altísimas.—*El Incógnito.*

ESPIRITU SANTO.—Así como del sol nace la luz y del fuego el calor; así nace la alegría con la presencia de lo que se ama. Y esta alegría espiritual es uno de los frutos del Espíritu Santo; que por ello se llama Paráclito, que quiere decir consolador, por el oficio que tiene de consolar y recrear las almas que trabajan por amor de Dios.—*Ven. Granada.*

ESPIRITU SANTO.—¡Cuánto me consuelo, ó Espíritu divino, de tener tal consolador como tú! porque todo eres amor, toda suavidad, todo consuelo, todo gozo, toda dulzura, toda liberalidad y todo don. Por tí se aman el Padre y el Hijo, y tú procedes de entrambos con inefable caridad. Tú eres de uno y otro tiernísimo amor, abrazo regaladísimo, ósculo dulcísimo, vínculo indisoluble. Tú eres tranquilidad infinita, paz serenísima, union cumpli-

da, consuelo de los tristes, don del Altísimo, raudal de celestiales deleites, rio caudaloso de gracias, mar de dulzuras. Tú eres padre de los pobres, luz de los corazones, dador de las gracias, dulcísimo huésped de las almas, suavísimo refrigerio. Gózome de cuanto eres, por ser en tí infinitamente bueno, y para nosotros infinitamente benigno y bienhechor. Tú como amor infinito triunfas de la Omnipotencia de Dios, é hiciste que el Padre nos diese á su Hijo para nuestro remedio, y que el Hijo se humillase por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz. Tú obraste la Encarnacion del Verbo, y santificaste á su Madre. Tú hiciste que quien era Dios, y vida eterna, muriere por nosotros. Tú no contento con eso vienes á las almas de los hombres para santificarlas, y habitar en ellas, llenándolas de tus dones. Gózome de esta inmensa benignidad, y suavidad infinita, y caridad incomparable. Por tí participamos de la naturaleza divina, y somos elevados sobre toda la naturaleza criada; por tí somos queridos de Dios, y amigos suyos: por tí somos prohibados del

Altísimo, y nos das espíritu de hijos de Dios. Tú escoges á las almas santas por esposas. Tú haces templos de los pechos de los justos, donde habitas con gran gusto y consuelo nuestro. Tú llenas de virtudes sobrenaturales, y dones divinos á los Santos. Tú les acuerdas los consejos de nuestro Redentor. Tú les enseñas las verdades del cielo. Tú les consuelas en los trabajos. Tú pides por ellos con gemidos inenarrables, causándoles los deseos, gemidos, y ánsias con que ellos piden. Tú finalmente serás glorificador de las almas, gloria de los confesores, palma de los mártires, guirnalda de las vírgenes, corona de todos los Santos, gozo de todos los bienaventurados. Gózome, Señor, de lo que eres, y serás para mí. Dáme, pues eres amor de Dios, que ame solamente á Dios tan bueno, que tiene tal amor. Dáme que oiga tus inspiraciones, que admita tus consejos, que siga tu luz, que te hospede con limpieza, que triunfe de mis vicios, que destruya mi amor propio, para que viva solamente en mí el amor de mi Criador, y goce su gloria por toda una eternidad.—*De*

la Hermosura de Dios.—P. Juan Eusebio Nieremberg.

ESPÍRITU SANTO Y NUESTRAS ALMAS.—Cuando nuestro Señor Jesucristo, para no dejar huérfanos á sus Apóstoles, les prometió enviar al Divino Consolador, tenia en el corazon y en el entendimiento, no solo la universalidad de la Iglesia, sino cada uno de sus miembros en particular; y asi cada uno de nosotros ha recibido y tiene derecho á recibir al Espíritu Santo. En el bautismo se nos infunden sus siete divinos dones, que forman en nuestra alma como unos hábitos que nos hacen capaces de seguir las celestiales inspiraciones y de practicar las cristianas virtudes; de modo que, cuanto bueno hay en nosotros y todo cuanto practicamos en orden á la gloria de Dios y á nuestra propia salvacion, es con la cooperacion del Espíritu Santo. Así su divino soplo, que descendió sobre los Apóstoles en el Cenáculo el dia de Pentecostés, estando reunidos en oracion con la Santísima Virgen, por la cual pasaron las gracias que entonces recibieron los mismos santos Apóstoles, segun

el sentir de algunos Santos Padres; ese soplo llega hasta nosotros, nos penetra, nos inflama, nos transforma y nos purifica, tambien por medio de María; pues conforme á la opinion de San Bernardo, hoy casi generalmente recibida en la Iglesia, todas las gracias que Dios nos dispensa, pasan por las manos de la Santísima Virgen.

De estos antecedentes debemos deducir muchas útiles enseñanzas. Si el Divino Espíritu, haciéndonos un honor que supera á toda ponderacion, se ha dignado escogernos por templo suyo; lejos de profanar este templo con el pecado, debemos esforzarnos para hacerlo una mas digna morada del mismo Divino Espíritu, adornándonos con todas las virtudes. Para alcanzarlas, pidamos la divina gracia y seamos fieles á ella. El mismo Espíritu Santo formará en nosotros esos gemidos inenarrables de la oracion, con los cuales nos dirigiremos á Dios como á nuestro Padre; pues lo es en virtud de la adopcion divina que de nosotros, aunque tan miserables, se ha dignado hacer. Pero es indispensable que nos mostremos como

buenos hijos, pues al derecho gratuito que se nos ha concedido de serlo, va unida la obligacion de conducirnos como tales. El mal hijo merece ser desheredado; y nosotros perderemos la herencia del cielo, si no somos buenos hijos de Dios en la tierra.

Por parte de Dios no ha estado la falta, si hasta ahora nos hemos mostrado malos hijos suyos; pues eligiéndonos con un amor eterno é infinito para tan alta dignidad, nos ha dado los medios de corresponder á ella derramando sobre nosotros su Santo Espíritu. Nosotros somos los que voluntaria y maliciosamente hemos contristado á este Divino Espíritu pecando, y si por dicha no hemos llegado á tanto extremo, á lo menos no hemos correspondido á sus inspiraciones con la presteza y plenitud que debíamos. Si bien lo examinamos, casi no ha pasado un momento de nuestra vida, en que el Espíritu Santo no haya estado hablando á los oídos de nuestra alma, ya por sí, ya por los medios interiores ó exteriores, que acostumbra emplear como órganos suyos respecto de nosotros. ¿Qué eran aquellos ar-

ranques de piedad, que teníamos en nuestra primera juventud, sino impulsos del Espíritu Santo, que despues de haber ilustrado nuestro entendimiento con la luz de la fé, por la enseñanza que recibiéramos de los dulces lábios de una madre virtuosa, ó de la respetable boca de maestros cristianos, se dirigia á nuestro corazon, tocándolo con su divina uncion, para excitarnos á la generosa resolucion de practicar la virtud? ¡Ah! Tomamos nosotros esa resolucion, y mientras fuimos fieles á ella, nuestros dias se deslizaron serenos y apacibles, como el afortunado esquife que marcha rápido sobre la tersa y plateada superficie de las aguas, blandamente arrastrado por una suave y perfumada brisa; pero el demonio, envidioso de nuestra dicha, por sí ó por los que hacen sus veces en el mundo, alteró con su pestífero y mortal aliento la atmósfera y se cargó de nubes nuestro horizonte. ¡Oh! Si entonces hubiéramos permanecido fieles, si nos hubiésemos asido al áncora salvadora de la oracion y de la frecuencia de sacramentos, si hubiéramos tomado el puerto del retiro de las

ocasiones y del apartamiento de las malas compañías, la borrasca habria pasado y luego hubiésemos podido continuar, sin mayores averías nuestro viaje. Pero una orgullosa confianza en nosotros mismos, una necia deferencia hacia personas indignas de nuestra amistad por su corrupcion; un vil respeto humano, que nos hizo retirarnos del confesonario y del banquete eucarístico; todo esto ó algo de ello nos perdió miserable, pero gracias á Dios, no irremediabilmente. Es verdad que nuestra desarbolada barquilla, azotada por los vientos de las pasiones que ya no tenian aquel freno, ha dado en muchos escollos, y que llena de las aguas de la iniquidad, parece á punto de perecer en medio de las olas, de las cuales es juguete, en medio de la noche que en torno nuestro ha hecho el pecado. Mas, supuesto que todavía no nos ha tragado el abismo, hay aun esperanza para nosotros. Allá en lo alto del firmamento, brilla una estrella, la estrella de los mares, la guia y el consuelo de los navegantes.—*El Rosario Meditado.*—José Antonio Ortiz Urruela.

ESTADO Y NECESIDADES DEL MUNDO ANTIGUO.—

Antes de nuestra ley de salud, el hombre habia alterado en sí mismo la imagen de Dios para acomodarla á sus pasiones, ó, por un desórden aun mas detestable, habia llevado su furor hasta borrarla enteramente. Todo parecia perdido sin recurso, y se podia creer que todo iba á entrar de nuevo en el caos. Era, pues, necesario que Dios mismo eligiese el momento para descender á la tierra *y conversar con el hombre*; que las antiguas tradiciones se reanimasen purificadas y santificadas, y que la sociedad que ya estaba á punto de morir, volviese á recibir movimiento y vida.

¡Ay! antes de nuestra moral el mundo habia caído en espesas tinieblas, sin esperanza de luz. El vulgo, acostumbrado á las extravagancias del politeismo, adherido á las gigantes apoteosis, en que la locura elevaba á la clase de dioses á los conquistadores, que ni aun habian sido hombres, embaucado con las armoniosas ilusiones de sus poetas y las ilusiones metafísicas de sus filósofos, se abandonaba sin reflexion á los mas vergonzosos

extravíos de su entendimiento y de su corazón: la flor de las naciones se abría camino á nuevas incursiones en las ciencias de la tierra, y no encontraba sino fantasmas. Era, pues, necesario un código que abriese sus ojos y los obligase á fijarse en las ciencias del cielo llenas de realidad. Antes de nuestra ley de gracia, la esclavitud era la caridad pagana. Cuando no habia otro derecho de la guerra, que el derecho de exterminar, este era una indulgencia: era, pues, necesario un código que nos ordenase no ver sino hermanos en nuestros semejantes. Antes de nuestra ley de salud, el hombre se estimaba en tan poco que se vendia á precio de plata, se le marcaba como á bestia, y el rey de la naturaleza era confundido con los animales: era, pues, necesario un código que abrogase este horrible tráfico, y no le impusiese al hombre otros lazos que los del amor.

Antes de nuestra ley, esa Grecia tan culta, tan amiga de las artes, tan fina en sus gustos, tal como la vemos en sus historiadores, encadenaba pueblos enteros al pié de la está-

tua de su libertad: ¿qué digo yo? ella degollaba á sus cautivos para acostumbrar á su juventud á derramar sangre: era, pues, necesaria una moral que enseñase á los gobernantes su verdadero interés, y á los gobernados su dignidad verdadera. Antes de nuestra ley de salud, la multitud no aspiraba sino á la quimera de la igualdad, que no es sino el peligro de la destruccion absoluta: era, pues, necesario un código que especificase con claridad, de parte del Criador, las relaciones que debian existir entre las criaturas y sustituyese el poder que detiene á la violencia.

Antes de nuestra moral, las escuelas, en que los niños debian prepararse á todas las virtudes y á todas las verdades, no eran sino asilos de contagio y de mentira, en que el vicio y el error les entraban por todos los sentidos.—*Lágrimas cristianas.*—*Pedro Antonio Fernandez de Córdoba.*

ESTRELLA EMBAJADORA.—Yo creo que en solo la adoracion de los magos hay mas belleza que en todas las fábulas de la mitología. La belleza de la Epifanía es de un género particular,

nuevo, y de todo punto original. Ni en los siglos que la precedieron, ni en los que la han seguido es posible hallar cosa que se le asemeje. Lo primero que se presenta es un embajador de nueva especie, embajador nacido expreso para desempeñar esta misión sobrenatural, embajador del cielo que aparece en el firmamento con un brillo, hermosura, gala y excelsitud que no han tenido ni tendrán nunca los plenipotenciarios de los mas poderosos monarcas de la tierra, embajador que llena su cometido desde el mismo punto y lugar en que nace, que habla á su modo y se deja entender desde una distancia inmensurable, y obliga á tres reyes á emprender un largo viaje para adorar á un niño nacido en un establo; este embajador era una nueva y hermosísima estrella.

Desempeñada con feliz éxito su gloriosa embajada, pasa la estrella á ser guía de unos augustos caminantes; ellos viajan por la tierra, y ella va al paso de ellos por el cielo. ¡Oh cuántas veces la contemplarian embelesados! ¡Oh cuántas veces le agradecerian la grata

nueva que les habia dado, la compañía que les hacia y la bondad inaudita y la luz celestial con que los guiaba en su santa y extraña peregrinacion! ¡Oh cuántas veces bendecirían al Soberano que se la habia enviado! ¡Oh cómo regalarían sus ojos con sus resplandores! ¡Oh cómo observarían sus movimientos con plácido arrobamiento de sus almas! ¡Quién hubiera asistido á sus conversaciones salidas de labios tan augustos como sábios! ¡Quién hubiera viajado con ellos!...—*Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

Á LAS ESTRELLAS.

¿Do estoy? ¿qué presto vuelo
De alada inteligencia me levanta
Desde la tierra vil á los reales
Alcázares del cielo?
Parad, soles ardientes,
Lámparas eternas,
Que huis girando en ligereza tanta;
Las alas esplendentes

Coged, coged; y en vuestra luz gloriosa
Abísmese mi vista venturosa.

Por do quiera fulgores,
Y viva accion y presto movimiento.
El Dios del universo aquí ha sentado
Su corte entre esplendores:
Del infinito coro
De ángeles acatado,
Grato aquí escucha el celestial concento
De sus laúdes de oro;
Cual alma celestial el orbe alienta;
Y en sola una mirada lo sustenta.

¿Qué es de la tierra oscura?
Este átomo de polvo, que orgulloso
Devastándolo agita el hombre insano
¡Ay! ora en guerra dura?
Despareció; y perdido
Su sol con ella: en vano
Ánsia el ánimo hallarlo cuidadoso
Entre tanto encendido
Fanal, ni á sus planetas: allí estaba
La blanca luna; y Marte allá tornaba.

Sobre ellos sublimado
Corro en la inmensidad: la Lira ardiente,

El Orion, las Pléyadas lluviosas,
Y á ti, ó Sirio, inflamado
En viva hermosa lumbre
Dejo atrás, y las Osas,
Sobre el fanal del polo refulgente
Del empíreo á la cumbre
Trepo: la mente aun mas allá se lanza,
Y de la creacion el fin alcanza.

¡Qué digo el fin!... empieza
Otro y otro sistema, y otros cielos,
Y otros soles y globos cristalinos
De indecible belleza.
¿Qué serafin glorioso
En sus vagos caminos
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?
Mi espírtu congojoso
Por do quier halla mas, si mas desea;
Y el infinito en torno le rodea.

Sí, sí, que la inefable
Diestra del Hacedor no se limita
Cual la mente humanal á cerco breve.
El mar ancho, insondable
Tan nada le ha costado
Cual la arenilla leve:

Lo propio un claro sol, que esa infinita
Multitud que ha sembrado
Como el polvo en el ancho firmamento,
Y hoy de nuevo encender milés sin cuento.

Ante él como la nada
Así es la creacion, menos que un puro
Rayo solar á su orbe luminoso:
Ni en su mente sagrada
Hay hasta aquí: su diestra
Jamás yace en reposo,
Del punto que animando el caos oscuro,
En soberana muestra
De su alto mando le intimó: fenece;
Y á esta archa, inmensa bóveda: aparece.

¡Ojalá en ella unido
Á algun cometa ardiente su carrera
Rápida, inmensurable acompañara!
En el éter perdido,
Curioso indagaria
Tanta y tanta luz clara.
Ya en su giro cien siglos me escondiera:
Ya cabe el sol veria
De do su llama sempiterna viene,
Que brazo así colgado le sostiene;

Que es el opaco anillo
Del helado Saturno, y si al radiante
Júpiter los satélites aumentan
Su benéfico brillo;
En la cándida zona
Cuántos soles se cuentan;
Cuántos en el zodiaco centellante;
Quién puso la corona
Do está, y la Hidra, y el Centauro fiero;
Do la Andrómeda brilla, y do el Boyero.

Y á todos demandára
Por su infinito Autor; ¿dónde asentado
Entre esplendores y eternal ventura
Su excelso trono alzára?
¿Por cuál feliz camino
La humilde criatura
Puede trepar á su inefable estado?
¿Do su confin divino
Toca, y qué sol le alumbra? ¿ó dónde dijo,
De mis obras el término aquí fijo?

Cesemos: este sea
Postrer lucero, el vallador lumbroso
Á la gran obra que vivia acordada
En mi inefable idea:

Columna majestuosa
Entre el sér y la nada
Alzada por mi brazo poderoso.
Mi bondad ve gozosa
Del postrer mundo al átomo primero ;
Y en todo brilla, y mi supremo esmero.»

Decid pues, encendidos
Globos, que ardeis sin número, fanales
Que ornais el manto de la noche umbría,
Los hombres embebidos
Alzando hasta la altura
Del Sér grande que os guia
Rodando en esas plagas eternas :
Vosotros que segura
Senda al sábio mostrais, que os mira atento
Por el tendido, líquido elemento ;

Ó en voluble semblante
Diérais al labrador en la apartada
Edad lecciones, como fiel partiese
Su trabajo incesante ,
Y la rauda presteza
De los tiempos midiese :
Decid, globos, decid ¿ dónde le agrada
De su faz la belleza

Mostrar á ese gran Sér? ¿dónde mi anhelo
La verá de su gloria caído el velo?

Buscárale cuidadoso

Por todo el ancho mundo, á la indistinta
Variedad de los séres demandando

Por su Hacedor glorioso.

El insecto brillante

Me responde sonando:

El que de oro y azul mis alas pinta

Está mas adelante:

Está mas adelante, me responde

La garza que en la nube audaz se esconde.

Y la mar procelosa

Mas adelante, rebramando suena,

Y el fiero Leviatan en su hondo abismo:

En la aura vagarosa

Trinando al pueblo alado

Decir oigo lo mismo;

Y el rayo asolador que el mundo llena

En su vuelo inflamado

De horror y pasmo, mas allá, me clama,

Mora el que enciende mi sonante llama.

¿Dónde, soles gloriosos,

Está ese mas allá, que nunca veo?

¿Jamás ni un alma vencerá atrevida

Los lindes misteriosos

De este imperio inefable,

Por mas que enardecida

Avance en su solícito deseo?

¡ Ah! siempre inmensurable

Al hombre agoviará naturaleza,

Abismado en su mísera baja.

Siempre, lumbres sagradas,

Vosotras ardereis: en pos la mente

Vuestro áureo giro seguirá afanosa

Con alas desmayadas,

Y caerá sin aliento.

La noche misteriosa

Colgará con su velo refulgente

El ancho firmamento;

Y yo en mi amable error luego embriagado

Tornaré inquieto á mi feliz cuidado.

Juan Meléndez Valdés.

ETERNIDAD.—En ella todo es hoy, sin pasado ni futuro.—*Ven. Granada.*

EUCARISTÍA.—Es manda la mas preciosa del Testamento de Cristo y prenda de la gloria,

que vale tanto como ella.—*Ven. Granada.*

EUCARISTÍA.—Con ella se ilumina el entendimiento, se inflama el afecto, se excita el gusto, se vivifica el sentido, se purifica el espíritu, las virtudes se aumentan, los dones se acumulan, las gracias se multiplican, y todos los deseos se sacian, todos los bienes espirituales se poseen de lleno.—*Santo Tomás de Villanueva.*

EUCARISTÍA.—Es la mas admirable de las obras de Dios.—*Ven. Granada.*

EUCARISTÍA.—La divina eucaristía es el mas santo de todos los sacramentos: en ella, y bajo las adorables especies del pan y del vino, se recibe á nuestro Señor Jesucristo; su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad y todo cuanto es Dios. Estableció este inefable misterio nuestro amabilísimo Redentor Jesús para dos fines principalmente, á saber: para que fuese el sustento espiritual de nuestras almas, y el sacrificio adorable de la ley de gracia.

¿Cómo será, pues, justo que nos preparemos para recibir dignamente este suavísimo pan de los ángeles? La mejor disposicion,

segun dicen los varones espirituales, es la fé en el alma, la pureza en la conciencia, y la devocion en el corazon. Tres riquísimas joyas con que debemos adornar y embellecer nuestra alma, para que á ella venga y encuentre allí sus delicias el divino Salvador Cristo-Jesús. Á este fin, procuremos con el mayor empeño que nuestra vida sea tal, tan irreprochable y pura, como quien ha de albergar en su pecho al mismo Dios y Señor de toda pureza y santidad; puesto que recibéndole, nos hacemos una misma cosa con él, como dice el Apóstol; nuestros miembros se hacen los miembros de Jesucristo; nuestro corazon se une á su corazon divino; y nuestro mismo cuerpo con todos sus sentidos, se allega y aduna con el virginal é inmaculado cuerpo de nuestro adorable y sobre todo encarecimiento amabilísimo Jesús.

Llámase la eucaristia sacramento de vivos, porque para recibirle se necesita disfrutar de la vida de la gracia, que es la amistad con Dios; pues, como dice el mismo Apóstol, el que en pecado mortal se atreviese á comer este

pan de los ángeles, se tragaria su propia muerte y eterna condenacion; la gracia, pues, con la inteligencia y noticia de quien es aquel Señor, que en la eucaristía se contiene, son las dos condiciones que para recibirle dignamente se requieren de parte del alma: de parte del cuerpo, debe el cristiano acercarse con un exterior compuesto, humilde y recogido, y en estado de ayuno natural, no habiendo comido ni bebido cosa alguna desde la media noche anterior, excepto cuando se comulga en forma de viático, y en algunos otros casos muy raros, que no es preciso referir aquí.

Los buenos efectos que la sagrada comunión produce en los que digna y fervorosamente la reciben, son innumerables: ella los une mas á Jesucristo; les obtiene el perdón de los pecados veniales; aumenta la gracia santificante; disminuye y modera la fuerza de las pasiones; aviva la fé; anima la esperanza; enciende la caridad; y es por fin, una segura prenda de la bienaventuranza y gloria eterna que esperamos.

Avivad pues vuestra fé, ó cristianos, y desde el dia que precede á la comunión, comenzad á considerar quién viene en el sacramento, á quién viene, cómo viene, y con qué fines, sacando de esto, y de la lectura de algun buen libro, sentimientos de humildad, de reverencia, de agradecimiento para con Jesucristo, y otros tales, segun la medida de la gracia y de las luces con que nuestro Señor se digne favoreceros. ¡ Una sola comunión basta para hacer un santo! ¡ Una sola comunión es de mas precio que todo el cielo y toda la tierra! ¡ Una sola comunión vale tanto como el mismo Dios!!!—*Camino cierto y guia segura para la vida eterna.*—S. T. Presbítero.

EVANGELIO.—Libro que nos vino del cielo, el mejor libro que ha caido en las manos de los hombres, libro en que Dios nos dictó nuestras obligaciones, y nos reveló los destinos futuros, libro que llena el corazon de luces y de esperanzas, libro, en fin, que contiene el arte de ser felices en la tierra, y que enseña á adquirir la gloriosa inmortalidad.—*Evangelio en triunfo.*—Pablo de Olavide.

EVANGELIO.—Trueno del cielo, que en todo el mundo se oye.—*El Incógnito.*

EVANGELIO.—Exposicion clara de los misterios, que los profetas anunciaron.—*El Incógnito.*

EXCELENCIA DE LA DOCTRINA DE LA IGLESIA.—
La barbarie cede su puesto á la Iglesia, que naturalmente la excluye. ¡Cuántas pruebas, y cuán gloriosas páginas para los ministros de nuestra santa religion nos ofrecen las misiones! Donde va el Evangelio, entran la luz, la libertad y la dignidad del hombre, y en los puntos de donde se retira, todo queda á oscuras y á merced de las pasiones. El espíritu de reunion para el bien, es el que preside el gran plan de esta admirable sociedad, y cada acto que practica es una enseñanza la mas saludable y provechosa. La primera piedra de la civilizacion, cual cumple á la dignidad del hombre, es un altar: la base de las buenas leyes, es la doctrina que propone la Iglesia, aun á los párvulos, y muy positivo es que uno de estos dejaria corridos y mudos á los sábios de la antigüedad. «Los filósofos no son más

»que unos niños, si Jesucristo no los hace
»hombres alumbrando las tinieblas de su en-
»tendimiento,» dice Clemente Alejandrino.
«Abusaron de la razon que Dios les habia da-
»do, porque Dios se la dió para oír su voz,
»recibir su doctrina y seguir la luz del cielo;
»pero ellos, temerariamente confiados en su
»ingenio, se abandonaron á los raciocinios,
»que en lugar de mostrarles el verdadero ca-
»mino, les echaron en el profundo piélago de
»la impiedad,» segun San Juan Crisóstomo.

No hay otro faro que nos pueda iluminar en medio de las tinieblas de la ignorancia, del vicio y del error, que la religion del Crucificado. Sus primeros rudimentos encierran verdades que solo Dios pudo revelar, despues de haberse fatigado en vano los mayores ingenios; y la ampliación de aquellos ha colocado á los doctores de la Iglesia á una altura, que se pierden de vista. Medítense sus prodigiosos escritos y despues de apreciarlos en lo mucho que valen, admírese su imponderable interés por el bien comun, sus sentimientos acrisolados, su conveniencia y utilidad para los hom-

bres. ¿Quién los afligiria con vejaciones, injusticias y trastornos, teniendo por pauta las sublimes sentencias de los obispos y de los doctores católicos? Nadie, porque es imposible. Y ¿de cuándo acá han perdido aquellos la inspiracion, la autoridad, la ciencia y los demás dotes que les constituyeron siempre rectores y maestros? Y ¿quién ha conferido los títulos á los que despues osan sacudir la dependencia de inferiores y de discípulos, tomando la investidura de superiores y doctores...? Estas ilusiones solo caben entre aquellos, cuyo caudal literario lo forma un cúmulo de máximas erróneas, esparcidas al azar por algunos de los antiguos herejes, acogidas con avidez por los protestantes, y prohijadas, hasta cierto punto, por las escuelas posteriores, que en vez de acomodarse á las doctrinas sanas de la Iglesia, han pretendido, en su orgullo, que esta se acomodara á ellas. Con decir que son católicos, dando un barniz á sus actos y guardando ciertas apariencias para cubrir el expediente, ya se logró el objeto, aunque todo lo demás sea protestante...—*Observaciones sobre el pre-*

sente y el porvenir de la Iglesia en España.—
José Domingo Costa y Borrás.

EXTREMA UNCIÓN.—De este sacramento lo que nos conviene declarar primero, es saber quién fué el primero Autor, y dónde comenzó el uso de ungir los enfermos: lo segundo, porqué esta se llama Unción, y es sacramento: lo tercero, qué efectos tiene: lo cuarto, cómo se debe recibir.

Del Autor de este sacramento nos dice el Evangelista San Márcos: (VI. 12 y 13.) «Iban los Apóstoles, enviados por el Señor predicando la penitencia, y echaban los demonios, y con el óleo ungían los enfermos, y sanaban.» De manera que de este lugar del Evangelio se ve, cómo los Apóstoles enviados por el Señor á predicar, comenzaron el uso de la sagrada Unción de los enfermos. Y no hay que dudar sino que esto fué particular mandamiento de Cristo, y no invencion propia. Siguiese, que como los Apóstoles fueron los primeros ministros ejecutores de este sacramento, así Cristo fué el primero instituidor.

Y de aquí tambien se ve la reverencia que se le debe, por quien le instituyó, y por los primeros ministros de él; pues no fué invencion humana, sino ordenacion de Dios y uso apostólico. Manifiesto es, que los santos Apóstoles no usaban de esta Uncion como de ungüento ó medicina natural, pues no lo puede ser el aceite para todas enfermedades generalmente: luego usábanle como cosa sagrada por su instituidor para medicina espiritual de las almas; pues el Señor no los envió á predicar y sanar como médicos y cirujanos corporales, sino como Apóstoles, que enseñasen y echasen del mundo las nieblas de la ignorancia y mentira con la verdad y luz del Evangelio, y en confirmacion hiciesen las maravillas y milagros, sanando los cuerpos en señal y testimonio de la salud, que su doctrina obraba en las almas.

Y para mas abundante confirmacion de esta verdad, oigamos lo que el Apóstol Santiago el Menor nos dice: (V. 14 y 15.) «Cuando alguno de vosotros enfermare, haga llamar los sacerdotes de la Iglesia, y hagan oracion por

»el enfermo, ungiéndole con el óleo santo en
»nombre del Señor: y la oracion fiel sanará
»al enfermo; y si tuviese pecados, serle han
»perdonados.» En ponerse en nombre del Se-
ñor y con la oracion de los sacerdotes, se dá
á entender que no obraba allí la natural vir-
tut del aceite, sino la sagrada y sacramental
virtud que le habia puesto su instituidor. Bien
pudiera para esta verdad traer aquí los testi-
monios de muchos muy antiguos y graves
doctores, que dicen lo que tengo dicho de este
sacramento. Y así lo entendieron el divino
Dionisio, Clemente, Ambrosio, Agustino y
otros que callo. Mas no quiero callar las pa-
labras y sentencia de Teofilato, el cual sobre
el lugar que citamos en San Márcos, dice
(Theophil. in cap. VI. Marc.): «Solo San
»Márcos nos cuenta cómo los Apóstoles un-
»gian con el santo óleo á los enfermos; y
»Santiago, primo de Nuestro Señor, nos dice
»que cuando enfermáremos llamemos á los
»sacerdotes de la Iglesia, y que ellos hagan
»oracion sobre el enfermo, ungiéndolo con el
»óleo.» Adonde abiertamente afirma Teofila-

to, que la Uncion que los Apóstoles hacian, es la que Santiago encomienda: y esta es la que este santo doctor dice, que usa la Iglesia, y se cuenta por uno de los siete Sacramentos; como abajo diremos.

Dicho como el uso de este sacramento es desde el tiempo de los Apóstoles, y que su instituidor fué Jesucristo, veamos cómo es sacramento. Respóndese, que porque tiene lo que los otros sacramentos: su determinada forma y materia, y señales visibles de la gracia invisible que por él se dá. La forma son aquellas palabras, que dice el sacerdote al tiempo que pone la uncion, que son estas: «Por esta Uncion y por su piísima misericordia, te perdone nuestro Señor Jesucristo cuanto pecaste por la vista, por el oído, por el olfato, por el gusto, por el tacto, por tus pasos. Amen. Paz sea contigo.» Estas palabras tienen virtud y fuerza de su institucion; como se probó por los dos testimonios del Evangelista San Marcos y del Apóstol Santiago.

La materia y señal visible de que usamos en este sacramento, que significa la gracia

invisible, es el óleo santo. Dá la razon del uso de esta materia el mismo Teofilato sobre San Marcos: dice que el aceite recrea los miembros fatigados del trabajo, y sustenta en las tinieblas la luz que nos alegra; por lo cual significa la misericordia de nuestro Señor, y la gracia del Espíritu Santo, por la cual sentimos esfuerzo espiritual y alegría cordial. Y con mas claridad y elegancia escribe San Cirilo la sagrada significacion de este santo óleo. Por el aceite, dice él, es significada la misericordia de Dios, porque en sus calidades la representa. Sube el aceite, y sobre todos los licores anda nadando: y la misericordia divina se exalta sobre todas sus obras, y sobre la divina justicia, y se descubre mas á los hombres que todas; como lo dice Santiago (II, 13.) «La misericordia de Dios se exalta sobre su juicio.» Y el Salmista (Ps. CXLIV, 9.) «Sus misericordias son sobre todas sus obras.» El aceite mitiga los ardores de las llagas, ablanda la dureza de las hinchazones, y limpia las heridas.

La misericordia de Dios es único y general

remedio de todas las enfermedades del alma, que son las culpas. Así lo canta David, diciendo (Ps. CII, 3, 4, 5.) «Alaba mi alma al Señor, que perdona todos tus pecados, y sana todas tus enfermedades, cumple todos tus deseos, y te corona con misericordia y piedad.» También fué uso entre los antiguos luchadores, aparejarse para la lucha ungiéndose con el aceite. A los fuertes combatientes contra los demonios unge el Señor con el óleo de su gracia y misericordia; por el cual cobran fuerzas para salir con la victoria de tan dura pelea. Así que pues el sagrado óleo y unción tiene sagrada significación, como habemos visto en la doctrina de estos santos doctores, con justa razón se llama y es sacramento.

Mas para que mas cumplidamente parezca la gracia, que se dá en este sacramento á los que dignamente lo reciben, veamos algunos de los efectos que en ellos obra. Dice el Apóstol Santiago (V, 15.) «La oracion fiel salvará al enfermo, y levantarlo ha el Señor, y alcanzará perdon de los pecados.» Adonde cla-

ramente promete el Apóstol el favor del Señor por la oracion fiel junta con esta sagrada uncion, que allí se hallará presente, y le restituirá la salud, si le conviniere, ó le aliviará el trabajo, y acrecentará su esperanza de la salud eterna, quitándole tambien del amor de esta vida, y le esforzará para la lucha de las tentaciones de aquel tiempo, y contra el espanto de la muerte. Estos son los frutos de la sagrada uncion dignamente recibida.

Del fruto podemos conocer el árbol, y con qué devocion se debe recibir este sacramento, con tal fé, que si le conviene, que le ha de ser salud corporal, y sin duda para la del alma, por la misericordia de Dios, que obra en este sacramento. Cuando se hubiere de dar este sacramento, sea en tiempo que el enfermo esté en su entero juicio, para que se disponga á recibirle con devocion, y pueda entender lo que recibe y decir esta oracion vocal ó mentalmente.

Ó Señor Dios mio, y Padre celestial, yo miserable pecador os pido humildemente por vuestro Hijo unigénito nuestro Salvador, que

entre tanto que se ungen mis pecadores miembros con el sagrado aceite visible, tengais por bien ungir interiormente mi alma llagada y enferma, con el divino óleo de alegría, con la gracia del Espíritu Santo, y con vuestra infinita misericordia, y me libreis de todo el mal que por mis culpas tengo merecido, y alumbrarme con vuestra luz, y alegrarme con vuestra vista, que es vida eterna. Amen.

Y porque en la postrera hora se dá priesa Satanás con mas y mas graves tentaciones, debe el enfermo despues de recibido este sacramento decir dentro de sí con ánimo muy confiado: «Miembro soy de Cristo, soldado y luchador suyo; que eso significa haberme ungido en su nombre segun la doctrina de los Santos Apóstoles. Pues ahora, príncipe de las tinieblas, espíritu perdido, malvado y súcio, apártate de aquí, pues ya no hay en mí cosa tuya; pues mi Señor Jesucristo, Salvador mio y Condenador tuyo, te echó de este mundo. Perdido te tengo el miedo, armado con los divinos Sacramentos y virtud de mi Redentor: mayor es mi favor que tu malicia: mas

están conmigo que contigo: por mí está toda la Iglesia de los Santos orando, y por mí el mismo que te quitó todos los despojos y robos de tus latrocinios: pues debajo de este amparo ¿qué tengo que temerte? Y de la verdad de este socorro tengo infalibles testimonios y certísimas señales, que son los santísimos eclesiásticos Sacramentos, que me hacen certísimo de todas las divinas promesas en ellos comprendidas.

Á los que en tal tiempo se ocuparen en semejantes consideraciones, fielmente acudirá el Señor con la abundancia de consolacion y fortaleza, con que puedan vencer los temores de la muerte, y los malignos acometimientos del demonio.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*



F

FALTA DE FÉ VIVA.—Creo, y creeré siempre con firmeza, que entre nosotros están admitidos como infalibles los artículos de la fé católica, y que cada uno de nosotros los admite, no por otro motivo, que por haberlos Dios revelado. ¿No es esto así? Ahora bien, pregunto: ¿qué fé se le ha de dar á un Dios, que habla manifestándonos sus arcanos? Una fé, responde el gran Padre de la Iglesia San Agustin, una fé como la del Centurion evangélico: una fé que sea digna de aquella sabiduría infinita, y de aquella infinita veracidad que nos aseguran de todo error: *credulitas digna Deo*. ¿Mas os parece digno de un Dios un creer lánguido, amortiguado, soñoliento, enfermizo, semejante en suma á los primeros crepúsculos de la aurora, que entre la oscuridad y la luz nos dejan en duda de si sea ya

de día, ó sea todavía de noche? Pues tal es, Señor, la creencia de estos tiempos, especialmente en dos clases de entendimientos: en unos que ven muy poco; y en otros que querían ver demasiado.

Ve poco aquel que tiene velados ú ofuscados los ojos. La ignorancia que de las cosas divinas corre entre muchísimos católicos de nuestro siglo, les tiene sobre las niñas de sus ojos un velo tan denso, que á semejanza de Saulo: *qui apertis oculis nihil videbat*, no ven otra cosa de la fé que su indispensable oscuridad, ni poseen otra cosa que la sombra. Sábase comunmente muy poco de los divinos objetos en que se debe creer, y mucho menos de los motivos porqué se deben creer. ¿Dónde encontraremos al presente una Macrina, hermana de San Basilio, que desde muy niña sabía de memoria, y cantaba todo el Salterio, y los libros de Salomon? ¿Dónde se hallará un Eustoquio, una Paula? ¿Dónde un Apóstol de las gentes, que estudiaba solamente en el libro de mi dulcísimo Jesús crucificado? *Non judicavi me scire aliquid, nisi Jesum*

Christum, et hunc crucifixum. (I. Cor. II. 2.) Se sabe mucho de tráfico, de política, de engaño, de baile, de música profana, de juego y de amores; pero de este divino objeto sábese solamente cuanto basta para salvarnos del tribunal de los incrédulos. La gente culta de nuestros tiempos, en lugar de doctrinarse con la lección de un libro devoto, ó con alguna meditacion privada, alimenta su entendimiento con comedias, romances, novelas y fábulas. La gente menos culta se contenta con rezar algunas oraciones ó artículos, mal pronunciados y peor entendidos. ¿Cómo, pues, se ha de creer bien, sino se sabe bien aquello que se ha de creer? *Fides*, dice el Apóstol, *fides ex auditu: auditus autem per verbum Christi.* (Rom. X. 17.) ¿Cómo puede vivir la fé en quien no encuentra alimento? *Ubi non est scientia animæ, non est bonum*, escribe Salomon (Prov. XIX. 2.) ¡Pobres idólatras! Yo os tengo grandísima lástima, porque al fin vivís entre tinieblas. Pero, ¿quién podrá lastimarse de los católicos, que viviendo en medio de la luz, ven poco, porque no quieren

quitarse el velo de la ignorancia? *Ipsi fuerunt rebelles lumini*; clama el paciente Job (XXIV. 15).

Vió pues el Centurion evangélico á Cristo Señor nuestro en traje de hombre menospreciado, y con todo eso creyó que era verdadero Dios, y confesó que no era digno de recibirlo y hospedarlo en su casa: *Domine, noli vexari; non enim sum dignus, ut sub tectum meum intres*. (Luc. VII, 6). Nosotros tenemos á Dios presente por su inmensidad en todas partes, y lo tenemos familiar y doméstico sobre los altares en nuestras iglesias. ¿Pero lo conocéis vosotros claramente, y creéis en él con los ojos de la fé? ¿Con la fé del Centurion? ¡Ah! no, no; porque los mas son semejantes al ciego de Betsaida, que despues de haberle aplicado mi duleísimo Jesús la primera saliva, y preguntándole, si veia; Veo, respondió, veo á los hombres como árboles que caminan: *Video homines velut arbores, ambulantes* (Marc. VIII, 24.) Dios está presente por su inmensidad en todas partes; Dios con su divina presciencia dispone todas las cosas, y por sus altos é incomprensi-

bles juicios colma á unos de felicidades; y fulmina sobre otros continuadas desgracias y castigos temporales; ¿pero lo veis vosotros con los ojos de la fé? *Video*, pero entre tinieblas: *velut arbores, ambulantes*. ¿Veis un universal rigidísimo juicio, al cual se seguirá necesariamente una eternidad de felicidades, ó una eternidad de tormentos? ¿Veis que el cuerpo muere, pero no el alma? ¿Que el pecado es el mayor de todos los males; antes el único mal que se debe temer; y que una vez cometido, no puede borrarse sin un eficaz auxilio del mismo Dios ofendido? *Video*, pero en confuso; *velut arbores, ambulantes*. ¡Oh vista ofuscada! ¡Oh entendimientos medio ciegos! No, no creéis á la verdad de este modo vuestros discursos, ni los objetos que perciben vuestros ojos corporales. Pues sabed, que vuestro discurso puede errar, como se manifiesta en la contrariedad de tantas opiniones; y vuestros ojos pueden engañarse, como sucede cuando dentro del agua perciben torcida una vara derecha, y cuando ven como verdaderos los aparentes colores del arco iris. Dios solo no puede enga-

ñarse, ni manifestarnos error alguno: *Principium*, cantó el real profeta David, *principium verborum tuorum veritas* (Ps. CXVIII, 160). —*Sermones escogidos.*—Alonso Nuñez de Haro y Peralta.

FÉ.—Es la fé el fundamento y la basa de todo el edificio cristiano; la antorcha, que nos alumbra en medio de las tinieblas de que estamos cercados; la guia que nos conduce en el camino para la patria; el escudo, que nos pone á cubierto contra los insultos de nuestros enemigos; la llave maestra, que nos abre los tesoros escondidos en la eternidad; y finalmente la fé es tan necesaria para dar valor y mérito á nuestras acciones, que sin ella es imposible agradar á Dios, como se explica el Apóstol. —*Coleccion de panegíricos originales.*—Fr. Vicente Hernandez.

FÉ.—La fé, dicen los teólogos, que es un hábito del alma cierto, y oscuro. Y la razon de ser hábito oscuro, es, porque hace creer verdades reveladas por el mismo Dios, las cuales son sobre toda luz natural, y exceden todo humano entendimiento. De aquí es, que

para el alma, esta excesiva luz, que se le dá de fé, es oscura tiniebla; porque lo mas priva, y vence á lo menos, así como la luz del sol priva otras cualesquiera luces: de manera que no parezcan luces cuando ella luce, y vence nuestra potencia visiva. Así, que antes la ciega, y priva de la vista, que se la dá, por cuanto su luz es muy desproporcionada, y excesiva á la potencia visiva. Así la luz de la fé, por su gran exceso, y por el modo que tiene Dios en comunicarla, excede la de nuestro entendimiento, la cual solo se extiende de suyo á la ciencia natural; aunque tiene potencia obediencial para lo sobrenatural, cuando nuestro Señor la quisiere poner en acto sobrenatural. De donde ninguna cosa de suyo puede saber, sino por via natural, que comienza por los sentidos; para lo cual ha de tener las fantasmas y sentidos de los objetos en sí, ó en sus semejanzas, y de otra manera no; porque, como dicen los filósofos: *Ab objecto, et potentia paritur notitia*. Del objeto presente, y de la potencia nace en el alma la noticia. De donde si á uno le dijesen cosas, que él nunca alcan-

zó á conocer, ni jamás vió semejanza de ellas, en ninguna manera le quedaria mas luz de ellas, que sino se las hubieran dicho. Pongo ejemplo. Si á uno le dijesen, que en cierta isla hay un animal, que él nunca vió, sino le dicen alguna semejanza de aquel animal, que él haya visto en otros; no le quedará mas noticia, ni figura de aquel animal, que antes, aunque mas le estén diciendo de él. Y por otro ejemplo mas claro se entenderá mejor. Si á uno que nació ciego, el cual no vió color alguno, le estuviesen diciendo, cómo es el color blanco, ó el amarillo; aunque mas le dijesen, no entenderia mas así que así, porque nunca vió los tales colores, ni sus semejanzas, para poder juzgar de ellos; solamente le quedaria el nombre de ellos: porque aquello pudo percibir por el oído, mas la forma y figura no, porque nunca la vió. Á este modo, aunque no semejante en todo, es la fé para con el alma, que nos dice cosas que nunca vimos, ni entendimos antes en sí, ni en semejanzas suyas, que sin revelacion nos pudieran llevar á su conocimiento. Y así de ellas no tenemos luz de

ciencia natural; pues á ningun sentido es proporcionado lo que nos dice; pero sabémoslo por el oído, creyendo lo que nos enseña, sujetando y cegando nuestra luz natural. Porque como dice San Pablo: *Ergo fides ex auditu, auditus veró per verbum Christi.* (Rom. X, 17.) La fé no es ciencia que entra por ningun sentido, sino solo es consentimiento del alma de lo que entra por el oído. Y aun la fé excede mucho mas de lo que dan á entender los ejemplos dichos. Porque no solamente no hace evidenciancia, ó ciencia, sino excede y sobrepuja otras cualesquiera noticias y ciencia, para que puedan bien juzgar de ella en perfecta contemplacion.

Otras ciencias con la luz del entendimiento se alcanzan: mas esta de la fé, sin la luz del entendimiento se alcanza, negándola por la fé; y con la luz propia se pierde, sino se oscurece. Por lo cual dijo Isaias: *Si non credideritis, non intelligetis,* (VII. 9). Si no creyéredes, no entenderéis. Luego claro está, que la fé es noche oscura para el alma, y de esta manera la dá luz; y cuanto mas la

oscurece, tanta mas luz la dá de sí. Porque cegando dá luz, segun el dicho de Isaias: si no creyéredes, esto es, os cegaredes, no entenderéis, esto es, no tendreis luz, y conocimiento levantado y sobrenatural. Y así se figura la fé por aquella nube, que dividia á los hijos de Israel, y á los egipcios al punto de entrar en el mar Bermejo, de quien dice la Sagrada Escritura: *Erat nubes tenebrosa, et illuminans noctem.* (Exod. XIV. 20). Que era nube tenebrosa y alumbradora de la noche. Admirable cosa es, que siendo tenebrosa, alumbrase la noche, para dar á entender que la fé, que es nube oscura, y tenebrosa para el alma, la cual es tambien noche, pues en presencia de la fé, de su luz natural queda privada, y ciega, con su tiniebla alumbrada, y dá luz á la tiniebla del alma, para que así fuese semejante el Maestro al discípulo. Porque el hombre que está en tiniebla, no podia convenientemente ser alumbrado, sino por otra tiniebla, segun nos lo enseña el salmista, diciendo: El dia rebosa, y respira palabra al dia, y la noche muestra ciencia á la noche: *Dies*

diei eructat verbum, et nox nocti indicat scientiam. (Ps. XVIII. 3). Esto es; el dia que es Dios en la bienaventuranza, donde ya es de dia á los bienaventurados ángeles, y almas, que ya son dia, les comunica, y descubre su divina palabra, que es su Hijo, para que le sepan, y le gocen. Y la noche, que es la fé en la Iglesia militante, donde aun es de noche, muestra ciencia á la Iglesia, y por consiguiente á cualquier alma, la cual es noche; pues aun no goza de la clara sabiduría beatífica, y en presencia de la fé está ciega de su luz natural. De manera, que lo que de aquí se ha de sacar es, que la fé, que es noche oscura, dá luz al alma que está á oscuras, y se verifica lo que tambien dice David en otro salmo: *Et nox illuminatio mea in deliciis meis.* (CXXXVIII. 11). La noche será mi iluminacion en mis deleites. Lo cual es tanto como decir: En los deleites de mi pura contemplacion y union con Dios, la noche de la fé será mi guia. Dando á entender, que el alma ha de estar en tiniebla para tener luz y poder andar este camino.—*San Juan de la Cruz.*

FÉ EN SUS RELACIONES CON EL ENTENDIMIENTO Y LA VOLUNTAD (LA).—El principio de la ciencia y de la virtud cristianas es la fé, y el carácter de la fé, el alma que la inspira y anima es la humildad. Fé, humildad, sumision del entendimiento y del corazon, sacrificio de la razon en aras de la verdad revelada, son conceptos tan enlazados entre sí, que todos ellos forman la unidad de la vida cristiana, que es juntamente intelectual y moral.

La fé es una manera de sumision á la inteligencia que nos habla y nos enseña alguna verdad. Si esta inteligencia es el hombre, la fé que nos inspira su palabra es proporcionada á la autoridad del que la pronuncia, la cual depende de su ciencia y de su virtud. Pero si Dios se digna iluminar nuestro entendimiento con sus comunicaciones adorables, el entendimiento y el corazon se encuentran en presencia de una autoridad infalible, ó sea de una ciencia infinitamente perfecta, de una veracidad absoluta, de la verdad misma que es Dios: *Ego sum veritas*.

La fé, pues, en la verdad que recibimos del

testimonio, ó de la autoridad divina ó humana, implica el humilde conocimiento de nuestro propio espíritu, á cuyas solas fuerzas confesamos no ser deudores de la verdad recibida, y la idea mas ó menos alta de la autoridad, que nos la comunica segun su respectiva exelencia. Cuando la autoridad es Dios, la fé se inclina ante una luz suprema, indefectible, perfectísima, que penetra en lo mas íntimo del alma para instruirla y afirmarla en la verdad, purificándola de todo error y depositando en su seno los gérmenes preciosos de la perfeccion y de la dicha.

Nótese bien la relacion del entendimiento y de la voluntad, que son las potencias espirituales de nuestra alma, con las verdades de la fé. El entendimiento percibe el objeto de la enseñanza divina y los términos que lo expresan, pero esta simple percepcion y conocimiento no constituyen la adhesion del alma á la verdad revelada, ó la creencia; es preciso además para que la fé nazca en el espíritu, que este afirme la doctrina que se le propone y enseña. Este asentimiento no nace del es-

plendor de la verdad misma percibida, en el cual consiste la evidencia, sino del respeto ó consideracion á la autoridad que la dicta. Cuando esta autoridad es infalible, su testimonio es recibido dócilmente por las personas que aman la verdad y siguen fieles sus testimonios divinos; pues implicaría contradiccion reputar infalible y santa la autoridad que nos habla y dudar sin embargo de su ciencia ó de su veracidad, recelando ser precipitados en el error por el que es Señor de las ciencias y Dios de toda verdad y santidad.

Conviene añadir que esta sumision á la autoridad divina, en que consiste la fé, no es solo un acto aconsejado por la razon, sino además un deber riguroso de la criatura racional, una virtud obligatoria sin la que seria imposible agradar á Dios, por bellas que fueran las otras virtudes que ofreciésemos ante sus ojos. El hombre no puede moralmente negar su adhesion á las enseñanzas divinas, ni dejar de recibir con amoroso rendimiento la luz que descende de lo alto á iluminar su espíritu y su corazon. La adorable ciencia de

Dios seria indignamente menospreciada por el hombre, si este la reputase defectible; y la santidad infinita seria tambien desconocida y ultrajada en el momento de admitirse la posibilidad de una revelacion contraria, aunque no fuese mas que en una sola letra, á la verdad de las cosas. Es, pues, imposible reconocer las divinas perfecciones y negar al mismo tiempo la fé debida á la palabra de Dios; es imposible adorarle y no creer en Él, amarle y no oir con adhesion plena y dulce complacencia su voz amorosa; es imposible, en fin, servir y agradar á Dios, y al mismo tiempo cerrar los ojos á la luz de la verdad que nos envia, ó dudar de la seguridad de su testimonio y del santo é infalible carácter de su enseñanza. Por esto la fé pertenece á la esencia del culto como la primera de las virtudes teológicas y la piedra fundamental de la virtud y de la perfeccion cristiana.

Mirada así la fé como un deber esencial de la criatura inteligente, conforme con la naturaleza de Dios, infinitamente sábio y veraz, y con la naturaleza del hombre, necesitado de

luz y de verdad, claro es que su cumplimiento como el de todos los deberes que forman parte del orden moral, pende de la libertad humana y puede ser por consiguiente observado ó violado por ella. Así el fiel que somete su inteligencia á la regla de la verdad católica, trazada por el mismo Dios, es y se reputa libre en su fidelidad á esta infalible regla. Pues aunque la fé es un acto de la inteligencia que se une y abraza á la verdad revelada por Dios, esta union depende de la fuerza ó virtud de nuestra libre voluntad, bajo cuya direccion y disciplina se encuentran las demás facultades del alma, inclusa la razon. Una voluntad dócil, pia, reverente, amiga de la obediencia y dispuesta al sacrificio, jamás resistirá los bellos movimientos del alma, que es naturalmente cristiana, segun la valiente expresion de Tertuliano, antes la juntará suave y eficazmente á la verdad divina que se pone delante de sus ojos como pidiendo ser hospedada en ella para sustentarla y enriquecerla. La voluntad se complacerá despues vivamente en esta union, fuente viva de dulce

paz y descanso, y no trocará esta certidumbre y fijeza por todas las opiniones humanas, ni por los fugaces y aparentes vislumbres de confianza que suelen despedir los sistemas separados de la verdad católica.

No es difícil reconocer en esta conducta del alma que libremente asiente y se somete á la divina revelacion, el fondo de humildad y el espíritu de sacrificio que la iluminan y fortalecen al mismo tiempo. En ese asentimiento se encierra la confesion implícita de la ciencia y de la bondad de Dios, y de la limitacion y oscuridad nativa del hombre, el cual necesita de una luz sobrenatural y revelada, no solo para dirigirse al fin sobrenatural á que ha sido llamado, mediante el conocimiento de las verdades y medios sobrenaturales que enseña la fé, sino tambien para poseer con toda perfeccion las verdades del órden mismo de la naturaleza moral, las cuales no fueron nunca ni pueden moralmente ser conocidas sin el auxilio de la revelacion divina con aquella universalidad y pureza que las adornan en el seno del catolicismo. Esa fiel adhesion del entendi-

miento á la verdad de la fé, procede, como hemos visto, de un acto libre del alma, que ofrece á Dios al someterse á su adorable palabra, lo mas precioso que posee, su inteligencia y su albedrío; pues en el punto mismo que entiende que Dios ha hablado, se reconoce obligada á escuchar y recibir su inefable palabra con fé pronta y humilde, renunciando á su propio juicio é inmolando así libremente su razon en obsequio de la soberana ciencia é infinita santidad de Dios. Sacrificio generoso y fecundo, en que el hombre ofrece á su Creador la mas rica porcion de su naturaleza, recibéndola luego enriquecida y perfeccionada con dones inestimables de gracia y sabiduría celestiales de las manos mismas de aquel que jamás deja sin recompensa la ofrenda del humilde. Porque ¿quién sino la humildad hace este bello sacrificio de la razon en obsequio de la autoridad divina, cuya excelencia adorable reconoce y ama en el acto mismo de considerar su propia imperfeccion y dependencia? ¿Quién sino el espíritu de humildad, al punto que la palabra revelada llega á los oídos de

fiel, inclina su frente con amor y reverencia imponiendo silencio á sus pensamientos y discursos, para que la verdad divina penetre todo su espíritu y lo encienda y vivifique plenamente con la lumbre de la fé?

Esta virtud puede ser natural ó sobrenatural. La simple adhesion del alma á las verdades reveladas por Dios, nacida de la seguridad racional que inspira á todo entendimiento recto su inefable palabra, es una fé natural y filosófica á que no puede moralmente resistir ninguna criatura que ame la verdad y que la busque sinceramente examinando las pruebas del Cristianismo, ó sea el hecho indudable de haber comunicado Dios al hombre los dogmas y verdades morales que forman el rico depósito de la revelacion. De esta *fé* á la cristiana hay sin embargo la distancia que media entre el cielo y la tierra, la naturaleza y la gracia, Dios y el hombre. La verdadera fé, la virtud que lleva este nombre en el Catecismo, es un don sobrenatural y gratuito añadido á nuestra naturaleza, á la que transforma y diviniza cuando es viva la fé y obra lo que enseña,

hasta el punto de hacerla partícipe y consorte de la misma naturaleza inefable de Dios. (2 Petr. 1. 2.)

Ya hemos visto que la voluntad y la razón toman parte en los actos de sumisión á la autoridad divina, la primera determinando el asentimiento formal que exige de nosotros la palabra que sale de los divinos lábios, y la segunda proclamando con perfecta certidumbre y bajo la influencia de un corazón humilde y sencillo, que los testimonios divinos son un manantial purísimo y fecundísimo de verdad y de sabiduría. Ahora, Dios ha querido en su infinita bondad y amor al hombre, elevar á la categoría de fé sobrenatural y divina la legítima y necesaria adhesión del entendimiento á la verdad revelada, con la piadosísima mira de premiar luego esa fé, tan agradable á sus ojos, con un galardón que ni ojo vió, ni oído oyó, ni haber pudo jamás en ningún entendimiento criado. Y á fin de poner por obra tan amoroso designio, Dios determinó mover con el suave impulso de su gracia el corazón del hombre, y enviar una luz soberana á su inte-

ligencia, para que recibiesen la verdad descendida de arriba y se uniesen á ella con inmóvil certeza como á áncora de salud, y como á testimonio, oscuro á veces, pero siempre infalible, de los bienes de la otra vida, los cuales aventajan en excelencia y belleza á cuanto puede concebir y esperar el anhelo de felicidad que ocupa al corazón humano. Esta es la luz y la fuerza que Dios comunica á las almas humildes, que conocen la oscuridad de su entendimiento y la flaqueza y torcida inclinación de su albedrío; esta es la luz y la fuerza que vencen la repugnancia de los sentidos al orden de las cosas espirituales é invisibles, y las tentaciones del orgullo, que no quisiera confesarse deudor de luz ni de amor ni de dicha sino á la simple razón y á las solas fuerzas de la voluntad humana; esa es la fuerza que abate y humilla ante la sabiduría revelada á los cedros mas altos del mundo intelectual, y la luz que descende desde la excelsitud de la esencia divina sobre los valles escondidos que jamás vieron los rayos de la humana ciencia; esa es la luz que hace inteligibles los miste-

rios mas profundos, y la fuerza que nos eleva y sostiene sobre el nivel de la naturaleza, y hace que vivamos por medio de la fé en una atmósfera de amor y de virtud y perfeccion sobrehumana; esa es la luz que transforma en ciencia de vida eterna la ignorancia de los humildes, y á cuyo lado no es mas que vanidad y afliccion de espíritu la ciencia de los soberbios; esa es, en fin, la fuerza que agita al mundo, traslada las montañas, convierte el corazon y la vida, y sostiene al hombre en los trabajos y tribulaciones que cual corona de dolorosas espinas le circundan.

El divino autor y consumidor de la fé, Cristo Jesús modelo adorable de humildad y tesoro infinito de ciencia, de sabiduría, de amor y de todas las virtudes y gracias del Espíritu Santo, despues de haber enseñado la doctrina de salud que humildemente atribuia á su eterno Padre, diciendo: *Mi doctrina no es mia sino de Aquel que me ha enviado* (Joan. VII. 16); despues de haber prometido á sus discípulos que estaria con ellos hasta la consumacion de los siglos, comunicándoles su propio

espíritu como á miembros vivos de su cuerpo místico, queriendo que su palabra durase hasta el fin inalterable y perfecta en medio de la variedad de sucesos y de las innumerables escuelas, fundadas por los que solo aman la gloria que dá el mundo sin cuidar de la de Dios, estableció una sociedad de fieles que recibiesen sus leyes y doctrinas, y confió su direccion espiritual y moral á los pastores y maestros de la vida cristiana, singularmente al Romano Pontífice, cabeza visible de la Iglesia, como representante del mismo Jesucristo que es su cabeza invisible, cuya suprema autoridad ejerce sobre la tierra. De este modo se habian de conservar entre los hombres durante una série no interrumpida de siglos, cuyo fin es la eternidad misma, la enseñanza del divino Maestro en la unidad de la fé por la sumision de todas las almas cristianas á una voz suprema é infalible, la del Vicario de Dios, oráculo de la verdad, intérprete seguro y perpétuo de la revelacion divina, en el cual reside la plenitud del sacerdocio y de la potestad para santificar las almas y dirigirlas á

su dichoso término. Maravilla de diez y nueve siglos que han visto pasar á innumerables millones de almas oyendo de unos mismos lábios una creencia y una ley santas é inmutables, ante las cuales lo mismo se humillan la inteligencia y el saber de un San Agustín ó de un Fenelon, que una simple mujer ó un niño que solo conocen los rudimentos de la fé.

Esta grandiosa unidad de los entendimientos que obedecen á la autoridad de Dios y de su Iglesia, imágen de la verdad misma una é inmutable, deja ver entre los radiantes caracteres de su belleza aquel aire de sencillez, de humildad y de inocente candor que acompañan á todas las cosas verdaderamente grandes y divinas. La piedra de la fé, que es Jesucristo, fundamento eterno de las virtudes que solo en la Iglesia se cultivan y florecen, y de todas las verdades que atesora el catolicismo, está á su vez fundada para nosotros en la virtud de la humildad, que aniquila en el hombre con el fuego del sacrificio las vehementes sugerencias de la carne, y limpia y purifica el corazón y el espíritu en donde se enciende la

lumbre de la fé y de la caridad y amor de Dios. Así que todos los ánimos divididos entre sí por haberse separado de la unidad católica, en lugar de oír con docilidad la voz de la Iglesia docente, única depositaria y maestra de la verdad religiosa, oyen y siguen á su propia razon, buscándose á sí mismos como centros de verdad y principio de sabiduría, y huyendo del verdadero centro que es Dios, á quien buscan las almas humildes. Estas entran en la Iglesia inclinándose ante el Santo de los Santos y anonadándose á sus propios ojos para contemplar mejor las cosas divinas y recibir las luces de lo alto; al revés de aquellas otras que salen del santuario católico estimuladas por la sensualidad y el orgullo, negando á Dios el homenaje de su entendimiento y de su corazon, para gozar en la estéril contemplacion de su razon ó en los placeres de la carne la mezquina satisfaccion de su orgullo y de sus apetitos.—*El Racionalismo y la Humildad.*—*Juan Manuel Orti y Lara.*

FÉ VIVA.—Unas veces está acompañada con caridad; y llámase entonces fé formada ó fé

viva, porque recibe vida de la caridad, que es como el alma de la fé; y otras veces está sin caridad; y llámase entonces fé informe y fé muerta: no porque no sea verdadera fé, sino porque le falta el lustre, y la vida, y la perfeccion, y hermosura que le viene cuando está encendida y abrasada con la caridad.—
Ven. Granada.

FÉ VIVA DEL BUEN LADRON. — Fijemos por un momento nuestra consideracion en la fé de este afortunado malhechor, para aprender la doctrina mas importante de la religion, el modo de creer que puede obrar en nosotros la salud. Grande fué, dice San Ambrosio, la fé del ladron, grande por cierto y admirable. «El artículo mas grave y dificultoso de nuestra fé, es creer verdadero Dios al que ha muerto á manos de sus enemigos, clavado en una cruz.» Manda el Señor predicar este misterio á su profeta Isaías (LIII, 1, 2,) y lleno de turbacion responde: «Señor, ¿quién me creerá? ¿Á quién se ha revelado vuestro brazo? No le ha quedado forma ni hermosura, le vimos y no era su semejanza...» Como si dije-

ra: ¿Quién ha de creer por verdadero autor de la salud y de la vida al que muere llagado, denegrido y lleno de oprobios en la cruz? San Pablo no halla menor dificultad. ¿Á quién le predicaré? ¿Á los judios? (I. Cor. I. 23) Se turbarán, se horrorizarán, *se escandalizarán*. ¿Á los gentiles? Lo tendrán *por locura y necedad*. Aun el mismo príncipe de los Apóstoles se turba, y osa reprender á su divino Maestro cuando le propone el misterio de la cruz: *Cæpit increpare illum dicens: Absit á te, Domine, non erit tibi hoc* (Matth. XVI, 22.) Pues esta sublime verdad, impenetrable á la razon humana, y á la que el mundo todo hizo mas resistencia, y tuvo por mas increíble, se manifiesta con luz clarísima á la viva fé de este afortunado malhechor.

Cuando Jesucristo no obraba milagro alguno en confirmacion de su Divinidad, ni hacia manifestacion de su gloria, como en el Tabor, antes bien cubierto de oprobio y de ignominia, era un objeto de horror y desprecio á los ojos de la carne, le reconoce por Hijo de Dios: le adora y cree que en aquel abatimiento, en

la cruz misma fundaba el reino de su gloria, y la redencion del mundo: *Christum crucifixum glorificari, magis credidit quam puniri*. Conoció, dice San Bernardo, que la cruz era el medio seguro para el reino celestial. « Cuando habia subido á más alto grado la impiedad, dice San Agustin, cuando triunfaba la crueldad sacrílega de los blasfemos, cuando los dolores y las llagas no manifestaban sino á Jesús hombre, cuando su debilidad humana se mostraba en unas manos ligadas, en unos piés clavados, cuando no se descubria rastro alguno de la Divinidad, cuando los Apóstoles, testigos de sus maravillas, huyen despavoridos y confusos; entonces este solo hombre no se rinde al escándalo de la Cruz. »

De aquí infiere San Juan Crisóstomo, que la fé de este ladron dichoso excedió á la de todos los padres antiguos, aun á la del mismo Abraham, que mereció ser llamado el padre de los creyentes. « Creyó Abraham, pero creyó á un Dios que le hablaba desde los cielos, ó por el ministerio de sus ángeles, y dando firmes

»testimonios de su divina autoridad.» Creyó Jacob; pero viendo al Señor recostado sobre una misteriosa escala, por la que subían y bajaban (Gen. XXVIII, 12.) millares de ángeles empleados en su reverencia y servicio. Creyó Moisés; pero hablándole el Señor desde una planta misteriosamente encendida, y entre las majestuosas y terribles voces de los truenos y de los relámpagos. Creyó Isaías; pero viéndole sentado en un trono (Isai. VI, 4.) de tan soberana majestad, y adornado de tan gloriosas ropas, que toda la tierra se henchía de su grandeza, y los serafines temblaban en su presencia. Creyó Ezequiel; pero viéndole sentado sobre misteriosos querubines con admirables rostros y figuras. Creyeron finalmente aquellos varones santos; pero viendo á su Dios de una manera que podía inclinar la voluntad de un infiel. Mas este ladrón cree no solamente no viendo esto, sino todo lo contrario. «No vé á Jesús sentado en un trono real, adorado en el templo, y hablando desde los cielos; antes bien le vé compañero de un malhechor en la suerte y en la pena: le

»vé en los tormentos, y le adora como si estuviera en la gloria: le vé en la cruz, y le ruega como si estuviera sentado en el cielo: le vé condenado, y le llama Dios y Señor... Véle, dice el mismo Santo en otra parte, sin libertad para moverse, atado de piés y manos, bebiendo vinagre mezclado con hiel, coronado de espinas y pidiendo socorro á su Padre Eterno: y sin embargo le adora.»

Por esta razon los mismos Padres juzgan haber sido mas excelente su fé que la de los Apóstoles. Estos creyeron; pero despues de haber visto grandes maravillas en su divino Maestro. Y aun así, la menor dificultad les llenaba de confusiones y de dudas: su corazon aun estaba en tinieblas (Marc. VI, 52). Acababa el Señor de multiplicar en su presencia los panes, y cuando le ven venir sobre las aguas creen que es un fantasma. San Pedro, caminando sobre ellas por su mandato, se acobarda y teme al primer movimiento de las olas (Matth. XIV, 30.) Finalmente, para ellos fué un tropiezo la prision de su Maestro: huyeron, le abandonaron; y el ladron entonces

le reconoce, entonces implora sus piedades, y confía en su misericordia. No le vé caminar sobre las aguas, sino sumergido en un mar de aflicciones. No vé su rostro resplandeciente como el sol, sino oscurecidos sus ojos, cubierto de sangre helada, cárdenos sus labios y levantado el pecho. No vé sus vestidos blancos como la nieve; le vé desnudo y que los soldados reparten sus ropas, echando suertes sobre su túnica. No vé los cielos abiertos, y que baja sobre su cabeza el Espíritu Santo en figura de paloma: sino que cerrados y cubiertos de espesísimas tinieblas apenas ha quedado un rayo de luz con que descubrir al que á su lado está pendiente de una cruz: sin embargo, ¡oh vista penetrante! ¡oh fé nueva y prodigiosa! por medio de tan invencibles obstáculos descubre las riquezas de Dios, el Sér del Verbo Eterno, la majestad de los cielos, la gloria de su Padre. Que uno vea el sol cuando paseando nuestro hemisferio nos arroja los rayos de su brillante esplendor, no es extraño, pero que le descubra cuando discurre el hemisferio contrario, atravesando con

su vista la masa enorme de la tierra, este es un prodigio, es un asombro. Los amigos de Job (II, 42) no le conocieron cuando yacia en el muladar cubierto de lepra é inmundicia; pero el ladron, aunque no vé sino abatimientos, desprecios, llagas y servidumbre, conoce y adora á Jesucristo.—*Discursos predicables.*
—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

FELICIDAD.—El término á que aspira la humanidad es la felicidad; y la felicidad es el órden, la armonía perfecta de las partes enlazadas entre sí y en sus relaciones con el todo; es la santidad. Hay, pues, una felicidad individual, y otra social; una temporal y otra eterna: ó mas bien, la felicidad tiene fases distintas, segun consideremos al hombre en sus diversos estados, en sus diferentes relaciones con Dios, consigo mismo, y con sus semejantes. El principio sin embargo siempre es el mismo: el órden, la paz, la armonía que produce un bien, y es la posesion del bien. El hombre no conocia el bien: ni en el individuo ni en la sociedad habia armonía, porque no la habia entre el hombre y Dios. La felicidad

verdadera, estable y general era imposible; los filósofos la buscaban por distintos caminos; pero no saliendo del hombre y de la tierra, no podían encontrarla. El punto en que la colocaban, sobre inasequible, la hacía limitada á los sábios, á los poderosos, á los guerreros. Para el pobre, para el menos ilustrado, no la había; condenados á la esclavitud y á la miseria, ni se les abría un camino en la tierra, ni una puerta en el cielo. Jesucristo vino á abrir una y otra. Para ello se constituye lazo de unión entre Dios y el hombre; une ambos extremos; y dando á Dios la adoración del hombre, dá al hombre la felicidad de Dios.

El Señor había dicho que en uno serían bendecidas todas las generaciones (Gen. XII, 5.) Preparando esta bendición, dijo por un profeta: «Yo haré una nueva alianza con la casa de Jacob, é imprimiré mi pacto en sus entrañas y lo escribiré en sus corazones. Yo seré su Dios; ellos serán mi pueblo (Jerem. XXXI, 34, 35.)» Fijando mas el pensamiento del hombre, le descubre el medio y le dice: «Una mujer concebirá y dará á luz un Hijo y

se llamará Emmanuel; esto es, Dios con nosotros (Isaí VII, 14.)» Al contemplarlo en lontananza, exclama Isaías: «Un Niño nos ha nacido; se nos ha dado un Hijo; lleva sobre sus hombros el principado; se llama el Admirable, el Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz (Isai. IX, 6.) «Cuando llegan los días nace ese Niño. San Juan nos dice de él: «El Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros (Joan. I, 14.)» Emmanuel, señores, Dios se une á nosotros, se hace carne, habita con nosotros; y Él es el padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz, es decir, el autor de la felicidad. Ved á Jesucristo: ved lo que de él nos dice la revelación: comparadlo con lo que nos dice su historia.

La felicidad se funda en el conocimiento del bien; consiste en la posesión del bien; se alcanza buscando el bien conocido para unirse á él. El bien supremo es Dios; se le conoce por medio de la luz que Él comunica y de la verdad que Él enseña; se le alcanza por los medios que Él señala; se le posee viviendo en sociedad con Él. Hé ahí el término á que Je-

sucrismo conduce á la humanidad. Escuchadle: «Ha venido al mundo para reunir y enlazar á los hijos de Dios, que estaban dispersos (Joan, XI, 52.)» Para dar unidad á los hombres. ¿Qué unidad? Una unidad semejante á la de Dios: es decir, una sociedad perfecta como la de las divinas Personas; como la del Verbo con la naturaleza humana en Jesucristo. Esa sociedad y union indisoluble consiste en la entera conformidad de pensamientos del Hombre-Dios, de sus deseos y de su voluntad con la voluntad, deseos y pensamientos de su Padre. Esa sociedad y unidad pide para los hombres: «Te ruego, Padre mio, que sea una misma cosa con nosotros (Joan. XVII, 9, 21.):» y esa sociedad la quiere entre Dios y el hombre, entre el hombre y sus semejantes. Entre Dios y el hombre, para que introduzca en sus entrañas esa fuente de vida y de felicidad, que salta hasta la vida eterna, y que nace de la union con Dios (Joan. IV. 14; ib. VII, 38.) Entre el hombre y el hombre, modelada sobre la primera, haciendo que se miren todos como una misma cosa (Joan. XVII, 21; Ad

Ephes. IV, 5.); como hermanos hijos de un mismo padre (Matth. V, 45; ib. XXIII, 8.); como miembros de un mismo cuerpo (Ad Rom. XII, 5; I. ad Corinth. XII, 12, y 27.); que, si bien distintos en su posicion y en su oficio, están animados de un mismo principio de vitalidad, que los hace concurrir á un solo fin. Sociedad, como la de Dios, una; como la de Dios, indisoluble; como la de Dios, santa. Sociedad doble, que conduce á la doble felicidad de que antes os he hablado; la individual y la social; la temporal y la eterna.

La sociedad del hombre con Dios la funda en la fé, que hace conocer el Bien sumo; la mantiene con la esperanza de su posesion; la perfecciona con el amor, que conduce á él; la consume con el sacrificio de la inteligencia en las aras de la fé; del corazon, en las aras del amor; de todo el hombre, es decir, del egoismo y de las pasiones, en las aras del deber; en la cruz. Y en el sacrificio funda solo la felicidad: por ello dice, hablando de si mismo, como representante de la humanidad: «Fué preciso que el Cristo padeciese para entrar en

su gloria (Luc. XXVI, 26.); y por ello dice á todos: «El que quiera seguirme, renúnciese á sí mismo, tome la cruz, y venga en pos de mí (Matth. XVI, 24.)» ¿Á dónde? Al sacrificio. Escuchad á San Pablo: «Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcais vuestros cuerpos á Dios en hostia viva, santa, agradable á Dios, obsequio racional: y no os conforméis con este siglo; sino reformaos en novedad de espíritu, para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta (Ad Rom. XII, 1, 2.)»

Esa sujecion, señores, de la razon del hombre á la razon eterna é infalible; esa sujecion de la voluntad y de la razon á la voluntad y la ordenacion suprema, constituyen la sociedad del hombre con Dios. ¿Os parece difícil? Escuchad á Jesucristo. «Creed, y todo es fácil (Marc. IX, 22.); porque unidos á Dios por la fé, os haceis con él un mismo espíritu (I. ad Corinth. VI, 17.) Amad á Dios, y viviendo de su gracia, sereis participantes de la divina naturaleza (II. Petr. 1, 4.) Amadme, y vendremos á vosotros, y haremos morada en

vuestro corazon (Joan. XIV, 23.) Comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y yo viviré en vosotros y vosotros en mí, porque el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él (Joan. VI. 57.)» Emmanuel, el Fuerte, el Príncipe de la paz vive en el hombre que cree en él, que le ama, que de él se alimenta; le comunica su poder y su vida; establece una sociedad divina entre Dios y el hombre. Hé aquí, señores, la doctrina de la felicidad que nos dá Jesucristo. ¡Cuán sencilla, cuán fácil, cuán universal! Se reduce al sacrificio como medio de lograrla; á la union con Dios, como término de ella; union principiada en el tiempo y consumada en la eternidad, donde se perfeccionará nuestra sociedad con Dios, segun la promesa de Jesucristo: « El que me sigue estará donde yo estoy (Joan. XII, 26; id. XVII, 24.)» Esta felicidad es para todos, para todas las generaciones. Antes se llamaba desgraciado el pobre, el que padecia, el que lloraba: Jesucristo dá á estos el nombre de bienaventurados (Matth. V, 3, 5.) Aun mas, los sobrepone á los dichosos en el concepto del

mundo; porque en la muerte del egoismo, que lleva consigo el padecimiento físico y moral, sufrido con espíritu de sacrificio, está la semilla de la verdadera felicidad, que consiste en la paz del corazón, en la esperanza, y después en la posesión de un bien eterno. Y no hay otra felicidad posible y perfecta para el hombre que la que ofrece Jesucristo; la nacida de la unión con Dios. En esto consistía la del primer hombre en su inocencia; en esto debe consistir la del hombre regenerado. Porque el hombre es criatura de Dios: está en armonía y en paz con el Criador, ó en guerra y desunión. Si lo segundo, es necesariamente desgraciado, porque Dios le retira su gracia, su luz y su amor; queda entregado á sus pasiones, y sus pasiones le tiranizan. Se fatiga en vano buscando la plenitud del bien, que no encuentra; y consume sus fuerzas y su vida en seguimiento de un fantasma que se le escapa, y se desvanece en la muerte. Si el hombre está en paz y unión con Dios, es feliz. Dios se complace en él; se lo dá todo; habita en él. La paz le acompaña en medio de la tri-

bulacion, goza en medio del padecimiento, y en la muerte Dios será su premio (Gen. XV, 1.) Ved cómo Jesucristo conduce al hombre á su término, á la felicidad.

Pero el hombre vive en sociedad con los demás hombres, y bajo este concepto aspira á otra felicidad. Jesucristo le enseña tambien á encontrarla. Para ello armoniza, modela, por decirlo así, la sociedad de los hombres, enseñando y haciendo todo lo que corresponde al hombre en sus relaciones sociales. El sacrificio es tambien la base de esta felicidad. «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (Joan. XIII. 15.): os doy un precepto nuevo, que os ameis mutuamente; amaos como yo os he amado (Joan. XIII.): amándoos he sacrificado mi grandeza, humillándome y haciéndome pobre (Ps. LXXXVII. 16, II ad Corinth. VIII, 9.): amándoos he sacrificado mi gloria, abrazando las ignominias (Ps. XXI. 7, ad Hæbr. XII. 2. Isai. LIII. 4. ad Gal. III. 13.): amándoos he sacrificado mi vida en un patíbulo (Joan. X. 44, 45. I. Joan. III. 16.): amándoos he sacrificado mi cuerpo,

que os doy en alimento (Matth. XVI. 26.): porque, sabedlo; la prueba del amor está en sacrificarse, en dar la vida por el amigo (Joan. XV. 13.). » Hé aquí, señores, la ley del sacrificio en la sociedad: en ella, y solo en ella está la felicidad. Los que á voz en grito proclaman los derechos del hombre, cubriendo con un velo sus deberes; los que le enseñan que es dueño de sí mismo y aun de los demás, que es soberano; tienden á santificar el egoismo, y engendran la desunion, la discordia y las revoluciones. Entronizan el derecho del mas rico, del mas osado, del mas fuerte; rompen los lazos sociales; destruyen la armonía; conducen á la sociedad hácia la anarquía y la muerte. Jesucristo obra de otra manera. Enseña la caridad, que siendo sacrificio, es lazo que uniforma y estrecha las partes del todo social. Por la caridad, por el sacrificio el rico se acerca al pobre, comunicándole sus bienes; el sábio se baja á la esfera del ignorante, para darle su ciencia; el fuerte es apoyo del débil, y todos mutuamente se dan el corazon. Por el sacrificio de la caridad, el que manda se em-

plea todo en el bien del que obedece; el súbdito, que recibe proteccion, devuelve obediencia sumisa; y los miembros todos del gran cuerpo, sacrificando su inteligencia, su poder, sus bienes, su orgullo y su vida por el bien de los demás, realizan el bello ideal de la perfeccion, de la felicidad social. El que no se siente dominado por este principio, vive y crece en la sociedad, pero todo para sí, nada para los demás: mas todavía; no dando nada, lo quiere todo y ambiciona coronarse con los despojos de sus hermanos.

Tal es, señores, la sencilla y sublime ley del Evangelio: tal es la fecunda semilla de felicidad sembrada por Jesucristo en el campo de la sociedad. El pueblo que la ha cultivado, se ha engrandecido; el que la ha sofocado, se ha destruido á sí mismo.—*Sermones predicados en honor del Santísimo Sacramento.*—Benito Sanz y Forés.

FELICIDAD EN LA MUERTE.—Todos los hombres buscan la felicidad en la vida, y esta no puede hallarse sino en la muerte. Es cosa bien notable que todas las criaturas que exis-

ten bajo del cielo llegan á su perfeccion y complemento cuando son; y solo el hombre puede arribar á este complemento y perfeccion cuando deja de ser. La fé nos desata este nudo y nos descifra el enigma. Ella nos dice que el hombre se compone de dos partes muy distintas entre sí y de muy diferente naturaleza; de humano y de divino, de tierra y de cielo, de cuerpo y de alma, de materia frágil y corruptible y de espíritu inmortal y duradero. Como este es el que forma su nobleza, su distincion y excelencia sobre todos los séres de acá abajo; como á este le hizo Dios muy semejante á sí mismo y le destinó á una felicidad, que excede todos los términos naturales; no es posible que esta se encuentre en la extension inmensa de la naturaleza; si que ha de trascender la esfera de lo criado y no parar hasta el mismo Criador, así como la aguja tocada del iman no para ni reposa hasta dirigirse derechamente al polo. Bien pueden multiplicarse los gustos, acumularse riquezas, acrecentarse honores, conquistarse provincias y reinos, fabricarse las imágenes mas lisonje-

ras y deleitosas, fingirse otros mundos ideales y platónicos, soñar con los poetas huertos pensiles, campos eliseos, islas fortunadas, cuantos objetos alicientes hay en la realidad, ó pueden resultar de una imaginacion vivaz y productiva; y todo este complejo de embelesos presentarse al corazon humano, poseerse, gozarse y anegarse en este piélago; que nada satisfará su apetito, ni llenará sus deseos, á la manera que el estómago hambriento no se llena, ni satisface con el aire vano que respira, porque no es este su propio y connatural sustento. Luego solo muriendo y dejando atrás lo corpóreo y lo sensible, puede adquirirse aquella felicidad propia del hombre por gracia del Hacedor, que consiste en unirse con el principio mismo de su sér y con el único objeto de su destino. Allí se hartará su hambre, se apagará su sed, reposarán sus conatos, calmarán sus deseos, sus potencias descansarán en su centro, el entendimiento conocerá todo lo inteligible, la voluntad amará todo lo amable, y el hombre vendrá á transformarse en la misma divinidad, con la seguri-

dad de no perder jamás aquel bien sumo é inmutable.

No nos aflijamos, pues, en la muerte de un cristiano verdadero, á quien se han hecho estas inefables promesas; consolémonos en su tránsito á la inmortalidad y dispongámonos para aquel momento crítico que ha de decidir de nuestra suerte, como decidió de la suya. Todo lo temporal pasa con el tiempo, y solo tendrá sér lo que es eterno. En la muerte, en este abismo de la nada se absorbe la sucesion de los dias, de los años y de los siglos; las generaciones pasan y desaparecen, los tronos caen, los imperios se hunden, los cetros se tronchan, las coronas se deslustran, los laureles se marchitan y toda la grandeza terrena viene á ser como una cabaña de pastores, una farsa de teatro, una ilusion placentera y una luz de relámpago fugaz y momentánea. Solo el espíritu permanecerá sin mudanza. Bienaventurados los que mueren en el Señor, que ellos vivirán en perpétuas eternidades, y en un solo objeto reunirán el goce y la fruicion de todos los bienes juntos.—*Coleccion*

de panegíricos originales.—Fr. Vicente Hernandez.

FIGURAS DE MARÍA EN EL DILUVIO.—Una de las primeras escenas que el Génesis nos presenta, es la catástrofe mas espantosa que en su largo vuelo han admirado los siglos: toda carne ha corrompido sus caminos: la ira de Dios truena á lo lejos anunciando exterminio: la tempestad se acerca: los mares dan un salto y soterran un mundo de gigantes bajo sus olas de muerte. Solo el arca, obra de un siglo entero, se salva navegando sobre las ruinas de cien naciones devoradas por el piélago de la venganza divina. Hé aquí en figura el diluvio del pecado original, que derrama sus venenosas corrientes sobre todos los hombres. Hé aquí la Santísima Virgen, arca viva que lleva á Dios en su seno, sobrenadando inmaculada en su Concepcion, mientras toda la descendencia de Adan padece el lamentable naufragio de la culpa.

San Juan Crisóstomo nos predica la misericordia de Dios en el diluvio, porque puso término á las iniquidades de los que en él pere-

cieron, y á los que se salvaron libró del mal ejemplo de aquellos desventurados. ¡Misericordia en el arca! añadamos nosotros, porque esa arca es imagen de María, que salva del naufragio de la perdicion eterna á cuantos corren á refugiarse debajo de su manto. No solo los racionales, hasta los brutos llegaron á puerto de salvacion acogiéndose al arca: en brazos de María no solamente los justos, hasta los pecadores aportan á la gloria.

En la narracion del diluvio hallamos una paloma mensajera de nuevas venturosas; y esa paloma es María, que nace anunciando la paz al universo; la paz entre los hombres, que entonces mismo pidió á Augusto paz la Etiopía, paz el imperio de los Partos, las Indias alianza; paz entre el cielo y la tierra, pues es la Madre de la víctima que en su sangre ha de apagar el rayo del Eterno, reconciliándole con el linaje humano; y así ese ramo de oliva que trae la fidelísima y cándida paloma es el precioso niño, que dió á luz en Belen de corazon pacífico y humilde. ¡Oh! ¿Y qué diremos cuando esta sublime Señora, á quien el Espíri-

tu Santo llama su paloma en el Cantar de los Cantares, toma bajo su proteccion á un alma y la visita con la dulce influencia de su maternal patrocinio? ¡De cuánta calma la inunda! ¡Cuán pronto la pone en paz con el Dios de las justicias, mostrándole en favor de aquella los sacratísimos pechos con que le lactaba cuando por su amor se hizo niño en su purísimo gremio!

Esto mismo figuraba el iris, que apareció en las nubes á derramar un torrente de gozo y de consuelo en el corazon de Noé; así la consoladora de los afligidos, cuando estamos ahogados en un océano de tribulacion, aparece en nuestro horizonte disipando la noche de nuestra melancolía con los rayos de su belleza, destilando en nuestros pechos el bálsamo de la esperanza, hechizando nuestros ojos con la graciosa variedad de sus virtudes, refulgentes como el sol que le sirve de manto, suaves como el brillo de las estrellas que forman su corona, diversas á manera de los colores del iris.

Los que estén versados en las glorias de la

Santísima Virgen, echarán de ver que todo esto se encuentra en sus muchos y esclarecidos panegiristas. Empero séame lícito indicár que para mí el arca de Noé y el mismo Noé simbolizan el corazon de María, que en la passion y muerte del Hijo de su amor bogaba como aquella en un mar de amargura; como aquella se veia entre dos abismos, el de la ira del Eterno, que descendia á torrentes sobre la víctima divina, y por repercusion sobre ella misma, y el de la iniquidad y saña de los mortales, que descargaba heridas sobre heridas en su Hijo adorado, y por repercusion en ella misma; como aquella flotaba sola en el mundo, estando para ella desierto el universo no teniendo á su entrañable Jesús: como aquella veia el cielo vestido de luto, temblando la tierra bajo sus plantas, en guerra los elementos y la naturaleza en agonía; como aquella, resistia con fortaleza invicta al ímpetu de tantas y tan acerbos olas de tribulacion; por último, como aquella, á medida que se elevaban las ondas, sobre ellas se iba elevando; así su resignacion maravillosa, íbase

sublimando de una manera inefable á medida que se engrosaban los torrentes de su amargura.

¡Ay qué angustia seria la de Noé cuando desembarcando en Ararat no viese mas que desolacion y espanto, cadáveres y ruinas, los cadáveres de todo el linaje humano, las ruinas de un mundo entero! ¡Ay qué congoja la de la Madre tierna, que repasa con sus ojos las heridas de su Hijo, teniéndole ya exánime entre sus brazos!—*Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

FILÓSOFO CRISTIANO.—El hombre justo es el mejor filósofo, el mas virtuoso es el mas sábio. Ciencia desdichada la que no analiza sino para dudar. ¡Triste afan el de estar siempre apartando la vista para no ver la verdad, y el de cerrar los ojos cuando ella se presenta! ¿No es mas dulce creer y someterse? ¡Qué trabajo tan rudo y miserable el de estar resistiendo continuamente á los impulsos del temor! ¡Y qué consuelo, qué bienaventuranza es vivir persuadido, y seguir con fidelidad la luz que

nos alumbra! Este es el estado del filósofo cristiano; porque su misma ley le ordena la tranquilidad de espíritu y la confianza del corazón. Todos los instantes goza de lo que desee. Ni el dolor le abate, ni el disgusto le turba, porque recibe las penas como favores de la providencia, se las ofrece con un sentimiento de amor, espera que le dará fuerza para tolerarlas, y cuanto son mas vivas se consuela mas, porque sabe que serán mas meritorias. — *El Evangelio en triunfo.* — Pablo de Olavide.

FIN DEL HOMBRE. — Nosotros, aunque débiles mortales, tenemos altos destinos por objeto, copiosos dones por auxilio, palma inmortal por término y recompensa. Hijos de Dios, solo por Dios vivimos, y en Dios solo podemos descansar. Criados á su semejanza, redimidos con su sangre, alimentados con su cuerpo, amados con un amor inmenso, salimos de sus brazos para despues de una breve peregrinacion volver á ellos y gozar de la vida eterna, que es conocerle y amarle. Dígnos un alma con que entender, corazón con que sentir, sentidos con

que gozar; y á nuestras facultades mas nobles, á nuestros afectos mas vivos, á nuestras necesidades mas vehementes, se ofreció él mismo por objeto y satisfaccion completa, rodeándonos de imágenes y destellos de estas mismas perfecciones, como de gradas para remontarnos hácia él. Pensamos, y él nos ilumina; amamos, y él nos inflama; obramos, y él nos inspira; luchamos, y él nos saca vencedores; caemos, y él nos levanta; y sus propios dones nos son contados por merecimientos. En cada riesgo es auxilio, en cada pena consuelo, en cada deseo hartura, en cada momento providencia y vida: y este galardón, que tan caro nos ha comprado y que tan generoso nos concede, quiere sin embargo que lo ganemos en honroso combate y prueba, haciendo uso de nuestra libertad no violentada aun con tantos beneficios. Esta es, hombre, tu dignidad; este es el fin de tu existencia, el deber de tu gratitud, la tendencia de tu sér entero; ser perfecto como tu Padre, que está en los cielos. Somos polvo, es verdad, pero Dios ha infundido en él su soplo; somos pecadores, pero Dios nos

ha redimido del pecado ; somos miserables, pero destinados á felicidad eterna. Dios nació de María, pero nació por nosotros, y por nosotros espiró en una cruz.

¿Cuál ha sido nuestra correspondencia á fin tan alto, á gracias tan infinitas? ¿Qué hemos hecho de la imagen divina marcada en nuestra alma, del sello de redencion impreso en nuestra frente, de la herencia inmortal á que fuimos llamados? De la libertad hemos abusado para someternos á torpe servidumbre, de la dignidad para sumirnos mas hondamente en la miseria, de los dones, de las potencias y de la vida para volverlas contra el mismo dador y bienhechor. Los astros giran ordenados por la órbita que les trazó el dedo omnipotente, el sol alumbra, la tierra florece; tiende hácia arriba la centella, los rios al mar, la piedra á su centro; todo llega á su sazón, todo cumple su destino: el hombre solo, rey de la creacion, desobedece á su Criador. Cada una de las facultades, en vez de tender á su eterno objeto y complemento, se extravía y desparrama en cien ídolos, á los cuales en va-

no pide saciedad y ventura; y los tesoros de su alma y de su corazon se prodigan indignamente á errores, miserias, vanidades, locuras, á todas la cosas en suma, excepto al autor de todas. Hombre, ¿has hallado acaso un fin mas sublime que el que Dios te señaló? ¿Has hallado un objeto mas digno de tu inteligencia y de tus anhelos? ¿Te has inventado títulos mas altos que los de tu origen? ¿Te has formado una dicha mas segura, un reino mas duradero que el que te está prometido? ¿Los honores, las riquezas, el amor ciego de tí mismo, la tiranía de los sentidos, han llenado tus ansias y apagado tu sed? ¡Ah! tú gimes vacío y anhelante, y en este gemido está el secreto de tu fin y el germen de tu arrepentimiento. Tú no has nacido para todo esto que te rodea. Noble desterrado, tu patria está en el cielo. Hijo de afliccion, lánguido viajero, trabajado combatiente, tu consuelo, tu descanso, tu corona está en Dios.—*Mes de Mayo.*—*José María Cuadrado.*

FORMACION DE LA IGLESIA EN SU ORIGEN.—Obsérvese el orden de la formacion de la Iglesia

en su origen, y la conducta de los Apóstoles en su propagacion. Á su tiempo se dividen y dispersan hácia todos los ángulos del mundo, para llevar á todas partes la voz del Evangelio, segun lo prescrito por el divino Maestro. Era natural que antes acordasen (y así lo hicieron) los puntos capitales, ya de creencia, ya de gobierno, para plantearla con la armonía y enlace que en tan inmensos confines debia formar el fundamento esencial sobre que reposa, que es la unidad: esta unidad, que es su carácter distintivo, y constituye aquel *unum ovile, unus pastor*, que predijo el Salvador (Joan. XVI,) y uno de los artículos fundamentales de nuestra Santa Fé: *Credo Unam, Sanctam, Catholicam, Apostolicam Ecclesiam*. Parten, pues, los Apóstoles llenos de los dones celestiales, é investidos de la plenitud del apostolado, cual era menester para una mision tan inmensa y extraordinaria, aunque siempre subordinados á San Pedro, cabeza de todos; en cuya virtud crean obispos acá y allá, ora fijándolos en ciertos distritos, en los cuales ejerciesen su ministerio, ora mandándolos á

estas ó las otras partes con encargos particulares, dictándoles las reglas é instrucciones convenientes segun lo atestiguan sus cartas. Cuánto haya sido el esmero de los Apóstoles en ligar las Iglesias que fundaban á la silla de San Pedro, lo demuestra la adhesion y dependencia subsiguiente, que todas reconocieron desde el primer siglo, no solamente á la romana, sino tambien á las demás cátedras que presidió el Príncipe de los Apóstoles.—*Discurso sobre la confirmacion de los obispos.*—Pedro Inguanzo y Rivero.

FRATERNIDAD DE LA VIRTUD Y EL TALENTO.—Nunca es mas útil el talento ni desempeña cargo mas noble que cuando se emplea en servir de apoyo y de lumbrera á la virtud. Entonces se halla como en su propio campo, y en su mismo ejercicio encuentra su dulce y gloriosa recompensa, porque aquella hija del Altísimo es su hermana, y como reina en celestiales regiones, le eleva y le purifica y le descubre delicias y riquezas superiores al sentido humano, estrechándole á su virginal pecho con un abrazo divino. Sí; el talento y la

virtud reconocen un mismo principio, un mismo origen, un mismo padre: de ambos es Dios la soberana fuente: á ambos los ha criado con un mismo fin excelso y amoroso, y los ha producido á su imágen y semejanza, estableciendo entre ellos sublimes relaciones de inefable armonía. La virtud es hija predilecta, tierna y hermosísima doncella, que goza de las caricias de su padre, y está nombrada heredera de todos sus bienes por su constancia en el amor filial: el talento es su hermano destinado á guardarla, servirla y acompañarla siempre; pero se ha dejado á su arbitrio el abandonarla, en cuyo caso se le deshereda por infringir el mandamiento de estar al lado de su preciosa hermana, en cuya compañía tiene por premio de su fraternal cariño imponderables ventajas, escondidas dulzuras, gloria verdadera y promesas de mayor felicidad para en adelante. En cambio, el talento la dirige, la ilustra, le dá alas para volar al cielo y para extender en la tierra su bienhechor imperio sobre los corazones manifestando su hermosura, haciendo ver su amabilidad y dulcedum-

bre, mostrando sus gracias, su magnífica munificencia, sus riquezas esplendorosas y sus envidiables privilegios y publicando las altas razones en que se funda para reinar en el universo.

El talento es el anteojo de la virtud: con él vé lo bueno que hace, su propia belleza y el feliz término á donde se encamina. Él es la teoría de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, y ella la práctica. En esto se reconoce que han salido ambos del seno de la Divinidad, donde está el tipo primordial de ambos en la *eterna bondad* y en la *increada sabiduría*, que son la razón suprema y preexistente de todo bien, de todo orden y de toda verdad. De aquí proviene esa admirable armonía, que los sábios del cristianismo, y en especial sus modernos apologistas, han descubierto siempre entre la razón y la religión, lo que equivale á fraternidad entre el talento y la virtud. ¡Grandioso y embelesador espectáculo el que ofrecen en la historia de la humanidad los mútuos servicios, que se han prestado la virtud y el talento! ¿Quién no los contempla con asombro

y encanto en todos esos héroes y gigantes de la verdadera civilizacion, que tanto han ilustrado el mundo con sus acciones virtuosas y con su pluma elocuente y santa? Aquí correspondia presentar el inmenso y maravilloso cuadro de la sábia santidad y de la virtuosa sabiduría y elevado talento de tantos esclarecidos varones como se han inmortalizado por sus escritos y por su heroismo religioso. ¿Pero quién no los conoce? ¿Quién no los admira ó quién no ha leído ú oído brillantes y merecidos panegíricos de los Santos Padres de la Iglesia, y de sus célebres y edificantes escritores antiguos y modernos, y de los afamados autores ascéticos del siglo XVI de España y de los insignes oradores sagrados del siglo XVII de Francia, todos los cuales han sido incomparables por reunir la virtud y el talento en grado superlativo? ¿Quién contaria las hazañas de esos ejércitos aliados de tantos talentos y de tantas virtudes en la série de los siglos? Vedlos, vedlos en la historia eclesiástica.—*El Talento bajo todos sus aspectos y relaciones.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

FRUTO DE LA ESPERANZA CRISTIANA.—Es esforzar al hombre en el camino de la virtud con la esperanza del galardón; porque cuanto mas firmes prendas tiene de esto, tanto mas alegremente pasa por los trabajos del mundo; como todos los Santos á una voz testifican. San Gregorio dice: «La virtud de la esperanza de tal manera levanta nuestro corazón á los bienes de la eternidad, que nos hace no sentir los males de esta mortalidad.» Orígenes dice: «La esperanza de la gloria advenidera dá descanso á los que por ella trabajan en esta vida: así como mitiga el dolor de las heridas que el soldado recibe en la guerra, la esperanza de la corona.» San Ambrosio dice: «La esperanza firme del galardón esconde los trabajos, y hurta el cuerpo á los peligros.» San Gerónimo dice: «Toda obra se hace liviana cuando se estima el precio de ella: y así la esperanza del premio disminuye la fuerza del trabajo.» Esto mismo explica el Crisóstomo aun mas copiosamente por estas palabras: «Si las temerosas ondas de la mar no desmayan á los marineros, ni la lluvia de las tempestades é inviernos á

los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caídas á los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas engañosas de lo que por esto pretenden; mucho menos habian de sentir los trabajos los que esperan el reino de Dios. » No mires pues, ó cristiano, que el camino de las virtudes es áspero, sino donde va á parar: ni que el de los vicios es dulce; sino el paradero que tiene. Dice por cierto muy bien este Santo. Porque ¿quién irá de buena gana por un camino de rosas y flores, si va á parar en la muerte? ¿Y quién rehusará un camino áspero y dificultoso, si va á parar á la vida?—*Vén. Granada.*

FRUTOS DE LA SAGRADA COMUNION.—Dá vida á nuestras almas, medicina á nuestras llagas, salud á nuestras enfermedades, consuelo á nuestros trabajos y casa á nuestra peregrinacion. Con este manjar es el alma unida con su Esposo; con este se alumbra el entendimiento, se aviva la memoria, se aficiona la voluntad, se deleita el gusto interior, acreciéntase la devocion, derritense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pa-

siones, avivanse los buenos deseos, fortalecese nuestra flaqueza y toma aliento con el profeta Elías, para caminar hasta el monte de Dios. (III. Reg. XIX.) ¿Qué lengua podrá decir las excelencias de este sacramento, y bienes que hace en el alma? Es memoria de las maravillas de Dios. (Ps. CX.)—*Meditaciones devotísimas sobre el amor de Dios.*—Fr. Diego de Estella.

FUNDAMENTO NATURAL DE LA RELIGION. — Es constante que el hombre, mirado sin mas causal que el de su naturaleza, tiene una natural inclinacion á conocer, admirar y apetecer el bien; que cuando este excede al propio, ó sobresale notablemente de lo comun, esta admiracion y apetito producen una reverencia, un respeto interior, una subordinacion natural, que el mérito mismo exige de nuestro corazón como un tributo que le es debido; que cuando á esta excelencia se agrega la esperanza de participar de ella, ó la ciencia de haberse empleado en nuestro favor, la gratitud y el deseo de adelantar nuestra perfeccion aumentan mas y mas aquel respeto: que si la exce-

lencia va acompañada de superioridad, de derecho para reprendernos ó castigarnos, toma un nuevo semblante y vigor: finalmente, que á proporcion que sube de punto la perfeccion del objeto, va aumentando nuestra depresion en su obsequio; y que llegando á lo sumo aquella, esta tocará tambien el punto último de su intension. Esta admiracion, esta reverencia, este respeto debido á Dios como perfeccion suma, como Criador y bienhechor nuestro, como principio de todo nuestro bien, como Legislador y Juez supremo de todo el universo, es lo que propiamente llamamos *Religion*. De modo que los varios grados de perfeccion que observamos en todos los séres, son como una gradería que va por momentos remontándose hasta conducirnos al término y principio de toda perfeccion; y dilatando á proporcion nuestro respeto, cuando al perderse toda proporcion va remontando su vuelo, y dirigiéndose á un objeto sumo en la bondad, entonces es cuando forma el carácter de esta virtud privilegiada.—*Centinela contra los errores del siglo*.—*Felipe Lesmes Zafrilla*.

G

GANANCIA CONTÍNUA.—En todo lo que hagamos para agradar á Dios, teniéndole siempre presente en todos nuestros pensamientos, palabras y obras, para consagrárselas por medio de una recta intencion, nada pasará desapercibido, nada será olvidado, y hasta lo mas mínimo é insignificante obtendrá un premio verdaderamente liberal y generoso. Es un comercio noble y sublime, que el Criador se digna tener con sus criaturas, en el cual dándoles Él mismo el fondo necesario para que trafiquen, que es su gracia, sin la cual no podemos hacer cosa alguna de provecho en órden á la vida eterna; paga Dios con usura cuanto hemos hecho para agradarle, ya tengan nuestras obras por objeto inmediato al mismo Dios, como los actos de religion; ya se dirijan al bien de nuestros prójimos, como las obras de

caridad; ya se encaminen á nuestro propio aprovechamiento, como el ejercicio de las virtudes; y aun las acciones ordinarias y materiales de la vida, con tal de que las enderecemos á Dios.

En efecto, es tan bueno nuestro Dios que se digna recibir como un homenaje tributado á su Majestad, aun el comer y el beber para la satisfaccion de las necesidades de la vida, el descansar y el pasear para reparar las fuerzas y recrear el ánimo honestamente, con tal de que, así en estas como en cualesquiera otras cosas análogas, tengamos intencion de entrar en sus designios, de agradarle y servirle. ¡Qué mina se nos presenta aquí para explotarla y hacernos ricos de méritos delante del Señor!—*El Rosario meditado.*—José Antonio Ortiz Urruela.

GIGANTES ANTEDILUVIANOS. — Atendida la volubilidad de los hombres y la inestabilidad de las cosas humanas, fué admirablemente largo el tiempo de 1200 años, poco mas ó menos, que reinó la virtud en la progenie pacífica de Seth. Rompióse el valladar que la

separaba de la de Cain, y del enlace de los hijos de Dios con las hijas de los hombres nacieron los gigantes, de fuerte brazo, ojos de ira, mano opresora, frente altiva y corazón impío. En la estatura como torres, en la torpeza semejantes á Asmodeo, como el trueno en la voz, como la tempestad en el furor, parecidos en la devastacion á un ejército bárbaro, en la tiranía á los verdugos del cristianismo, y en las maldades al mismo Lucifer. Su iniquidad llamó contra sí á las nubes del firmamento é hizo á los mares dar horrendos bramidos de indignacion: Dios hace una señal, y las ondas se suben sobre las cabezas de los gigantes, y despues de haber paseado sus iras sobre la muchedumbre de sus cadáveres, enmudecen de espanto y quedan como estáticas sobre un mundo de ruinas. Tal la muerte mientras lucha con el enfermo, agitándose convulsiva y furiosa forma un sordo y ronco estertor en la agonía; pero al instante que ha triunfado de su víctima, calla de pronto, y sentándose sobre ella, guarda profundo silencio y permanece horrendamente inmóvil. No

de otra suerte el diluvio domina silencioso. Si á los cincuenta dias el espantado sol pregunta por esa raza de gigantes, cuya estruendosa y amenazadora vocería estábale atronando, no oye una voz ni un murmullo que le responda; si la busca con sus cien ojos, no vé mas que un mar tendido con tranquila y fúnebre majestad sobre un mundo difunto.—*Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

GLORIA DE LA SANTIDAD.—El orgullo de los hombres les ha hecho hallar el secreto de levantar arcos triunfales y erigir estatuas, que sirvan de eternos monumentos á sus hazañas para recibir del arte una especie de inmortalidad que á ninguno concedió naturaleza. Ellos graban sobre el mármol y sobre el bronce las acciones ilustres de su vida para hacer su vanidad tan eterna y duradera como las piedras y los metales; pero no advierten que el tiempo consume entrambas cosas y no es medio proporcionado á sus orgullosos fines. Lloraba Alejandro sobre el sepulcro de Aquiles, no por verle entre cenizas, sino por envidiarle la glo-

ria de su inmortalidad en la pluma de un Homero. Hombre infeliz, no es esta la traza de granjearse y adquirir una fama sempiterna; la virtud sola es la que jamás se borra de la memoria de los hombres. Acciones grandes, ideas elevadas, proyectos extraordinarios, fortuna brillante, empresas altas, nacimiento ilustre, riquezas abundantes, hermosura, ciencia, talento, ingenio, todo fenece y se deshace como el humo. Solamente se perpetúa la vida humilde, ejemplar y edificante. Per-
tenece al honor de nuestro Dios el que sus siervos sean honrados, y despues de haberse empleado ellos en procurar su gloria, él mismo tiene cuidado de glorificarlos. Señor, decia David, Vos sabeis bien dar á vuestros amigos lo que habeis recibido, y si ellos han tenido la felicidad de haceros conocer entre los hombres, se hallan bien pagados de su trabajo por el alto grado de elevacion á que los habeis exaltado en vuestro reino, y aun por la profunda veneracion en que están sus nombres sobre la tierra. *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus.* Y así entre los Santos parece

que Dios se complace en elevar aquellos que se hallaron en el mundo en los puestos últimos y en la clase mas ordinaria. Los Santos reyes, por mas reyes que hayan sido, son menos conocidos y reverenciados que otros mil Santos que han salido de las mas humildes condiciones y que han vivido en la oscuridad y el olvido: como si Dios hasta en el orden de la santidad tuviese aun gusto en humillar la grandeza del siglo y en hacer ver una predileccion particular hácia los pequeños. — *Coleccion de panegiricos originales.*

— *Fr. Vicente Hernandez.*

GLORIA DE LOS BIENAVENTURADOS. — ¿En qué consiste la inefable dicha y felicidad del hombre en la patria celestial? En las tres nobles dotes del alma glorificada, dice el ángel de las escuelas; ella verá á Dios en sí mismo, ella le aprehenderá, ella le gozará: vision, aprehension y fruicion del sumo Bien, ved aquí la gloria de los Santos. Vision de Dios que se hace por una luz excelente unida al entendimiento, con la cual fortificada esta potencia y elevada sobre su esfera verá claramente aque-

lla esencia divina, y el mismo Verbo Eterno será un espejo purísimo, que le representará todas las maravillas de la diestra del Excelso. La aprehension de Dios consiste en una posesion perfecta del Amado, en un abrazo estrechísimo del Esposo, en un nudo indisoluble, en que Dios se entrega al alma no por partes, sino en el todo, no por intervalos de tiempo, sino por tradicion eterna, no con reuelos de perderse, sino con inefable seguridad de jamás separarse. La fruicion de Dios no es otra cosa que una plenitud de gozo, de júbilo y de alegría inexplicable, que absorbe en sus avenidas la voluntad criada; un océano de dulzura que la inunda, la sumerge y la anega en sus corrientes; un horno encendido con el soplo del Espíritu Santo, que abrasa al alma en vivas llamas de amor, y la purifica, y la limpia, y la adorna, y la embellece, y la transporta, y la regala, y la derrite como la cera arrimada al fuego, y la aprieta y la une con la Trinidad beatísima con unos lazos tan fuertes, con una transformacion tan alta y tan soberana, que viene á deificarse en cierto mo-

do por participacion como las tres divinas personas son Dios por naturaleza.—*Coleccion de panegiricos originales.*—Fr. Vicente Hernandez.

GRACIA.—La de Dios es un tesoro muy grande y muy apetecible para cualquier alma. El Espiritu Santo la llama tesoro infinito, porque somos por medio de la divina gracia elevados á la dignidad de amigos de Dios, (Sap. VII. 14). Por lo que Jesús nuestro Redentor no se desdeñó de llamar amigos suyos á los que están en gracia (Joan. XV. 14).—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

GRACIA DIVINA.—Luz del alma, mañana apacible.—*El Incógnito.*

GRACIA DIVINA.—Vida espiritual del alma.—*El Incógnito.*

GRACIA DIVINA.—Rocío vivífico, que hace reverdecir las almas envejecidas en culpas, y dá nueva vida.—*Recuerdos para la vida cristiana.*—*El Incógnito.*

GRANDEZA DE MARÍA.—Es la reparadora del mundo, *Reparatrix perdití orbis* (S. Anselm. de Excell. Virg.); el corazon de la Iglesia,

Cor Ecclesiæ. (Hesich. in cat. græca sup. Ps. 44.); y el título nobilísimo de nuestra libertad, *Titulus nostræ libertatis nobilissimus* (S. Ildeph. lib. de Virg. M., cap. 12.); en su gracia excede á los ángeles (D. Thom. opusc. 8, de Salut. Angel.); en su santidad solo cede á Dios, y ante ella son como sino fueran las virtudes de todas las criaturas: *Virgo inter animas Sanctorum et Angelorum choros supereminet merita singulorum, et omnium titulos antecedit, et sic spirituum hebetat dignitatem, ut sint sicut non sint.* (S. Petr. Dam., Serm. de Assumpt. Virg.); en su dignidad se acerca al Infinito: *Dignitas Matris Dei est suprema quædam conjunctio cum persona infinita,* (D. Thom., 1. P. Quæst. 25, art. 5.) *Dignitas Matris Dei suo genere est infinita* (Suarez in 3. P. D. Thom. dist. 18, Sect. 4.); en su mision se une á Jesucristo; *Ad hoc electa est domina ut instigatrix et cooperatrix Christi.* (Salmeron in Evang., lib. 6. tr. 6.): en su gloria se confunde con este; *Gloria Filii cum Matre non tam communem judico, quam eandem,* (Ar. nold. Carnot. de Laud. Deip.): en su

bondad es una imágen infinita de la bondad infinita de Dios: *Fecit hanc Deus bonitatis suae infinitam imaginem* (D. Thom. opusc. 61. de Charit.); en su poder no reconoce superior sino en el Omnipotente; mas aun, dice San Bernardino, todo, hasta el mismo Dios se complace en servirla: *Divino imperio omnia famulantur, et Virgo; et imperio Virginis omnia famulantur, et Deus* (S. Bernard. Sen. tom. 4. Serm. 5, art. unic.) ¡Cuántos motivos para admirarla! ¡Cuántos títulos para honrarla é invocarla! — *Sermones predicados en honor del Santísimo Sacramento.* — Benito Sanz y Forés.

GRANDEZA Y HERMOSURA DEL CIELO.—El Padre San Agustin fija particularmente su atencion en el sol, la luna y las estrellas, y dice que puso el Señor estas criaturas en el universo para que fuesen unas señales de la magnificencia y hermosura de su casa. Si para este lugar de destierro nos ha concedido tan hermosas y brillantes criaturas, ¿qué será lo que ha reservado para el lugar en donde reina eternamente con sus Santos? ¿Qué cosa es es-

te sol que nos alumbra en el día, y esta luna que nos alegra entre las tinieblas de la noche? ¿Qué esa multitud de estrellas que esmaltan la hermosa bóveda, que nos parece cubrir la tierra que habitamos? ¡Oh prodigios de la divina sabiduría y omnipotencia! ¿Quién ha sabido hasta ahora su número, su extension, la del espacio que ocupan, la materia de que se han formado? ¿Quién no se asombra al contemplar la grandeza de unos cuerpos en cuya comparacion es un punto, un átomo la masa enorme de la tierra en la que habitan los hombres, y que aun no ha podido ser descubierta ni examinada completamente despues de tantos siglos? ¿Quién no se llena de admiracion al considerar la rapidez de su movimiento, á cuya velocidad no puede compararse la de la bala arrojada con indecible violencia del cañon? ¿Quién podrá medir el espacio que recorren en su rapidísima carrera? ¿Quién podrá calcular la distancia de la tierra á las estrellas, que siendo soles de singular resplandor y prodigiosa grandeza, parecen puntos muy pequeños? ¿Quién el espacio total en

donde se encierran tan diversos y magníficos cuerpos? Si tan espacioso es este universo, tan grandes los cuerpos que le forman, tan admirable y concertado el orden de sus movimientos, ¿cuánta será la magnificencia, extension y orden de la casa de Dios, asiento de su corte soberana y trono de su gloria? ¡Oh Israel! *Quam magna domus Domini, et quam ingens locus possessionis ejus? Immensus est et non habet finem.* ¡Oh hombres! Subid con vuestro pensamiento, y ved qué tal será la grandeza de aquel lugar que esperais poseer! Observad la belleza y hermosura de estos cuerpos, y colegid cuál será la de la corte celestial, en donde habita y reina Dios. Mirad la techumbre hermosa y brillante que puso Dios á esta casa terriza y corruptible, y considerad cuál será la de su propia casa. ¡Oh qué hermosura! ¡qué claridad! ¡qué resplandores!—*Discursos predicables.* — *Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*



H

HERMENEGILDO (SAN), REY DE SEVILLA Y MÁRTIR.
—Fué San Hermenegildo hijo de Leovigildo, antes de llegar este á ser rey de los godos, y cuando estaba casado con la primera mujer, como consta por el Biclarense sobre el año de 573. El nombre de aquella señora fué *Rinclilde*, según dijimos en la vida de San Leandro núm. 73; pero no llegó á ser reina, en vista de que Leovigildo casó con *Gosvintha* (viuda del rey Athanagildo) en el año primero del reinado de Liuva, en el cual asoció este á su hermano Leovigildo en el reino; y así antes habia muerto Rinclilde. Hermenegildo era hermano mayor de Recaredo; pues el Biclarense le nombra en primer lugar, y el Turonense lo afirma con expresion (Lib. 5, núm. 38). Su nacimiento fué cerca del año 564. Sobre el cual refiere Adon el casamiento de Leovigildo

con Rinelilde: y en esta suposicion murió joven el Santo, de cerca de 21 años.

Su crianza fué correspondiente á la secta que dominaba á su padre y á los demás godos, imbuidos en los errores de Arrio: y en esta conformidad se hallaba en el año de 575, en que Leovigildo le asoció en el reino, juntamente con su hermano Recaredo. En el año de 579 casó Hermenegildo con Ingunthe, hija del rey de Francia *Sigeberto*: y de allí le provino al Santo toda su felicidad, pues siendo católica la esposa, y hallándose maltratada de Gosvintha (abuela suya, y madrastra de San Hermenegildo) dividieron casa.

El suceso fué (segun San Gregorio Turonense) que Ingunthe llegó á España conducida con un grande aparato como correspondia á la calidad de tal princesa, y á la grandeza del primogénito de Leovigildo. La mujer de este era, como se ha dicho, abuela de la princesa, y así la recibió con el gozo y agrado correspondiente á tan estrecho parentesco, y á la circunstancia de reina: pero aquel imperio y amor la indujeron á pervertir á la nieta, por

ser esta católica y la abuela arriana contumacísima. El intento de la seducción empezó incitándola con halagos á que se rebautizase en la heregía de Arrio: pero Ingunthe manifestó su firmeza, diciendo que la bastaba el bautismo que ya habia recibido, y la confesion de las Tres Divinas Personas, iguales y consustanciales, en cuya fé vivia, y viviria siempre, pues nada le bastaria para apartarse de ella.

Entonces la malvada Gosvintha (tuerta en el cuerpo y ciega en el alma) convirtiendo en bárbaro furor el cariño y respeto debido á una princesa, la cogió por los cabellos, arrojándola en el suelo, y pisándola hasta bañarla en sangre, pasando su furor femenino á mandarla desnudar y echar en un estanque. Pero nada pudo ablandar el varonil pecho de Ingunthe, para condescender á la impiedad, perseverando cuanto mas maltratada tanto mas gloriosa en la confesion de los misterios, que estaban bien radicados en su alma.

El rey Leovigildo dispuso entonces que se dividiesen las familias, ó bien para ocurrir á las disensiones domésticas entre hijo y madras-

tra, ó porque Hermenegildo fuese rey en efecto, y acaso por uno y otro. Lo cierto es que en este lance expresa el Turonense haberles dado Leovigildo una ciudad por córte de su reino. *Dedit eis unam de civitatibus, in qua residentes regnarent.* El Biclarense añade, que les dió parte de la provincia, esto es, del reino de España, pues inmediatamente nombra á todo el reino con la voz de *Provincia*, en uso antiguo, en que se tomaba por lo conquistado. Juntando uno con otro decimos, que les dió el reino de Sevilla, pues la ciudad de la residencia (esto es la córte) fué la capital *Sevilla*, segun hemos inferido del mismo Biclarense.

Puestos en Sevilla Hermenegildo é Ingunthe, empezó esta (como afirma el Turonense) á predicar á su marido sobre que dejando la secta de su padre, abrazase la Religion en que ella vivia. El rey se resistió, segun escribe el referido; pero añadiéndose la predicacion del Santo metropolitano hispalense San Leandro, se logró la conversion, y Hermenegildo al crismarse recibió el nuevo nombre de *Juan*, segun el mismo San Gregorio Turonense.

Al punto que los católicos vieron á San Hermenegildo convertido á la fé, levantaron bandera por este santo rey, deseando echar de sí el yugo de los herejes. Leovigildo se armó de todos modos contra el hijo, valiéndose del arte y de la fuerza. San Hermenegildo se confederó con las tropas del Emperador: el padre con los Suevos de Galicia. Sitiaron estos á Sevilla, estrechándola con hierro y hambre, pues tuvieron modo de cerrar la comunicacion que habia por el rio. Faltaron los imperiales á lo tratado, por haberlos sobornado Leovigildo; y de este modo se apoderó el padre de Sevilla; cogiendo luego en Córdoba al Santo rey, y desterrándole á Valencia. Así el Biclarense, cuya autoridad es irrefragable como de coetáneo diligente y patrio: sin que pueda anteponerse el Turonense en lo que no sea concordable.

El Doctor D. José Ceballos, Presbítero sevillano, me avisa haber leído con diligencia la inscripcion original publicada en el tomo V (pág. 207), y que en el blanco del final, dice claramente *ducti Alone*: esto es, lle-

vado á Alicante. Lo que sí es, y se entiende así, prueba haber sido llevado el Santo á Alicante, cuando el padre le hizo prisionero: noticia que no se sabia por otro medio.

D. Manuel *Lopez Ponce de Salas* en la vida que escribió de nuestro Santo pone segunda y tercera guerra del hijo contra el padre, después de haber este hecho prisionero al Santo: lo que carece de autoridad, según lo prevenido en el tomo 8 (desde el núm. 152 de la Iglesia de Valencia).

Sábase por San Gregorio Magno que todo el empeño de Leovigildo fué pervertir al hijo, persuadiéndole á que dejase la fé y ofreciendo perdonarle y admitirle en su gracia, como abrazase los errores de Arrio. Desde aquí empezó el fruto de la constancia del Santo; pues ni con las promesas, ni con los castigos del destierro y prision, se ablandó su constancia. Añadió Leovigildo mas rigor, desterrándole mas lejos á Tarragona, y aumentando el hierro de grillos y cadenas. Volvió á tentar al santo jóven, ofreciendo admitirle á su gracia, si comulgaba de mano de un obispo arriano,

que fué á este fin enviado por Leovigildo en la noche de Pascua: pero firme el Santo en el amor del reino celestial, no quiso condescender al depravado intento: y certificado el padre del ánimo inflexible del hijo envió á un ministro, llamado *Sisberto*, á que en la misma cárcel le degollase, como lo hizo; pagando bien despues el agresor su atrevimiento, pues tuvo una muerte muy infeliz, como testifica el Biclarense sobre el año 4 de Recaredo. *Sisbertus interfector Hermenegildi morte turpissima perimitur.*

Manifestó luego el cielo lo grato que le habia sido el sacrificio de la vida de San Hermenegildo, pues en las horas del silencio se oían músicas celestiales que publicaban la gloria del Mártir, y juntamente honraban aquel sitio luces maravillosas, que alumbraban á los fieles para engrandecer á Dios en su Santo, venerando como á tal el sacratísimo cuerpo, segun escribe San Gregorio Magno (Lib. 3. Dialog. c. 31), á quien siguen los Escritores y Martirologios.—*España sagrada.*
—*Fr. Enrique Florez.*

HERMOSURA DE LAS CRIATURAS. — Motivo para levantar los ojos al Criador y darle mil loores. — *El Incógnito*.

HERMOSURA DE MARÍA. — San Pedro Damiano dice: «La Virgen María, sobreeminente y sublime, mas que las almas de los Santos y coros de los Ángeles, sobrepuja los méritos de cada uno y los títulos de todos.» San Anselmo: «La santidad pura, dice, y la pureza santísima del purísimo pecho de María, subiendo mas que toda la pureza, ó santidad de toda criatura, con incomparable sublimidad mereció ser dignísimamente hecha reparadora del mundo perdido.» San Buenaventura escribe: «¿Qué maravilla es, que ame mas que todos, la que es amada mas que todos?» El Magno Alberto, de quien lo traslada Ricardo de Laurencio, dice: «Si alguno preguntare de la hermosura corporal de la Bienaventurada Virgen, me parece que con gran congruencia se puede decir y creer, que fué mas hermosa que todas las hijas de los hombres::: porque no se pudiera llamar convenientemente toda hermosa y sin

»mancha, sino se llamára muy hermosa y sin
»mancha, segun la disposicion y figura del
»cuerpo y color de su rostro.» Y el mismo
Santo en otra parte: «Respondo y digo, que
»como Nuestro Señor Jesucristo fué el mas
»hermoso entre los hijos de los hombres; así
»la Beatísima Vírgen fué hermosísima y belli-
»sima entre las hijas de los hombres; y que
»tuvo el sumo y perfectísimo grado en la her-
»mosura, que pudo haber en cuerpo mortal,
»segun el estado de viadora, obrando así la
»naturaleza.» San Dionisio Areopagita, escri-
biendo á San Pablo: «Pongo por testigo á
»Dios, dice, que estaba en la Vírgen, que si
»tu divina doctrina no me hubiese enseñado,
»que hubiera creído que esta Señora era
»verdadero Dios; porque ninguna pudiera pa-
»recer mayor gloria de los Bienaventurados,
»que aquella felicidad, que yo, ahora infeliz,
»y entonces felicísimo, llegué á gustar.» San
Juan Damasceno: «¡Ó digna Hija de Dios,
»hermosura de la humana naturaleza, correc-
»cion de nuestra primera madre Eva, orna-
»mento de las mujeres!... Es la hermosura de

»la Madre de Dios ornamento de su Iglesia.»
Gregorio Nicomediense: «¡Ó hermosísima her-
»mosura de todas las hermosuras! ¡Ó Madre
»de Dios, sumo ornamento de todo lo her-
»moso!» San Agustín: «Tú toda bella, toda
»hermosa, toda deleitable y toda gloriosa: Tú
»con ninguna mancha estás empañada: Tú
»estás vestida de toda hermosura: Tú estás
»rica con toda santidad: Tú sobre todas las
»virtudes santa, aun en la carne: Tú sobre-
»pujas á todas las mujeres en la hermosura
»del cuerpo; y á todos los angélicos espíritus
»en la excelencia de la santidad.» San Epifa-
nio: «Virgen llena de toda hermosura.» San
Bernardo: «María refulgente, con la hermosu-
»ra de su cuerpo, es conocida en los cielos
»por su aspecto y belleza.» Ricardo Victori-
no dice: «Que está adornada de angélica her-
»mosura, así en el cuerpo, como en la men-
»te.» San Gregorio Nacianzeno: «Ó Virgen,
»que vas delante de los demás, con la hermo-
»sura de tu semblante.» Andrés Jerosolimitano
dice: «Tu eximia hermosura es una estatua,
»que Dios hizo, fabricada con todo primor.»

Santa Brigida: «Cristo decia á su Madre: tu
»hermosura excedió á la de todos los ángeles
»y todas las cosas criadas.»—*Compendio his-
tórico de los mas célebres santuarios de Espa-
ña.*—P. Juan Villafañe.

HERMOSURA DIVINA.—Pareciendo á algunos
Santos, que no era mucha alabanza de la Di-
vinidad, decir que ella sola comprendia las
perfecciones y hermosuras de todas las cosas,
y que era siendo una todos los bienes y todo
lo bueno, dijeron por mayor alabanza, que no
era ninguna hermosura, ni bondad; porque
era sobre toda hermosura y bondad. Y así
San Gregorio Nacianzeno, hablando con Dios,
dijo: Vos, Señor, sois uno, y todas las cosas,
y nada. Porque Dios es todas las cosas, en
cuanto contiene la flor y perfeccion de todas:
pero es nada de las cosas, porque no es nin-
guna perfeccion, ni hermosura de ellas, sino
sobre toda su perfeccion y hermosura, y sobre
cuanto puede concebir hermoso y perfecto el
ingenio humano.—*De la hermosura de Dios.*
—P. Juan Eusebio Nieremberg.

HISTORIA MONÁSTICA COMPARADA CON LA PRO-

FANA. — Certifican personas de buen juicio, que se han hecho evidencia, no solo ser sabrosa y de fruto la historia que trata casos raros y empresas grandes, y todo eso que llaman hazañoso; sino tambien la que se humilla al yermo, al claustro, al silencio, y al cilicio, y á cuanto tiene nombre de mortificacion, que suena siempre tan mal á las orejas del mundo.

Vése en esta historia (la monástica) trocado todo: y en vez de aquellas preñadas pláticas de los consejeros de Estado; de los razonamientos de los capitanes para disciplinar el ejército, ó animar los soldados á la batalla; de aquellas promesas de la victoria, ó presagios de la suerte adversa; de las conjeturas de lo que pretende el enemigo; la loa del soldado valiente; la diligencia, destreza y ánimo del capitan; los varios trances de la fortuna; la alegría del buen suceso; la riqueza del despojo y de la presa; el número de los muertos y cautivos; los premios de los que como esforzados escalaron primero el muro, ó derribaron las banderas enemigas, y otros cien particulares

con que se enriquecen las historias profanas: en vez, digo, de todo esto; entran las amonestaciones santas, los consejos de una celestial prudencia, donde se descubre la sutileza y el ingenio de nuestro mortal enemigo; la perseverancia en el ejercicio santo; la fortaleza en el rigor de la penitencia; el fruto de la oración continua; la sumisión del cuerpo; el desprecio de sí mismo; el desengaño de las cosas visibles; la victoria contra nuestras pasiones; la lucha porfiada contra nuestros apetitos; la esperanza del premio, y tal premio; los anuncios de la salud del alma; los recatos aun en el estado mas seguro; el celo de la cerimonia, aunque sea pequeña, para que no se toque al muro de lo esencial; las prevenciones antes de llegar á las cosas sagradas; apoyar lo que se desmorona del rigor primero, y esforzar lo que parece va enflaqueciendo en la virtud; muertes venturosas, suficientes para encender en santa envidia los mas tibios; castigos rigurosos á culpas casi sin nombre, mejores para labrar coronas, que para enmienda de los delinquentes; y otro alarde de cosas semejantes;

menudencias para los ojos del siglo, y de tanta estima en los de Dios, que no las remunera menos que con un reino eterno...—*Fr. José de Sigüenza.*

HOMBRE.—Eslavo de Dios, comprado con la sangre de Jesucristo.—*El Incógnito.*

HOMBRE (EL).—¿No veis esos cielos hermosos, que con un silencio elocuente están continuamente publicando la gloria de su Hacedor? ¿No veis esas esferas cristalinas, que rodando con uniforme movimiento sobre nuestras cabezas son el embeleso de la vista, la admiracion de la mente, así por la firmeza é incorruptibilidad de su materia, como por la rapidez y celeridad de su curso? ¿No veis esos globos de luz, esos astros brillantes, que parece quieren desencajarse de sus centros y epiciclos, impacientes para alumbrarnos; obras de la mano omnipotente y rasgos delicados de su sabiduría y de su grandeza? ¿No veis la ligereza del aire, la firmeza de la tierra, la transparencia del agua, la voracidad del fuego, la preciosidad de los metales, la variedad de las plantas, la fragancia de las flores, la profundidad de los

mares, la mole de los montes con todo lo hermoso y peregrino que se contiene en el ámbito inmenso de esta prodigiosa máquina? Pues todas estas bellezas juntas, si bien fueron de la aprobacion de Dios, no llenaron perfectamente su corazon. Faltaba todavía la obra mas grande entre todas las obras: faltaba un retrato de su divino sér, una imágen de su esencia, un espejo en que reverberasen sus infinitas perfecciones, y fuese como una cifra de todas sus maravillas; faltaba formar al hombre, mundo pequeño y maravilloso, rey de la naturaleza, príncipe y dominador del universo, y sustituto del mismo Criador. Todas las otras criaturas no eran mas que toscos vestigios, diseños imperfectos del Artífice soberano: solo el hombre esprimió la imágen viva, el trasunto adecuado al divino original. *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. Dotado de una alma excelente y noble y unas potencias de esfera superior á todo lo corpóreo, material y terreno, llegó á participar de la inteligencia de los ángeles, y fué elevado á la contemplacion de la esencia soberana. — *Coleccion de Pane-*

gíricos originales.—*Fr. Vicente Hernandez.*

HOMBRE PACIENTE.—Conquistador del cielo.—
El Incógnito.

HONRA.—Natural enfermedad es de los ánimos humanos desear mando y señorío sobre otros hombres. Y esta flaqueza les quedó desde el hombre primero, que fué transgresor del mandamiento de Dios por ganar honra: que así se lo prometió el diablo, diciéndole que sería como Dios, sabidor de lo bueno y de lo malo. Y por este punto de honra creyó al diablo antes que á Dios: y quedó de allí esta inclinacion en él y en todos sus descendientes. Buena es por cierto la honra, y las gloriosas alabanzas que se ganan con la virtud, á condicion que no sea el hombre virtuoso porque le alaben, sino porque la virtud de sí es buena, y no se debe obrar ni amar sino por quien ella es, y no por otro respeto de esta vida.

Y tal honra como esta muy descansada es y muy firme, porque tiene hondos los cimientos, y está edificada sobre humildad: y así no se pasa trabajo en tenerla ni en buscarla, porque ella se viene de suyo corriendo tras el hombre

que va huyendo de ella. No es así la honra violenta y traída por fuerza; antes es tan zahareña y fugitiva, que no se puede conservar sino con grandes costas y trabajos de su dueño; con mucha gente que trae á cuesta; con mucho desvelarse, con mucho retraimiento, con muchas envidias, con grandes sospechas, con muchos bandos, con muchas enemistades, con grandes peligros del cuerpo, y mucho mas del alma.— *Problemas.*— *Francisco de Villalobos.*

HUERTO, ATRIBUTO DE MARÍA SANTÍSIMA.

Las soberanas plantas que eternizas
En tu divina y virginal floresta,
Son el adorno con que á Dios hechizas,
Y deliquio de amor su aroma presta,
Porque tú solamente fertilizas
Virtudes altas de que estás compuesta,
Que en hermosura al sol se adelantaron
Y el número de estrellas superaron.

Es el rojo clavel seña y figura,
Si admite tu beldad comparaciones,
De aquella caridad ardiente y pura,

Que ilustra la grandeza de tus dones.
La morada violeta es la pintura
De aquel amor, por cuyas perfecciones
Te hizo el que en el Padre vive y reina
Madre de Dios y de los cielos reina.

Allí la limpia y encarnada rosa
De tu carne sin mancha el sér publica;
Y la azucena cándida y hermosa
Tu virginal pureza significa.
El pálido alheli fué la penosa
Vida mortal que angustias multiplica,
Sucediendo á esta flor por conveniencia
La yerba que tambien llaman paciencia.

Allí el narciso, de color de cielo,
Descubre de tu pecho generoso
El invencible y observante celo
De las leyes divinas de tu Esposo.
Es peregrino y celestial modelo
El romero odorífero y precioso,
Virgen, de tus virtudes inefables
Por ser las de esta planta innumerables.

Si el cándido azahar dá regalado
Al corazon humano refrigerio,
Tu piedad fué esta flor que ha dedicado

Su fuerza al mas urgente ministerio,
Pues destilada en lágrimas ha dado
Entre el mayor dolor de su improprio
Refrigerio en la cruz al Inocente,
Que es corazon del Padre omnipotente.

Es la flor del pelicano figura,
Que nos declara tu excelencia y nombre,
Mostrando en su magnífica hermosura
Las piadosas entrañas de un Dios-hombre.
Tú fuiste aquella planta dulce y pura,
Que porque goce Adan vida y renombre,
Le diste á Dios, pelicano ya hecho
Porque beba la sangre de su pecho.

Incluyes el fructífero granado,
En cuyo fruto el pecho se vé abierto,
Por quien es eminente y señalado
Entre las nobles plantas de tu huerto.
Granado fértil fuiste, pues has dado
Por fruto un Salvador, que en la cruz muerto
Se dejó el pecho abrir para memoria
Que abrió por tí las puertas de su gloria.

Está el madrugador almendro bello
Antes que esotros árboles florido,
En cuya planta echó el Criador el sello

De lo que al preservarte ha sucedido;
Porque jamás tu soberano cuello
Del yugo de la culpa fué oprimido,
Porque se adelantó la suma Alteza
Á preservar tu cándida pureza.

Encierras la pomposa bazarria
Del plátano, que en pródigas corrientes
De dulces aguas, anchas hojas cria,
Sombra y refugio de diversas gentes;
Pues el plátano fuiste á quien envia
La gracia inundaciones y vertientes,
Por quien de amparo tienes hojas bellas,
Que hallan las criaturas sombra en ellas.

Nombres y atributos de María Santísima.—
Alonso de Bonilla.

LA HUIDA Á EGIPTO.

Á regiones lejanas
Dicen que va de huida
Circundada de espanto
La Virgen peregrina.
Que va en triunfo pomposo
Al verla yo diría

Como en carro de gloria
La Virgen peregrina.

Pues saltando de gozo
Está la cumbre altiva
Do el pié divino pone
La hermosa peregrina.

Pues ángeles á miles
En procesion festiva
Por córte y guardia lleva
La hermosa peregrina.

Unos tienden las alas
Como alfombra lucida
Para que pise en ellas
La jóven peregrina.

Otros besan el suelo,
Donde con planta linda
Estampó leve huella
La jóven peregrina.

Otros cojen las flores,
Que brotan á porfía
Do el pié lijero puso
La augusta peregrina.

Digo que va de triunfo
Derramando delicia

Por todo su camino
La augusta peregrina.

Los árboles sus ramas
Obsequiosos le inclinan,
Y en pago les dá frutos
La tierna peregrina.

Con trinos la regalan
Cantoras avecillas
Mientras al Niño duerme
La tierna peregrina.

En monótono canto
Con dulce melodía
Les manda que le arrullen
La madre peregrina.

Los serafines cumplen
Con su altísona lira
Lo que mandó á las aves
La madre peregrina.

À los ángeles ellas
En exceder porñan,
Que mucho mas merece
La humilde peregrina.

De ambos coros el canto
Enhorabuena siga

Mientras al Niño aduerme
La humilde peregrina.

De vergüenza yo callo
Entre tal armonía,
Y que á su Niño aduerma
La Virgen peregrina.

De vergüenza enmudezco
Entre tal armonía,
Y lleve feliz viaje
La Virgen peregrina.

Poesías á la Reina de los cielos.—Juan Manuel de Berriozabal.

HUMILDAD.—Es órden, justicia y verdad; órden, porque no usurpa una honra que no le corresponde, y no sale ni pretende salir del lugar que la Providencia le ha señalado; justicia, porque reconoce en Dios el principio de todo bien y le atribuye todo el honor debido, sin exigir de nadie un acatamiento injusto; verdad, porque descubre con ojos penetrantes lo que realmente es el hombre, es decir, nada por sí mismo, lleno de faltas, defectos y culpas mas ó menos graves, y todo por Dios co-

mo hechura suya y enriquecido por él con toda suerte de beneficios. Ahora bien, donde hay verdad, justicia y orden es necesario que haya paz y bonancible placidez en todo. ¿Qué mayor dicha?—*La felicidad del pensamiento.*
—*Juan Manuel de Berriozabal.*

HUMILDAD.—La humildad cristiana, esa virtud que nos hace conocer el límite de nuestras fuerzas, que nos revela nuestros propios defectos, que no nos permite exagerar nuestro mérito, ni ensalzarnos sobre los demás, que no nos consiente despreciar á nadie, que nos inclina á aprovecharnos del consejo y ejemplo de todos, aun de los inferiores; que nos hace mirar como frivolidades indignas de un espíritu sério el andar en busca de aplausos, el saborearse con el humo de la lisonja; que no nos deja creer jamás que hemos llegado á la cumbre de la perfeccion en ningun sentido, ni cegarnos hasta el punto de no ver lo mucho que nos queda por adelantar, y la ventaja que nos llevan otros; esa virtud, que bien entendida es la verdad, pero la verdad aplicada al conocimiento de lo que so-

mos, de nuestras relaciones con Dios y con los hombres; la verdad guiando nuestra conducta para que no nos extravíen las exageraciones del amor propio; esa virtud, repito, es de suma utilidad en todo cuanto concierne á la práctica, aun en las cosas puramente mundanas.

Sí, la humildad cristiana, en cambio de algunos sacrificios, produce grandes ventajas, hasta en los asuntos mas distantes de la devoción. El soberbio compra muy caro su satisfacción propia; y no advierte que las víctimas que inmola á ese ídolo que ha levantado en su corazón, son á veces sus intereses mas caros, es la misma gloria en pos de la cual tan desalado corre.—*El Criterio*.—*Jaime Balmes*.

HUMILDAD.—*Discite á me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris* (Matth. XI, 29.) Aprended de mí, dice Jesucristo nuestro Redentor, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas. El bienaventurado San Agustín, dice (Lib. de Ver. Rel. Matth, 41.) *Tota vita Christi in terris per ho-*

minem, quem suscipere dignatus est, disciplina morum fuit, sed præcipuè humilitatem suam imitandam proposuit, dicens: discite á me, quia mitis sum, et humilis corde. Toda la vida de Cristo en la tierra fué una enseñanza nuestra, y él fué de todas las virtudes Maestro; pero especialmente de la humildad; esta quiso particularmente que aprendiésemos de él, lo que bastaba para entender, que debe ser grande la excelencia de esta virtud, y grande la necesidad que de ella tenemos; pues el Hijo de Dios bajó del cielo á la tierra á enseñarnosla, y quiso ser particular Maestro de ella, no solo por palabra, sino muy mas principalmente con la obra; porque toda su vida fué un ejemplo y dechado vivo de humildad. El glorioso San Basilio (Ser. de Humili.) va discurriendo por toda la vida de Cristo, desde su nacimiento, mostrando y ponderando como todas sus obras nos enseñan particularmente esta virtud. Quiso, dice, nacer de Madre pobre en un pobre portal, y en un pesebre, y ser envuelto en unos pobres pañales; quiso ser circuncidado como pecador, huir á

Egipto, como flaco; y ser bautizado entre pecadores y publicanos, como uno de ellos; despues en el discurso de su vida quiérenle honrar, y levantar por Rey, y escóndese; y quando le quieren afrentar y deshorrar, entonces se ofrece: ensálzale los hombres y aun los endemoniados, y mándales que callen; y cuando le escarnecen, diciéndole injurias, no habla palabra; y al fin de su vida, para dejarnos mas encomendada esta virtud, como en testamento y última voluntad, la confirmó con aquel tan maravilloso ejemplo de lavar los piés á sus discípulos, y con aquella muerte tan afrentosa de la cruz. Dice San Bernardo (Ser. 4, de Nativit. Domini.) *Exinanivit semetipsum, ut prius præstaret exemplo, quod erat docturus verbo.* Abajóse y se apocó el Hijo de Dios, tomando nuestra naturaleza humana, y toda su vida quiso que fuese un dechado de humildad, para enseñarnos por obra lo que nos habia de enseñar por palabra; ¡maravillosa manera de enseñar! Para qué, Señor, tan grande Majestad tan humillada: *Ut non apponat ultra magnificare se homo super terram* (Ps. IX,

18.) Para que ya de aquí adelante no haya hombre que se atreva á ensoberbecerse y engrandecerse sobre la tierra: *Intolerabilis enim impudentia est, ut ubi sese exinanivit majestas, vermiculus infletur, et intumescat.* Siempre fué locura y atrevimiento ensoberbecerse el hombre; empero particularmente despues que la Majestad de Dios se abatió y humilló. Dice el Santo: Es intolerable desvergüenza y descomedimiento grande, que el gusanillo del hombre quiera ser tenido y estimado. El Hijo de Dios, igual al Padre, toma forma de siervo, y quiere ser humillado y deshonorado; y yo, polvo y ceniza, ¿quiero ser tenido y estimado?—*Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.*—*Ven. P. Alonso Rodriguez.*

HUMILDAD, POBREZA Y CRUZ.—Banderas de Jesucristo levantadas contra los vicios del mundo.—*Recuerdos para la vida cristiana.*—*El Incógnito.*



I

IGLESIA.—Nave misteriosa que tiene al cielo por su pabellon, la fé por brújula, la esperanza por áncora, la caridad por timon, la eternidad por puerto.—*Recreaciones en la contemplacion del cristianismo.*—Pedro Antonio Fernandez de Córdoba.

IGLESIA.—Ciudad que defiende Dios por sus ángeles, y adorna de virtudes y dones, fundada por Jesucristo, y para siempre estable.—*Recuerdos para la vida cristiana.*—El Incógnito.

IGLESIA.—La Iglesia ha recibido del mismo Dios su inmortal duracion. Sus fundamentos están ya echados en el cielo como dignos de su Autor. ¡La Iglesia!... ¿No la vimos á la cabeza de las obras de la creacion, habitando bajo los pabellones de Israel, brillando entre las tinieblas de la idolatría, haciendo la guer-

ra á los reyes y á los pueblos, atravesando inmensos desiertos y médanos ardientes, recibiendo su comida de lo alto, y su bebida de una piedra, con la fé por su único consuelo, y la esperanza por su única riqueza? Su hermosura consiste en el orden. ¡Qué armonía! ¡qué concierto! cada tribu colocada bajo su bandera; Dios, su jefe invisible; Moisés, legislador; Aaron, príncipe del sacerdocio; Coré, sedicioso y sepultado en los abismos.

Sin embargo, aquella no era sino la sombra y la figura de nuestra Iglesia. Á sola nuestra Iglesia ha dicho Dios como vencedor de la muerte y del infierno: yo te haré triunfar del infierno y de la muerte; yo te sostendré con la misma mano, con que saqué de la nada al universo: nacerás en un pesebre, pero se leerá tu grandeza escrita en el firmamento: la gentilidad, conducida por una estrella, mi fiel precursora, vendrá á adorar á tu primer Pontífice sobre la paja en que reina, y la embajada de los Magos comenzará á despertar á todas las naciones dormidas en la noche del error: te refugiarás despues sobre la cima de

las montañas, y en la cabaña del pobre; crecerás entre los favores del cielo y las persecuciones de la tierra rodeada de tus Evangelistas, de tus Apóstoles, y de tus doctores; plantarás la cátedra eterna en Roma vencida, y todos sus dioses-hombres desaparecerán delante del Hombre Dios; sujetarás la barbarie á tu moral, y presidirás á la civilizacion del mundo. Enemigos encarnizados se coligarán contra tí; mi palabra será tu espada, y las virtudes tus atletas. Todos los vicios se reunirán para oscurecer tu gloria; pero; cual nuevo sol encendido por mi poder para iluminar al mundo, no padecerás eclipse alguno.

¡Qué recreacion para los cristianos contemplar á la Iglesia bajo este aspecto! ¡Qué recreacion la que nos ofrece el cuadro de sus prerogativas como Esposa de Jesús! ¡Oh vosotros nuestros primeros pontífices, que tuvisteis el honor de combatir todos los errores y de salir victoriosos de todos los combates! ¡Oh vosotros, Padres de la Iglesia, doctos escritores, sublimes oradores! Sin la antorcha

con que habeis perseguido á la mentira en sus atrincheramientos tortuosos, ¿qué seria de nosotros? Vosotros habeis hecho brillar las prerogativas de la Iglesia.

¡Las prerogativas de la Iglesia! se nos dirá: ¡las prerogativas de la Iglesia, cuyo ropaje ha sido manchado con tantos tocamientos impuros, y rasgado con tantas persecuciones! Es verdad... Empero, ¿no se reconoce tambien la mano que la defiende de la violencia de sus enemigos, que la protege contra la ingratitud de sus hijos, y la lleva como en triunfo por entre los siglos al seno de esa eternidad, que debe ser su herencia? Si no hubiese ella encontrado en su origen sino corazones sumisos y espíritus dóciles, su doctrina adoptada sin resistencia, habria llegado á nosotros en una especie de desnudez, cuya probable consecuencia hubiera sido excitar los desdenes del orgullo, y acaso tambien las desconfianzas de la razon: por el contrario, ¿cuánta autoridad no gana despues de tantos asaltos tan vanos como furiosos? ¿Con qué confianza, y con qué majestad se presenta cubierta de las nobles

cicatrices que testifican sus trabajos, sus combates y sus triunfos? Si no hubiese sufrido contradicciones, la herejía, queriendo penetrar sus misterios impenetrables, no habria dado lugar á establecer con precision su conexion, y á los dogmas entre sí su encadenamiento necesario, su dependencia mútua. Si no hubiera tenido sino amigos, la generosidad de los mártires, la intrepidez de los confesores, todos esos grandes é innumerables sacrificios que la religion exigia de los primeros cristianos, y que ella sola podia conseguir, no acusarian hoy nuestra cobardía, ó no animarian nuestro celo; no tendríamos que admirar á la Iglesia propagándose por las humillaciones y desgracias, cerrando sus llagas con la calma de la habitud en recibirlas, vengándose de sus verdugos á fuerza de paciencia, y anunciando en esto mismo á toda la tierra que es la esposa de Jesús. Se nos dirá tambien ¡qué lenguaje tan extraño! Sí; la esposa de Jesús tiene su cruz por dote, su altar por lecho nupcial, y su fé por vínculo. ¡La esposa de Jesús! Ved ahí el aspecto honroso bajo del

cual ha sido considerada la Iglesia por diez y ocho siglos: ved ahí el privilegio singular que ella tiene de su Autor; era muy justo que debiese consolar á la tierra de la ausencia de su legislador, y cuya augusta viudedad parecia prometer á sus enemigos la caída de la religion nueva; era muy justo, repetimos, que heredase su poder, sus atributos, su divina supremacía. Jesús, padre y cabeza de la gran familia que acababa de crear á la gracia, no hubiera dejado sobre la tierra sino huérfanitos, si en una esposa tan querida no hubiera asegurado á sus hijos una madre tierna, y si su providencia liberal y atenta no la hubiera enriquecido con sus mas preciosos dones. ¡Oh recreacion! ¡Oh magnífica alianza! ¡Oh nupcias sagradas! ¡Qué es, pues, la Iglesia sino la esposa de Jesucristo, supuesto que participa de su unidad, de su santidad, de su catolicidad, de su apostolicidad, de su perpetuidad y de su infalibilidad!—*Recreaciones en la contemplacion del cristianismo.*—Pedro Antonio Fernandez de Córdoba.

IGLESIA CATÓLICA. — Constituidos, por una

parte, el criterio de las ciencias, el criterio de los afectos y el criterio de las acciones; constituidas, por otra, en la sociedad la autoridad política, y en la familia la autoridad doméstica, era necesario constituir otra autoridad sobre todas las humanas, órgano infalible de todos los dogmas, depositaria augusta de todos los criterios, que fuera á un tiempo mismo santa y santificante, que fuera la palabra de Dios encarnada en el mundo, la luz de Dios reverberando en todos los horizontes, la caridad divina inflamando todas las almas; que atesorara en altísimo y escondido tabernáculo para derramarlos por la tierra, los infinitos tesoros de las gracias del cielo, que fuera refrigerio de los hombres fatigados, refugio de los hombres pecadores, fuente de aguas vivas para los que tienen sed, pan de vida eterna para los que tienen hambre, sabiduría para los ignorantes, para los extraviados camino; que estuviera llena de advertencias y de lecciones para los poderosos, y para los pobres llena de amor y de misericordias; una autoridad puesta en tan grande altura, que pudiera hablar á

todas con imperio, y sobre roca tan firme que no pudiera ser contrastada por las alteradas ondas de este mar sin reposo; una autoridad fundada directamente por Dios, y que no estuviera sujeta á los vaivenes de las cosas humanas; que fuera á un tiempo mismo nueva y siempre antigua, duracion y progreso, y á quien asistiera Dios con particular asistencia.

Esa autoridad altísima, infalible, fundada para la eternidad, y en quien se agrada Dios eternamente, es la Santa Iglesia Católica, apostólica, romana, cuerpo místico del Señor, esposa dichosa del Verbo, que enseña al mundo lo que aprende de boca del Espiritu Santo: que puesta como en una region media entre la tierra y el cielo, cambia plegarias por dones, y ofrece perpétuamente al Padre, por la salvacion del mundo, la sangre preciosísima del Hijo en sacrificio perpétuo y en perfectísimo holocausto.

Como quiera que Dios hace todas las cosas acabadas y perfectas, no era propio de su infinita sabiduría dar la verdad al mundo, y en-

trando despues en su perfecto reposo dejarla expuesta á las injurias del tiempo, vano asunto de las disputas del hombre. Por esa razon ideó eternamente su Iglesia, que resplandeció en el mundo en la plenitud de los tiempos, hermosísima y perfectísima, con aquella alta perfeccion y soberana hermosura que tuvo siempre en el entendimiento divino. Desde entonces ella es, para los que navegamos por este mar del mundo que hierve en tempestades, faro luminoso puesto en escollo eminente. Ella sabe lo que nos salva y lo que nos pierde, nuestro primer origen y nuestro último fin, en qué consiste la salvacion, y en qué la condenacion del hombre; y ella sola lo sabe; ella gobierna las almas, y ella sola las gobierna; ella ilumina los entendimientos, y ella sola los ilumina; ella endereza la voluntad, y ella sola la endereza; ella purifica y enciende los afectos, y ella sola los enciende y los purifica; ella mueve los corazones, y sola los mueve con la gracia del Espíritu Santo. En ella no cabe ni pecado, ni error, ni flaqueza; su túnica no tiene mancha; para ella las tribulaciones son

triumfos, los huracanes y las brisas la llevan al puerto.

Todo en ella es espiritual, sobrenatural y milagroso: es espiritual, porque su gobierno es de las inteligencias, y porque las armas con que se defiende y con que mata son espirituales; es sobrenatural, porque todo lo ordena á un fin sobrenatural, y porque tiene por oficio ser santa y santificar sobrenaturalmente á los hombres; es milagrosa, porque todos los grandes misterios se ordenan á su milagrosa institucion, y porque su existencia, su duracion, sus conquistas son un milagro perpétuo. El Padre envia al Hijo á la tierra, el Hijo envia sus apóstoles al mundo y el Espíritu Santo á sus apóstóles; de esta manera, en la plenitud como en el principio de los tiempos, en la institucion de la Iglesia como en la creacion universal, intervienen á la vez el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Doce pescadores pronuncian las palabras que suenan misteriosamente en sus oidos, y luego al punto es conturbada la tierra: un fuego desusado arde en las venas del mundo. Un torbellino saca de quicio á las

naciones, arrebatada á las gentes, trastorna los imperios, confunde las razas. El género humano suda sangre bajo la presión divina; y de toda esa sangre, y de toda esa confusión de razas, de naciones y de gentes, y de esos torbellinos impetuosos, y de ese fuego que circula por todas las venas de la tierra, el mundo sale radiante y renovado, puesto á los pies de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo.

Esa mística Ciudad de Dios tiene puertas que miran á todas partes, para significar el universal llamamiento: *Unam omnium Rempublicam agnoscimus mundum*, dice Tertuliano. Para ella no hay bárbaros ni griegos, judíos ni gentiles. En ella caben el scita y el romano, el persa y el macedonio, los que acuden del Oriente y del Occidente, los que vienen de la banda del Septentrion y de las partes del Mediodía. Suyo es el santo ministerio de la enseñanza y de la doctrina, suyo el imperio universal y el universal sacerdocio; tiene por ciudadanos á reyes y emperadores; sus héroes son los Mártires y los Santos. Su invencible milicia se compone de aquellos va-

rones fortísimos, que vencieron en sí todos los apetitos de la carne y sus locas concupiscencias. El mismo Dios preside invisiblemente en sus austeros senados y en sus santísimos Concilios. Cuando sus Pontífices hablan á la tierra, su palabra infalible ha sido escrita ya por el mismo Dios en el cielo.

Esa Iglesia puesta en el mundo sin fundamentos humanos, despues de haberle sacado de un abismo de corrupcion, le sacó de la noche de la barbarie. Ella ha combatido siempre los combates del Señor; y habiendo sido en todos atribulada, ha salido en todos vencedora. Los herejes niegan su doctrina, y triunfa de los herejes; todas las pasiones humanas se rebelan contra su imperio; y triunfa de todas las pasiones humanas. El paganismo pelea con ella su último combate, y rinde á sus piés al paganismo. Emperadores y reyes la persiguen, y la ferocidad de sus verdugos es vencida por la constancia de sus mártires. Pelea solo por su santa libertad, y el mundo le dá el imperio.

Bajo su imperio fecundísimo han florecido

las ciencias, se han purificado las costumbres, se han perfeccionado las leyes, y han crecido con rica y espontánea vejetacion todas las grandes instituciones domésticas, políticas y sociales. Ella no ha tenido anatemas sino para los hombres impíos, para los pueblos rebeldes, y para los reyes tiranos. Ha defendido la libertad, contra los reyes que aspiraron á convertir la autoridad en tiranía; y la autoridad, contra los pueblos que aspiraron á una emancipacion absoluta; y contra todos, los derechos de Dios y la inviolabilidad de sus santos mandamientos. No hay verdad que la Iglesia no haya proclamado, ni error á que no haya dicho anatema. La libertad, en la verdad, ha sido para ella santa; y en el error, como el error mismo, abominable; á sus ojos el error nace sin derechos y vive sin derechos, y por esa razon ha ido á buscarle, y á perseguirle, y á extirparle en lo mas recóndito del entendimiento humano.—*Juan Donoso Cortés.*

IGLESIA Y LOS PRÍNCIPES (LA).—La tradicion ha sido la gran maestra del mundo: la ense-

ñanza oral no solo precedió á la escrita, sino tambien fué la única que daban y consentian muchos sábios. No se echaba de menos la multitud de leyes escritas, y la Iglesia en sus principios prohibió hasta el punto conveniente semejantes máximas, que de otra parte estaban recomendadas por su especial situacion, nacida de las persecuciones. Cuando estas cesaron por la conversion de los Emperadores, debió quedar doblemente garantido el sagrado poder y su ejercicio, porque nada mas justo ni mas honroso para aquellos, que respetar la libertad de la Iglesia y facilitar la ejecucion de lo que ella en tal estado resolviera. Al poner los príncipes su augusta planta en el umbral de la Iglesia, no veian en la misma un cadáver que necesitase de su soplo vivificador, sino un cuerpo robusto lleno de vida... Vida para sí y para cuantos de buena fé quisiesen asociársele: vida en sus doctrinas, en sus sentimientos, en sus actos y en todas sus tendencias; en una palabra, veian la obra de Dios, destinada á ser el alma de la sociedad, que estaba sin ella.

Entraban los grandes del mundo en la Iglesia como hijos, no como padres, porque los padres eran los obispos. No mandaban en las casas de religion, pues quien mandaba era Dios, por medio de sus ministros. Ninguna potestad perdian, ni adquirian la de gobernar la Iglesia, porque bien claro podian ver cuán extraña era semejante prerogativa á su carácter imperial. La historia reciente les recordaba que esta divina institucion se habia planteado, generalizado y regido por largos años, no solo sin el auxilio del poder civil, sino tambien á pesar del mismo y de su tan marcada como impotente resistencia. Cumpliendo la Iglesia la mision de Dios, ejercia su autoridad con el mejor derecho en todas partes, porque del Señor es la tierra y sus pobladores. No necesitaba la del príncipe, pues la tenia del que es sobre todos los príncipes. El mundo entero solo existe para la santificacion de las almas, y todo él es el teatro, es el templo para la religion. *Te daré las gentes en herencia...* Esta circunstancia bien meditada bastaba por sí sola, para no dejar caer en la tentacion de man-

dar en la Iglesia los soberanos que la tuviesen. Si entraban en ella como amigos, no es de amigos ni de caballeros invocar un título tan sagrado para propasarse á hacer ellos por sí, lo que los prelados venian haciendo, aun en medio de sus mayores enemigos. La primera inmediata consecuencia de la amistad sincera y leal, es permitir el libre ejercicio de sus derechos, que solo contradiciendo á la voluntad de Dios pudieron negarles sus adversarios. La segunda es impedir que bajo ningun pretexto se les moleste é inquiete por nadie; y en fin, la tercera obrar activa y positivamente, en especial cuando ellos lo ruegan ó demandan.

Tales son los oficios de la buena amistad, dirigidos á llenar el deber de la proteccion. Si por desgracia, so color de esta, se previenen las disposiciones de aquel á quien se dispensa, con dificultad dejaria de convertirse en opresion, mayormente si se presenta con aspiraciones de gobierno. La Iglesia lo tiene ya por Dios, de quien ha recibido poder, saber y autoridades. Poder; segun queda demostrado y

es evidente. «Se me ha dado toda potestad en
»el cielo y en la tierra... Id, enseñad... como
»el Padre me ha enviado, yo os envío á vos-
»otros... Lo que atáreis, será atado...» Sa-
ber; y esto no admite la menor réplica, pues
corre por cuenta del Señor conceder á aquel
á quien manda algo, todo cuanto necesita
para ejecutarlo bien. «Os enviaré el Espíritu
»Santo, y os enseñará todas las cosas.» Este
divino Espíritu, que no permite á la Iglesia
errar en materias de fé, tambien la auxilia en
las de direccion y buen gobierno, pues si es
espíritu de verdad, lo es igualmente de conse-
jo, de acierto y de prudencia. ¿Cuánto mejor
que en tales casos ha de tener lugar la pro-
mesa de hallarse el Señor en medio de dos ó
tres congregados en su santo nombre?... Au-
toridades; las tiene dotadas de todo lo neces-
ario para llenar su mision, como se deduce de
la doctrina precedente. No puede gloriarse la
sociedad civil de gozar de poder alguno para
mandar en la Iglesia, porque Dios se lo ha
negado abiertamente, y no le concederia sus
gracias como á aquellos á quienes lo tiene en-

comendado. Ni de saber, pues aunque sean muy eminentes en otros ramos los varones que la rigen, son menos que medianías en lo que concierne al gobierno de la Iglesia. Diganlo, si no, sus obras; véase la historia que no nos dejará mentir. Ni de autoridades, porque las suyas deben circunscribirse al círculo de lo civil, y harto tienen que hacer, si dentro del mismo dan vado á sus inmensas atenciones. Estando la Iglesia tan bien provista de gobierno por Dios, es una prueba inequívoca que no ha sido su santa voluntad que aquellas se distraigan ni extralimiten. Cuando por desgracia, sucede así, la religion se esteriliza, la Iglesia no rueda sobre su verdadero eje, toda su accion se entorpece y se paraliza, viniendo á terminar en el fin trágico que tuvo la Iglesia oriental, merced á la prepotencia secular. Aprenda la España tan terrible leccion.

Si alguna vez acontecia que por las complicaciones de los tiempos, por los malos consejos ó vicisitudes de las cosas humanas, el poder del siglo se excedia, los Obispos, maestros y jueces puestos por Dios en el órden de la

religion, le avisaban y representaban con santa libertad, y, aunque no siempre se les hacia justicia, ellos no obstante, quedaban resignados, bien seguros que así cumplian y que no les faltaria aquella cuando fuera del agrado de su Amo y Señor. Cabalmente un Prelado español, cuyo solo nombre es ya un elogio, figura en primer término entre los defensores de los fueros sacrosantos de la religion. El venerable Osio, Obispo de Córdoba, decia al Emperador Constancio: «¿Porqué escuchais todavía á los impostores?... No presidan vuestros condes y gobernadores á las decisiones de la Iglesia... No desterreis á los Obispos, cuyo único crimen es no aplaudir enormes abusos... Temed los juicios eternos: no os mezcleis en las cosas eclesiásticas: en esta materia no teneis instrucciones que darnos, sino que debeis recibirlas de nosotros. Dios os ha confiado las riendas del imperio, y á nosotros las de la Iglesia... porque escrito está: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Y así como no nos es lícito á nosotros tener el imperio,

»tampoco vos podeis poner mano en el incen-
»sario ni en las cosas sagradas.»

San Atanasio, viendo el sesgo que toma-
ban los asuntos de religion, se lamentaba
sentidamente con las siguientes palabras:

«¿Cuándo se ha visto que un decreto de la
»Iglesia reciba su autoridad del emperador?

»Hubo hasta ahora muchos Concilios y defini-
»ciones de aquella; pero jamás los Padres

»aconsejaron tal cosa al emperador, jamás
»este se mezcló en lo que pertenecía á la Igle-

»sia. La herejía de Arrio ofrece al mundo tan
»nuevo espectáculo. . . ¿Quién, considerando á

»Constancio presidir y avocar á su palacio las
»causas eclesiásticas, no creará con funda-

»mento ver la abominacion de la desolacion
»en el lugar santo, predicha por Daniel?...»

Iguales son los sentimientos de San Hilario,
que en su escrito á los prelados ortodoxos,

les decia. «Meditemos de qué auxilio se sir-
»vieron los primeros ministros del Evange-

»lio... ¿Qué potentados ayudaron á los Após-
»toles?... ¿Formó Pablo la Iglesia de Cris-

»to con los edictos de Neron? ¿Sosteníanse

»sus discipulos con la proteccion de Domi-
»ciano?...»

El mismo santo obispo solicitó del emperador, que sus jueces se concretasen á lo que era de su resorte, sin ingerirse en las causas eclesiásticas... En una crisis muy terrible en que se hallaba la Iglesia, segun se lee en sus escritos: «Clamen, dice, los verdaderos pastores... Ofrezcamos nuestras vidas, muramos por la salvacion de nuestras ovejas, toda vez que han entrado los ladrones, y que el leon quiere devorarlo todo. Constancio, yo os digo lo que tambien hubiera dicho á Neron, á Decio y á Maximiano. Vos habeis empeñado un combate contra Dios, una persecucion contra los Santos, y vais á destruir la religion. Pretendeis ser cristiano, y sois un nuevo enemigo de Jesucristo...» Cuando el referido emperador trataba de arreglar la disciplina eclesiástica á presencia de los obispos, Leoncio de Trípoli prorumpió en las siguientes palabras: «Admírome que te mezeles en cosas tan ajenas á tu destino, y que teniendo á tu cargo el gobierno del Estado, pretendas prescribir

»leyes á los obispos sobre unas materias que
»son de su exclusiva competencia.»

Estos prelados, al expresarse así, no emitieron sus particulares opiniones, sino las doctrinas de la Iglesia, que poseían en el mas alto grado: ni eran tampoco hombres vulgares sino los mas notables de su tiempo. El primero es una figura colosal en la historia, y su nombre se halla asociado á los grandes acontecimientos que tuvieron lugar durante su prodigiosa longevidad. El segundo fué un portento de fortaleza sacerdotal, no menos que de sabiduría del Señor, y sus méritos y persecuciones le acompañaron casi en todo su pontificado, que se prolongó cerca de medio siglo. El tercero estuvo dotado de tal sabiduría é impavidez por la causa de la religion que, á pesar de los tiros de sus enemigos, tuvo bastante valor para retarles ante el emperador á una pública controversia. Por último, el cuarto no es menos notable por su valentía, buen criterio y exacta apreciacion de las circunstancias; por lo que ha merecido los aplausos de la antigüedad. Paguemos de paso un tributo de ad-

miracion á la buena memoria de los inmortales Ambrosio y Crisóstomo, que de una manera tan digna supieron conciliar el respeto á la autoridad imperial con la enérgica defensa de los derechos de la Iglesia. Así hablaban los prelados mas santos y mas sábios en los tiempos de oro para la disciplina. Á veces les convendria levantar un poco la voz á fin de que, oyéndola todos, se accediera á sus justas reclamaciones por el poder civil, siquiera fuese por evitar la censura pública y la nota de falso católico.

Con arreglo á los mismos principios, decia San Gregorio Nacianzeno á los emperadores y á los prefectos: «Tambien nosotros ejercemos imperio... la ley de Jesucristo os ha sometido á nuestra autoridad... No siendo mas que simples ovejas, no os toca apacentar á los pastores.» El Papa San Gelasio representaba así al Emperador: «Este mundo se halla gobernado por dos poderes principales, el de los pontífices y el de los reyes;» y, despues de citar estas palabras, añade Bossuet que, «son soberanos, y sin mútua dependencia para los

«asuntos de su jurisdiccion.» El emperador Justiniano claramente asegura que Dios ha confiado á los hombres el sacerdocio y el imperio; aquel para administrar las cosas divinas, y este para presidir al gobierno civil. Estos sentimientos se hallan repetidos, al través de los siglos, por los varones de mas saber y de mas virtud, cuya última circunstancia merece, sobre todo, nuestra atencion, porque forma la mas sólida garantía de la primera. Tambien están contestes varias leyes imperiales, y bien pudo afirmar con seguridad el sábio obispo de Meaux, que todos los Padres de la Iglesia se reunen, como de comun acuerdo, para enseñar que el imperio y el sacerdocio son dos potestades distintas é independientes.

—*Observaciones sobre el presente y el porvenir de la Iglesia en España.*—José Domingo Costa y Borrás.

IGLESIA Y LOS REYES (LA). —Ciertamente, la Iglesia es al Estado lo que el Evangelio al individuo; me explicaré. En el ímpetu de las pasiones todos sabemos por una triste experiencia, que el hombre se precipitaria á los ma-

yores excesos á no contenerle la voz interior del Evangelio que le clama muchas veces *tente*, obligándole á entrar en su deber. Del mismo modo los reyes en el orgullo de sus arrebatos hubieran atropellado impunemente todos los respetos de la moral y la justicia, si el imponente aspecto de la Iglesia no les hubiera contenido en su furor, haciéndoles entender en varios casos que Dios les ha puesto al frente de la sociedad para sosten de la justicia y no para dar rienda suelta á las pasiones; para escudo y no para azote de los pueblos. Mas cuando por una fatalidad inesperada los príncipes protestantes abrazaron el luteranismo, subordinada ya la Iglesia á merced del gabinete, la religion vino á ser en manos del gobierno lo que la moral entre los filósofos incrédulos, á saber, la sancion de las pasiones.—*Ensayo sobre el influjo del luteranismo.*—*Judas José Romo.*

IGLESIAS.—Se ha dicho: *el universo es el templo de Dios, y el hombre su sacerdote.* La naturaleza entera celebra la gloria del Altísimo en la armonía de sus obras, y desde el águila

que corta la nube hasta el insecto que se arrastra bajo la yerba, todo es para el hombre una fuente de alabanzas al Criador. Mas habiendo decaído el hombre y héchose insensible á los prodigios, que sin cesar renacen en el universo, y no escuchando ya la ingratitud á los astros que cuentan el poder de su Autor, fué necesario que su nombre, grabado sobre augustos frontispicios, resonase ya bajo de bóvedas aun mas augustas, porque en ninguna parte es el Señor tan misericordioso como en los lugares en que todos los corazones no forman sino un solo corazon para darle gracias por sus misericordias; porque si Dios no tiene necesidad de nosotros, nosotros la tenemos de un padre que invocamos en congregacion; porque no hay religion sin culto, ni culto sin altar, ni altar sin sacrificio; porque las casas de Dios contienen todos los bienes, y en ellas el amor se nutre con el ejemplo; porque en las casas de Dios todas las clases están confundidas y humilladas; porque elevándose sobre las casas soberbias de los ricos y de los grandes, ellas nos hacen á todos hermanos, y en

ellas no goza el rico del privilegio de ver de mas cerca que el pobre á su Señor; en fin, porque nuestros templos encierran igualmente el trono de la grandeza de Dios y el sepulcro de la vanidad del hombre.—*Lágrimas cristianas*.—*Pedro Antonio Fernandez de Córdoba*.

IMPÍO Y EL JUSTO (EL).—Yo pensaba que solo el corazon del impío era como un mar hirviendo que no sosiega: tambien veo que el corazon del justo es como una esfera celeste que nunca para. Pero ¡qué diferencia de aquellos hervores á estos movimientos! El impío corre de abismo en abismo para su perdicion y la de otros: el justo va de virtud en virtud hasta ver á Dios en Sion para su felicidad y la de sus hermanos. El impío á todos sirve de lazo con sus desórdenes y escándalos: el justo á todos sirve de edificacion y dechado con su conducta santa y ejemplar. El impío es un apoderado del infierno para pervertir las almas: el justo es un legado del cielo para ganarlas. Obras, palabras y trato del impío, todo peste y contagio mortífero: discursos, sentimientos, conversacion del justo, todo aire puro y sani-

dad verdadera: el uno parece nacido para castigo y azote del linaje humano: el otro destinado á su consolacion y á su remedio.—*Coleccion de Panegiricos originales.*—Fr. Vicente Hernandez.

IMPORTANCIA DE LA RELIGION EN EL ESTADO.—
Á nadie importa mas sostener la independencia de la autoridad eclesiástica como al gobierno civil, cualquiera que sea la forma de este. La potestad civil es impotente para mantener el estado sin el socorro de la eclesiástica, porque es incapaz de suyo para formar la moralidad de los hombres, que es el fundamento de la sociedad, la cual no puede subsistir sin costumbres, ni las costumbres sin religion, ni la religion sin ministros, ni los ministros sin autoridad. Mas esta autoridad desaparece y pierde todo su resorte si de divina se convierte en humana, y se refunde en la autoridad de los príncipes ó magistrados seculares. Ella cae en menosprecio juntamente con la religion sacada de sus quicios; y roto este freno, ¿qué fuerza pueden tener las leyes civiles para contener las pasiones? La potestad

secular, usurpando la eclesiástica, dá un barrenó á la suya propia; pues por el hecho mismo anula la que debia servirle de apoyo y destruye el principio mas eficaz de su respetabilidad: abre por consiguiente el paso á la anarquía, enemiga de la sociedad.—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—José Ignacio Moreno.

IMPORTANCIA DE LA RELIGION PARA EL HOMBRE.

—La vida es breve, la muerte cierta: de aqui á pocos años el hombre que disfruta de la salud más robusta y lozana, habrá descendido al sepulcro, y sabrá por experiencia lo que hay de verdad en lo que dice la religion sobre los destinos de la otra vida. Sino creo, mi incredulidad, mis dudas, mis invectivas, mis sátiras, mi indiferencia, mi orgullo insensato, no destruyen la realidad de los hechos: si existe otro mundo donde se reservan premios al bueno y castigos al malo, no dejará ciertamente de existir porque á mí me plazca el negarlo; y además esta caprichosa negativa no mejorará el destino, que segun las leyes eternas me haya de caber. Cuando suene la últi-

ma hora será preciso morir, y encontrarme con la nada ó con la eternidad. Este negocio es exclusivamente mio; tan mio, como si yo existiera solo en el mundo: nadie morirá por mí; nadie se pondrá en mi lugar en la otra vida, privándome del bien, ó librándome del mal. Estas consideraciones me muestran con toda evidencia la alta importancia de la religion; la necesidad que tengo de saber lo que hay de verdad en ella; y que si digo, «sea lo que fuere de la religion, no quiero pensar en ella» hablo como el mas insensato de los hombres.—*El Criterio*.—*Jaime Balmes*.

IMPORTANCIA DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

—Tiene sobre todo lo de este mundo una suma importancia el misterio de la Encarnacion, porque en él se hizo hombre y se hizo niño el Verbo Eterno, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que no tuvo principio, y es criador de los ángeles y de todas las cosas, el que de un poco de tierra formó el cuerpo del primer hombre en el paraíso y ha sacado de la nada y nos ha dado esta alma inmortal, este sér espiritual que tenemos, y lo

ha unido á nuestros cuerpos, que son tambien obra suya y muy suya. Hay, pues, una grandeza suma en el Señor, que se hace niño por salvarnos. ¿Y cuál otra cosa mas importante para todo el linaje humano y para cada uno de nosotros que esta salvacion eterna, que viene á traernos el Niño-Dios? El pecado habia cerrado las puertas de los cielos, y tenia abierto el abismo de fuego eterno para todos los hombres. Suponed, hijos mios, por un solo momento, aunque esto horroriza, suponed que nuestro Dios no se hace niño, tomando nuestra naturaleza en el seno de María. ¿Qué será de nosotros? Nuestra perdicion es segura. Seremos carbones del infierno por toda la eternidad. Pasarian millares de siglos, y no se acabaria nuestro inmenso infortunio. Pero bendita sea la misericordia de nuestro Dios, que se ha hecho niño por librarnos de las interminables llamas del infierno, dándonos en lugar de tan espantosos suplicios su propia gloria, su infinita gloria, que nos ha merecido con su pasion y con su muerte. Yo os confieso que no me es posible pensar en tan amoroso

misterio sin penetrarme de su importancia altísima, pues no solo envuelve el excelso ennoblecimiento de nuestra naturaleza, que se une con la divina, la reparacion de la ultrajada externa gloria de Dios, la satisfaccion de sus ofensas, la renovacion del universo por medio de la Iglesia que vino á establecer, sino nuestra liberacion del poder de Satanás, nuestra libertad del cautiverio de la culpa, nuestra herencia del cielo. Aquí no se trata, como en las historias, de la gloria de estos ó de aquellos reyes, de estos ó de aquellos héroes, del engrandecimiento de esta ó aquella ciudad ó reino, sino de la suma ventura, es decir, de la redencion de todos los hombres y de nuestra propia redencion y felicidad eterna. No es, pues, un asunto ageno, sino muy nuestro, absolutamente nuestro, y por lo mismo tiene para nosotros una importancia infinita.—*Diálogos sobre los niños del antiguo y nuevo Testamento.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

INCOMPRESIBILIDAD DE DIOS.—Humillado el corazon, atónita el alma, y estremeciéndose la mano de pavor y reverencia, tomo la pluma

para tratar del infinito Sér, soberana hermosura y tremenda Majestad de Dios. Argumento tan incomprensible, que faltan palabras á la lengua para los sentimientos del alma, y faltan sentimientos al alma para la sustancia de la verdad. Aquel inmenso piélago de esencia, aquel profundo abismo de bondad, aquel golfo de infinidad, aquel mar de perfecciones, aquella idea de hermosuras, aquella profundidad de bienes, está tan lejos de poder explicarse con vocablos, que ni los conceptos pueden llegar á conocerle: solo puede nuestro entendimiento admirarle, pero no comprenderle. Así como los ojos no pueden detenerse en mirar al sol, sin cegarse, por lo cual les es su claridad incomprensible. Con infinitas mas ventajas excede la luz divina á la vista de nuestra alma. En significacion de lo cual se apareció el Señor á San Juan, teniendo por rostro al sol, cuando mas ardiente y claro está, porque su incomprensible luz y hermosura vence la vista de todo entendimiento. Por esto dijo Aristóteles, que nunca habíamos de estar con mas temor y vergüenza, que

cuando hablamos de Dios, pues del que es inmenso no podemos decir cosa grande, ni del incomprendible sentirla: todo es pequeño, todo nada para su infinitad. Un topo, que carece de ojos y está sepultado en las entrañas de la tierra, ¿qué puede sentir de la claridad del sol? Ni un sordo podrá alabar el canto de las sirenas, ni un mudo enseñar los acentos. Es tan inexplicable el Sér y perfeccion divina, que al mismo Dios, que solo se comprende, parece le faltaron palabras para declararse: y aunque no le falta concepto de sí, no halló vocablos con que pudiésemos nosotros hacerle de su grandeza. Cuando quiso declarar á Moisés quién era, no acabó la sentencia, sino dejando la oracion suspensa, dijo solamente: *Yo soy el que soy*, sin acabar de decir quién era; pues no hay renombres que lo pudieran significar: porque ¿cómo puede una palabra declarar al que es mas que todas las cosas? Por cierto ni todas las palabras, ni las lenguas del mundo explicarán al que es sobre todo el mundo. Y así con mucha razon calla el Señor el decir lo que es, porque es lo bueno de todo,

y sobre todas las cosas buenas. *Yo soy el que soy*, dice, sin pasar adelante, dejando en blanco lo demás, para que añada el afecto de sus siervos cuanto bueno pensaren; porque Dios es el que es la flor de la hermosura, lo puro de la luz, lo suave de la bondad, lo sumo de la altura, lo gracioso de la liberalidad, lo acertado de la sabiduría, lo dulce de la afabilidad, lo poderoso de la fortaleza, lo claro del resplandor. Y aunque es todo lo bueno, no se dice nada de lo que es; porque es sobre eso mismo bueno, como advierte San Dionisio, sobre la beldad de toda hermosura, sobre la claridad de la luz, sobre lo amable de la bondad, sobre la cumbre de la altura, sobre lo cuerdo de la sabiduría, sobre la eficacia de todo poder, y sobre la dulcedumbre de toda suavidad. Por esto es sobre todo concepto, sobre todo sentido y conocimiento. Y así dijo bien San Cipriano: «Uno es el Gobernador del mundo, que todas las cosas cuantas hay manda con su palabra, dispone con razón, perfecciona con su virtud. El cual ni se puede ver, porque es mas claro que la vista; ni comprender, porque es

»mas puro que el tacto, ni estimarse, porque
»es mayor que el sentido. Y así solamente le
»estimamos dignamente, cuando le decimos
»inestimable.»

No cabe el concepto divino en la capacidad de naturaleza criada. Bien dijo Platon, considerando la esencia del Criador del universo, que, á su juicio, era imposible hablar dignamente de él. Esto es lo que avergonzó á Aristóteles, para que no tratase de la naturaleza divina, y forzó á otros grandes filósofos á confesar su ignorancia; porque como dice San Crisóstomo: «De la manera que
»uno que se arroja á navegar un mar innave-
»gable, cuando no puede pasarle todo, es
»fuerza que se vuelva atrás por el camino
»que fué: así tambien los filósofos y oradores
»antiguos, que pretendieron averiguar cuál
»fuese la naturaleza divina, dándose su in-
»genio por vencido, y faltándoles palabras,
»últimamente confesaron que no podian dis-
»currir cómo fuese, sino solo que Dios era
»incomprensible.» Symonides temió respon-
der al rey Hieron, cuando le preguntó quién

era Dios. Y así pidió un dia de plazo para darle la respuesta, luego añadió otros dos, luego cuatro dias, despues una semana, pidiendo siempre doblado espacio, mientras mas pensaba en la grandeza divina; y así respondió á aquel príncipe que estaba maravillado de tantas largas: Por eso, rey, voy doblando los términos; porque al paso que mas considero el Sér divino, menos hallo cómo declararle, y me parece mas oscuro. Esto significó la nube tenebrosa, que cubrió al monte Horeb, cuando bajó allí el Señor, y la multitud de cortinas que ceñian el Tabernáculo, y el velo que se extendia por delante del *Sancta Sanctorum*. Por lo mismo llamó Orfeo á Dios, Noche y dia; porque, aunque es tan claro en sí, es oscuro para nuestro concepto. Ó como explican los Platónicos, es dia para amarse, y noche para entenderse. Y así se dice que Dios es luz inaccesible, que habita en medio de oscuridades y tinieblas: porque todo cuanto puede alcanzar de su inmensa naturaleza el caudal humano, es ignorancia y oscuridad, respecto de aquel inmenso Sér, que está tan le-

jos de explicarse, que ni aun puede concebirse. El profeta Isaías, cuando mas se le descubrió de Dios, confesó que no sabia hablar, y que era como niño, así por no poder hacer concepto cabal de su grandeza, como por no saber decir lo que habia alcanzado de ella, con ser de los mas elocuentes y retóricos oradores del mundo. Tambien despues de una sombra de la naturaleza divina, que se manifestó á Moisés, confesó este sábio legislador los impedimentos que tenia para hablar, y con ser solo un borron de lo que era Dios lo que vió en la zarza: «Escondió su rostro, porque no se atrevia á mirar al Señor.» Lo mismo hizo el Profeta Elías, que á la presencia de Dios cubrió con su capa el rostro. ¿Pero qué mucho que los hombres se confundan y estremezcan á los rayos, aunque tan lejos y oscuros de la Divinidad, si vió el profeta Isaías á los mas altos serafines, que confusos y avergonzados cubrian con las alas sus rostros delante del Señor, dándose por vencidos de no poder comprender ellos en sí, ni declarar á otros lo que era inefable, incomprensible é inmenso?

No hay conceptos, ni palabras que puedan declarar lo que es sobre toda elocuencia y entendimiento y ciencia. Bien conoció esto el santo Fr. Gil, compañero de San Francisco: visitándole una vez dos frailes de Santo Domingo, dijo uno, que habia dicho de Dios grandes cosas el Evangelista San Juan. Replicó el siervo de Dios: Antes por cierto nada dijo de Dios. Reprendióle el huésped: Padre, mire lo que dice, porque San Agustin afirma, que si San Juan hablára mas alto, ninguno de los mortales le alcanzára: y así no diga, que no escribió cosa de Dios, pues escribió cosas tan altas; mas el santo Fr. Gil perseverando y afirmándose en su primera proposicion, les respondió: otra vez digo, y lo torno á decir, que San Juan ninguna cosa dice de Dios. Escandalizados con esto los dos frailes, se fueron; mas tornándolos á llamar Fr. Gil, les mostró un monte altísimo, y les dijo: si hubiese un monton de mijo tan grande como este monte, y al pié de él estuviese un pajarito, que se sustentase de allí; ¿al cabo de cuánto tiempo se echaria de ver algun menoscabo

de tan grande cantidad? Respondiéronle los Padres Dominicos; que ni en mil años vieran nada. Replicóles entonces el santo varon: Pues sabed, Padres, que es tan inmenso Dios, y tan infinito el monte de su grandeza, que San Juan, como un pequeño pajarito, nada dice respecto de su inmensidad. Con esto muy edificados los dos Padres predicadores, se echaron á sus piés, y le pidieron perdon, confesando que habia tenido razon en lo que dijo: porque no se puede decir, que declaró algo de la grandeza de un grande gigante, quien dijese que era mayor que una hormiga; ni exageraria la grandeza del mundo quien afirmase que era mayor que un granito de mostaza. Pues todo cuanto se puede decir de la grandeza de Dios, menos es respecto de ella, que un grano de arena respecto de todo el cielo.

¡Ó gran Dios! Confieso tu Sér infinito, y sobre todo el caudal criado, cuya majestad, aun no conocida, pasma al alma; confieso que no os puedo comprender, pero deseo alabaros. No es atrevimiento tratar de vuestra grande-

za, sino gozo de vuestras infinitas perfecciones; que aunque no caben en nuestro entendimiento, llevan tras sí nuestra voluntad. Tal sois, Señor, que aun no bien entendido, mereceis sobre todo ser amado. Una sombra de vuestra hermosura basta para empleo de nuestros corazones. No es menester comprenderos, para que os amemos: os sobran perfecciones, para que os adoremos y sirvamos. Sobrais, Señor, con solo ser menos ignorado, para llenar todo nuestro afecto y deseo, y lo que me falta de conocimiento quisiera yo suplir con el amor. Estremézcome de vuestra grandeza que admiro, y deseo deshacerme por vuestra bondad que amo; que aunque sea oculto cual seais, es muy claro que sois infinito, pues en vuestra misma incomprendibilidad manifestais vuestra inmensidad. Encubris en vos vuestra grandeza, pero mostráisla en todas las cosas; porque es tan grande, que no la pueden encubrir vuestras obras; todas están llenas de vuestro infinito Sér; que es perfectísimo, omnipotente y hermosísimo, al cual no pretendo yo com-

• prender, sino adorar y amar.—*De la hermosura de Dios.*—*P. Juan Eusebio Nieremberg.*

INDIFERENTE Y EL GÉNERO HUMANO (EL).—La humanidad entera se ha ocupado y se está ocupando de la religion; los legisladores la han mirado como el objeto de la mas alta importancia; los sábios la han tomado por materia de sus mas profundas meditaciones; los monumentos, los códigos, los escritos de las épocas que nos han precedido, nos muestran de bulto este hecho, que la experiencia cuida de confirmar; se ha discurrido y disputado inmensamente sobre la religion; las bibliotecas están atestadas de obras relativas á ella; y hasta en nuestros dias la prensa va dando otras á luz en número muy crecido: cuando pues, viene el indiferente y dice: «Todo esto no merece la pena de ser examinado; yo juzgo sin oír, estos sábios son todos unos mentecatos, estos legisladores unos nécios, la humanidad entera es una miserable ilusa, todos pierden lastimosamente el tiempo en cuestiones que nada importan;» ¿no es digno de que

esa humanidad, y esos sábios, y esos legisladores, se levanten contra él, arrojen sobre su frente el borron que él les ha echado, y le digan á su vez: «¿quién eres tú que así nos insultas, que así desprecias los sentimientos mas íntimos del corazon, y todas las tradiciones de la humanidad? ¿que así declaras frivolo lo que en toda la redondez de la tierra se reputa grave é importante? ¿quién eres tú? ¿Has descubierto por ventura el secreto de no morir? Miserable monton de polvo, ¿olvidas que bien pronto te dispersará el viento? Débil criatura, ¿cuentas acaso con medios para cambiar tu destino en esa region que desconoces? la dicha ó la desdicha ¿son para tí indiferentes? Si existe ese juez, de quien no quieres ocuparte ¿esperas que se dará por satisfecho, si al llamarte á juicio, le respondes: «¿y á mí qué me importaban vuestros mandatos, ni vuestra misma existencia?» Antes de desatar tu lengua con tan insensatos discursos, date una mirada á tí mismo, piensa en esa débil organizacion que el mas leve accidente es capaz de trastornar, y que brevísimo tiem-

po ha de bastar á consumir; y entonces siéntate sobre una tumba, recógete y medita.—
El Criterio.—*Jaime Balmes.*

INDULGENCIAS. — En los primeros siglos del cristianismo, la Iglesia, á fin de que sus hijos tuviesen menos que satisfacer á la justicia de Dios en la otra vida, les imponia en esta largas y difíciles penitencias; las cuales les inspiraban mas horror al pecado, y les hacian expiarlo mas perfectamente. Sin embargo, atenta siempre á la infinita misericordia de su divino Fundador, sabia modificar su severidad comun, y hacerse indulgente, cuando la utilidad ó la debilidad de los fieles lo exigia. Así es, que á los ruegos de los que caminaban al martirio, ó de los confesores de la fé, concedia á los penitentes una disminucion ó la remision total de las penas que les tenía impuestas.

Hoy la vemos condescender con nuestra poquedad, y remitirnos por las indulgencias que nos concede, en todo ó en parte, la penitencia que tiene derecho á imponernos por nuestros pecados, y no exigirnos mas que unas obras

de fácil cumplimiento. Y no es el efecto de las indulgencias precisamente librar de las penas que la Iglesia exige, sino desempeñarnos delante de Dios de lo que en la otra vida debemos á su justicia. Esto lo prueba de una manera convincente la práctica general y constante, y la doctrina de la misma Iglesia, de modo que, ganando las indulgencias calmamos la justicia divina, y nos disminuimos la pena que ella nos reservaba para el "purgatorio."

Sabemos por la fé, que la Iglesia tiene derecho de conceder indulgencias, y que estas son útiles á quienes se conceden. Sabemos igualmente, que la fuente donde la Iglesia toma esos tesoros de gracia y de misericordia, consiste en los méritos de Jesucristo y de los Santos, á los cuales ha asociado á su pasión antes de asociarlos á su gloria. En efecto, como lo advierte el Papa Clemente XI en su Bula *Unigenitus*, nuestro Señor, que, á causa de su union con el Verbo, hubiera podido redimir al mundo con una sola gota de su sangre, quiso derramarla á torrentes. ¿Y quién

se atreverá á pensar que esta sobreabundancia de riqueza haya sido inútil á la Iglesia? Bien lejos de esto, de ella resulta un tesoro precioso, que nos ha dejado Jesucristo por medio de Pedro y de sus Sucesores. ¡Cuánto dió á Dios la Santísima Virgen María! ¡Cuánto le han dado muchos Santos mas que debian á su justicia, por sus penitencias y sus mortificaciones! Todos estos méritos, pues, sobreabundantes, han sido agregados á los del Salvador, de los cuales eran un reflejo, para aumentar el tesoro de la Iglesia, inagotable ya, por pródiga que sea de sus riquezas, en virtud de que el fondo y la parte mas importante la forma la sangre de Jesucristo, cuyo valor es infinito.

No es extraño, que divida entre sus hijos los méritos que se han adquirido su Cabeza divina y los Santos; porque, habiendo un lazo que une estrechamente todos los miembros de la Iglesia, la satisfaccion de unos puede ceder en utilidad de los otros. Esta potestad redundada toda entera en gloria de Jesucristo de quien se deriva, supuesto que el valor infinito

de las acciones, por las que satisfizo por nosotros á la justicia de su Padre, hace que, uniéndonos á él, podamos satisfacer en algun modo unos por otros; en lo cual no hacemos mas que aplicar á los demás la satisfaccion del mismo Jesucristo.

Por este principio la Iglesia puede extender á los difuntos el beneficio de las indulgencias. Porque, si es cierto que no tiene ya sobre ellos jurisdiccion, ellos sin embargo le están unidos siempre. Y aplicándoles las indulgencias de que puede disponer, no ejerce sobre los mismos un acto de autoridad, como lo hace con los vivos, sino que paga á Dios por ellos lo que le deben; es decir, que se las aplica por modo de sufragio. En efecto, la Iglesia absuelve á sus hijos vivos, y rescata á los difuntos: desata á los primeros, y ruega por los segundos: ayuda á unos por el poder de su autoridad, y á los otros por la eficacia de sus sufragios. El modo con que procede en esto, no es el mismo en orden á los unos que á los otros; pero á todos llega el resultado de su intervencion.

La indulgencia es parcial, ó plenaria, segun que remite una parte ó la totalidad de la pena temporal debida á Dios por el pecado. Y cuando la Iglesia nos concede una indulgencia de siete años, por ejemplo, esto quiere decir que obtenemos una disminucion de purgatorio igual á la que hubiésemos obtenido en otro tiempo por siete años de penitencia canónica. Dios solo conoce la proporeion que existe entre tales penitencias y las penas del purgatorio; nosotros la ignoramos, así como tambien el grado hasta el cual nos son aplicadas, ó aceptadas por las almas de los difuntos. Debemos pensar, sin embargo, que Dios hará una aplicacion mas ó menos copiosa á las almas del purgatorio, segun que ellas merecieron en vida que se les llegase á aplicar por medio de sus buenas acciones. Y con respecto á los vivos debemos saber, que las indulgencias no son para hacernos remisos ó desidiosos en practicar las obras de penitencia, sino para ayudar á los fieles, que procuran hacer frutos dignos de satisfaccion por sus pecados. Así lo previene el señor Benedicto XIV en su notificacion 52.

Para ganar las indulgencias se necesita 1.^o cumplir exactamente y con espíritu de penitencia, las obras que se prescriben: 2.^o estar en gracia de Dios, á lo menos cuando se pone el último acto ó la última oracion que se exige: 3.^o si la indulgencia es plenaria, es menester tener la conciencia limpia de todo pecado venial. Porque la pena del pecado no puede perdonarse sino despues que la culpa haya sido perdonada; y mientras conservemos en el corazon afecto secreto á cualquier pecado aun venial, no debemos esperar que Dios nos lo perdone, y mucho menos que remita la pena que él merece. Cuando la Iglesia prescribe la confesion y la comunión para ganar alguna indulgencia, es necesario confesarse, aunque no se sienta uno con conciencia de pecado mortal. Sin embargo, en gracia de las personas, que frecuentan la confesion cada ocho dias, se concedió que puedan ganar todas las indulgencias con la confesion semanal, no estando (por supuesto) en pecado mortal. Y la sagrada Congregacion por su decreto aprobado por el señor Pio VII en 1822, per-

mitió, que tambien á los demás fieles baste la confesion hecha ocho dias antes de la festividad; aunque parece que esto debe entenderse en los lugares, donde es escaso el número de confesores, y grande el de los penitentes. Cuando no se prescriben oraciones determinadas para ganar las indulgencias, bastará rezar algunas á intencion del que las concede, por ejemplo, cinco ó siete Padre nuestros y Ave Marías; pero deben ser vocalmente rezadas, y puede hacerse con otra persona que acompañe.

Como las indulgencias son bienes comunes de la Iglesia, solo el Papa puede concederlas para todo el Orbe católico, y los Obispos para sus respectivas diócesis. El Papa puede conceder indulgencias plenarias: los Obispos solamente de cuarenta dias en causas comunes, y un año en la dedicacion de la Iglesia: los Patriarcas, Primados y Arzobispos de ochenta dias; y los Cardenales de cien dias. Ningun otro puede concederlas, á no ser que obtenga privilegio para ello. Y los mismos Obispos y Arzobispos, si han de conceder alguna indul-

gencia á los que no son súbditos suyos, es decir, á los que no son de sus diócesis los primeros, y de su provincia los segundos, necesitan privilegio especial; porque la facultad de conceder indulgencias es de jurisdiccion. Ellos podrán usarla, sin embargo, fuera de sus diócesis y provincia; porque esta jurisdiccion no es contenciosa; pero solo aprovecharán á los súbditos, y no á otros.

De esto se infiere, que, cuando muchos Prelados por una misma oracion conceden indulgencias, los diocesanos de cada uno ganarán las que concedió su Prelado respectivo y no mas, á no ser que obren en virtud de privilegio ó delegacion particular de la Santa Sede. Y aunque así sea, tenemos por una vulgaridad mal fundada creer, como sucede comunmente, que con una Ave María delante de una Imágen de la Santísima Virgen, con un Credo delante de otra de Jesucristo, etc., se hayan de ganar todas cuantas indulgencias han concedido ocho, diez ó veinte Prelados. No; el espíritu de la Iglesia no es, que con una sola súplica se consiga cuanto todos y

cada uno concedan, sino que á una oracion corresponda la indulgencia de uno, á otra segunda la de otro, y así sucesivamente. Esto aun en el caso de poder por privilegio extenderse á los fieles no súbditos de aquellos que las conceden. Esto es tan cierto, que, como la indulgencia concedida por un Obispo, por ejemplo, dura aun despues de su muerte, su sucesor no puede á la misma obra concederla de nuevo, como si pudiera así ganarse duplicada. La obra que para cada indulgencia debe practicarse, debe ser por su condicion *onerosa*.—*Nociones teológicas*.—*Manuel Gumiel*.

INFANCIA DE LA IGLESIA.—¡Qué maravilloso y consolante espectáculo nos ofrece la Iglesia en su nacimiento! Al principio parece un punto imperceptible; pero á poco se extiende: se ven salir de ella como de un centro fecundo rayos que se prolongan al Oriente y al Occidente, al Septentrion y al Mediodia: y bien presto este punto, antes imperceptible, abraza la tierra en su vasta circunferencia. ¡Oh revolucion hasta entonces inaudita! ¿Quién no adorará y reconocerá en tí con recreacion inefable

la intervencion de Aquel que para hacer todas las cosas no necesita sino quererlo? Unos hombres ricos por su propia indigencia, y poderosos por su propia debilidad conciben la mas admirable empresa, que la historia puede recordar: predicán la humildad al orgullo, el desinterés al amor de los bienes de la tierra, la inocencia al deleite en el nombre de otro hombre crucificado en Jerusalem: á esta doctrina singular todas las pasiones se estremecen y braman. ¡Resistencia inútil! Para mejor señalar su brazo, Dios quiere que la Señora de las naciones paganas se someta á los Sucesores del primer Apóstol, que ella habia sacrificado á sus dioses; la Iglesia crece bajo el fierro de sus perseguidores, como hija del cielo y reina del mundo; por un incomprensible designio no hay un solo instante de su duracion en que no se le conozca un motor invisible, que ejerce su valor para hacer mas ilustre su gloria.—*Recreaciones en la contemplacion del cristianismo.*—*Pedro Antonio Fernandez de Córdoba.*

INFELICIDAD ETERNA DE LOS CONDENADOS.—

¿Qué lengua podrá explicar la muchedumbre de penas que allí padecerán? Allí arderán sus cuerpos en vivas llamas, que nunca se apagarán (Isai. LXVI, et Marc. IX. Eccles. VII. Matth. VIII, et XIII, et cap. XXII, et cap. XXIV, et XXV, et Luc. XIII). Allí estarán sus ánimas carcomiéndose y despedazándose con aquel gusano remordedor de la conciencia, que nunca cesará de morder. Allí será aquel perpétuo llanto y crugir de dientes, con que tantas veces nos amenazan las Eserituras divinas. Allí los malaventurados con una cruel desesperacion y rabia volverán las iras contra Dios y contra sí, comiendo sus carnes á bocados, rompiendo sus entrañas con suspiros, quebrantando sus dientes á tenazadas, y despedazando rabiosamente sus carnes con sus uñas y blasfemando siempre del Juez que así los mandó penar. Allí cada uno de ellos maldecirá su desastrada suerte y su desdichado nacimiento, repitiendo siempre aquellas tristes lamentaciones y palabras de Job (III), aunque con muy diferente corazon: «Pe-
rezea el dia en que nací, y la noche en

»que fué dicho: concebido es este hombre.
»Aquel día se vuelva en tinieblas, no tenga
»Dios cuenta con él, ni sea alumbrado con
»lumbre. Escurézcanlo las tinieblas y som-
»bra de muerte: sea lleno de escuridad y
»amargura. En aquella noche corra un torbe-
»llino tenebroso: no sea contado en el número
»de los días, ni de los meses del año. ¿Por-
»qué no me tomó la muerte en el vientre de
»mi madre? ¿Porqué luego como acabé de na-
»cer no perecí? ¿Porqué me recibieron en el
»regazo? ¿Porqué me dieron leche á los pe-
»chos?» Esta será la música, estas las cancio-
nes, estos los maitines continuos que aquellos
malaventurados eternamente cantarán. ¡Ó
desdichadas lenguas que ninguna otra palabra
hablareis, sino blasfemias! ¡ó miserables oídos,
que ninguna otra cosa oíreis sino gemidos! ¡ó
desventurados ojos, que ninguna otra cosa
vereis sino miserias! ¡ó tristes cuerpos, que
ningun otro refrigerio tendreis sino llamas!
¿Cuáles estarán entonces los que toda su vida
gastaron en deleites y pasatiempos? ¡Ó cuán
breve delectacion hizo tan larga soga de mi-

serias! ¡ó locos y desventurados! ¿Qué os aprovechan ahora todos aquellos pasatiempos de que tan poco espacio gozásteis, pues ahora eternalmente llorareis? (Sapient. V.) ¿Qué se hicieron vuestras riquezas? ¿Dónde están vuestros tesoros? ¿Dónde vuestros deleites y alegrías? Pasáronse (Gen. XLI.) los siete años de fertilidad, y sucedieron otros siete de tanta esterilidad que se tragarón toda la abundancia de los pasados, sin que quedase de ella rastro ni memoria. Pereció ya vuestra gloria, y hundióse vuestra felicidad en ese piélago de dolor. (Luc. XVI.) Á tanta esterilidad sois venidos, que ni una sola gota de agua se os concede para templar esa tan rabiosa sed que os atormenta. Y no solo no os aprovechará esa prosperidad, mas antes esa es una de las cosas que mas cruelmente os atormentará. Porque ahí se cumplirá aquello que se escribe en el libro de Job (XXIV): conviene á saber, que la muchedumbre de los malos vendria á parar en gusanos, cuando, como declara San Gregorio (Lib. XV Moral. cap. XXVI. et lib. XVI, cap. XXXI) la memoria de los deleites

pasados les haga sentir mas la amargura de los dolores presentes, acordándose de la manera que un tiempo se vieron, y de la que ahora se ven: y como por lo que tan presto se acabó, padecen lo que nunca se acabará. Entonces claramente conocerán la burla del enemigo; y caidos ya en la cuenta, aunque tarde, comenzarán á decir aquellas palabras del libro de la sabiduría (V.) «¡Desventurados de
»nosotros! ¿Cómo se vé ahora que erramos el
»camino de la verdad, y que la lumbre de la
»justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros? Aperreados
»anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fueron ásperos y
»difíciles, y el camino del Señor tan llano,
»nunca supimos atinarlo.» Estas serán las querellas, este el arrepentimiento, esta la penitencia perpétua, que allí los malaventurados harán, la cual nada les aprovechará; porque ya pasó el tiempo de aprovechar.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

INFIERNO.—Sepulcro y castigo de obstinados.—*El Incógnito.*

INFIERNO.—Hay un lugar pavoroso, conjunto de todos los horrores y de todos los espantos y de todos los tormentos, en donde hay sed insaciable sin ninguna fuente, hambre perpétua sin género de hartura; en donde los ojos no ven nunca ningun rayo de luz, ni los oídos oyen ningun sonido apacible; en donde todo es agitacion sin reposo, llanto sin intermision, pesar sin consuelo. Todas son allí puertas de entrada, ninguna de salida. En su dintel muere la esperanza y se inmortaliza la memoria. Los términos de este lugar Dios solo los conoce; la duracion de sus tormentos es de una sola hora, que nunca se acaba. Pues bien: ese lugar maldito, con sus tormentos sin nombre, no alteró el semblante de Dios, porque él mismo le puso en donde está, con su mano omnipotente. Dios hizo el infierno para los réprobos, como la tierra para los hombres y el cielo para los Ángeles y para los Santos. El infierno denuncia su justicia, como la tierra su bondad, y el cielo su misericordia...—*Juan Donoso Cortés.*

INFIERNO.

De espanto y dolor me muero ,
Me agitan ansias mortales
Cuando atento considero
En las penas infernales.

¿Mas á quién no harán temblar
Tales tormentos y hieles
Que sobre ser tan crueles
¡Ay! jamás se han de acabar?

Si el sentimiento y dolor
De perder alguna cosa
Tanto suele ser mayor
Cuanto es ella mas preciosa;

¡Ay! ¿qué harán los desdichados
Que abandonaron el cielo
Por los bienes de este suelo
Brevísimos y apocados?

Si una culebra os asombra ,
Y si un espantajo os pasma,
Y aun á veces una sombra
Porque os pareció fantasma;

¡Ay! ¿qué horrores sepulcrales
Causará y qué turbacion

La horrible y fiera vision
De las furias infernales?

Y si no hay esfuerzo humano
Que un hora hubiese sufrido
En la palma de la mano
Un carbon medio encendido;

¿Quién podrá, decidme os ruego,
No solo un hora en la palma
Sino siempre en cuerpo y alma
Sufrir el infernal fuego?

Si el no dormir en tres dias
Por dolencia ó cualquier suerte
Causa tales agonías
Que pone á punto de muerte;

¿Qué hará aquella gran vigilia
Y aquel penar sempiterno
En que estará en el infierno
La condenada familia?

Y si una noche de invierno
Larga al enfermo parece;
¿Cuál será la del infierno,
Adonde nunca amanece?

¡En especial padeciendo
No sobre blandos colchones,

Mas sobre duros carbones
De pez y alquitran ardiendo!

Si la voz triste y gemido
Os aflige y entristece
De algun enfermo ú herido,
Que agonizando padece;

¿Qué hará el espantoso estruendo
De ahullidos de tanta gente
Cual se estará eternamente
En aquel abismo oyendo?

Si, pues, lo dicho es verdad,
Y es sentencia tan sabida
Que hora de seguridad
No se tiene en esta vida:

Ni hay cosa mas frecuentada
Que arrebatarse de repente
La muerte infinita gente
Cuando está mas descuidada,

Disparando su trabuco
Al robusto como al flaco,
Al niño como al caduco,
Al sábio como al bellaco;

¿Quién será tan desalmado
Que á morir no se apareje?

¿Quién tan loco que se deje
Irse al lecho con pecado?

Damian Vegas.

INJUSTICIAS DE LA LENGUA.—El Espíritu Santo ha dicho, «que en el mucho hablar no faltará pecado,» y adviértase que los que se cometen con la lengua, no solo nos dañan á nosotros mismos, sino que á nadie aprovechan y llevan en sí todos los caractéres de injusticia y de locura. De injusticia, porque nos erigimos en jueces de nuestros prójimos sin competencia, y los condenamos sin audiencia ni conocimiento de causa; cuando si un juez procediera así contra nosotros, aun en cosas que importan menos que nuestra honra, levantaríamos el grito contra su iniquidad. No tenemos competencia para juzgar á nuestros prójimos, porque esta es funcion reservada á nuestro Señor Jesucristo. Juzgamos sin conocimiento de causa, pues no pudiendo conocer los interiores de otros, carecemos de los datos indispensables para apreciar en todo lo que valen sus acciones; fuera de que, las mas ve-

ces, quizás ni aun estamos al cabo de todas las circunstancias exteriores que le hacen obrar. Finalmente en vez de oír sus excusas ó su defensa, como pide el derecho natural que se oiga á cualquiera antes de condenarle; cabalmente procuramos que esté lejos, que no pueda defenderse, para cebarnos en su reputacion; llevando tal vez la hipocresía hasta el punto de adularle en su presencia y de censurarle amargamente en su ausencia.—
El Rosario meditado.—José Antonio Ortiz Uruela.

INMORTALIDAD.—El mas señalado beneficio de nuestra ley, que causa nuestra recreacion, está en la certidumbre de las recompensas que ella nos promete en una mejor vida. Nuestra suerte futura, ¿no está escrita de antemano en el libro de las presciencias divinas? ¿No está tambien escrita en la piedra de los sepulcros? ¿No están sellados con la palabra inexorable del siempre? ¿Tendremos miedo de ser inmortales nosotros, cuya ambicion no tiene límites? ¡Oh funesta pusilanimidad! Como si la misericordia divina no fuese un caudaloso rio, en que nues-

tros crímenes pierden su negrura con el arrepentimiento. — *Recreaciones en la contemplación del Cristianismo.* — *Pedro Antonio Fernandez de Córdoba.*

INMORTALIDAD DEL ALMA. — Un filósofo es el que pregunta: «la hora fatal suena, la arcilla humana se descompone, la tumba se abre para recibir un polvo vano: ¿qué se hace entonces esa inteligencia, de que el hombre se vanagloriaba?... ¿El génio de Newton sobrevivirá á su ceniza?» Y yo digo: entre Leibnitz y la nada, ¿no hay mas del punto fugitivo de existencia que llamamos vida? ¿Cifñese el hombre á este cuerpo que se pudrirá, que blanqueará como ceniza, que será la hacienda del asco y de los gusanos, los cuales dirán: nosotros somos sus señores? ¿Ó como las estrellas en Job: hénos aquí? ¿Irémos allá donde lo no nacido yace? Entre los huesos frios y los órganos descompuestos del justo y del impío, ¿desaparecerán para siempre las virtudes y los delitos, sin hallar á la orilla de la actual existencia un Sér, que remunerere ó castigue? ¡Ay de nosotros! Persio dice: *Vive memor lethi,*

fugit hora, hoc quod loquor inde est. «Ojo al morir, la hora huye, á Dios lo que hablo.» Hé aquí el momento de no dejarle pasar sin instruirnos sábiamente de si hay para nosotros otra patria, donde vivir. Y el problema sea: ¿hay *perpétuas eternidades*? (Daniel XII, 3.)

¿Haylas? ¡Oh! El alma del hombre es inmortal. Así lo anuncia la revelacion; y piense como quiera la filosofía, la madre del orgullo y de la bajeza, este dogma es augusto, es majestuoso, es á maravilla bienhechor, es digno del reconocimiento y la alabanza del linage humano. ¿Qué pensaremos del sofista, que no conoce que está revelada en él su dignidad, su grandeza y su maravilla? ¡Ay! Péguese si le place á la tierra, humille su espíritu, cuente entre los cadáveres su pensamiento, y diga á la podredumbre: «tú eres mi madre; y á los gusanos: mis hermanos vosotros» (Job. XVII, 14.) Yo solo le diré que la gloria del hombre dentro está, como la de la hija del Rey. (Ps. XLIV, 14.)

¡Ó hombres, hombres cuantos preciais la dignidad! Alzáos poseidos de dolor, alzáoos y de-

cid conmigo: ¡qué pensamiento tan aciago! Porque haced al alma materia, ligadla á la suerte del perecimiento comun á otros séres, escribid como Saint-Lembert que el hombre es «una masa organizada, la cual recibe el »espíritu de todo cuanto le rodea y de sus »menesteres;» y pensad que aniquilais la paz, la alegría y la virtud; que habeis roto el muelle de los delitos; que habeis hecho una herida insanable á la sociedad; en fin, que habeis arrebatado al hombre hasta la esperanza de bien y de suave consolacion. No hay que pensar que estas nociones tienen su raiz en el entusiasmo religioso: la razon las enseña, y hasta jefes de nuevas ideas las indican. Freret, que trazó elevar á sistema el cinismo de las opiniones, ha escrito así: «Esta opinion es sin duda el mas firme »fundamento de las sociedades: ella es la »que lleva los hombres á la virtud, y los »retrae del crimen.» Y vé aquí otra buena idea de Voltaire. «El bien de los hombres requiere »que se crea el alma inmortal.» Delisle de Sales dijo: «Este dogma es muy necesario á la

» paz del género humano para que sea un error. Si el alma fuese mortal, el infierno estaría para nosotros en la tierra, y fuera de ella ¡la nada.» Rousseau, ¡ay! Rousseau ha dicho también: «Cuando yo no tuviera otra prueba de la inmortalidad del alma que el triunfo del malo y la opresión del justo en este mundo, esto solo me impediría dudar.» Mas ¡la opresión del justo! ¡sus desgracias! Y ¿por qué el orgullo, ó quizá el crimen, se queja de los padecimientos de la virtud? ¿No es bien extraño que se haga su tutor? Oigamos ahora al Belisario de Marmontel, uno de los mil y mas que se avergüenzan de la locura de la cruz, de la carne corrompida y de la naturaleza degenerada: «Corvado de vejez, dice, privado de la vista, sin amigos, solo conmigo mismo, y no teniendo en mi presencia otra cosa que la caducidad, el dolor y la tumba, quien me quitase la idea del cielo me reduciría quizás á la desesperacion.» ¡La idea del cielo! ¡Ah sí, sí! Porque si el alma es caduca, si perecedera, la noción de Dios es fantástica, es aérea, es arbitraria: uno y otro dogma es-

tán tan íntima y estrechamente asociados, que no es posible cubrir al uno con el velo del excepticismo sin envolver al otro en las mas densas y oscuras tinieblas. En suma: uno y otro son los polos, sobre que giran no solo la religion sino tambien la virtud, la felicidad, el órden y la salud de los cuerpos políticos y de todos los hombres. Ya lo dije: estos son los polos del mundo social: Jehová es el señor de ellos, y sobre ellos ha puesto al mundo.» (1. Reg. II, 8.)

Pero ¿á qué multiplicar las glosas de esta sublime y soberana idea? Todas las edades han suscrito al pensamiento de Platon: «Si la muerte, escribe, fuera la ruina total de los vivientes, seria para los inícuos una grangería muy grande.» De hecho: la idea de inmortalidad es de sí misma fuente de pura y dulce consolacion, tesoro de paz, bálsamo de salud, encanto de la vida; porque alarga los límites de nuestra existencia mas allá del tiempo. El hombre inocente, si le hay, oprimido bajo el velo de las fórmulas, presa de la impostura, pasto de la iniquidad, despojado de

bienes y de honor, ¿qué espera ya sino el momento feliz de precipitarse en el seno del Sér Soberano, cuya imagen es? ¿No sufre acá abajo para que su corazón se purifique y santifique mas? El feroz conquistador, el perverso político, el opresor bárbaro, los Neronés, los Gengis-Kan, los Scáh-Nadir, los parricidas, los malhechores poderosos, todavía no bien castigados con el acibar de sus remordimientos, ¡ay! á los lindes de la vida hallarán un Dios justo, Dios juzgador, Dios de castigo y de venganza. «Él dice al rey, apóstata; y á los capitanes llama impíos.» (Job. XXXIV, 18.) «Y sus ojos sobre los caminos de los hombres, y está á la mira de todos sus pasos.» (Job. XXXIV, 21.) ¡Poderosos de la tierra! Al inocente, al virtuoso, al desvalido no oprimáis, que vuestra iniquidad no morirá con vosotros: cada lágrima que derrame la oprimida inocencia, cada lamento lanzado por el justo que padezca, cada grito de la virtud perseguida, serán otros tantos fiscales de vuestra injusticia en el tribunal del Sér Supremo. ¡Pueblos, que la voz de revolucion haya conmovido! En-

sordecéos al clamor de levantamiento: «acatad á los reyes cuando velan, y hasta en su sueño respetadlos.» Vé aquí la ordenanza del que al fin os ha de juzgar. ¡Y vosotros vicarios de Dios, reyes soberanos y augustos, que yo tanto acato y venero! Permitid un consejo á mi amor hácia la majestad: usad bien de la autoridad y de la fuerza pública, que toda es vuestra; resistid el paso á las demasías del poder: él no es inmortal como vosotros, y vuestro único juez os aguarda en la cuna de la inmovible eternidad.

¡Y vosotros, justos á lo humano, á quien quizá espanta mas la deshonor que el delito! no os quejeis de los contratiempos y amarguras: ¿quién os dijo que por cierto sois de todo en todo inocentes? No: no os juzgueis: Dios es el juez, y juzgaros ha. ¿Aquí os castiga? Agradecedlo. ¿Aquí os gana y conquista para sí á merced de trabajos? Alabad su nombre dia y noche, humillaos y bendecidle; porque no hay justo sobre la tierra (Eccles. VII, 21.) Mas ¡ay de los que vivimos en el mundo! ¡Qué de veces sufre el menos injusto! ¡Cuántas el

menos inocente prospera! ¿qué pensar, pues, de este al voto de muchos desórden? Ahora lo diré: lo que así parece es un órden moral. La voluntad del hombre para que lo sea lo requiere así; y de otra manera no habria ni vicio, ni virtud, ni mérito, ni desmerecimiento. ¿Por qué no asentamos la mano encima de las áscuas? Porque por una ley física nos abrasamos. Así, pues, no habria malos si la pena de faz horrible, de aguijon de sierpe, acompañára al crimen en el acto de su comision por una ley moral. Porque ¿quién robaria si al robar le ardiera la mano? ¿Ó quedase allí estatua, á la traza de la mujer de Loth? Por lo demás, á los ojos del Dios de justicia, ¿qué son cincuenta, ni cien años, si tanto tardare el castigo? Un momento ante la eternidad. Y en medio de eso, aquí hay un órden visible, universal y sábio, que no oscurecen excepciones. En efecto: ¿padece un inocente? ¿Y cuántos no son protegidos? Por el contrario, ¿no es castigado un perverso? Empero lo son innumerables. Porque los legisladores, ¿contra quién instituyen penas? ¿quién puebla las cárceles?

¿Para quién se alzan los cadalsos? El ojo de la justicia, ¿á quién acecha? Y hasta el mal físico, ¿no es á veces la consecuencia del mal moral? ¿No van tras de los placeres de mesa y lecho los males de gota, piedra y otros penosos? ¿Qué vicio no cuenta enfermedades por compañeras conocidas? Y fuera de esto, si aquí quedan muchos sin pena y muchas virtudes sin premio, ¿qué prueba esto sino la vida venidera, como lo indica Leibnitz? ¡Oh! Si hubiera en el mundo una ciudad evangélica, allá iríamos todos, todos: ¿y qué no dejáramos por ir á la patria de solas las virtudes? Mas abreviemos: no todo el hombre muere, Dios le espera en trono de justicia, y el problema está ya resuelto. Porque tú, Robespierre, no irás á donde Luis XVI; tú, que aquí abajo no gozaste de la paz del corazon; tú, que no supiste de las delicias de la virtud. Porque aquí abajo tambien el bueno goza de galardón, y el malo de castigo; y cuando este no corrige ni mejora, ¡oh Providencia! todavía guardas penas inmortales, males verdaderos y desdichas sin fin para los inicuos, que mueren en

el crimen. ¡Ah miserables ! Aquí sin bien de vida que harte ni endulce, y allá con mal de muerte que para siempre atormentará, conocéos ya, y conoced la mano de Dios. ¿Qué dichas, qué sabores, qué gozos anhelaís sobre la tierra, que es hoy y no será mañana, sino son esos los que os convienen? Engañaos vuestro error, grande, muy grande á la verdad: honores, riquezas, poderío no son bienes, no lo son, no; y van amasados con inquietudes, sinsabores y lágrimas.

Publiquemos, pues, que el bien de la familia humana está asido á este dogma consolador. Á pensar filosóficamente, dijéramos con Lucano que si fuera error, seria error feliz; porque consuela, tranquiliza, y endulza la amarga adversidad. Preguntémoselo al hombre inocente en opresion, y él exclamará: Inícuos opresores, que os complacéis en envenenar mi existencia, ¡ay de vuestra injusticia! Mis ojos lagrimosos, mis colores pálidos, mi voz lánguida, mi lecho de dolor, todo es perecedero, todo pasa como el sueño de quien se despierta. Yo soy inmortal.

.....*Ultricesque sedent in limite diræ*
(Vir. Æn. IV.)

«Y en el umbral hay furias vengadoras.»

À las orillas del sepulcro hay un Dios Óptimo, Máximo, que vindicará mi lloro, mis ayes, y mis lástimas, que almibarará la amargura de mis pesadumbres. Y aun antes, ¡ay! ¡ay de los impíos! Vivirán en la maldiccion (Eccli. XLI, 12.)

En conclusion: este dogma arrebatá á la esperanza del vicio el asilo horrible de la nada, es el punto de apoyo de la sociedad, opone una línea de circunvalacion á la efervescencia de las pasiones viciosas, estrecha el círculo del desconsuelo, coloca al justo en el estío de la opresion á la sombra olorosa de la perpetuidad y es la caucion de la virtud.—*Defensa del Cristianismo.*—*Rafael José de Crespo.*

INTERCESION DE MARÍA.—La Iglesia y sus verdaderos hijos invocan confiadamente la proteccion de los Santos, como que su mediacion es poderosa para alcanzar cuanto se desea, especialmente si va dirigido á gloria del Señor y á las obras de santidad y virtud. Pero si todos

los escogidos que reinan con Cristo tienen poder para ayudar, auxiliar, sostener y afirmar nuestra flaqueza, dirigir nuestras acciones, rectificar nuestros pasos por el favor que logran con el supremo Monarca y Rey de los siglos; ¿cuál será el poder de la Emperatriz de los cielos y de la tierra, el poder de la Señora y reina de todos los Santos? Ella es la llave del paraíso, la introductora al convite de la gloria, y nadie entrará en las bodas celestiales sino le lleva de la mano la Esposa del Corredero. Constituida por su divino Hijo repartidora de todos sus tesoros, distribuidora de todas sus riquezas, dispensadora de todas sus gracias, son mucho mas amplias sus facultades en el reino de los cielos que las de Betsabé en el palacio de Salomon y las de Esther en la corte de Asuero. Podrá llegar el lance que Dios no se rinda á las súplicas de un Abraham, de un Moisés ó de un Elias; mas nunca llegará el caso que no se doble á los ruegos de su Madre Santísima. Yo no quiero otra salvaguardia cuando salga de este mundo, decia San Anselmo, que la firma de María; y San

Bernardo no solo estaba confiado, sino cierto y seguro de una sentencia favorable, llevando por abogada de su causa á esta poderosa Señora. Tal es la íntima persuasion de todos los fieles, el voto de todos los pueblos, el consenso universal de todas las naciones y la voz uniforme de todos los cristianos, entre quienes no se hallará persona alguna que tenga tintura de religion y deseos de salud, que no reclame el patrocinio de María y no se acoja á la sombra de sus alas. Ella es el altar de refugio para todos los pecadores, y el manantial de las virtudes para todos los justos. Sin María no hay humildad: sin María no hay pureza: sin María no hay paciencia: sin María no hay castidad: sin María no hay bien alguno, porque han de pasar por su mano todos los bienes que bajan del Padre de las luces, como decia San Bernardo.—*Coleccion de Panegíricos originales.*—*Fr. Vicente Hernandez.*

INSTITUTO RELIGIOSO. — Es una sociedad de cristianos, que viven reunidos bajo ciertas reglas, con el objeto de poner en planta los consejos del Evangelio.—*El Protestantismo com-*

parado con el Catolicismo.—Jaime Balmes.

INSTRUMENTOS DE DIOS PARA FUNDACION DE SU IGLESIA.—En el establecimiento de la ley santa y pura que vino á predicar y fundar por sí mismo el Hijo de Dios vivo, resplandeció maravillosamente su infinito poder y sabiduría, que sabe sacar luz de las tinieblas, y hacer las obras mas portentosas por medio de los mas débiles y enfermos instrumentos. Para que se llene el cristiano de las mas altas ideas de la nobleza de su ley, le basta considerar los prodigios con que la fuerza omnipotente de la divina diestra confundió el poder y sabiduría del mundo en el establecimiento y publicacion de su Evangelio. ¿Quién no creyera que cuando el Señor pensaba alumbrar el universo, sepultado en la ignorancia mas grosera, enviaría sus ángeles, sublimes inteligencias que beben la doctrina del cielo en el pecho mismo en donde habita la sabiduría eterna? ¿Quién no se persuadiría que á lo menos elegiria para ésta grande empresa á los oradores y filósofos mas acreditados de la tierra? Sin embargo, el Señor elige para dispensadores de su palabra, y

fundadores de su santa religion, doce hombres ignorantes y despreciables, doce hombres que nada eran entre los hombres, segun la expresion del Apóstol (I. Cor. I, 28); y por medio de tan débiles instrumentos, convierte al mundo, arroja de los imperios mas vastos del universo las leyes carnales y bárbaras que regian sus costumbres; y establece sobre sus ruinas una ley nueva desconocida en el mundo, opuesta á sus máximas, y que exigia violentos sacrificios.

Ved aquí, dice San Agustin, uno de los mayores milagros que obró en la tierra Jesucristo. Trajo el mundo al conocimiento del verdadero Dios, y á la adoracion de su Cruz por medio de unos pobres pescadores. « Ved, dice el Apóstol (I. Cor. I, 27,) vuestra admirable vocacion. No eligió el Señor para llamaros á los sábios y poderosos de la tierra, sino á los sencillos, pobres é ignorantes. » Aquel Dios Omnipotente que con la virtud de su palabra (II. Cor. IV, 6.) sacó luz de las tinieblas, iluminó nuestros corazones por medio de unos hombres ignorantes, para que fuese conocida

en el mundo la virtud poderosa de su Cruz.
«No os empeñeis, dice San Juan Crisóstomo,
»en engrandecer el ingenio y sabiduría de los
»Apóstoles, ni creais que se disminuya la vir-
»tud de Jesucristo, porque hayan sido mas sá-
»bios los filósofos del mundo. Si San Pablo hu-
»biera sido mas sábio que Platon, no estaría-
»mos tan firmemente convencidos de que los
»prodigiosos efectos de su predicacion se de-
»bieron á la gracia de su divino Maestro. Si
»oyéseis decir á los gentiles que fueron rús-
»ticos los Apóstoles, que fueron ignorantes,
»pobres, despreciables, oscuros é impruden-
»tes; de aquí resulta una grande gloria á es-
»tos varones escogidos por el Señor para la
»publicacion de su Evangelio. Ellos vencieron
»con su ignorancia y pobreza á los sábios y
»poderosos del mundo. ¿Quién no vé en sus
»admirables victorias un famoso testimonio de
»la virtud de Jesucristo? Únense para resis-
»tir su doctrina los mas diestros oradores, los
»mas profundos filósofos, reyes poderosos,
»pueblós inveterados en groseras y corrompi-
»das costumbres, resueltos á conservarlas aun

»á costa de su vida; empléanse en su daño
»tormentos y suplicios; y sin embargo un pes-
»cador que jamás tuvo otras ideas que las de
»las redes y su barquichuelo, un publicano
»que jamás pensó sino en sus tratos, vencen
»el mundo, desprecian los tormentos y la
»muerte, y confunden la sabiduría de los re-
»tóricos y filósofos mas orgullosos.—*Discursos predicables.* — Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

INVENCION DEL CUERPO DEL APÓSTOL SANTIAGO.
—Floreció el culto de la religion cristiana antiguamente en lo postrero de Galicia, y en aquella parte do está situada Iria Flavia, que es el Padron, cuanto en cualquier otra parte de España. La cruel tempestad que se despertó contra los siervos de Cristo en el tiempo que prevalecia la vanidad de los muchos dioses, y por mandado de los emperadores romanos, todo género de tormentos se empleaba en los cuerpos de los que á Cristo reverenciaban, hizo que de todo punto se acabase en aquellos lugares la cristiandad. Por donde, ni en lo restante del imperio romano, ni en el tiempo

que los godos fueron señores de España se tenía noticia del sepulcro sagrado del Apóstol Santiago. Con el largo tiempo, y con este olvido tan grande, el lugar en que estaba se hinchó de malezas, espinas y matorrales, sin que nadie cayese en la cuenta de tan gran tesoro hasta el tiempo de Teodomiro, Obispo Iriense. Myro, rey de los suevos, de quien arriba se hizo mencion, conforme á la costumbre y observancia de Roma, dejó señalados los términos por todo su reino á cada uno de los obispados, y por obispo de Iria quedó Andrés; sucediéronle por orden, Dominico, Samuel, Gotomaro, Vincibil, Félix, Hindulfo, Selva, Leosindo ó Teosindo, Enula, Romano, Agustino, Honorato, Hindulfo: de los cuales todos fuera de los nombres, no ha quedado noticia alguna, y con la misma oscuridad de ignorancia y olvido, quedáran sepultados todos los demás que les sucedieron, si la luz del Apóstol Santiago no abriera los ojos, y su resplandor, que en breve pasó por todo el mundo, no los esclareciera. Fué aquel sagrado tesoro hallado por diligencia de Teodomiro, sucesor de

Hindulfo, y por voluntad de Dios de esta manera. Personas de grande autoridad y crédito afirmaban, que en un bosque cercano se veían y resplandecían muchas veces lumbreras entre las tinieblas de la noche. Recelábase el santo Prelado no fuesen trampantojos; mas con deseo de averiguar la verdad, fué allá en persona, y con los mismos ojos vió que todo aquel lugar resplandecía con lumbres que se veían por todas partes. Hace desmontar el bosque, y cavando en un monton de tierra, hallaron debajo una casita de mármol, y dentro el sagrado sepulcro. Las razones con que se persuadieron ser aquel sepulcro y aquel cuerpo el del sagrado Apóstol, no se refieren; pero no hay duda sino que cosa tan grande no se recibió sin pruebas bastantes. Buscaron los papeles que quedaron de la antigüedad, memorias, letreros y rastros; y aun hasta hoy se conservan muchos y notables. Aquí, dicen, oró el Apóstol, allí dijo misa, acullá se escondió de los que para darle la muerte le buscaban. Los ángeles que á cada paso, dicen, se aparecían, dieron testimonio de la verdad, como testigos abo-

nados y sin tacha. El Obispo con deseo de avisar al rey de lo que pasaba, sin dilacion se partió para la córte. Era el rey muy pio y religioso, deseoso de aumentar el culto divino, demás de las otras virtudes en que era muy acabado. Acudió en persona, y con sus mismos ojos vió todo lo que le decian. La alegría que recibió fué extraordinaria. Hizo que en aquel mismo lugar se edificase un templo con nombre de Santiago, bien que grosero y no muy fuerte, por ser de tapiería. Ordenó beneficios y señaló rentas, de que los ministros se sustentasen, conforme á la posibilidad de los tesoros reales. Derramóse esta fama primero por España, despues por todo el orbe cristiano, con que la devocion del Apóstol Santiago se aumentó y dilató en grande manera. Concurrió gente innumerable de todas partes, tanto que en ningun tiempo se vió acudir á España, aun cuando gozaba de su prosperidad, tantos extranjeros. De Italia, Francia y Alemania venian; los de lejos y los de cerca, movidos de la fama que volaba. Aumentábase la devocion con los muchos y grandes milagros, que cada

dia se hacian al sepulcro del Santo Apóstol que daban testimonio bastante, de que no era sin propósito lo que se habia creído y divulgaba. Gobernaba á esta sazón la Iglesia romana el pontífice Leon, tercero de este nombre. Hicieron recurso á él el rey D. Alonso, y á su instancia y en su favor Carlo Magno (que á esto entiendo yo se enderezaba principalmente la embajada que dijimos.) Pidieron que el Obispo Iriense, sin mudar por entonces el nombre que antes tenia, trasladase su silla á Compostela, para mas autorizar aquel santo lugar. Venian en ello los Grandes y Prelados de España. Condescendió el Pontífice á tan justa demanda, con tal que el Arzobispo de Braga, cuyo sufragáneo era aquel Obispo, no fuese perjudicado en alguna manera. Dado que Braga por aquel tiempo no se habitaba, ca la destruyeron los moros. De la una y de la otra condicion la Iglesia de Compostela quedó exenta doscientos y setenta y cinco años adelante; cuando por concesion de los Pontífices Romanos, y á instancia de los reyes de España, se trasladaron á Santiago los privilegios y

autoridad de Mérida, Iglesia en otro tiempo Metropolitana, como se declara en otro lugar. En los archivos y becerro de Compostela se halla un privilegio de este rey D. Alonso, en que hace donacion á aquella Iglesia de aquella nueva poblacion, con tres millas de tierra por todas partes en derredor, que le señaló de territorio; en él en particular se hace mencion de la invencion, que sucedió en aquel tiempo del sepulcro y cuerpo del Apóstol sagrado.—*Historia general de España.—P. Juan de Mariana.*

IRA DE DIOS.—Fuego, que abrasa y consume.—*El Incógnito.*

IRA ENVEJECIDA.—Veneno mortífero del alma.—*El Incógnito.*



J

JACULATORIAS.—Son breves oraciones, que como saetas amorosas se arrojan de presto al corazon de Dios, con las cuales el alma se despierta y se enciende mas en su amor.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

JACULATORIAS.—Este modo de oraciones por ser breves son fáciles á todos, y se pueden hacer con mas atencion y fervor, como lo advierte Casiano, y por esta causa suelen ser muy eficaces para impetrar de Nuestro Señor lo que pedimos; porque, como dice San Basilio, mas vale orar poco y bien con atencion, que orar mucho de otra manera; porque Dios no es vencido con la muchedumbre de oraciones, sino con el peso y fervor de ellas.

La brevedad de estas oraciones se ha de recompensar con la frecuencia, procurando por medio de ellas cumplir en alguna manera

lo que Cristo Nuestro Señor dijo: conviene siempre orar y nunca faltar (Luc. XVIII. 1); esto es, no faltar ni en el tiempo señalado para la oracion, ni en el fervor de ella, ni en la confianza, ni en la frecuencia posible multiplicando estas oraciones jaculatorias; las cuales, como dice David (Salmo LXXV. 11), son reliquias de los santos pensamientos que tuvimos por la mañana, haciéndonos fiesta y conservando la devocion todo el dia.

San Crisóstomo dice, que por lo menos deberiamos ofrecer á Dios cada hora una de estas oraciones: *Ut orandi cursus cursum diei æquet*, para que el curso de la oracion iguale al curso del dia; de modo que, cuando el reloj dá su hora, sirva de despertador para la oracion. Pero los fervorosos procuran mucha mayor frecuencia imitando á los santos monjes de Egipto, de quienes dice Casiano, que cuando trabajaban oraban tambien todo el dia: *Preces et orationes per singula momenta miscentes*. Mezclando con las obras de manos, oraciones y afectos por todos los momentos del dia; y por este atajo llegaban en breve á mu-

cha santidad, y alcanzaban grandes merecimientos. Y no es mucho seamos muy codiciosos de este santo ejercicio, porque, como dice San Buenaventura, en todo tiempo y en cada hora podemos ganar con la oracion cosa que vale mucho mas que todo el mundo. Y vese claramente ser así, porque si un hombre gastase todo el dia en hacer actos interiores de blasfemias, venganzas, ódios de Dios y propósitos de otros graves pecados, al fin del dia habria merecido terrible infierno. Luego si al contrario le gasta en actos interiores de esta oracion mental, frecuentando los buenos deseos y propósitos de agradar á Dios con peticiones de las virtudes, al fin del dia se hallará con increíble ganancia de dones celestiales y del premio eterno; porque no es Dios menos liberal en premiar, que riguroso en castigar.

—*Meditaciones espirituales.*—Ven. P. Luis de la Puente.

JANSENISTAS.—Era reservado para los siglos posteriores combatir la Iglesia bajo la máscara de católicos, y dar al error mas pestilencial toda la apariencia de ortodoxia. En pos

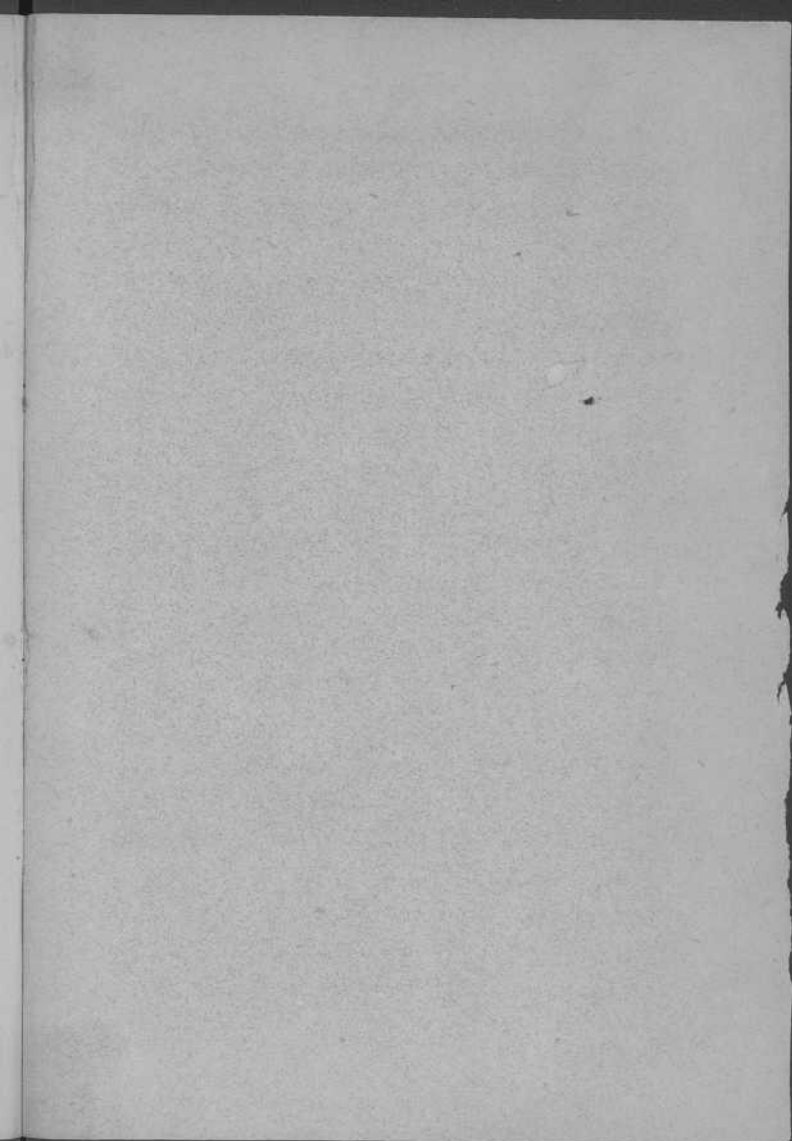
de los herejes y protestantes vino otra secta, que combatida, confundida y condenada por los rayos de la Iglesia, volvió sus baterías contra la Iglesia misma para ejercitar sus venganzas, y aspiró al triunfo por medios mas solapados y dolosos, usando de un artificio hipócrita y de todas las artes del maquiavelismo. Los jansenistas hicieron y siguen haciendo esta guerra, ya exaltando la autoridad de los Obispos para deshacerse del Papa, ya elevando al clero inferior hasta igualarle con los Obispos para acabar con los Obispos, ya llamando en su socorro á los príncipes, instituyéndolos legisladores y árbitros de la disciplina externa, para llevar al cabo la grande empresa de destruir radicalmente la autoridad eclesiástica.

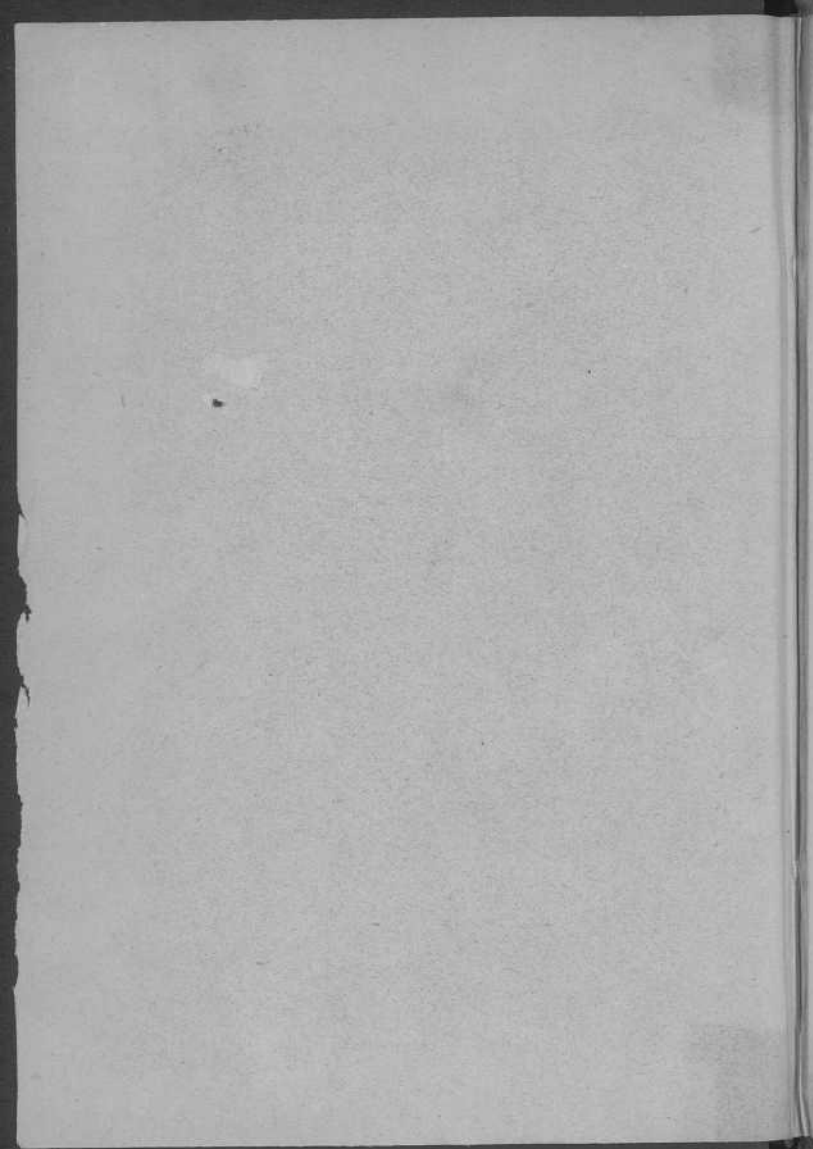
Hé aquí las fuentes impuras de donde se ha derivado la doctrina, que pone á disposicion de la potestad secular la disciplina externa de la Iglesia. Llámanse ultraregalistas los políticos y magistrados que la profesan. Todos ellos hacen alarde de católicos y confiesan la autoridad de la Iglesia co-

mo dogma fundamental del catolicismo ; mas en el efecto la hacen desaparecer, y la destruyen por medios indirectos. Los mas antiguos recibieron el contagio de los protestantes, y queriendo conciliar las máximas de estos con el sistema contrario de la religion católica, hicieron una mezcla monstruosa de principios; y á favor de este caos oscuro é impenetrable, nada hubo que no emprendieran para abrir el paso á los príncipes seculares hasta introducirlos en el santuario mismo. Los últimos se han creído mas fuertes, y por consiguiente se han vuelto mas atrevidos, haciéndose del partido de los jansenistas, é invocando el auxilio de la moderna seudofilosofía. Fascinados con los paralogismos de estas dos sectas, tan extendidas hoy por el mundo, y arrastrados del torrente de las nuevas opiniones, tan opuestas á la antigua fé ortodoxa, que llaman por eso luces del siglo, han creído hacer un servicio importante á los reyes ó á las naciones, y al mismo tiempo aumentar las ínfulas y mando propio que tienen de aquellos ó de estas, relevando la autoridad real á cos-

ta de la eclesiástica, de la que no han dejado funcion alguna que no hayan sujetado á la mano régia. El resultado de esta innovacion ha sido secularizar la autoridad eclesiástica casi en los mismos términos que lo hicieron los protestantes sus primeros maestros, aunque por giros y medios especiosos, con que se han figurado poder adoptar el error sin separarse de la verdad. Entre estos han campeado el portugués Pereira, el español Villanueva, el autor reciente del Ensayo sobre las libertades de la Iglesia española en ambos mundos, y otros muchos.—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—José Ignacio Moreno.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

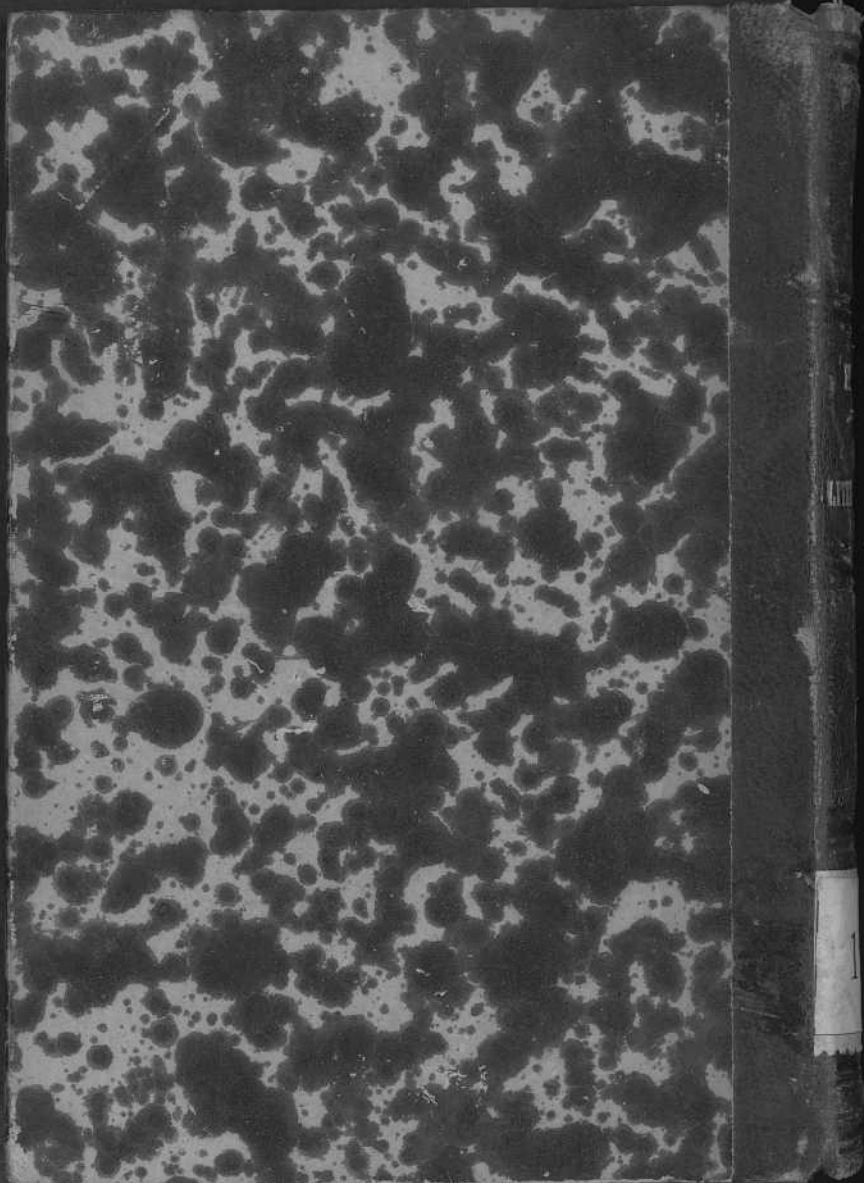




114
15

3

12



FLORESTA
DE LA
LITERATURA SAGRADA

2

15.827